LA PIEL
DE LAS
SIRENAS
NATASHA BOWEN
montena

NATASHA BOWEN

LA PIEL DE LAS SIRENAS

Traducción de **Victoria Simó Perales**

montena

A mi madre, que no sabía leer demasiado bien,
pero se aseguró de que yo sí supiera

ADVERTENCIA SOBRE EL CONTENIDO

Por favor, antes de empezar a leer, tened presente que ciertas partes de este libro pueden herir la sensibilidad de algunos lectores. *La piel de las sirenas* mezcla historia del siglo XV con fantasía e incluye descripciones de violencia, esclavitud, muerte y suicidio.

CAPÍTULO UNO

Deslizándome entre las olas oscuras, rodeo el barco con los tiburones. El agua alberga estratos de corrientes frías, seres marinos y un barco que surca las aguas cargado de personas robadas. Yo nado por debajo del oleaje, lejos de las miradas de los hombres y a una distancia prudencial de las mandíbulas.

Espero.

El casco del navío es una sombra en lo alto y noto una sensación de sofoco mientras sigo el surco de la quilla, una rabia ardiente que se hincha bajo mi tórax. Doy un respingo, jadeando sobresaltada, cuando los peces me rodean súbitamente mientras alargo los dedos hacia los rayos de sol que se filtran en el agua. Han pasado semanas desde la última vez que noté el calor del sol de mediodía. Añoro deleitarme en su luz, dejar que los rayos me empapen los huesos. Cerrando los ojos, busco un recuerdo que flota y se enrosca como el humo. *Estoy sentada en la tierra rojiza bajo la sombra moteada de un árbol de caoba y el sol salpica mi cálida piel.* Intento retenerlo, con ansia, pero la visión se disipa, como suele suceder.

Una decepción tan cortante como el coral rojo me revuelve las tripas. En cada ocasión, la pérdida me provoca la misma sensación, como si rozara con los dedos una parte de mí que luego se disuelve igual que el rocío en la cresta de las olas.

Doy media vuelta en el agua, un revuelo de piel y tirabuzones, de cabello y de escamas que relucen como un tesoro enterrado. Me dejo llevar por la corriente y acaricio los caminos de algas a mi paso, según se disipan los vestigios de recuerdos. Me detengo un momento cuando el banco revolotea una vez más a mi alrededor, amarillo rutilante con delicadas listas rosadas, y busco solaz en la belleza de los peces.

Me hundo y me alejo un poco más del barco. Sé que tendré que volver, pero de momento cierro los ojos y siento la caricia aterciopelada del agua, el frescor que resbala sobre mi piel. Esta parte del mar es más oscura y agradezco que las tinieblas me envuelvan con su manto.

Debajo de mí, una anguila de cuerpo musculoso, apenas más oscura que el agua circundante, se desliza por las profundidades.

—*Vete* —le ordeno a la criatura, que se aleja de mí con un culebreo color tinta. Me sumerjo. Lo bastante como para que el frío me cale hasta los huesos. Lo bastante como para que la oscuridad se trague el destello de mi cola.

Noto el tirón de la corriente y, por un momento, me planteo dejar que me arrastre, pero entonces recuerdo el barco y levanto el rostro hacia la superficie, hacia el sol y el reino de los seres humanos que respiran aire. Nado hacia arriba de nuevo, con mi cometido muy presente en el pensamiento al ver la madera del casco surcar el océano. Me resisto a flotar demasiado cerca por si me ven los humanos. Me mantengo al acecho, en la medianoche del mar, por debajo de los vientres de los grandes tiburones blancos, que relucen en lo alto. Se deslizan más cerca, con los vacuos ojillos de obsidiana y los dientes ya preparados. Estremeciéndome, me alejo de esos poderosos cuerpos que siguen al barco, aunque yo estoy haciendo lo mismo. Tanto ellos como yo vamos en busca de aquellos que penetran en nuestros dominios.

Cuando el crujido del navío resuena en las profundidades, acaricio la cadena de oro que cuelga pesada de mi cuello y noto el frío de los eslabones en la piel. Desplazo los dedos al zafiro que destella en mi pecho.

Y entonces, como esperaba, el agua estalla y sisea cuando el cuerpo la penetra con fuerza. Las burbujas ascienden y estallan dejando tan solo a su paso el descenso de miembros desplegados y piel manchada de rojo escarlata. Nado más rápido cuando un tiburón sale disparado. La sangre se riza en el mar, cintas rojas que se despliegan en las profundidades. Me impulso hacia arriba e intento no reparar en el sabor metálico del agua mientras nado entre los animales grises y blancos.

—*Esperad* —les ordeno mientras el cuerpo se hunde. Ellos lo rodean impacientes entre los destellos de sus ojos negros. Yo me vuelvo hacia la persona, atisbo sus ojos vidriosos y su boca abierta, magullada e hinchada.

Es una mujer, su piel exhibe un tono moreno oscuro en el agua. Mechones negros de cabello ondean con la corriente y revelan más heridas a un lado de la cara. Ella gira despacio al bajar y algo en la postura de su cuerpo me desazona. No ha sido una muerte fácil la suya, pienso cerrando los ojos un momento. Pero nunca lo es.

Tomo una mano del mismo tamaño que la mía y la rabia me invade al pensar en otra muerte más que el mar esconderá. Mi cuerpo y el de la mujer entrechocan cuando la retengo cerca, más cerca, hasta

que mi cabello y el suyo se enredan. Le rodeo la barbilla con la mano, miro su rostro y me detengo.

La boca desigual me resulta familiar, esos labios generosos enmarcados por unas mejillas llenas. Su pelo flota libre de las trenzas al estilo kolese, rizos negros que me gustaría acariciar, devolver a su lugar. Vuelvo a mirarla y un recuerdo se desencadena. Me recuerda a... Intento concentrarme, definir los contornos de la imagen, pero no lo consigo y los tiburones acechan más cerca. No me van a obedecer mucho más rato.

Recorro a la mujer con la vista una vez más y la sensación de familiaridad se ha disipado. Vencida, me recuerdo que no importa. Es mejor así, pienso, repitiendo las palabras de Yemayá. Sin recordar quién era yo antes. Inclinándome hacia ella, me concentro en el leve fulgor que emana su pecho roto, justo encima de su corazón. Alargo la mano hacia la espiral dorada que brilla más y más a medida que se le despega del cuerpo. Cuando toco su esencia con los dedos, cierro los ojos para prepararme.

—Mo gbà yín. Ní àpéjọ, ìwọ yóò rí ìbùkún nípasẹ̀ẹ Ìya Yemayá ti yóo ṣe ìrọ̀rùn ìrìn àjò rẹ. Kí Olodumare mú ọ dé ilé ní àìléwu àti àlàfíà —digo. Luego repito la oración que atraerá el alma de la mujer—: Te doy la bienvenida. Ahora que te he recogido, la madre Yemayá te bendecirá y te facilitará el tránsito. Que Olodumare te lleve a casa a salvo y en paz. Ven.

El calor de su vida me inunda la mente. Veo a la mujer siendo una niña, riendo, echando los brazos al cuello de su madre. Luego han pasado los años y un tipo de amor distinto le ilumina los ojos mientras sujeta un cuenco de arroz y siluro condimentado. El hombre que tiene delante es hermoso, tiene un brillante cabello negro y una sonrisa encantadora. Noto que su corazón se expande cuando él hunde la mano en el cuenco y sus dedos se rozan. Más tarde la mujer está sembrando un pequeño huerto en los aledaños de un poblado. Esparce semillas en los surcos que ha excavado en la tierra y le canta una canción a Oko, el orisha de las cosechas. Su voz, aguda y melodiosa, se eleva con el calor del día. Y luego sostiene a una recién nacida que comparte su sonrisa. Hunde la cara en el cuello de la pequeña para aspirar su aroma lechoso. Sonrío y siento la misma alegría que ella, el amor que inunda su alma.

Cuando abro los ojos, la esencia de la mujer descansa en el hueco de mi mano. Me concentro en la alegría de sus recuerdos al tiempo que animo a su alma a avanzar, guiándola al zafiro de mi collar. La piedra absorbe su esencia y se calienta contra el nacimiento de mi cuello. Retengo las imágenes de su vida en el pensamiento y me pregunto si la aldea de la que procede seguirá en pie. Si sus gentes

todavía la esperan, si otean el horizonte a diario para ver si regresa.

En el agua flotan jirones de su vestidura de un color naranja desvaído que una vez fue brillante como el sol del mediodía. Miro la mano que todavía sujeto, con sus pálidas uñas quebradas y sus cicatrices desiguales. Recibirá la bendición de Yemayá antes de volver a Olodumare; es lo único que puedo hacer por ella.

—Descansa en paz, hermana. Yemayá te ayudará a volver a casa.

Suelto los dedos de la mujer y me doy la vuelta. No miraré su cuerpo hundirse en las profundidades.

Una hija, una esposa, una madre.

Mis lágrimas se unen a la sal del mar.

Yemayá solo puede ser invocada el séptimo día, pero yo nado a su isla la tarde anterior. Apenas es un pequeño promontorio de arena, rocas y matorrales que me proporcionará un breve descanso del mar y todo cuanto engulle. Todavía me gusta notar el sol en las piernas, en el pelo, para dormir y soñar de vez en cuando.

Una aleta caudal vista y no vista me detiene según me acerco a la isla. Cuando me paro, el zafiro de mi collar reluce con suavidad para informarme de que una de las mías está cerca.

—Simidele. —La voz recuerda a una enredadera serpenteando por el agua y me arranca un esbozo de sonrisa.

Trazando arcos con los brazos en las corrientes, me vuelvo a mirar las escamas moradas y la cara redonda de Folasade. Es una de las primeras que Yemayá transformó cuando empezaron a robar personas hace tan solo un año. Folasade es menuda, pero exhibe una gran sonrisa y sus ojos expresan hasta el último de los sentimientos que la recorren.

—Me alegro de verte, Simidele —dice llevándose la mano al corazón. Los abanicos de nuestras colas se rozan con suavidad en el agua entre un centelleo de escamas—. Aunque tu búsqueda no suele incluir esta parte del mar.

Imito su saludo antes de sostener mi joya con suavidad.

—Lo sé. Traigo un alma que necesita ser bendecida.

Folasade asiente. Sus breves rizos crean un halo sutil, negro y redondo, en torno a su cara.

—Bendita sea Yemayá por su amor infinito. —Se toca el zafiro que le cuelga del cuello, idéntico al mío, y luego ladea la cabeza para mirarme con atención—. ¿Qué pasa? No pareces... la de siempre.

—Es que... —Pero las palabras no acuden a mi boca y no digo nada. Solo intento reprimir el temblor de mis labios. El zafiro es frío al

tacto y, al acordarme de la mujer, bajo la vista para mirarlo.

Folasade flota más cerca. Ahora mi cabello fluctúa entre las dos.

—¿Puedo? —me pregunta.

Asintiendo, dejo que Folasade me aparte los rizos para que nos miremos cara a cara. Sus ojos parecen casi negros en el agua, pero brillan con una reverencia ausente en los míos.

—Sé que esto es duro para ti, Simidele. —Folasade se detiene y medita a fondo sus palabras antes de seguir hablando—. Pero recoger las almas de aquellos que pierden la vida en el mar es una manera de honrarlos y bendecir su viaje de vuelta a nuestro creador, Olodumare. —Inclina la cabeza con un gesto de consuelo mientras sonríe con expresión virtuosa—. Es importante concentrarse en eso y que no te distraigan las dudas.

—Sí —le digo, pero mis ojos evitan los de Folasade, pues ahí es donde mi pena no se ha disipado del todo.

—¿A dónde te diriges? No es el séptimo día, todavía no puedes invocar a Yemayá.

—Lo sé, pero voy a su isla. A... —Me muerdo la lengua, porque sé lo que dirá Folasade, lo mismo que me ha dicho otras veces.

—Vas a cambiar. A tumbarte en la arena y regodearte en los recuerdos de tu vida anterior. ¿Por qué sigues haciendo lo mismo, Simidele? Ya han pasado tres meses desde que renaciste a imagen y semejanza de Mami Wata.

—Me gusta sentir que vuelvo a ser... yo. —Intento que mi tono de voz no deje traslucir irritación, pero no lo consigo del todo. Ninguna de las otras seis Mami Wata cambia a menos que tenga que hacerlo.

—Quieres decir que te gusta fingir que sigues siendo humana —dice Folasade con una mueca.

Me quedo callada y alzo la vista hacia la luz acuática del sol. Todavía ansío su calor en la piel y notar que me penetra hasta los huesos.

—Pero ya no eres una muchacha. —Folasade me sujeta el hombro para obligarme a mirarla—. Eres más que eso. Somos más que eso. Recoger almas para que sean bendecidas es un honor. Si renuncias a la persona que fuiste, te resultará más sencillo. Da las gracias por eso, hermana. Deja que el mar se trague tus recuerdos y acepta lo que eres ahora.

Levanto el mentón y asiento. Vuelvo a pensar en la mujer, en sus recuerdos, en su familia. Folasade tiene razón.

—Solamente te lo recuerdo para facilitarte las cosas. Todas las demás están de acuerdo, Simidele. —Me sujeta más cerca antes de soltarme y flotar de espaldas para fundirse con la oscuridad—. Deja que tu pasado se vaya.

La fe de Folasade en Yemayá, en nuestra misión, debería inspirarme. Debería dejar que las profundidades me arrastren, permitir que me consuelen hasta que sea el momento de invocar a Yemayá.

Pero no lo hago. No puedo. Espero hasta que ya no alcanzo a ver el morado de sus escamas ni el color negro de su cabello y entonces alzo la vista hacia el sol que se filtra por la superficie. Con un golpe de cola, me impulso hacia la luz.

Mi cabeza rompe la lisa capa del agua y la isla se revela ante mí. Nado hacia la playa, me arrastro con mucho cuidado por la orilla y me tiendo en la arena para que el sol me seque. Dos piernas dividen la curva de mi cola, al tiempo que las escamas doradas y rosa palo se alargan hasta mudar en la tela que me envuelve el cuerpo. Unos pequeños pies de un tono oscuro a juego con el resto de mi piel completan mi apariencia humana.

Parpadeo para acostumbrarme a la límpida claridad del día sin dejar de pensar en la mujer que he encontrado en el agua. Tenía algo que me hace pensar en vestiduras con hilo de oro entreverado y en el sabor de los ñames, y en voces potentes que resuenan en la noche.

Despliego mi cabello por la blancura de la playa y cierro los ojos. Con el sol ardiéndome en la piel y las manos llenas de un puñado arena, me concedo permiso para soñar de un modo que nunca puedo hacer en el mar.

Recorro con los dedos las rugosas paredes de mi hogar, calientes por las altas temperaturas del día. El suelo está recién barrido y, cuando me encamino al exterior, un sol rojo incendia el resto de la ciudad. No veo a nadie, pero oigo las voces que transporta la brisa fresca de la noche y adivino dónde están todos.

Zigzagueo por las ordenadas calles con la sensación de alegría que proporciona la seguridad. La ciudad está arropada por la selva, construida en espirales concéntricas que empiezan en el palacio del Alaafin y terminan en la muralla que lo envuelve todo. Cuando llego al recinto exterior del palacio, la gente reunida me alegra la vista. Casi todos están sentados alrededor de pequeñas hogueras o reunidos en grupos, charlando y riendo antes de que la cuentacuentos dé comienzo a los relatos del día.

Las personas de mi edad se congregan en torno al árbol de caoba que hay en la zona de encuentro principal. Las chicas se apartan de la frente sudorosa las puntas de sus trenzas al estilo ipako elede mientras que los chicos se acuclillan a ambos lados de sus juegos de ayoayo.

Todos están deslumbrantes con vestiduras amarillas, azules índigo y rojas. Los ancianos se sientan más cerca del fuego, casi todos mordisqueando papaya seca y plátano frito, aperitivos nocturnos que se pueden comprar en el mercado del Alaafin, que inunda el aire con olor a especias. Solo cuando me interno en la multitud, más cerca de la decimoséptima puerta, veo a mi madre. Está de pie, apoyada en el árbol, iluminada a contraluz por el fuego. Lleva una vestidura azul medianoche con estrellas de oro y plata dispuestas en motivos reiterados que destellan bajo los últimos rayos del día. Como narradora principal, esta noche contará una historia de Olodumare. Siempre luce ese ropaje cuando habla del creador. Lo hace, creo yo, porque la tela evoca en los oyentes el tiempo en el que el mundo fue creado.

Me ve abrirme paso entre el gentío y me saluda con una enorme sonrisa que acentúa sus mejillas llenas sobre una boca generosa, los ojos marrones y muy separados, idénticos a los míos.

—¿Qué pasa, Simidele? ¿Llevo una mancha?

Alarga el cuello y lo tuerce para mirarse los costados y la espalda.

—No. Estás muy guapa, ìyá.

Camina hacia mí y me rodea la cara con las manos.

—Tú también, ọmọbìnrin ìn mi. —Me suelta y se da media vuelta. Antes de alejarse, me lanza una mirada por encima del hombro—. ¿Te quedas al espectáculo de esta noche?

Cuando asiento, ella vuelve a sonreír, y sus hoyuelos fruncen la tersura de sus mejillas, una marca de belleza junto a la comisura de los labios. La veo situarse delante de la multitud, unir las manos y levantar la barbilla.

—Os voy a contar un cuento. Y no es un cuento cualquiera...

Hay rizos en el cielo y sal en mis labios cuando despierto el séptimo día.

Mi madre.

La mujer cuya alma recogí era idéntica a ella.

El cabello resbala por mi cara cuando parpadeo hacia un alba rosada y brumosa con los rasgos de mi madre grabados en el pensamiento. En tierra, el recuerdo no se escabulle, y me aferro a él evocando el dibujo de su sonrisa y los hoyuelos que le fruncían las mejillas cuando reía.

Mi madre.

El mar se extiende ante mí cuajado de olas. Me incorporo y sonrío contra las rodillas, feliz de recordarla, aunque solo sea un rato. Me

enjugo el sudor de la cara y miro hacia el horizonte, allá donde el cielo está suspendido a poca altura y las nubes rozan la cresta de las olas. Podría levantarme si quisiera. Pero no quiero. En vez de eso, cierro los ojos, alargo la mano y dibujo la curva de la mejilla de mi madre tal como la imagino, la peculiaridad de sus labios. El vértigo que me provoca el recuerdo casi me hace olvidar a qué he venido.

Pero el mar me lo recuerda y el fragor de intensas olas que crecen para luego desmoronarse me hace volver. Inspirando hondo, guardo el recuerdo con la esperanza de que perdure. Espero ser capaz, cuando vuelva al agua, de acordarme aún de su rostro. Espero que el mar no lo borre, aunque siempre lo hace.

CAPÍTULO DOS

Me levanto con el sol en la espalda y, dejando las olas atrás, me vuelvo a mirar el lindero de la arboleda. El zafiro de mi collar destella mientras me concentro en el alma que alberga. Y entonces estoy en movimiento otra vez, haciendo lo que hay que hacer para bendecir la esencia de la mujer.

Las hojas de las plataneras se derraman sobre troncos tostados, un intenso color verde lima contra la arena blanca. Sin hacerles caso, me agacho hacia los arbustos bajos con sus espinosas hojas y sus brotes blancos y azules.

Los colores de Yemayá.

Cada flor posee una pincelada dorada en el centro y desprende un dulce aroma a miel que se acentúa cuando rozo con la yema del dedo el pétalo ceroso y acaricio su suavidad. Con cuidado, elijo siete flores quebrando los gruesos tallos y las sostengo con delicadeza para no aplastarlas. El trayecto de regreso al mar transcurre con lentitud, porque mis piernas no están acostumbradas al movimiento que requiero de ellas. Honramos a las personas cuyas almas recogemos bendiciéndolas bajo nuestra apariencia humana, así que no me quejo cuando noto el crujido de pequeños huesos que acompaña cada paso. Me detengo al llegar a la arena dura y mojada y la brisa del océano revuelve mis rizos. Libero las flores en la orilla, levanto la cabeza hacia el cielo con los labios fruncidos. Los orishas solo se pueden invocar mediante ciertas oraciones y ofrendas. A menos que sean llamados, permanecen ocultos a los ojos de los seres humanos y conceden sus dones cuando lo ven adecuado, sin obedecer a nadie más que a Olodumare.

—Yemayá, mo bu ọlá fún ọ pẹ̀lú àwọn òdòdó wọ̀nyí —exclamo en un tono lo bastante alto como para que se oiga por encima del rugido de las olas—. Jọ̀wọ́ bùkún ùn mi pẹ̀lú wíwáà rẹ. Fi ore-ọ̀fẹ́ fún mi pẹ̀lú ìfẹ́ tí o ní fún gbogbo àwọn ọmọ̀ọ̀rẹ. Ẹ tẹ̀ s'íwájú.

Las flores caen al agua y cada una de las corolas flota suave en el oleaje. Retrocedo, hundo los dedos de los pies en la cálida arena y

repito mi llamada.

—Yemayá, yo te honro con estas flores. Te ruego que me bendigas con tu presencia. Concédeme el amor que sientes por todos tus hijos. Ven.

Recito cinco veces más la plegaria, siete en total, hasta que el mar avanza y luego recula como si la tierra quemara. Conchas, algas y cangrejos rojos salpican la arena desnuda cuando mi mirada revolotea por las rocas negras que afloran. El corazón se me acelera solo un poco, igual que hace cada vez que me preparo para ver a Yemayá. Para apaciguarlo, respiro profundas bocanadas de aire húmedo deleitándome en la sensación, que no podré experimentar cuando vuelva al mar. El oleaje se aleja aún más y yo examino la pendiente de la playa, sobrecogida como siempre por su belleza. La arena expuesta exhibe la huella de intrincados remolinos dibujados por las mareas, ahora a la vista del sol.

Espero mientras la línea del agua retirada empieza a crecer en la distancia. La joya pesa más en mi cuello. Deslizo una uña por sus distintas caras según evoco el peinado deshecho de la mujer, los recuerdos que su alma me mostró. Una llamarada de pena me quema por dentro. «Tendrá la bendición que merece», prometo, y dejo caer el zafiro contra el calor de mi piel. Irguiendo los hombros, adopto la postura y la expresión que son signos de respeto.

Mantengo la posición cuando el mar alcanza la altura de las plataneras para luego abalanzarse hacia delante. El agua es una ola gigante de color aguamarina, índigo y turquesa que se precipita hacia la orilla. Una cacofonía de corriente y rocas que entrechocan resuena en el aire hasta ahogar el canto de los pájaros y, por un instante, incluso el sol. El día se oscurece por un momento y noto una comezón en la piel por debajo del calor y de la brisa. El mar me llama, promete aliviarme con su frescor y yo ahuyento el impulso de correr hacia delante, de zambullirme en la pared de agua. Debo estar lista para recibir a Yemayá. Y justo cuando parece que el oleaje se estrellará contra la orilla para arrasarlo todo a su paso, el agua late, se retira en un oleaje más suave que cubre el fondo rocoso y dibuja en la arena un encaje de espuma blanca y hebras de algas.

La playa brilla, una extensión recién decorada que se proyecta hacia la clara arena. Observo la línea del mar, súbitamente tranquila, sigo buscando y me quedo sin aliento cuando localizo una ola que crece por momentos. El mar se ondula, vira y se retuerce casi como una serpiente. Y entonces la veo. La punta de una corona dorada. Divide las suaves olas para ceder el paso a los bucles de obsidiana que brillan con el agua. La orisha se va acercando a la orilla según emerge del mar. Unos hombros anchos y una piel de ónice relumbran al sol

cuando posa el pie sobre la arena seca. Sus escamas azul marino se transforman en una vestidura blanca y añil surcada de hilos dorados.

—Simidele.

Su voz es áspera y suave al mismo tiempo, como seda, arena y humo. Dos peinetas idénticas recogen su abundante melena hacia atrás y un velo de perlas blanquecinas oculta la mitad inferior de su rostro. El olor a violetas y coco impregna el aire. Está tan cerca que veo las conchas de cauri y los dientes de tiburón entretejidos con sus rizos.

Me llevo la mano al pecho antes de hacer una reverencia tan profunda que mi cabeza casi roza la cálida arena.

—Madre Yemayá.

Cuando me incorporo, la orisha sonríe y las afiladas puntas de sus incisivos asoman de sus generosos labios. Me pide por gestos que me acerque y el movimiento le arranca destellos al delicado oro blanco que le rodea las muñecas y se enrosca, reluciente, hasta la parte alta de sus brazos.

—Qué bendición verte. Ha pasado mucho tiempo desde la última vez que me invocaste —dice Yemayá a la vez que avanza un paso hacia mí entre un tintineo de perlas. Sonríe, sus labios se curvan por un momento—. Alabado sea Olodumare.

Levanto la vista; el brillo de su mirada negra y plata me alcanza mientras yo sujeto mi colgante. Noto la joya caliente en la palma, único indicio de lo que contiene. Cuando la orisha alarga la mano hacia el zafiro, recuerdo los ojos de la mujer, tan parecidos a los de mi madre.

—Algo te preocupa —murmura Yemayá al tiempo que retira la mano. Ladea la cabeza y la melena se le derrama por los hombros. Una esmeralda bulbosa destella entre los bucles.

Por un momento no puedo hablar. Solo puedo pensar en la cara de la mujer y en los recuerdos de su vida.

—Esta alma... —Trago saliva con dificultad. Pienso en el tono castaño oscuro de los ojos de mi madre, en su prominente labio inferior—. Me ha recordado a alguien.

Yemayá se acerca aún más y su aroma de violetas se acentúa.

—Y eso te ha perturbado.

No me pregunta a quién me ha recordado la mujer y yo no se lo digo. En vez de eso, me miro los pies descalzos, aunque sé que la tensión de mi voz delata mis sentimientos.

—Sí —consigo responder mientras aferro el recuerdo que he evocado y retenido. De mi madre envuelta en su vestidura salpicada de estrellas y de su sonrisa.

Yemayá me levanta la barbilla con un dedo alargado para

obligarme a mirarla. Sus ojos se suavizan compasivos, su tono plata se atenúa.

—Seguro que recuerdas lo que te dije cuando renaciste hace tan solo unos meses, pero permite que te lo repita. —La voz de la orisha se torna grave mientras abre las manos con las palmas al sol—. Los oyinbos llegaron a nuestras costas este año por primera vez, ansiosos de poder y recursos. Yo presencié cómo empezaban a robar personas y se las llevaban en sus enormes embarcaciones. Así que abandoné los ríos y las corrientes y me instalé en el mar, donde podría seguir a las gentes cuyas vidas se truncaban, se robaban, a las que se forzaba a emprender otro tipo de viaje... —Yemayá guarda silencio cuando el dolor le quiebra la voz. Aguarda un momento para respirar hondo y las perlas de su velo se mecen con suavidad—. Un viaje que es infinitamente espeluznante. Personas esclavizadas y arrancadas de su tierra natal. Quería asegurarme de que aquellos que pierden la vida en el mar recibieran consuelo y oraciones antes de volver a casa para reunirse con Olodumare. Y puedo hacerlo gracias a la creación de las Mami Wata. —Cuando baja la mirada hacia mí, sus ojos destellan con fervor—. No es gran cosa, pero es algo.

Las preguntas se arremolinan en mi mente cuando escucho sus palabras. ¿Por qué no hacemos añicos sus barcos? ¿Por qué no arrastramos a quienes los tripulan a las zonas negras del mar? Yemayá habla siempre con claridad y admite poca discusión, pero ahora abro la boca para dirigirme a ella. Una mirada cortante me detiene.

—Dime, Simidele. ¿Confías en mí y confías en el cometido que te he encomendado?

Yemayá me desafía con la mirada mientras sus rizos negros se columpian con la brisa.

Asiento. Mi fe en la orisha no conoce límites, pero siempre es más fácil obedecerla en el mar, cuando mis recuerdos se disipan con las corrientes. Desliza la mano por mi brazo y las largas uñas me arañan la piel con suavidad.

—¿Entiendes todo lo que te pido?

De nuevo me clava los dedos en la delicada piel del mentón, pero yo no hago muecas ni me aparto, sino que le devuelvo la mirada a la orisha. Tiene unas pupilas grandes, como hendiduras en sus ojos metálicos.

—Sí —respondo. Caigo en la cuenta de que tengo los puños cerrados y me obligo a abrirlos.

—Eso está bien —dice Yemayá. Me atrae hacia ella para posarme los labios en la frente. Sus manos cálidas no dejan que me mueva—. Lo único que necesitas, lo único que debes hacer, es recoger las almas de los que pierden la vida en el mar, y juntas pronunciaremos una

oración para bendecirlos en su viaje de regreso a Olodumare. Esa es tu misión. Nada más y nada menos. —La orisha retrocede para escrutarme con la mirada—. Necesito que lo entiendas, Simidele. Es importante.

—Nada más y nada menos —repito a la vez que inclino la cabeza y bajo la mirada en actitud respetuosa.

—Bien —dice Yemayá sin despegar de mí sus ojos color negro y plata—. Ahora deja que el agua arrastre tus recuerdos. Deja que te libere del dolor del pasado, de lo que fue en otro tiempo. Concéntrate en tu cometido.

Las perlas de su velo tintinean cuando me abraza con fuerza, tanta que me estruja el pecho y, por un momento, no puedo respirar.

Los bordes de mi campo de visión empiezan a teñirse de negro y unas estrellas plateadas, del mismo tono que los ojos de Yemayá, salpican la oscuridad que avanza. Sé que tiene razón.

—Claro. —Usando la poca voz que me queda, consigo articular susurros roncos—. Bendecir sus almas es un honor.

El sofoco desaparece cuando la orisha me suelta. Mis pulmones vuelven a llenarse de aire. Miro los labios de Yemayá, que me sonríen, las puntas agudas de sus dientes.

—Esa es la pura verdad, Simidele. Vamos, recitemos juntas una oración para liberar esta alma.

Yemayá se planta ante mí y los pliegues blancos de su vestidura resplandecen al sol. Alarga sus grandes manos abiertas para pedirme que me acerque. Avanzo un paso y luego otro, hasta que la orisha se yergue justo delante de mí. Levanta la cadena de mi colgante con una uña, de modo que el zafiro penda entre las dos. La joya gira lánguida al sol, sus destellos salpican mi piel. La orisha cierra los dedos en torno a la piedra y yo hago lo propio. Juntas sostenemos la gema, cuyo azul es más brillante que el firmamento.

Al pensar en el alma que estamos bendiciendo, me invade una sensación de calma. Mejor así, pienso. Mejor facilitarle el viaje. Yemayá sonríe y me uno a su gesto.

—¿Estás lista? —pregunta.

—Sí, madre Yemayá.

—Pues empecemos. —La orisha vuelve la cara a los cielos y su voz vibrante resuena con fuerza—. Arábìnrin a gbà ẹ́. Àláfíà ni tìrẹ báàyí.

—Te damos la bienvenida, hermana. La paz sea contigo —repito mientras pienso en la vestidura de la mujer, en el tono naranja desvaído.

—Olodumare ń pè, pẹ̀lú àdúrà yìí, á ṣe ìrìn-àjò rẹ padà sí ilé ní ìrọ̀rùn, adẹ́dàá rẹ, ìbẹ̀rẹ̀ àti òpin ìn rẹ.

—Olodumare te llama y con esta oración te facilitamos el tránsito

de vuelta a casa, a tu hacedor, a tu principio y a tu final.

Pienso en ella besando a su hija.

—A bùkún fún ọ arábìnrin.

—Te bendecimos, hermana —murmuro una y otra vez, hasta que el zafiro libera el alma que lleva dentro, un fulgor de luz dorada, un temblor de esencia que planea sobre nosotras.

—Que Olodumare te bendiga —terminamos cuando el alma asciende en espiral y una sensación de serenidad envuelve la isla.

Nuestras palabras han enviado a la mujer de regreso a Olodumare, el creador supremo.

La joya parece más fría en el nacimiento de mi cuello cuando Yemayá se vuelve a mirarme. Su sonrisa es afilada debajo del velo, pero habla en tono dulce. Acaricia una vez el zafiro que cuelga de mi cadena y luego se inclina para abrazarme.

—Que Olodumare bendiga tu búsqueda, Simidele.

Antes de que pueda responder, la orisha se interna en el mar entre un resplandor de oro, perlas y brazos oscuros que hienden la superficie. Tan solo deja tras de sí el aroma a violetas y coco, una dulzura que impregna el aire según desplazo la mirada por el agua. Las puntas de los rizos de Yemayá, esparcidas sobre las olas, serán lo último que vea cuando vuelva a hundirse en las profundidades.

Me quedo de pie en la cálida arena mientras el sol se desplaza por el cielo coronando mis rizos con su luz. Suspirando, le doy las gracias a Olodumare. Bendecir el alma de la mujer me ha proporcionado cierto sosiego, pero cuando contemplo el mar ante mí, me demoro una vez más en el recuerdo que la mujer ha evocado.

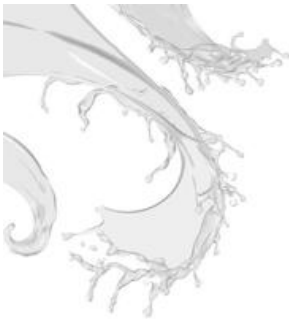
Estrellas en una tela azul medianoche y ojos encendidos de amor. Mejillas llenas y una voz que hila las palabras como seda.

Mi madre.

Caminando hacia el mar, retengo su rostro en mi mente. Cuando el agua me acaricia los pies y las escamas empiezan a surgir, los detalles se difuminan. Mi vestidura de color rosa y oro pálido se transforma en escamas y ya no recuerdo el color de la suya. El mar alcanza mis muslos, me arrebata la piel y las piernas junto con la generosidad de la sonrisa de mi madre. Mientras me hundo en las olas, el sonido de su voz se apaga y me deleito en el frescor, un bálsamo para mi piel empapada de sol.

El mar me arrastra y yo me dejo llevar, pero esta vez no permito que se lo quede todo. El marrón de los ojos maternos permanece conmigo. Lo cojo y lo guardo a buen recaudo, lo entierro en las

profundidades de mi mente y espero poder recuperarlo si quiero, si lo necesito. Tras eso, me reúno con las corrientes saladas y los seres a los que ahora pertenezco.



CAPÍTULO TRES

Yo no duermo en el mar y, cuando rompo la superficie en busca de barcos, el sol y la luna son mis fieles compañeros. En ocasiones nado hacia abajo, buscando consuelo en las profundidades. En sus tinieblas y en el pez víbora, que casi siempre sale disparado.

De vez en cuando creo ver destellos de una vestidura salpicada de estrellas, recuerdo la suave corriente de palabras que evocan imágenes en las mentes. Pero nunca dura mucho tiempo. En vez de eso, tengo pensamientos sencillos que se funden con el mar y los seres que lo habitan. Es más fácil nadar entre azules cambiantes, esquivar a los delfines que me empujan con el hocico para que juegue con ellos antes de regresar al cielo y al aire para reanudar mi búsqueda.

El último día antes del séptimo día de Yemayá, al ascender de las profundidades, el mar y el cielo me sorprenden en plena conspiración. Las nubes se ciernen pesadas sobre unas olas color gris pizarra que ascienden y descienden en picos cada vez más altos, y el aire posee una cualidad densa, un olor como almizclado que casi puedo saborear. Quiero volver a sumergirme, dar la espalda a la tormenta que amenaza con estallar y a la destrucción que traerá, pero entonces atisbo la vela. Un destello blanco entre la escasa luz.

Un barco.

Me quedo flotando un momento y dejo que una ola me arrastre a su cresta. Aun desde la distancia puedo ver que este navío es más grande que el anterior. El viento azota la vela mayor, que se balancea de lado a lado.

Trago saliva con el corazón dando tumbos como el mar.

El viento cobra fuerza y me dispara agujas de lluvia contra la piel. Aguardo, notando el peso de mi melena mojada, que me cubre los hombros como un manto.

Las palabras de Yemayá resuenan en mi mente. Honor. Es un honor que nos ha sido concedido.

Nado hacia el barco bregando contra las fuertes corrientes, porque prefiero deslizarme por debajo del agua, donde la lluvia desmenuza la

superficie, pero no me acribilla la piel. Los tiburones acechan más abajo, dando vueltas y más vueltas, pero no les presto atención, ni ellos me la prestan a mí. No es a mí a quien quieren.

Cuando emerjo, el viento sopla aún más cortante y levanta olas afiladas que crecen hasta alcanzar el tamaño de pequeñas montañas. Veo el navío ante mí, la curva de su casco oscuro arañando la superficie al surcar el agua. El viento transporta gritos lejanos y yo procuro quedarme cerca del barco, lo suficiente para ver sin ser vista.

Y espero.

El día se esconde detrás de las nubes y las olas, tan enmarañadas que es difícil decir dónde termina el viento y empieza el mar. Mantengo mi posición, observando cómo las olas traspasadas de espuma blanca azotan el barco sin tregua. Cabalgando las gigantescas cumbres mientras contemplo la masa de agua cambiante, me pregunto si el navío al completo se hundirá. Me estremezco al imaginar fragmentos de palos, velas, extremidades y sangre en el mar.

Una súbita corriente me empuja hacia el barco a la par que un grito rasga el aire. El trueno estalla seguido de un rayo que fractura el cielo y se precipita entre las nubes para caer justo a la izquierda de la embarcación. El viento transporta más gritos cuando de nuevo me atrapan las corrientes. Opongo resistencia para que no me arrastren a las profundidades y permanezco en la superficie con los ojos fijos en el navío. Hay movimiento a bordo, pero estoy aún demasiado lejos para ver con claridad lo que está pasando. Vacilo, deseosa de acercarme, de ver. Pero sé que es demasiado arriesgado, así que me hundo justo por debajo de las olas a poca distancia del casco.

Cuando unos gritos amortiguados se filtran a través de la superficie del mar, me deslizo por debajo de la quilla de madera. Sembrado de percebes y algas, el casco es tan solo una pequeña porción de las ballenas a las que estoy acostumbrada. Tengo pensado salir por el otro lado del barco, pero me detengo cuando la oscuridad cambia. Debe de haberse abierto una brecha entre las nubes, porque un gran haz de luz penetra en el agua. Me dispongo a nadar hacia él justo cuando un fuerte estruendo restalla en las profundidades entre burbujas que revientan y ascienden. Cuando las pequeñas bolsas de aire se disipan, lo veo.

Un cuerpo.

La piel oscura destella según atraviesa los estratos del mar.

Un niño, un hombre...; no, a medio camino entre ambos.

Llego a su altura justo cuando está descendiendo. Libre ya del cargamento, el barco se aleja a toda velocidad. Las negras cadenas que cuelgan de su piel ensangrentada lo arrastran al fondo envuelto en burbujas que revientan a su alrededor. Yo nado a su encuentro desde

abajo, clavando los ojos en la planta pálida de sus pies y luego en sus dedos desplegados. Hay dolor en cada gesto de su cuerpo y yo lo noto en el corazón. Lo ahuyento y me concentro en él, en honrar su vida.

Atrapo un pie con cuidado para atraer al muchacho hacia mí. Las cadenas me golpean el cuerpo cuando le rodeo los músculos del abdomen con los brazos. Su piel está caliente al tacto en contraste con la frialdad del agua y el mar se tiñe de rosa con su sangre.

Demasiada sangre.

El corazón me late con fuerza cuando nuestros pechos se unen. Su piel compite con la mía en calor y adivino que la vida acaba de abandonarlo. Pego los labios a la concha de su oreja y los bucles de mi melena negra rozan la piel de los dos. Su cuerpo evoca el sol y gigantescos árboles de caoba con una pulpa de un marrón delicado bajo la corteza. Le doy la vuelta para tenerlo de frente y mis dedos descienden por sus costillas cuando abro los labios para pronunciar las palabras de Yemayá. Pero antes de que empiece a hablar, sus ojos se abren y unas pupilas negras los devoran.

Impresionada, empujo al muchacho para apartarlo. Flota de espaldas hacia la oscuridad del mar sin dejar de arañar el agua.

No esperaba encontrarme a una persona viva. Nunca había encontrado a nadie con vida.

El muchacho me mira con unos ojos enormes.

Ojos castaños, muy separados.

El color evoca ecos en mi memoria. Es un tono vibrante que me recuerda a algo... A alguien. Una sacudida del agua me arrebata los recuerdos, pero por una vez los recupero.

Una vestidura color azul medianoche. Estrellas que destacan en la suntuosa tela. La imagen sigue ahí. Juego con ella mientras el mar nos abraza. Una voz suave como la seda.

Os voy a contar un cuento. Y no es un cuento cualquiera.

Los mismos ojos marrones salpicados de ámbar oscuro y un hoyuelo que es símbolo de belleza, también, justo encima de la ceja izquierda y no cerca de los labios.

Mi madre.

Se me saltan unas lágrimas, que se funden con el mar al instante mientras un tiburón acecha más cerca. Aferro las muñecas del muchacho por instinto y lo arrastro hacia mí. Los ojos que estaban abiertos empiezan a parpadear cuando los últimos restos de aire escapan de su boca. Morirá si no hago algo. Una oleada de terror me recorre y lo sujeto con más fuerza. Con un golpe de cola, nos impulso a los dos hacia el sol, que reluce a través del agua, ondulado por las olas.

Una sonrisa radiante. Rebosante de alegría, de amor. Aferro el

recuerdo con todas mis fuerzas y dejo que me inunde mientras nado con más fuerza, con más rapidez.

Cuando salimos a la superficie, todavía lo tengo sujeto, acunando su cabeza contra mi pecho. El mar está agitado y cabeceamos juntos mientras él respira con ansia.

Está vivo.

El aire sigue impregnado de la potencia y el ardor de los rayos, pero las nubes viajan raudas hacia la delgada línea roja del horizonte. La piel del chico está helada ahora y su pecho sube y baja a toda prisa. Miro los rizos prietos de su cabeza y noto sus manos laxas en mi cintura, aferrándose apenas.

Está vivo.

Es lo único que puedo pensar cuando vuelvo la cara hacia el cielo. Alabada sea Yemayá.

El mar se torna más frío mientras nado entre las olas cargando el peso muerto del muchacho. Todavía respira, pero no por mucho tiempo, no a menos que consiga sacarlo del agua. «Piensa», me digo cuando bajo la vista de nuevo a su espeso pelo negro.

Y entonces atisbo la aleta que surca las aguas.

El tiburón se sumerge al instante, pero ya lo he visto. Y al mirar con atención el agua acribillada por la lluvia, veo más, tres como poco.

—*No* —les digo—. *Marchaos*.

Uno se retira, pero los otros dos permanecen. Nado más rápido, sostengo al muchacho más cerca. Su sangre resbala por mis manos desesperadas mientras una silueta oscura enfila por el mar directa hacia nosotros. Aferro el cálido cuerpo del chico contra mi pecho tratando de mirar por debajo de las olas.

Los tiburones no me obedecen.

CAPÍTULO CUATRO

Me alejo nadando de las aletas oscuras y de las aguas turbulentas. La lluvia ya no azota la superficie, pero el muchacho que llevo en brazos está frío. Lleva demasiado rato en el mar. Según cabalgamos las altas crestas de las olas, hago lo posible para mantener su cabeza por encima del oleaje.

Si no lo pongo pronto a salvo, morirá. La única tierra firme que hay cerca, la isla de Yemayá, me viene a la mente justo cuando veo el filo de una aleta surcando el agua. Otra más hace lo propio y yo me obligo a parar un momento, a pensar. Sosteniendo al muchacho lo más arriba que puedo con un solo brazo, hundo la cara en el mar y oteo las profundidades. Distingo los lomos azulados de dos tiburones que nos acechan.

—*No* —les digo—. *Marchaos. Este no*.

Uno de los animales obedece mi advertencia y se hunde en las profundidades, pero el otro, el más grande, se queda.

Me echo los brazos del chico por encima de los hombros para nadar más deprisa y lo arrastro a través de las aguas. Apenas respira ya. Puedo conseguirlo, pienso cuando veo las rocas de la cala de Yemayá. Hay un revuelo en el agua y el chico grita, pero no me atrevo a parar para saber qué ha pasado. Proyecto toda mi voluntad en la siguiente orden.

—*Vete. ¡Ahora!*

No espero a averiguar si ha funcionado. Clavo la mirada en la franja de arena que se extiende más allá de las rocas. Cruzo como una flecha las aguas serenas de la cala y, solo cuando lo arrastro por la rompiente, me detengo a pensar en lo que acabo de hacer. Cojo aire cansada y parpadeo.

Le he arrebatado este muchacho al mar.

Lo he salvado.

Se me revuelven las tripas al pensar lo que me dijo Yemayá hace apenas unos días.

«Lo único que necesitas, lo único que debes hacer, es recoger las

almas de los que pierden la vida en el mar, y juntas pronunciaremos una oración para bendecirlos en su viaje de regreso a Olodumare. Esa es tu misión. Nada más y nada menos».

Se suponía que debía recoger el alma del chico, no su cuerpo. Me lo recalcaron y yo accedí. Pero estaba vivo. ¿Debería haber esperado a que muriera? ¿Haber flotado entre los restos de su sangre mientras se le llenaban los pulmones de agua? Niego con la cabeza cuando un pensamiento, no, un recuerdo aflora a mi mente.

Un dolor tan hiriente como el fuego y bandas de hierro en torno a las costillas. La opresión en el pecho empeora cuando el agua me empuja hacia abajo y me hundo sin dejar de arañar las oscuras tonalidades azules, aunque me alegro de estar en el mar, lejos de los oyinbos. Consigo mirar un momento hacia arriba. El barco, su casco grande y negro, se desliza por la superficie y me deja atrás. Experimento paz ante esto, mientras mis ojos se apagan, aunque noto mi pecho contraerse, los ojos agrandarse y las piernas patear contra la negrura de las profundidades.

Todavía recuerdo el desgarro de la muerte abriéndose paso a mi alrededor y a través de mí. Con el cuerpo inerte del chico acurrucado entre mis brazos, pienso en sus ojos castaños, el tono vibrante aún en las profundidades del mar, y sé que no podía verlo morir. Yemayá nunca me habría pedido eso, estoy segura. Ni ella ni ninguna Mami Wata.

Nado hacia tierra firme, ansiosa por dejarlo en la arena sano y salvo. Sin embargo, mientras lo arrastro por la orilla y su largo cuerpo roza los bancos de arena que asoman justo por debajo del agua transparente, me pregunto qué voy a hacer con él.

El chico se ha desmayado durante el viaje, las extremidades y la boca le cuelgan exangües, las pestañas son pinchos negros contra su piel. Lleva una vestidura azul oscuro atada a la cintura que le cubre los muslos. Lo tiendo sobre la arena blanca dejando que el agua le acaricie los pies y me inclino para examinarle la cara. Tiene unos labios llenos y unos pómulos altos, sus rasgos recuerdan a la efigie de un rey esculpida en terracota. Alargo la mano hacia él y me detengo antes de sacudirle la arena de los breves rizos, porque me doy cuenta de que su pecho no se mueve.

A toda prisa, lo coloco de lado para que el agua salada escape de su boca. El alivio que me inunda cuando jadea para coger aire desaparece tan pronto como le miro la espalda. Jirones de piel

arrancada revelan las listas blancas del músculo. Me quedo helada. La bilis me quema la garganta y me la vuelvo a tragar, incapaz de apartar la vista. Ahora entiendo por qué los tiburones estaban tan ansiosos. Esto es mucho peor que la herida de la ceja, que todavía sangra. La ira late en mi cuerpo mientras contemplo la carnicería de su espalda y reconozco los desgarros como los azotes que son, sabiendo muy bien qué las ha infligido. Mis dedos planean sobre la piel dañada cuando el muchacho tose. Quiero decirle que lleve cuidado con las heridas, pero antes de que pueda hacerlo, se vuelve y me clava la mirada.

Sus ojos marrones me recuerdan de nuevo a mi madre, a las estrellas de la medianoche en un vestido azul índigo, y salgo de la orilla reptando, sin pensar lo que estoy haciendo, mientras el sol se derrama sobre mi cola. Cuando las escamas rosa dorado se transforman en piel oscura y en vestidura suave sobre la arena, advierto que el muchacho observa con atención la aparición de las piernas, las rodillas y los pies. Es demasiado tarde para zambullirme en el mar. Sus ojos se agrandan según contempla la totalidad de mi cuerpo, la vestidura que ahora lo ciñe, la maraña de mi pelo. Yemayá nos advirtió contra las miradas indiscretas de los seres humanos, pero ¿acaso esto no es distinto? Él no me ha perseguido ni me ha sorprendido. Dudo que pudiera hacerme daño, aunque quisiera. Además, pienso mientras el chico me sigue mirando, él ya me ha visto como Mami Wata.

No había estado tan cerca de nadie desde mi transformación y no puedo resistirme a acercarme, a regodearme en los pequeños nudos de su pelo, en la piel grisácea y reseca de los codos. Está débil, lo noto en la postura que adopta, con un hombro caído, dislocado. El muchacho me contempla mientras yo le miro los pies, mucho más grandes que los míos, y luego otra vez el rostro. El corte que tiene en la frente está en carne viva. Alargo la mano, ni siquiera sé por qué razón. Él retrocede y levanta unos puños con los nudillos arañados e hinchados, y las cadenas de sus grilletes tintinean cuando vuelve a incorporarse con restos de violencia en la mirada. Acobardada, doy un paso atrás, también con los puños cerrados. Los dos respiramos agitadamente, nos miramos con desconfianza. Pienso en el dolor que siente, en lo que sufrió en el barco y antes de eso. Conteniendo las lágrimas, quiero decirle que lo entiendo, que nunca le haría daño, pero no lo hago. Me retiro para darle tiempo. El muchacho deja caer las manos y sus hombros se hunden tras el esfuerzo.

—¿Qué eres? —Las palabras surgen roncas de sus labios encostrados y blancos de sal marina.

Habla yoruba, creo. Mami Wata, Yemayá, sirena, quiero decirle. En vez de eso, respondo:

—Me llamo Simidele. Por favor, descansa.

Repta hasta la sombra de una gran platanera, lo más lejos de mí que puede, antes de perder la conciencia de nuevo.

Cuando vuelvo andando hacia la playa, todavía estoy temblando. Las articulaciones de las piernas y los pies me crujen según se ajustan a la pendiente de la arena. Trastabillo y casi me caigo, deshabituada a avanzar algo más que unos pocos pasos. La arena, blanca y ardiente tras el calor del día, me quema los dedos y la planta, se cuela entre los huecos y me escalda el resto del pie.

Entro hasta la rompiente y me hundo entre las aguas movedizas. Cuando mi cola aparece, me deleito en la ingravidez que el mar me proporciona. Me vuelvo hacia la costa y miro el bulto oscuro que es el cuerpo del chico. No tengo claro cuánto rato dormirá o si volverá a despertarse siquiera. Casi sería más fácil si no lo hiciera. Yemayá solo aparece si la invocas, pero el desasosiego todavía me revolotea por dentro.

Nunca antes había encontrado a nadie vivo.

Tal vez debería haberlo dejado en el mar. Pero entonces recuerdo su cuerpo quebrado y mi decisión me parece acertada. He visto demasiada muerte. Demasiadas almas en estas últimas semanas. Esta vida suya es un regalo, me digo, aunque no sepa qué hacer con ella.

El mar me arrastra, las fuertes corrientes tiran de mi cuerpo. Podría nadar y seguir nadando hasta que la isla no fuera más que un punto en el horizonte. Está vivo. Podría dejarlo allí y olvidarme de todo.

Mientras me sumerjo en las aguas transparentes de la cala, me permito recordar los ojos castaños del muchacho, el hoyuelo que tiene justo encima de la ceja. Se morirá si lo abandono a su suerte y entonces mi rescate habrá sido en vano. Pero ¿qué más puedo hacer? Rozo un arrecife de coral, tan rojo como la rabia y la frustración que me embargan. Pienso en la espalda despellejada del joven, en sus ojos grandes y en su piel destrozada. Podría llevarlo al continente, pero está demasiado lejos. No sobreviviría a las corrientes y al frío mucho tiempo. Si lo escondo en la isla hasta que esté lo bastante recuperado para viajar, tendré que asegurarme de que ninguna de las otras Mami Wata lo vea si mañana acuden a invocar a Yemayá.

Suspiro dentro del agua. A pesar de mis dudas crecientes, sé que no puedo abandonarlo.

Dando una voltereta en el mar, pongo rumbo a la isla. La decisión

está tomada. Lo ayudaré a recuperarse y luego lo llevaré al continente. Necesitará agua y comida. Seré cuidadosa para que nadie lo vea. Llamo a los peces que nadan incautos a mi alrededor y capturo rauda unas cuantas alachas de un banco. Salgo a rastras de la orilla, limpio y destripo los pescados con una piedra afilada antes de dejar la carne junto al muchacho para que tenga comida cuando despierte. Me quedo la piedra. Su borde serrado me tranquiliza.

Vigilo al chico dormido mientras tejo una cesta de hojas. Solo me separo de él para recoger un poco de agua del pequeño estanque que hay justo pasada la linde de la arboleda. Tiene la piel muy oscura, rojiza, casi resplandeciente. De hombros anchos y piernas largas, el muchacho tendrá más o menos mi edad, no más de diecisiete o dieciocho años. Observo sus manazas y, cuando mis ojos se posan en las muñecas, trago saliva con dificultad. Las cadenas negras son unas gruesas anillas que le rodean la piel inflamada. Debe de dolerle mucho. No puedo quitarle los grilletes, pero sí ayudarlo con los verdugones.

Tras dejar el cuenco de agua y el pescado envuelto en una hoja de platanera, me encamino otra vez a los matorrales. La lechuga silvestre está donde recordaba, son unas hojas verdes y alargadas con unas cuantas flores moradas. Recojo tanta como puedo transportar y regreso a la playa. El pecho del chico todavía sube y baja con regularidad mientras duerme. Aun con las piernas dobladas y recogidas en postura de protección, parece grande.

Machaco las hojas a conciencia y avanzo sin hacer ruido para introducirlas con suavidad debajo de las argollas de hierro. Hay espacio suficiente y, mientras encajo la última tira entre la piel y el grillete, el muchacho se despierta de golpe y se mueve más deprisa de lo que debería ser capaz. Antes de que pueda apartarme, me aferra la muñeca con la otra mano y me la estruja tan fuerte que me rechinan los huesos. Yo grito e intento retirar el brazo, pero él tira de mí para que me acerque. El tufo a sal, sangre y sudor resecos se hace patente entre los dos. Busco con la mirada la piedra afilada, pero está junto a la cesta que estaba tejiendo, demasiado lejos, y el terror inunda mi pecho. Abro la boca para hablar y sus ojos cada vez más enfocados se anclan en los míos.

—¿Qué estás haciendo? —pregunta con rabia. Mira a un lado y a otro con expresión torva—. ¿Dónde estoy?

Le muestro las hojas, pero solo me suelta cuando examina su otra muñeca, vendada con las hojas machacadas. Trastabillo hacia atrás y acabo por caer al suelo, sintiéndome ridícula y tonta. Nos miramos, mis ojos entornados y dolidos, los suyos ensombrecidos por el arrepentimiento.

—Lo... —El muchacho se frota las manos por encima de la cabeza y se vuelve hacia el mar—. Lo siento —dice en dirección a las olas. Su voz suena ronca, quebrada por una garganta desgarrada. Es la voz de alguien que ha gritado hasta desgañitarse.

Me quedo sentada en la arena un instante mientras mi corazón se apacigua, asimilando su disculpa. Cuando vuelvo a ponerme en pie, recojo las hojas.

—Te ayudaré. Con el dolor y las heridas.

El muchacho levanta la vista y dejamos que el silencio se alargue entre los dos según nos evaluamos con la mirada. Y entonces asiente. Avanzo hacia él despacio, tratando de no hacer caso de las molestias en la planta de los pies. Me ofrece la muñeca para que introduzca lo que queda de la pasta debajo de sus grilletes.

—Deja que le eche un vistazo a tu espalda —le pido, aprovechando su disculpa para poder proseguir con mi cura.

El chico se da la vuelta con dificultad y yo ahogo otra exclamación cuando le examino los omóplatos y la carne desollada más abajo. Tiene tres desgarrones profundos. Frunzo el ceño, presa de una ira renovada, antes de aplicar el resto del emplasto a las heridas. Él no se mueve ni hace el menor ruido, pero advierto en su perfil la tensión de la mandíbula. Cuando termino, no me da las gracias y yo no puedo evitar apretar los dientes.

«Le duele —me digo—. Ten paciencia». Empujo hacia el muchacho la cesta con el agua y el pescado envuelto. Él retira la vista del mar para mirarme brevemente.

—Es para ti —le digo sin más. Empujo la comida y le acerco el agua.

Él acepta la cesta y, sin despegar sus ojos de mí, bebe con tanta avidez que el agua se le derrama por las mejillas. Cuando desenvuelve el pescado, se le resbala entre los dedos y casi acaba en la arena. Tras atraparlo con sus manazas, se lo come despacio, con cuidado, masticando muy bien cada bocado. Una vez que ha dado cuenta de todo menos de la cabeza, se retira la carne de entre los dientes y se enjuga los labios.

—Has sido tú la que me ha sacado del agua, ¿verdad? —Un destello de curiosidad le ilumina los ojos mientras cambia de postura —. ¿Dónde está tu cola? —No digo nada. Él desliza la mirada por el brillo de mi vestimenta hasta mis rodillas—. ¿Convertida en piel y piernas?

Me planteo no responder, pero sé que me ha visto cambiar hace un rato.

—Sí.

Tan pronto como la palabra sale de mis labios vuelvo a pensar en

lo que diría Yemayá acerca de revelar mi naturaleza a un ser humano. Otra oleada de culpa me inunda.

Abre la boca para seguir preguntando y luego cambia de idea. Nos observamos, el muchacho y yo, ambos surgidos del mar. Todavía encorva los hombros y exhibe un gesto enfurruñado, pero se relaja lo suficiente para tomar otro sorbo de agua. Cuando toca las hojas que le rodean la muñeca y alza la vista hacia mí, la sorpresa ilumina su semblante.

—Ya me duele menos.

—No lo toques —le digo a la vez que le doy la espalda.

Todavía no me ha dado las gracias. ¿Acaso me ha tomado por un monstruo? Y luego recuerdo el momento en que me ha visto, una sombra en el mar entre tiburones que lo arrastraba a través de las olas, y de nuevo me vuelvo hacia él.

—Hay más —le digo al tiempo que le muestro otra alacha. Cuanto antes se recupere, antes podré sacarlo de la isla.

El chico asiente y desplaza los ojos por la playa desierta. Yo abro el pescado con los dedos y le extraigo las vísceras. La comida tiene buena pinta, pero no me guardo nada para mí. Él la necesita más que yo. Y si se cura deprisa, quizá pueda llevarlo al continente por la noche.

—Deberíamos limpiarte bien las heridas.

El muchacho niega con la cabeza y espera mientras yo destripo el pescado con la piedra afilada. Me inclino hacia delante para ofrecérselo, pero él se aparta, de modo que lo envuelvo en otra hoja y lo dejo sobre la arena. Solo cuando me aparto, el chico coge la alacha y devora las blancas tiras de carne.

—No me quieres cerca —observo retorciéndome los tirabuzones mojados entre los dedos. Tengo la piedra a mano.

—Podría decirte lo mismo —responde. Se calla mientras hurga en la espina del pescado. Parece ser que la comida no solo le ha proporcionado esas energías que tanto necesitaba, sino también valor para hablar—. Pero no es eso.

Pero sí es eso, pienso yo al tiempo que giro la cara para otear el horizonte. Intento pasar por alto cómo me hace sentir. Como si yo fuera algo que inspira miedo. ¿Acaso él no da miedo, con esos puños y la rabia que todavía proyecta? Me froto la muñeca, ahora envuelta en pequeñas magulladuras.

—¿Dónde estamos? —Esta vez el muchacho permanece consciente el tiempo suficiente para escuchar mi respuesta—. ¿A qué distancia del reino de Oyo?

—Esto es... una pequeña isla. Estamos a poco más de un día del continente.

—¿Por qué estabas allí? En el mar...

El chico tose, todavía ronco.

Me vuelvo a mirarlo y compruebo que exhibe una expresión más plácida. La ansiedad está ahí, pero ya no es tan palpable. Hace una mueca y se desplaza por la arena torciendo los labios a causa del dolor que le produce el movimiento.

—Estaba ahí para ayudar.

Me recojo la melena por encima del hombro y peino con los dedos las puntas enredadas.

—¿Ayudar?

Guardo silencio, todavía con las sortijas de pelo negro entre los dedos, mientras medito mi respuesta. Pero él ya ha visto demasiado y no creo que perjudique a nadie compartiendo parte de la realidad.

—Para bendecir el viaje de los que pierden la vida en el mar.

—¿Para recoger a los muertos?

Una vestidura de color mango, piel oscura magullada y trenzas deshechas.

—Si quieres describirlo así...

—Yemayá —susurra entre los labios agrietados, con los ojos fijos en mí.

—¿Qué has dicho? —pregunto alzando la voz por la sorpresa—. ¿Qué sabes de Yemayá?

—Sé que es Mami Wata y una poderosa orisha. —Ahora está sentado. Tiene los dedos húmedos del pescado y rebozados de arena. Me impactan los rasgos rotundos de su cara, las abruptas líneas de los pómulos, la curiosidad de su mirada—. Sé que es la madre de todas las orishas. Protectora y... fiera. —El chico me observa otra vez, ahora con un destello calculador en los ojos—. He oído historias de las Mami Wata. ¿Yemayá te convirtió en eso? —Endereza la espalda, pero todavía guarda las distancias—. ¿Quién eras... antes?

Sus palabras renuevan mi enfado y, cuando mis dedos se quedan atrapados en un nudo de cabello, tironeo con rabia. ¿Por qué tiene que hacer tantas preguntas? Me concentro en deshacer el enredo sin mirarlo a los ojos. No le digo que no lo recuerdo todo, que transformarse en esto consiste en parte en olvidar quién eras antes. Que recupero recuerdos cuando tengo piernas en lugar de cola y que, por eso, a diferencia de otras Mami Wata, yo me transformo, aunque no tenga necesidad de hacerlo. Porque quiero recordar quién era.

—Eso da igual —respondo cuando decido no entrar en detalles—. Lo que importa es ayudar a las almas a regresar a Olodumare.

—En ese caso, doy gracias de que me encontraras —dice el muchacho entre las últimas luces del día, inclinándose hacia delante —. No necesito regresar todavía, pero sí necesito otra cosa. —Levanta

la mano y yo me aparto, pensando en los dedos férreos de antes. Al reparar en mi gesto, el chico se detiene. Luego se fija en la arruga de mi frente, respira hondo y se echa hacia atrás—. Solo pretendo preguntarte si me ayudarás.

—Ya te he ayudado.

Guardo silencio un momento al recordar el impacto que me ha producido ver sus ojos abiertos, encontrarlo vivo en el agua y arrastrarlo hasta aquí, a la isla de Yemayá.

El chico se inclina de nuevo entre el tintineo de sus grilletes. Si bien aún guarda las distancias, en sus ojos brilla un ansia que solo puede significar que quiere algo más.

—Simidele, por favor. Necesito volver a casa. —Es la primera vez que usa mi nombre, la primera vez que un ser humano lo pronuncia desde hace meses. El sonido abre una grieta en un pesar que llevo dentro y me sorprendo deseando que lo repita—. Llévame ante Yemayá.

Su voz queda se me enrosca como el humo, como una voluta de miedo y anhelo entrelazados.

Parpadeo sorprendida y enderezo la espalda.

—¿Por qué?

Yo quiero mantenerlo alejado de Yemayá, no llevarlo ante ella.

—¿Es una orisha poderosa?

—Sí, la madre de todas las orishas —respondo incómoda. Vuelvo la vista un momento hacia la bahía en calma, casi esperando que las aguas se dividan, que la piel de ébano y la corona de oro asomen por la superficie.

—En ese caso, seguro que se apiada de mí y me ayuda a regresar a mi hogar —dice en voz baja. Sus ojos destellan al sol brillante—. Te lo suplico. Por favor. —El chico parpadea y una lágrima solitaria recorre la ladera de su mejilla antes de que se la enjugue con brusquedad—. Tengo que volver a mi aldea. Si no lo hago, más valdría que me hubieras dejado morir en el mar.

CAPÍTULO CINCO

¿Acabo de rescatarlo y ya me está pidiendo más? Me levanto trastabillando, con el corazón en un puño ante la idea de ayudar a este muchacho a invocar a Yemayá. Las dudas inundan mi vientre y hundo los dedos de los pies en la arena. «En realidad no sabes cómo reaccionará Yemayá —me digo, aunque el desasosiego revolotea dentro de mí—. Puede que se sienta orgullosa de ti por haber salvado una vida». Y entonces recuerdo el abrazo de la orisha cuando hablamos de mi cometido, la implacable opresión de sus brazos y cómo me quedé sin aliento cuando me estrujó con más fuerza. Sería mejor que intentara esconderlo en la isla hasta que pueda marcharse. El muchacho se me acerca, más que en cualquier otro momento anterior. Levanto la vista hacia su rostro, hacia la necesidad grabada en las líneas de sus cejas arqueadas.

—¿Cómo te llamas? —le pregunto desafiándolo con la mirada. El eco de sus palabras desesperadas se me aloja más adentro en la piel, donde compite contra el miedo.

El muchacho frunce el ceño y su boca adopta un mohín de fastidio.

—Adekola. Kola.

—Kola —repito, paladeando la vocal mientras miro hacia el mar que se oscurece. Ansío sus olas frías y sus sencillas profundidades antes que enfrentarme a los ojos metálicos y al rictus severo de los labios de la orisha—. No te puedo ayudar a invocar a Yemayá. Pero cuando hayas recuperado las fuerzas, te llevaré al continente.

—No. —Kola levanta las muñecas y hace una mueca cuando la piel de su espalda se tensa—. No es suficiente. Tardaría demasiado. Tengo que llegar antes. Yo... —empieza con rabia y luego niega con la cabeza. Cierra los puños y los estampa contra la arena.

Me contengo para no apartarme, pero me aseguro de estar lejos de su alcance. Observo al chico que hace tan solo un rato parecía tan indefenso y que ahora respira agitado con los puños hundidos en la arena. Su sufrimiento es palpable en la postura de sus hombros y en el

ángulo de su cabeza.

—¿Qué te pasó? —le pregunto con voz queda—. ¿Por qué tienes tanta prisa por volver a casa?

Kola guarda silencio un momento y luego suspira. Se pasa la manaza por el pelo y después la desliza por su cara.

—Me capturaron y me... vendieron. Me metieron en el barco de los oyinbos hace unas semanas. Era el barco del que me lanzaron al agua cuando me encontraste.

Sus palabras desatan algo dentro de mí. Un recuerdo de gritos, cuerdas y rostros pálidos. Intento aprehenderlo, pero se escurre y solo deja tras de sí nudos en mi barriga.

Me vuelvo hacia Kola y veo en su rostro la misma clase de sufrimiento cuando intenta separar las muñecas a base de tirones en las cadenas. Quiero decirle que pare, que va a empeorar las heridas, pero no hablo.

—Si no llego pronto a casa..., podría pasar algo peor.

En sus palabras se entreteje un dolor que es el vivo reflejo del que yo llevo enterrado dentro.

Kola cierra la boca tras la última palabra con los dientes apretados, pero percibo el temblor de sus labios, noto la angustia que emana en ondas casi palpables. Hay más, pienso, aunque no le insisto para que me lo diga. Eso no lo haría cambiar de opinión, no modificaría el riesgo que está dispuesto a correr.

Intento adivinar qué diría Yemayá, que haría si lo llevara ante ella. ¿Me castigaría? ¿O a él? Imagino que intento ocultarlo y Yemayá lo descubre de todos modos. Es probable que intuya la presencia de alguien ajeno a las Mami Wata en su isla sagrada. Me parece que en cualquier caso la orisha va a averiguar que Kola está aquí, va a descubrir lo que he hecho.

Acaricio el zafiro que llevo colgado al cuello, pensando en la mujer que se hundió bajo las olas y en las imágenes sueltas de su vida. Pude bendecir su alma, pero eso fue todo. En el caso de Kola, tengo la oportunidad de hacer más.

—Entraña riesgo para los dos. —Inspiro hondo y suelto el aire, dejando que la corriente de palabras atraviese mis labios antes de pensar lo que estoy diciendo—. Pero te ayudaré a invocar a Yemayá.

Kola levanta la mirada y los últimos rayos de sol iluminan el destello de alegría en sus ojos.

—¿Ahora?

Niego con la cabeza a la vez que aliso la arena con los dedos.

—Tenemos que esperar a mañana.

Así por lo menos tendré tiempo de pensar qué le voy a decir a Yemayá. Kola se levanta a trompicones con los ojos entornados.

—¿Por qué? —pregunta en un tono hosco y ahogado de rabia.

Frunzo los labios y aspiro entre dientes ante la pregunta. No solo no se ha mostrado agradecido, sino que por lo visto carece de paciencia. Me pregunto qué tono empleará para hablar con Yemayá y de nuevo me embargan las dudas sobre mi promesa.

—Hay que esperar al séptimo día. En caso contrario, no acudirá.

Kola coge un guijarro de la playa y lo tira, por más que el movimiento le duela.

—¡No puedo esperar! —dice.

—¡Llevas semanas lejos de tu hogar! —le recuerdo en tono firme. La cólera aumenta el volumen de mis palabras—. Una noche no cambiará nada.

—¡Sí cambiará! —Kola jadea, aunque intenta tranquilizarse—. Cambiará —vuelve a probar, ahora en tono más calmado.

Me pongo en pie, tan irritada que ni siquiera hago caso de las molestias en los músculos, entumecidos por llevar tanto rato sentada. Kola habla igual que un niño mimado y sus exigencias están agotando la poca paciencia que me queda. Cuando camino hacia él con paso rígido, me deja acercarme tanto que le veo los surcos de la frente.

—Mañana es el día de la orisha, el único en que se la puede invocar —insisto. El enfado afila mis palabras—. Una noche. No depende de mí. O eso o nada.

Kola no responde, pero advierto que se le dilatan las fosas nasales y cierra los puños. Lo dejo con su rabia y me quedo con la mía poniendo entre los dos un trecho de arena y aire fresco. El muchacho asiente por fin antes de alejarse enfadado hacia las rocas que se elevan abruptas y de color gris antracita. Escala la oscura masa de piedra que se encarama sobre la playa mientras las olas se estrellan contra la orilla.

La frustración de Kola es palpable y pese a todo me encojo cuando empieza a estampar una y otra vez los puños amarrados contra la roca con la intención de romper los grilletes, valiéndose del filo de la piedra. Debe de dolerle, pero no se detiene y, alentado por su propia rabia, descarga las manos una última vez antes de extraer las argollas rotas. La silueta de Kola sujetando los grilletes se recorta contra la luna que brilla tras él y lo veo tirarlos al mar con un grito estrangulado de pura cólera.

Después encorva los hombros, desfallecido tras el esfuerzo. No puedo reprocharle que sienta tanta rabia. Los grilletes le recuerdan lo que ha vivido y me alegro de que se hayan hundido en el mar. La noche cerrada cae sobre nosotros cuando el muchacho vuelve a la playa. Se tiende en la arena, a mi lado, todavía entre resuellos, y mira las tinieblas marinas.

—Entonces..., ¿mañana? —pregunta. Yo interpreto sus palabras y su tono suave como un gesto de reconciliación.

—Sí.

Kola guarda silencio por un momento y escuchamos el fragor de las olas que restallan contra las rocas.

—Nunca pensé que fuera a conocer a una Mami Wata.

Se vuelve a mirarme con el rostro envuelto en sombras.

Yo no respondo al instante. Me estiro un rizo.

—Descansa. Te ayudará a recuperarte.

Kola me observa un momento antes de alejarse. Dobla el espacio que nos separa y utiliza el hueco del brazo como almohada, la arena como cama. Al poco, la curva de su espalda se relaja. Lo veo respirar y recuerdo la sacudida de su pecho cuando le he apoyado la palma, el calor de su sangre latiendo bajo la piel. Luego me acomodo en la arena cada vez más fría e intento mantener los ojos abiertos hasta que ya no puedo más.

El barco cruje a mi alrededor, mecido por el balanceo violento y antinatural de las olas. La oscuridad me envuelve y el hedor iguala en intensidad a la pena y el terror que impregnan el fétido aire. Un miedo ardiente se ha abierto paso hasta la última fibra de mi ser. No sé dónde termina él y dónde empiezo yo. Abro la boca para gritar, con la dentadura al descubierto y las manos como garras, y entonces...

—Simidele. ¡Simi! Despierta.

Obligo a mis ojos a abrirse bajo un cielo negro cuajado de estrellas. Kola está inclinado sobre mí y me sacude el brazo con una mano. Me siento, me palpo las piernas y doblo las rodillas para abrazármelas.

—Estoy bien.

—Estabas gritando —dice Kola y yo me aparto para que me deje en paz.

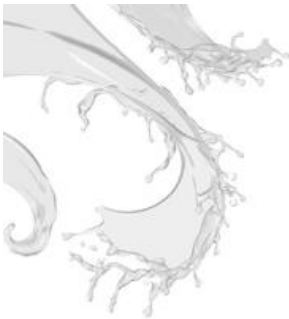
Los recuerdos que acuden a mi mente no siempre son los que ansío. Me alegro de que algunos se diluyan en el mar. Nos quedamos sentados en la oscuridad aterciopelada escuchando el restallido de las olas contra la orilla. Yo guardo silencio. Dejando que la brisa nocturna me envuelva, respiro hondo y me sujeto las rodillas con las manos para evitar que tiemblen. Kola no vuelve a tocarme, pero todavía noto la presión de sus dedos en mi piel.

—¿Qué pasa?

Está tan cerca que percibo el nudo en su garganta.

Esta vez creo conocer la respuesta a su pregunta.

—Tú has estado en un barco —le digo y deslizo los dedos por la arena—. Ya lo sabes.



CAPÍTULO SEIS

Kola dormita cuando el sol asoma entre tonos melocotón y carmín que transforman el violeta intenso del mar en azul acero. No he vuelto a dormirme. No podía. En vez de eso, he usado el frío de la noche para permanecer despierta y concentrarme en mi ciudad, en los recuerdos de un hogar que revolotean dentro y fuera de mi mente.

A mi lado, Kola se revuelve. Se sienta y se mira las muñecas. La cataplasma está seca y ahora solo le quedan copos adheridos a la piel.

—Te pondré un poco más —le digo. Me levanto antes de que pueda protestar—. Espérame aquí.

Cuando vuelvo, Kola me observa con recelo. Yo reduzco el paso y le muestro las hojas de color verde oscuro casi como si le presentara una ofrenda. Me pregunto si me dejará aplicarle las hierbas.

—¿Puedo...?

Me contempla cuando me planto delante de él y luego me arrodillo para mirarlo a los ojos. Levanto las manos y espero. Kola baja la vista hacia la lechuga silvestre antes de mirarme otra vez. Intento esbozar una pequeña sonrisa a la vez que alargo la mano hacia sus muñecas. Al ver que no se aparta, respiro aliviada.

—¿Cómo sabías qué usar?

Lo pienso. No me acuerdo y el olvido me pesa con una fuerza demoledora que de repente me deja agotada. Pero nada de eso guarda relación con Kola, de manera que me encojo de hombros y sigo estrujando hojas hasta que están blandas y maleables. Cuando termino, le envuelvo con las tiras las llagas abiertas en su piel.

—Gracias. —Kola lo dice en tono quedo pero firme, y me parece sincero—. Perdona otra vez. Por... sujetarte con tanta fuerza. Por...

—Casi te ahogas —lo interrumpo. Empiezo a aplicarle las hojas machacadas sobre la piel. Pero su disculpa me quita un peso de dentro y hago todo lo que puedo por proceder con delicadeza. Cuando termino la cura de las dos muñecas, le aplico el emplasto en las heridas de la espalda, que se resisten a cerrarse, antes de sentarme en la arena, todavía a cierta distancia.

—Simidele, ¿ahora podemos invocar a Yemayá?

Agrando los ojos de golpe. Me recuerdo que no tengo alternativa, pero solo de pensar lo que la orisha pueda decir o hacer se me revuelven y se me anudan las tripas.

—Tal vez no te conceda lo que deseas —le advierto. Me llevo los dedos a la melena para trenzar los mechones sueltos que alcanzo—. Nunca le he traído nada más que almas.

Kola se vuelve a mirarme y de nuevo sus ojos me pillan desprevenida, son marrones, pero están surcados de ocre. Tiene un rostro franco, aunque abrupto, y si bien es tan alto que descuella por encima de mí, la escasez de pelo en la barbilla y en las tersas mejillas delata su edad.

—¿Tendrás problemas?

La suavidad con que Kola formula la pregunta me provoca desasosiego. Me trae a la mente su actitud casi tierna cuando me despertó de la pesadilla. Las yemas de sus dedos en mi piel. Quiero decirle que no importa. Ya es demasiado tarde.

Me vuelvo de espaldas al mar y señalo la zona donde los matorrales asoman a la playa, donde los arbustos con flores se derraman hacia la arena.

—Tendrás que coger siete de esas flores. Escoge solo los colores de Yemayá, blancas y azules.

Kola asiente y se encamina hacia el lugar que señalo. Tarda un rato en elegir las flores y, cuando su selección le satisface, se da media vuelta, las lleva en el cuenco que forman sus manos. Me gusta cómo las sostiene, con delicadeza, como si no quisiera aplastar los pétalos.

—Debes ofrecérselas al mar —le digo retorciéndome las manos al pensar cómo se va a tomar Yemayá que haya traído a este muchacho ante ella.

Kola se interna en la orilla y camina hasta que el agua le llega a las rodillas antes de soltar las flores de una en una. Flotan en el mar transparente cabalgando cada cabrilla antes de hundirse.

—Repite estas palabras —le ordeno, intentando que mi voz no se altere—. Tienes que decirlas siete veces. Yemayá, mo bu ọlá fún ọ pẹ̀lú àwọn òdòdó wọ̀nyí. Jọ̀wọ́ bùkún ùn mi pẹ̀lú wíwáà rẹ. Fi ore-ọ̀fẹ́ fún mi pẹ̀lú ìfẹ́ tí o ní fún gbogbo àwọn ọmọ̀ọ̀rẹ. Ẹ tẹ̀ s'íwájú.

Él asiente y repite lo que he dicho.

—Yemayá, yo te honro con estas flores. Te ruego que me bendigas con tu presencia. Concédeme el amor que sientes por todos tus hijos. Ven.

Kola planta las piernas con firmeza en el fondo de arena. El agua acaricia los bajos de su vestidura mientras sus palabras resuenan en el mar. Repite seis veces más el conjuro en tono decidido. Hay que ser

valiente, pienso, para adentrarse en el agua e invocar a una diosa del mar.

Cuando la calma se apodera de la cala, un semicírculo azul, Kola regresa chapoteando a la arena y se queda de pie a mi lado.

—¿Lo he dicho bien? —pregunta.

Y entonces las olas reculan, una recesión tan súbita que una bandada de pájaros sale volando de las copas de los árboles entre graznidos que quiebran el silencio. La orilla retrocede hacia la bahía y el viento me empuja los tirabuzones contra la cara. Espero, oteando la playa entre los rizos, hasta que la brisa cesa y se hace un silencio cargado de expectación. Me obligo a permanecer erguida, a contener el temblor de mis piernas, pero el corazón me late con fuerza y el pulso me atruena en los oídos.

Kola mira al frente. Tan solo la postura defensiva de sus hombros delata el miedo que siente cuando una ola crece al fondo de la cala haciéndose más y más alta, más poderosa. Las aguas regresan imparables y el muchacho se encoge de miedo. Juntos, vemos la ola estrellarse en la orilla con una potencia que hace que me tiemblen los huesos.

—Tranquilo —susurro con voz trémula cuando Kola retrocede un paso, aunque estoy deseando hacer lo mismo.

Una figura emerge del mar. Yemayá se detiene. Su melena es una capa negra en torno a los hombros cuyos rizos destellan bajo la corona puntiaguda, brillante y dorada al sol. Según avanza hacia la playa, su vestidura se materializa en pliegues perfectos, blancos y azules, y con cada sinuoso movimiento se acerca más hacia nosotros.

—Haz lo mismo que yo —le susurro mientras doblo las rodillas y agacho tanto la cabeza que mi frente casi acaba pegada a la arena ardiente. Intento tragar saliva, pero tengo la boca seca. Noto un movimiento a mi lado cuando Kola se pliega cuan largo es para postrarse ante la orisha.

—No hables a menos que Yemayá te lo pida o te pregunte.

Unos pies oscuros pisan la arena blanca que tengo delante y percibo un aroma de violetas y coco tan intenso que casi me mareo. Levanto la mirada hacia las piernas musculosas, más allá del blanco cegador de la vestidura ribeteada de azul cobalto y surcado de delicados hilos de oro hasta posarla en el grueso collar de irregulares perlas.

—¿Simidele?

La gravedad de su voz es suficiente para que no quiera mirar a la orisha. Pero lo hago. Su velo oscila y su boca de labios llenos se frunce ahora en una línea. Levanto la vista hasta el fulgor de sus ojos, que titilan con una fría tonalidad plateada.

—¿Qué significa esto, hija? —pregunta Yemayá volviendo la cabeza hacia Kola.

A mi lado, el chico se levanta y se sacude la arena de las palmas contra la vestidura raída que lleva atada a la cintura. Me mira y yo carraspeo al tiempo que aprieto los dedos contra los muslos para evitar que tiemblen. Al menos todavía no ha abierto la boca para pedir nada.

—Madre Yemayá —empiezo, asegurándome de adoptar un tono respetuoso—. Adekola quería pedirte ayuda. Él...

La orisha levanta una mano para hacerme callar. Los anillos de oro engarzados diamantes y esmeraldas en bruto que lleva destellan en sus dedos. Inclina la cabeza a un lado.

—¿Qué hace él aquí y por qué me invoca?

—Lo salvé. —Me humedezco los labios, que saben a sal—. Lo saqué del mar.

Yemayá vuelve la cabeza hacia mí con brusquedad y las perlas de su velo tintinean ruidosas.

—¿Que hiciste qué?

—Estaba a punto de recoger su alma, pero... no había fallecido todavía.

La orisha gira todo el cuerpo para mirarme.

—¿Acaso no recordabas tu cometido? —Lo dice en un tono quedo, pero afilado como un cuchillo.

Negando con la cabeza, formulo la frase siguiente con suma cautela, procurando que mi voz no deje traslucir el desconcierto creciente mezclado con ira que siento. He salvado una vida en lugar de un alma. ¿Acaso no está bien salvar a una persona?

—No lo olvidé, pero no podía permitir que el mar y los tiburones lo reclamasen. Hablas de mi misión, pero él estaba vivo. Abandonarlo a su suerte habría significado su muerte.

Yemayá me mira las piernas, el brillo de mi vestidura.

—¿Y por eso le has mostrado quién eres y lo has traído aquí?

Su voz queda destila tanto resentimiento que me encojo asustada. Me vuelvo a mirar a Kola y recuerdo su expresión al ver las sacudidas de mi cola, las escamas que se fundían en piel. En aquel momento no me paré a pensar, aturullada por el esfuerzo de ofrecerle alguna clase de seguridad. La vergüenza y el calor se extienden por mi pecho y mi cuello. Pero entonces pienso en Kola desplomado en la arena, en la comida que devoró, y una parte del sentimiento de culpa se esfuma.

El súbito rugido de la orisha me hace trastabillar hacia atrás, perder el equilibro y caer con fuerza en la arena. El corazón me late desbocado contra la vestidura que llevo bien ajustada al pecho mientras me tapo la cabeza. Yemayá alza las manos al cielo y sus uñas

parecen garras cuando vuelve a gritar. Kola se tapa los oídos mientras el grito aumenta de intensidad hasta rasgar el aire. Oigo las olas estrellarse contra las rocas de la cala y, cuando me atrevo a levantar la vista, Yemayá me devuelve una mirada implacable. Hay un muro de agua a su espalda. La masa azul se estremece, contenida tan solo por la voluntad de la orisha. Durante un instante, pienso que la soltará y el agua arrasará la playa y a nosotros. Le lanzo una ojeada a Kola al mismo tiempo que le pido mentalmente que se pegue a mí. No sobreviviría.

—Madre Yemayá —digo al tiempo que levanto una mano con la palma hacia arriba—. Por favor. Cuando esté recuperado, lo llevaré al continente y nadie más se enterará.

La orisha se estremece y el cabello de obsidiana que se derrama por sus hombros es una mata temblorosa cuando me clava los ojos. Vacila y veo en sus brazos el contorno de sus músculos fibrosos mientras mantiene los puños muy por encima de su cabeza. Me fulmina con la mirada y hay una mueca despectiva en sus labios, pero también descubro un destello de miedo en sus ojos.

—Por favor. —Me levanto y me llevo una mano al corazón—. Pensaba que hacía lo correcto.

La orisha me mira en silencio durante unos segundos que se alargan más de lo que creía posible. Y entonces deja caer las manos y el agua se desploma a su espalda para retirarse hacia la bahía.

Respirando aliviada, compruebo que Kola sigue a mi lado. Tiene la espalda encorvada, pero la mirada despierta y vigilante. Yemayá tuerce los dedos y el mar recobra la calma. Nos da la espalda, relajando los hombros.

—No sabes... —Pero la orisha no termina la frase, porque al momento se tambalea y se derrumba en la arena.

Yemayá se sienta en los granos blancos con la falda de su vestidura en torno a ella como las corolas de las flores que recogemos para invocarla. Con la cara inclinada hacia el regazo, sus rizos son un manto oscuro que me impiden verle el rostro.

—Simidele —dice con suavidad. Levanta la vista hacia mí a través del cabello. Su velo brilla, una cortina de perlas nacaradas que le tapan la nariz y las mejillas. Una lágrima se desliza por debajo de las esferas lechosas—. Lo que has hecho nos traerá la muerte.

CAPÍTULO SIETE

—¿Qué quieres decir? —le pregunto a Yemayá con la voz rota.

No me contesta. La columna arqueada de la orisha, cubierta de rizos negros, se estremece una vez más. Me acerco, pero lo único que veo con claridad son las manos temblorosas de Yemayá, los largos dedos cubiertos de sortijas que capturan la luz del sol. Se aferran a la arena y sus uñas cortan la blancura cuando la orisha empieza a gemir. El súbito llanto aumenta de intensidad, cada vez más empapado de pena, de rabia y de miedo, y su cuerpo se estremece con cada sollozo que brota de su figura doblada.

¿Es posible matar a Yemayá? Al decir «nos traerá la muerte», ¿se refiere a todas las Mami Wata? Sé que somos poderosas en el mar y mortales como humanas, pero nunca me he parado a preguntarme qué podría acabar con nosotras. El terror se abre paso en mí buscando el camino a mi centro. ¿Qué podría ser tan horrible como para que Yemayá reaccione tan mal?

Me vuelvo a mirar a Kola, pero él frunce el ceño y se frota la nuca. El llanto de la orisha alcanza su máximo apogeo con un sollozo prolongado que languidece despacio cuando me acuclillo a su lado, tan cerca que noto el calor de su piel.

—¿Madre Yemayá?

La orisha se endereza. La oigo respirar antes de que se vuelva a mirarme secando las lágrimas que escapan entre sus perlas.

—Ayúdame —se limita a decir. Sus ojos centellean, pero levanta la cabeza y me tiende una mano todavía trémula.

Cuando me pongo en pie, veo a Kola al otro lado de la orisha. Nuestras miradas se anclan un instante y ambos nos inclinamos para ayudar a Yemayá a incorporarse.

—He expresado mi dolor por lo que está pasando, pero debéis entender cuál es el orden de las cosas. La voluntad de Olodumare y el mandato que nos gobierna. —Yemayá se ajusta los brazaletes de oro antes de continuar. Su voz es como terciopelo negro—. Desobedecer ese edicto implica un gran riesgo. Un precio que yo ya he pagado en

parte.

—No te entiendo.

Yemayá suspira y se vuelve a mirarme con los labios apretados.

—Intentaré explicártelo. En Ile Ife, la primera ciudad de la Tierra, todos los hombres fueron creados iguales, pero ansiaban ser distintos y le suplicaron al dios supremo que les concediera ese deseo. Al final, Olodumare les otorgó lo que pedían: distintas vestimentas, lenguajes y tierras. —La orisha se interrumpe y me mira a los ojos—. ¿Adivinas lo que pasó?

—El caos —respondo cuando la palabra acude a mi mente por sí sola.

—Exacto. La guerra y la desigualdad se manifestaron y todavía siguen entre nosotros. Las mismas diferencias que en su día suplicaron a Olodumare empezaron a enfrentar a la humanidad. —Yemayá se detiene y levanta una mano con un movimiento rápido. Más allá de la orilla, una ola se crea en respuesta—. De modo que Olodumare decidió que los seres humanos debían funcionar por su cuenta, aprender sus propias lecciones, y decretó que sus destinos les pertenecieran. Ni siquiera a los orishas se les permitía intervenir directamente en las vidas o las muertes de las personas. Fue algo que quedó muy claro para todas las deidades. ¿Alguna vez te has preguntado por qué tu único cometido consiste en recoger almas?

—Las bendecimos en su viaje —respondo con un hilo de voz cuando pienso en aquellos que son lanzados al mar.

—¿Y por qué crees que nunca he hundido los barcos? ¿Ni les he ordenado a las siete Mami Wata que lo hicieran?

No respondo. Pienso en su pena, la misma emoción que siento cada vez que bendecimos un alma. La conciencia de su suplicio me incendia por dentro. Se parece al dolor que me oprime el pecho cuando estoy en el mar.

—Crear siete Mami Wata fue... arriesgado. Olodumare lo consideró una violación del precepto. No pasó desapercibida y de nuevo se me recordó la decisión de que la humanidad tuviera libre albedrío. —Yemayá suspira, se lleva las manos a su velo blanco. —Olodumare interpretó vuestra creación como un... forzamiento de los límites. Una falta de respeto a las reglas impuestas.

—¿Y eso qué significa? —pregunto. Una fría inquietud me corta el aliento, se extiende por mis venas y me acelera el pulso—. ¿Qué pasó?

—Quizá sería más fácil que te lo enseñara.

Los dedos de Yemayá acarician los broches dorados que le sujetan los lados del velo. Desabrocha los cierres enjoyados con sus ojos de plata clavados en los míos. Titubea un momento y a mí me asalta un temor difuso. Presiento que no deseo ver lo que hay detrás, pero sé

que no tengo elección. Veo a Yemayá sostener los extremos de su máscara de perlas y bajar el velo.

Se me escapa un grito agudo y no puedo detenerlo. Yemayá levanta la barbilla y los rayos de sol acarician su piel con suaves tonos dorados que decoran el horror antes velado de su rostro. Respirando, me obligo a mirar sin desviar la vista. Hendiduras verticales descienden por las mejillas de Yemayá, tres a cada lado. Las irregulares muescas le tensan y le fruncen la piel desde la zona inferior de los ojos hasta el comienzo de los labios. Con la mano en el pecho, trato de contener los fuertes latidos de mi corazón.

—No es para tanto —dice Yemayá en tono quedo y avanza un paso hacia mí—. No te aflijas, Simidele, te lo ruego. Fue mi castigo y lo acepté de buen grado. A cambio, Olodumare permitió la existencia de las Mami Wata y de la misión que os he encomendado. Pero no se os permite hacer nada más.

Noto un roce en el brazo y, sin alzar la vista, sé que es Kola quien me toca. Deja la mano ahí un instante, pero no permito que el contacto me consuele. Aparto el brazo.

—¿Olodumare te hizo eso? —le pregunto a la orisha con la voz quebrada. No concibo que el creador supremo trate así a los seres humanos o a los orishas. El único acto de Olodumare, distante pero amoroso, ha sido crear y bendecir tanto a unos como a otros. Esto no tiene sentido.

Yemayá niega con la cabeza y sus rizos se balancean con el movimiento.

—No, yo solo siento un amor infinito por el creador supremo —dice la orisha con una sonrisa en los labios—. Si bien sé que Olodumare se pondría furioso si volviera a desafiarlo, mi gratitud es eterna.

—Entonces, ¿quién te lo hizo? —pregunto. La cólera bulle dentro de mí.

Yemayá tuerce el gesto, sus ojos se oscurecen y un destello plateado los atraviesa.

—Fue Eshu.

Eshu. El mensajero de Olodumare. Conocido por sus más de doscientos nombres en consonancia con sus muchas caras, su habilidad para cambiar de aspecto y dominar cualquier lenguaje. Me estremezco cuando pienso en su parentesco con los ajogunes, los ocho guerreros del mal decididos a destruir el mundo. Solo Eshu los puede mantener a raya. Por esa única razón detenta un poder mayor que el de cualquier otro orisha.

—Fue él quien le contó a Olodumare que yo había creado a las Mami Wata. —Yemayá estruja el velo y observa el centelleo de las

perlas mientras habla—. Aunque estoy convencida de que, de haber sido algo que él pudiera haber hecho, no le habría parecido tan mal.

—¿Estaba celoso?

Yemayá se ríe de repente, es una carcajada seca que corta el aire.

—Eshu codicia lo que tienen los demás. Busca aumentar su poder de manera insidiosa y constante. Es capaz de todo, desde secuestrar a los seres queridos de reyes y reinas hasta recurrir a los poderes de otros orishas con la esperanza de aumentar el suyo.

—¿Y usó el precepto de Olodumare para hacerte daño?

—Lo único que sé es que Eshu sentía envidia de que hubiera sido capaz de crearos. Después de contarle a Olodumare lo que yo había hecho, acudió con un mensaje del dios supremo. Para comunicarme su descontento y las consecuencias de mi acción. —Se interrumpe para acariciarse una de las cicatrices con un dedo afilado—. Y para infligirme el castigo.

Devuelve el velo a su lugar, pero yo tengo las serradas cicatrices grabadas en la mente. Cuando ato cabos, la conclusión me aplasta como una losa.

—Entonces sacar a Kola del mar...

Yemayá frunce el ceño y une las manos entrelazando los dedos.

—Contraviene la orden de Olodumare. Tus actos han vulnerado el precepto al que yo estoy sujeta. El precepto al que nosotras estamos sujetas. Y Eshu estará ansioso por esgrimirlo otra vez contra mí. Sobre todo si hacerlo le permite acabar con las Mami Wata.

Miro a Kola, que me devuelve la mirada. Tengo la garganta seca y me cuesta tragar saliva cuando recuerdo que me aferró y me exigió que lo llevara ante Yemayá. He corrido un riesgo muy grande por él. Como si pudiera oír mis pensamientos, Kola baja los ojos y encoge los hombros con aire avergonzado.

—Pero ¿por qué no me lo dijiste? —pregunto alzando la voz con un tono de frustración que no está exento de ira.

—¡No debería haber sido necesario! —gruñe Yemayá. Sus uñas largas y afiladas destellan en sus manos como garras—. Has olvidado cuál es tu sitio y el respeto que me debes, Simidele. Eres mi creación, mi hija. ¡Lo único que tenías que hacer era obedecer y cumplir tu cometido!

Guardo silencio mientras las palabras se me amontonan dentro y la desesperación crece como una ola a punto de romper. Yemayá debería haberme hablado del precepto. ¿Cómo voy a hacer lo correcto si me oculta información? Respiro rápido, en consonancia con el latido acelerado de mi corazón mientras hago esfuerzos por contenerme.

—Las otras Mami Wata hacen lo que se les pide, nada más. No se dedican a brincar por mi isla bajo su apariencia humana, fingiendo.

No me cuestionan. Y no me pareció necesario...

Sus palabras liberan la rabia que llevo dentro y la interrumpo con furia.

—¡Deberías habérmelo dicho!

Yemayá me fulmina con la mirada y sus ojos proyectan rayos de cólera plateada.

—Yo te creé y te encomendé una misión. —Se acerca—. Un cometido al que tú accediste hace tan solo unos días.

—Simi... —empieza a decir Kola.

—Tú calla —le espeto. Si él no estuviera aquí, si no lo hubiera traído a la isla, nada de esto estaría pasando. Debería haberme arriesgado a nadar hasta el continente; entonces tal vez nadie se habría enterado.

Pero luego recuerdo su cuerpo bajo el agua oscura. El blanco de sus ojos cuando los abrió, mi primer impulso de cogerlo y llevármelo.

Se habría ahogado.

Abro los puños despacio. Por más que Yemayá me hubiera dicho que no me inmiscuyera en la vida de las personas, jamás lo habría dejado en el mar, lo sé. La cólera que siento contiene un sentimiento de culpa, pero ninguno de mis pensamientos alberga verdadero arrepentimiento. En vez de eso me aferro a la rabia, buscando consuelo en su ardor.

—Madre Yemayá, ¿debería haber dejado que muriese? —pregunto volviéndome hacia la orisha.

Yemayá me fulmina unos instantes con la mirada, pero no responde. Kola traga saliva y demuestra gran valor al interponerse entre las dos, aunque su porte delata inseguridad.

—¿Y ahora qué? ¿Qué hacemos para arreglar esto?

—Quizá debería habértelo dicho. —Yemayá se encorva derrotada, pero me tiende la mano—. Tenemos que dejar de lado nuestro enfado. No es momento de estar divididas, hija.

Los anillos destellan en cada uno de sus dedos cuando extiende al sol la palma de la mano, de un tono más claro que el dorso. Sé que todo lo que hizo, todo lo que hace, es para ayudar. Yemayá, la madre de todos los orishas. Es resplandeciente y gloriosa, y está dispuesta a arriesgarlo todo con tal de aliviar el dolor de los esclavizados. Su compasión se extiende a todos los seres. Recuerdo sus horribles cicatrices y mi rabia queda reducida a un latido insignificante en comparación con el bochorno que me inunda.

Puede que haya salvado a Kola, pero al hacerlo le he fallado a ella.

—Madre Yemayá —susurro a la vez que tomo la mano que me tiende—. Lo lamento. ¿Qué puedo hacer?

Yemayá me atrae al calor y al poder de su seno y es como abrazar el sol y la luna al mismo tiempo, es como fuego y hielo. Cuando me suelta, se concede un momento para recuperar la compostura, se yergue cuan alta es y reordena los rizos de su melena negra.

—Olodumare se enterará antes o después. Desde vuestra creación y mi castigo, Eshu me ha sometido a una vigilancia aún más estrecha. Tendremos que informar a Olodumare en persona y pedir su absolución. —La orisha me sostiene la mirada—. Me temo que después de haber creado a las Mami Wata, al dios supremo no le queda mucha indulgencia para mí. —Frota con los dedos los broches del velo—. Como no he sido yo la que ha violado el precepto, Simidele, tendrás que ser tú la que pida perdón.

Miro a Kola y luego de nuevo a Yemayá mientras pienso en las otras Mami Wata. Si hay un modo de salvarlas, haré lo que haga falta.

—¿Qué debo hacer?

La necesidad de solucionar el entuerto se ha apoderado de mí. Pienso en Folasade y las demás, en la madre Yemayá y en la cólera que se arriesgó a provocar cuando nos creó. Yo las he puesto en peligro a todas.

Observo a la orisha encaminarse hacia la orilla, su espalda cincelada como el desierto nocturno.

—Necesitamos clemencia —dice Yemayá con la mirada puesta en el mar y en sus cambiantes olas.

—Pero ¿nos perdonará Olodumare así como así? —quiero saber.

—No lo sé. Recuerda, no es que a Olodumare no le importe la humanidad —dice Yemayá, y una línea se dibuja entre sus cejas rotundas. El mar susurra a la orisha, pero ella desoye la llamada—. Son los antiguos conflictos los que han inspirado la concepción que tiene del mundo que ha creado.

Frunzo el ceño y me retuerzo las manos.

—¿Habría algún modo de recurrir a Eshu para pedir audiencia? Sin decirle de qué se trata exactamente —me apresuro a añadir—. Como mensajero, de Olodumare podría hacerle llegar nuestro mensaje.

—¡Eshu no es de fiar! ¡En absoluto! —ruge Yemayá, y yo me encojo asustada. Levanta una mano y una ola se crispa en consonancia —. Como ya te he dicho, solo piensa en sí mismo y en su propia ansia de poder. En nada más. No se pueden intentar trucos con él sin salir malparado. —La imagen de las cicatrices grabadas en las mejillas de la orisha me quita la idea de la cabeza—. Tendrás que invocar a

Olodumare de otro modo.

—¿Hay una manera?

—Eso me dijo el babalawo que convirtió los zafiros en collares.

Traslado el peso de una pierna a otra. Noto molestias sordas en la planta de los pies.

—Entonces, ¿el sumo sacerdote podrá ayudarme?

—Aún mejor. El babalawo posee dos anillos fabricados con obsidiana de las minas de Ile Ife. Son poderosos. Muy poderosos. Si los tienes todos, puedes recitar una oración que te proporcione audiencia con Olodumare. —Yemayá se ajusta una pulsera dorada a la muñeca y frunce los labios—. Hay otra razón por la que no gozo de las simpatías de Eshu. Me niego a decirle dónde están.

¿Para qué los necesita? Como mensajero de Olodumare, no le hace falta invocarlo. Y entonces recuerdo lo que ha dicho antes Yemayá sobre el ansia de poder de Eshu. Debe de odiar a cualquiera que pueda hablar con Olodumare sin recurrir a él.

—¿Dónde puedo encontrar al babalawo? —Respiro hondo, dejo que la esperanza me inunde. Conseguir el perdón de Olodumare será nuestra salvación. Solo tengo que asegurarme de que Eshu no se haga con los anillos—. ¿Está cerca de aquí?

La orisha se vuelve hacia el mar y se queda callada mientras contempla la superficie serena. Los rayos de sol inciden en su velo, cuya iridiscencia proyecta un resplandor en su cuello y en su pecho.

—No estoy segura del todo. La última vez que supe de él estaba en la costa septentrional, pero ya no se encuentra allí.

Me froto las manos contra los muslos.

—Entonces...

—Tendrás que buscarlo.

El desánimo se refleja en mi rostro ante la idea de buscarlo sola.

—No creo que el babalawo haya ido muy lejos. —Yemayá camina de vuelta a la arena blanda esperando que la siga—. Estará en un sitio que se halle cerca del mar y de un río caudaloso. El poder convergente de esas dos masas de agua es el lugar que siempre busca y en el que se instala.

Pienso en la cantidad de ríos que van a parar al mar. Kola tose y deja de hacerlo cuando Yemayá gira la cabeza hacia él.

—El río Ogun es poderoso —interviene con voz queda—. Mi aldea está cerca. Así como... un babalawo al que recurrimos para que nos oriente.

—Habla más alto —le ordena Yemayá según se aproxima a Kola. Veo los ojos del chico posarse en los dientes puntiagudos de la orisha, apenas visibles bajo sus perlas blancas—. ¿Qué más?

—Tiene... imágenes... en las que aparecéis vos.

Hay un cambio en el semblante de Yemayá. ¿Será ese el babalawo del que ella habla? Un atisbo de alivio titila en la plata de sus ojos, en la tensión de sus hombros.

El sol brilla a través de una nube cuando Kola se lleva la mano al pecho y hace una reverencia.

—Si Simidele me lleva a casa, yo le enseñaré dónde está el babalawo.

—¿Cómo se llama tu aldea?

—No voy a decirlo. —Kola traga saliva y la nuez se le desplaza en el cuello cuando intenta erguirse cuan largo es para disimular su nerviosismo—. Si os lo dijera ahora, nada os impediría enviar a Simidele y dejarme a mí aquí. —Trata de evitarlo, pero no consigue suprimir del todo la desesperación de su voz—. Pero os prometo que la llevaré ante él.

Mis ojos se agrandan y contengo una exclamación al escuchar sus palabras. Nadie debería ser tan osado al dirigirse a una orisha. Yemayá se acerca al chico en toda su imponencia, pero él no parpadea. La orisha alarga una mano y desliza las uñas por las mejillas de Kola antes de sujetarle el mentón.

—¿Qué tipo de efigies tenía el babalawo?

—Aparecíais vos en las corrientes de las montañas dando a luz a todas las aguas del mundo. —La voz de Kola cobra potencia, los graves se tornan más profundos—. Mostraban vuestras lágrimas ante la esclavitud y vuestro viaje para seguir a aquellos que fueron vendidos y transportados por mares lejanos.

—¿Nada más?

—Sí —responde Kola—. Otra mostraba vuestra imagen junto con otras siete. Todas tenían cola y el mismo zafiro que Simi lleva ahora.

Yemayá retira los dedos de su piel, pero no despega los ojos de él. Un instante de silencio, en el que ninguno de los tres se mueve ni habla, se alarga.

—Simidele. Acompañarás a Adekola a su casa. —Sus palabras son quedas pero firmes—. Y él te mostrará dónde está el babalawo.

Sin darle ocasión de seguir hablando, la orisha da media vuelta y sus zancadas son gigantescas cuando busca el consuelo del mar. Kola se vuelve a mirarme con las cejas enarcadas, pero yo no le presto atención y sigo a Yemayá, que ahora juega a atraer y empujar las cabrillas de la orilla.

—¿Tiene razón? ¡Yo no le he contado nada!

—Te creo. Los detalles que ha descrito no son habituales. —La orisha contempla la extensión azul que tenemos delante—. Llévalo. Te enseñaré la oración con la que podrás invocar a Olodumare una vez que tengas los anillos.

El mar suspira de nuevo mientras yo contengo el aliento. Pienso en el viaje hasta allí y echo un vistazo a Kola, que está a nuestra espalda, en la playa, a una distancia respetuosa.

—Me parece que no confía en mí. —Me froto las magulladuras de la muñeca.

No le digo que yo tampoco acabo de fiarme de él.

—Eso da igual. No tenemos alternativa y él tampoco. —Yemayá deja tranquilo al mar y apoya las manos en mis hombros—. Debes ser especialmente precavida con Eshu. —Recuerdo las cicatrices que hay bajo su velo y me estremezco—. Será mejor que viajes el máximo tiempo posible bajo tu apariencia humana. Eso impedirá que se rumoree. Además, no quiero que te hagan daño.

Las palabras de Yemayá no me asustan. Me preocupa más lo que le pueda suceder a ella. A pesar de mis pesadumbres, mis huesos habrían ido a parar al fondo del mar de no ser por la orisha.

—¿Sería posible que ya lo supiera? —Miro alrededor, pensando en los temores que Yemayá ha mostrado hace un rato. Una grieta de terror se extiende por mi alma solo de pensar que mis actos puedan perjudicarla—. ¿Podría estar aquí cerca?

La orisha niega con la cabeza entre el tintineo de las perlas y los destellos que el sol arranca a su corona dorada.

—Si bien recibe abundante información a través de las oraciones y los mensajes de la humanidad, no anda cerca. Lo notaría. Los orishas estamos... conectados.

Toco el zafiro que descansa sobre mi pecho y recuerdo su latido cuando mis padres están cerca.

—¿Como las Mami Wata?

—Algo parecido, pero sin necesidad de joyas o talismanes. Si uno de nosotros se encuentra en las inmediaciones, los demás lo notan. —Yemayá se interrumpe de nuevo para recorrerme con los ojos—. Estás a salvo, de momento.

A pesar de sus palabras, la orisha frunce el ceño.

—¿Qué pasa? —pregunto. La inquietud se ha instalado en mis entrañas.

—Eres vulnerable en ese cuerpo. Toma. —La orisha se lleva la mano a la corona y sus dedos buscan la gran esmeralda que lleva prendida a los rizos. Usa las uñas para extraerla de entre su cabello y veo una especie de pincho alargado de oro macizo. Cuando da un golpe de muñeca, una hoja afilada sale disparada del interior de la pieza.

—Presiona la esmeralda para retirar la hoja. Llévala siempre contigo. Cumple su función y atravesará casi cualquier cosa.

Acepto la daga con cuidado y presiono la gema del extremo. La

hoja vuelve a alojarse en el interior y yo, al igual que Yemayá, deslizo el arma entre las trenzas que discurren de mi frente a la coronilla. Le dedico a la orisha una pequeña reverencia de agradecimiento y toco la daga para asegurarme de que está bien colocada.

—Ten en cuenta también que no solo debes ser precavida con Eshu. —Me sujeta la cara con las manos para obligarme a mirarla a los ojos mientras habla—. Hay otra razón por la que no debes mostrar tu auténtico cuerpo. Los seres humanos pueden ser crueles cuando sienten curiosidad ante lo desconocido. No confíes en ellos.

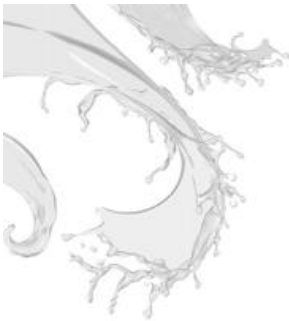
Entiendo a qué se refiere la orisha, porque aún recuerdo el semblante de un pescador que me vio de refilón. Incredulidad, miedo y luego una expresión de avidez que se extendió por su cara como una nube oscura tapando el sol.

—Una cosa más —dice Yemayá, que me atrae hacia sí para que solo yo pueda oírla. Se toma su tiempo y escoge las palabras con cuidado—. Sé que a veces recuerdas partes de tu vida anterior, pero me preocupa que eso esté interfiriendo en tus actos. Ten muy presente el objetivo de este viaje y no te permitas... sentir demasiado. No por un ser humano. Ahora eres una criatura del mar. Está prohibido.

Pienso en la desfachatez de Kola al utilizarme así para volver a casa y la rabia se abre paso entre el temor cuando asiento.

—No tienes que preocuparte por eso.

—Me alegro —dice Yemayá, cuyos ojos se oscurecen hasta adquirir el tono plata del cielo en un día tormentoso. Parpadea titubeando antes de continuar—. Porque si llevaras a cabo algún acto de amor hacia un ser humano, tu nueva naturaleza quedaría revocada y no serías nada salvo espuma del mar.



CAPÍTULO OCHO

Desdeño la última advertencia de Yemayá. Sé lo que soy. Y lo que no soy. Me concentro en Eshu. El mensajero y dueño de las encrucijadas de la vida es un tramposo que disfruta engañando y dividendo a los demás por diversión y por beneficio propio. Pese a todo, no le creía capaz de la violencia que oculta el velo de Yemayá. Acaricio con la yema del dedo la esmeralda que llevo en el pelo buscando el consuelo de la hoja que esconde.

El calor del día aumenta bajo el sol abrasador. Pequeñas nubes surcan el cielo, empañando el perfecto azul ultramar. Kola arrastra una barca que había escondida en la cala, de cuya existencia le ha informado Yemayá. El maderamen de la embarcación, que dormitaba oculta bajo las ramas y las hojas colgantes de una vieja platanera, está descascarillado y blanqueado por el sol. El chico pulula ahora alrededor de la barca, animado ante la idea de volver a casa. El palo mayor, corto pero recio, está intacto y Kola, desde dentro, iza una vela salpicada de hojas, pero servirá. La eslora de la embarcación apenas alcanza para los dos. Yo la miro insegura. Al menos podré escapar al mar si la escasez de espacio resulta demasiado difícil de soportar.

Mientras Yemayá me enseña la oración para invocar a Olodumare, Kola inspecciona la barca e introduce plátanos verdes y más lechuga silvestre en el interior. Encuentra un viejo odre, que enjuaga y llena de agua con el cuenco que he fabricado.

Después de que Yemayá me obligue repetir la oración las veces suficientes para que me la aprenda de memoria, miramos a Kola empujar la barca hacia la rompiente. Salta al interior y yo me aliso los pliegues rosados y dorados de la vestidura.

—¿Tenemos que dirigirnos al este? —pregunto.

Me recorre un estremecimiento nervioso y, cuando miro a Yemayá, sé que las arrugas de mi rostro me delatan. La orisha me sonríe.

—Seguid la corriente principal rumbo al este durante un día y llegaréis a la orilla de la tierra que buscáis. El río Ogun está a dos días

de allí si avanzáis bosque a través. —Se inclina hacia mí y la nube de su cabello me hace cosquillas en la cara cuando me planta un beso en la frente. Cierro los ojos al notar el calor de sus labios y los abro ante su amplia sonrisa—. Lo vas a hacer bien, tengo fe.

—Madre Yemayá, yo...

—Simidele. —De nuevo abro la boca para hablar, pero la orisha me lo impide—. Simidele, escúchame. Sé que arreglarás las cosas. Lo que está hecho no se puede deshacer. No podemos cambiar el pasado, solo aprender de él. Lo que suceda a partir de ahora depende de ti.

El sol tensa mi piel húmeda de sal y, cuando me siento en la proa de la barca, se me antoja extraño estar sobre el océano y no bajo él. Yemayá ha regresado al mar antes de que zarpáramos, pero primero me ha obligado a repetir la invocación hasta convencerse de que la había memorizado al detalle. «Mo pe ẹ, Olodumare...». Las palabras resuenan en mi mente mientras hundo la mano en las olas, cierro los ojos y recuerdo la caricia del agua en la piel.

—Simi, ¿cómo sabemos que el rumbo es correcto?

—Estamos navegando hacia el este, tal como me ha dicho Yemayá. Pero también es el rumbo del que proceden los barcos de los oyinbos.

Me incorporo y recojo las rodillas contra el pecho, sin prestar atención al escozor que noto en las plantas de los pies.

Kola se protege los ojos con una mano para mirar hacia el sol, que se desliza sobre el océano. Manipula los cabos con seguridad y yo siento interés por ello.

—¿Estás acostumbrado a viajar en barco? —le pregunto.

—Mis amigos y yo... navegábamos mucho. —A Kola le falla la voz y permanece de espaldas a mí mientras ajusta la vela y amarra el cabo con un nudo que parece complicado—. No he mentido. A Yemayá, quiero decir. Mi pueblo está junto al mar y cerca del río Ogun.

—¿Y el babalawo?

Kola se queda quieto un momento, pero no se vuelve a mirarme.

—Todo es tal como he dicho.

Las olas mecen el barco de lado a lado y él se balancea con ellas. No me esperaba que se sintiera tan cómodo en el mar.

No puedo dejar de pensar en su manera de exigirme que invocara a la orisha ni en cómo la ha convencido para que le concediera lo que quería. Al final Kola no encuentra nada más con lo que trajinar y se sienta enfrente de mí.

—Has corrido un gran riesgo manteniendo ese tira y afloja con Yemayá —le digo.

—No tenía más remedio.

—¿Por qué?

Se enrolla un cabo suelto a la muñeca y al antebrazo, y se le tensan los músculos de la espalda.

—Ya te lo he dicho. Tengo que volver a casa.

—¿Y pensabas que yo no te llevaría? —le pregunto. Cuando me mira, deslizo los dedos por la pequeña pulsera de magulladuras que me rodea la muñeca. Si estuviera en el mar, ya se me habrían curado. Él ve lo que estoy haciendo y suspira.

—Sé que no te he mostrado... mi mejor parte. —Kola hace una mueca. Los hombros encorvados y los ojos anclados en las marcas de mi piel delatan el sentimiento de culpa que lo embarga—. Pero no podía arriesgarme a que te olvidaras de mí después de sacarme del mar, cosa que te agradecí. Que te agradezco. —Levanta la vista para mirarme y sus ojos parecen negros bajo el sol que desciende—. No me estoy explicando demasiado bien, ¿verdad?

Niego con la cabeza, pero recuerdo el instante en que lo encontré. La desesperación que destilaba su voz cuando habló de su familia.

—Tengo que regresar a mi aldea. No solo porque allí está mi hogar, sino... —Kola titubea un leve instante y los ojos se le nublan antes de continuar—. Por mi familia.

—¿Y por algo más? —le pregunto al recordar el miedo y la desesperación de sus palabras cuando me pidió que lo ayudara a invocar a Yemayá.

—Mi hermano y mi hermana me necesitan. —Kola desvía la mirada y procede a desenrollar el cabo—. Debería estar allí, cuidando de ellos. Pensaba que lo estaba haciendo cuando... —Niega con la cabeza y deja de hablar. Esta vez aferra la amarra con las dos manos y se la enrolla despacio al antebrazo izquierdo—. Son... especiales. —Me mira—. Me preocupa que lo que hice los haya puesto en un peligro aún mayor, ahora que no estoy allí para protegerlos.

Hay crudeza en su voz. Tiñe sus palabras de una urgencia que puedo oír.

—Llegarás a casa.

—Gracias —dice Kola. Se desplaza por el bote. La barca es tan pequeña que nuestras rodillas se tocan, las ponga como las ponga—. Por salvarme. —Olvida el cabo y me dedica toda su atención—. Por enseñarme a invocar a Yemayá.

—De nada —respondo con voz queda.

Me dedico a desenredarme los tirabuzones del pelo y me trenzo las puntas sin tensarlas. El barco se me antoja demasiado pequeño.

Pienso en saltar por la borda, hundirme en el frescor del agua. En vez de eso, extraigo la daga de entre mis trenzas y la examino por un lado y por el otro antes de liberar la hoja con un golpe de muñeca. El filo destella al sol.

—¿Yemayá te ha dado esa daga?

—Sí —digo. Inclino el arma para contemplar su fulgor.

—¿Y yo no tengo daga? —pregunta Kola en tono desenfadado, guasón.

—¿Para qué ibas a necesitarla? Soy yo la que te lleva a casa.

—Mmm.

Sus ojos se deslizan por la hoja. Salta a la vista que la codicia.

—¿Estás celoso? —le pregunto.

Kola me mira un instante demasiado largo antes de encogerse de hombros.

—¿De verdad sabes manejar ese puñal?

No intento ocultar la pequeña sonrisa que asoma a mi rostro. Bajo la atenta mirada de Kola, doy un golpe de muñeca y la daga voltea en el aire. El arma dorada centellea al girar entre los dos. Asiéndola por el mango, me abalanzo hacia Kola y sostengo la hoja contra su cuello, sin apretar. Cuando traga saliva, su nuez roza la punta de la daga.

—Ah, pues sí que sabes.

Pero su respuesta queda velada por la imagen de un hombre mayor que, plantado ante mí, me pide que me fije en su postura. Su cabello es corto e hirsuto, surcado de gris, y una gran cicatriz le discurre desde el nacimiento del pelo hasta lo alto del pómulo izquierdo.

—Así no, Simidele. Así. —Aferra la daga con la muñeca recta y fija—. ¿Lo ves?

A continuación, el hombre lanza el cuchillo al aire, que voltea antes de que él levante la mano para atraparlo al vuelo.

—Practica. Así te podrás proteger a ti y a los demás si es necesario. —Señala con un gesto el arma más pequeña que yo tengo en la mano—. Ahora tú.

Imito el modo de sostenerla que me ha enseñado y noto la brisa fresca del atardecer en los brazos desnudos. Se me encoge el corazón un momento cuando estrujo el mango. No quiero decepcionarlo.

—Respira, ọmọbìnrin ìn mi. Respira.

Inspiro hondo y luego lanzo la hoja hacia arriba, con los ojos fijos en el arma, que voltea a través de los rayos de sol. Y luego, tal como me ha enseñado, alargo la mano para recogerla. Mis dedos aferran la empuñadura de cuero, pero se me resbala una pizca cuando un rizo suelto se desliza hacia mi cara. Soplo el aire despacio,

sujetando el arma con gesto victorioso, aunque me tiemblan las rodillas por el fallo que casi cometo por culpa de mi despiste.

—¿Cuántas veces te lo he dicho, ọmọbìnrin ìn mi? Trénzate el pelo para que no te distraiga.

Mientras pronuncia las últimas palabras, se inclina hacia mí y procede a reunir mis rizos con descuido. A pesar de la reprimenda, está sonriendo. Cierro los ojos y respiro su aroma. A tabaco, mangos y tierra caliente mojada por la lluvia.

—Practicaremos hasta que la oscuridad no nos deje ver.

Hija

Me llamaba «hija».

Me recuesto contra la barca y hago girar la hoja entre mis manos moviendo unos dedos raudos sobre la afilada arma dorada. Presiono la esmeralda y devuelvo la daga a mis rizos.

—Deberíamos descansar —digo para cortar cualquier conversación ulterior. Acurrucada en mi lado de la barca, miro al horizonte con la barbilla apoyada sobre los brazos cruzados.

Mi padre. Retengo los rizos grises de su cabello y su aroma, que siguen vívidos en mi mente. Cerrando los ojos, reviso el recuerdo una y otra vez. Si me concentro, casi puedo notar los callos de sus dedos mientras me separa el cabello, sus manos diestras según entrelaza los mechones hacia aquí y hacia allá para hacerme una trenza sencilla.

—¿Simi?

No abro los ojos. Prefiero recordar el aroma de los mangos, la tierra y el tabaco. La sonrisa complacida cuando bloqueo su arma roma.

—¡Simi!

—¿Qué? —pregunto impaciente y me siento con un movimiento tan brusco que la barca se mece con violencia.

—¡Mira! —Kola señala al horizonte, allá donde se dirige el sol dejando una estela ardiente.

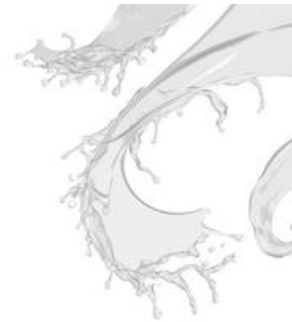
Entorno los ojos con una mano en la frente a modo de visera. Ya noto apagarse la voz de mi padre, entonces veo lo que Kola me está enseñando. Mi mano desciende para agarrarse a la regala del bote. Las vetas gastadas parecen de seda bajo mi puño aterrado.

Un barco.

Mástiles negros que parecen espinas y un casco curvado que surca las crestas y los valles del mar.

Un barco que parece idéntico al navío del que arrojaron a Kola.

CAPÍTULO NUEVE



—Arría la vela —le pido con urgencia, aunque sé que seguramente es demasiado tarde. El mar está sereno, manso tras la tempestad en la que encontré a Kola, así que nos avistarán con facilidad.

El barco parece titubear a lo lejos, pero se mueve deprisa, casi tanto como el latido de mi corazón. Detrás de los tres gigantescos palos, acecha el sol, manchas anaranjadas y rojas que recorren el cielo como sangre seca.

Los dedos de Kola vuelan por los nudos según trabaja a toda prisa para arriar la vela. Sus movimientos bruscos columpian la barca y, justo cuando estoy pensando que no nos han visto, el barco vira y la proa apunta directa a nosotros. Kola también se ha fijado y se sienta en la atestada popa. Tardaríamos demasiado en nadar hasta la isla de Yemayá y no tengo claro que Kola pudiera llegar tan lejos, ni siquiera con mi ayuda.

—Vete —me dice a la vez que se envuelve los cabos en los puños. Con los labios apretados mira hacia el mar, cuyo azul cerúleo es el vivo reflejo del cielo.

Podría.

Podría deslizarme bajo la superficie, sumergirme hasta las zonas oscuras y frías. Ya noto la piel tirante por el efecto del sol y mis huesos parecen desencajados. Sería tan fácil...

«Así te podrás proteger... y a los demás si es necesario, cuando sea necesario».

—No. —Palpo la esmeralda de mi pelo, extraigo la daga de entre las trenzas—. No me marcho.

Los ojos de Kola arden cuando me mira durante unos segundos interminables. Le tiembla el músculo de la mandíbula, pero yo no cambio de idea. Levanta la pequeña ancla, la sopesa. Cuando el barco se acerca, yo libero la hoja de mi daga.

Lucharemos.

Lucharé.

Abriéndome paso por el frondoso bosque, guío a mi amiga hacia la zona de los perales. Para que el banquete con el que concluye la Ceremonia del Conocimiento de mi padre sea completo, necesita unos frutos silvestres que solo crecen en los bosques.

—No falta mucho —le digo a Ara con una sonrisa. Doy gracias de que me haya acompañado, sobre todo ahora que las sombras empiezan a alargarse. Ella se abre paso por la maleza a mi lado, siempre contenta de no tener que cuidar a sus primos más jóvenes.

Ara los ve antes que yo.

Me clava las uñas en el brazo. Cuando me doy la vuelta, veo a los oyinbos esconderse detrás de los árboles.

Nos quedamos petrificadas. Se me dispara el corazón y durante un momento solo oigo mis propios latidos. Deben de ser espíritus, con esa piel tan blanca. Uno, mucho más alto que los demás, se adelanta y me impresionan la hendidura rosada de su boca y la madeja castaña de su pelo, que se desliza por su espalda en una coleta recta. Con una sonrisa cuajada de dientes amarillos, extrae una daga de la vaina de cuero que lleva colgada del cinto. Los oyinbos que están a su espalda lo imitan. Cuando las luces menguantes del día inciden en las hojas, se me seca la boca. Intento evitar que me tiemblen las piernas.

—Simi —dice Ara con una súplica en la voz.

He oído unas cuantas historias de los oyinbos de labios de un cuentacuentos itinerante que ha recorrido la costa. Hablaba de sus ropas y de las nuevas armas de metal que los hombres intercambiaban con las gentes de las aldeas a cambio de especias, oro..., personas. El cuentacuentos dijo que también eran secuestradores. Sorprendían a las gentes mientras estaban recogiendo agua y pastoreando a los animales. A la luz y al calor del fuego, con la barriga llena de estofado de pollo, las historias no parecían reales.

Ahora el miedo repta dentro de mí, se desliza por mis venas.

—Quédate a mi lado —le susurro mientras el oyinbo se acerca a nosotras.

Mi voz suena lejana, ahogada por el pulso que me late en los oídos. No llevo el cuchillo conmigo. Estoy escudriñando el suelo, buscando algo que blandir, cuando el hombre alto se abalanza sobre mí. Trastabillo hacia atrás y empujo a Ara para alejarla al mismo tiempo que el hombre me agarra del brazo para atraerme. Recuerdo los movimientos que mi padre me enseñó el verano pasado. Me retuerzo y, cuando pateo a ciegas, mi pie conecta con el abdomen del hombre. El oyinbo gruñe sorprendido y sus dedos se aflojan.

Me zafo de sus manos y arrastro a Ara conmigo sin dejar de mirar el bosque, buscando un arma con desesperación. Hay un árbol caído allí cerca. Veo el tronco brillante, color blanco hueso. Echando mano de una rama gruesa, la blando como un bastón contra los hombres. Ara coge otra.

No entiendo lo que dice el oyinbo, pero me fijo en sus ojos duros, en su daga punzante en medio de la penumbra. Aunque me tiemblan las manos, aferro mi vara con fuerza.

Los otros hombres se despliegan para crear un círculo amplio a nuestro alrededor. Sonríen con gesto burlón y yo me trago las lágrimas. En vez de llorar, les gruño. No quiero que sepan hasta qué punto estoy asustada. ¿Qué pensarán nuestras madres si no volvemos?

El oyinbo corre hacia delante y yo giro sobre mí misma al tiempo que agito la rama. Intento abrir un hueco para que Ara pueda huir.

—¡Vete, Ara! —le digo.

Mi pecho sube y baja con rapidez, agitado. Yo tengo la culpa, pienso mientras desvío los ojos del terror que fulgura en la mirada de mi amiga. Todo esto es culpa mía. Si no hubiera insistido en ir a buscar las peras...

—No. —Ara frunce el ceño y se yergue a mi lado. Sus pies descalzos vacilan sobre la tierra del bosque—. No te voy a dejar.

—¡Vete! —grito, y sé que ahora estoy llorando, pero no me importa.

Los oyinbos nos rodean. Me las arreglo para golpear a uno en el hombro, pero otro me arranca la rama. Arrinconada contra un árbol grande, ahuyento el miedo y me apoyo en la furia que crece dentro de mí.

—¿Venís? —les grito según se aproximan—. ¿Qué vais a hacer?

Aferro la daga mientras los recuerdos me arrasan y me arrebatan el aire de los pulmones. Trastabillo y me doblo sobre mí misma, como si hubiera recibido un puñetazo en la barriga. Kola se planta delante de mí y levanta la vista hacia el casco del barco.

Me atraparon.

Eso ya lo sabía, pero una cosa es suponer lo que pasó y otra muy distinta recordarlo, visualizar las imágenes, revivir el miedo. Estoy temblando y las piernas apenas me sostienen, pero hago esfuerzos por seguir en pie. En el barco que tenemos delante viaja la misma clase de hombres, pienso, y dejo que el fuego de mi pecho se extienda por mi interior. Yergo la espalda hasta que veo el maderamen mojado y oscuro del casco cernirse delante.

Las olas, que adquieren tamaño y violencia por la proximidad del barco, restallan con fuerza ante nosotros. Kola me protege con su cuerpo. Su espalda es una maraña de costras, algunas aún en carne viva, otras cerrándose despacio. Huellas de los latigazos que le infligió el oyinbo en un barco como ese.

Aferro mi daga con decisión. Quiero ver cómo rebana, quiero tener la oportunidad de usarla.

—¿Qué ves? —le pregunto a Kola cuando echa la cabeza hacia atrás para otear más allá del parapeto.

El muchacho no responde, pero el cabo resbala de su mano y golpea la cubierta con un golpe sordo. Yo me desplazo para poder mirar. El lateral del navío está sembrado de percebes y la madera brilla con la espuma del mar. Fuerzo la vista hacia arriba, más allá del mascarón, que exhibe la elaborada talla de una mujer de melena larga y sinuosa, hasta la punta de la proa. Las velas triangulares del barco restallan al viento enmarcando el castillo de proa. Varios hombres armados con fusiles y espadas de hojas destellantes nos miran desde arriba.

La daga por poco se desliza entre mis dedos cuando veo sus caras. El más alto baja la vista y una sonrisa burlona se extiende por su semblante. Su piel es tan negra como la nuestra.

—Saludos, hermano y hermana. ¿Subís a bordo?

Kola se da la vuelta y percibo su alivio en la distensión de los hombros, aunque sus puños siguen cerrados, tiene los nudillos pálidos. El crujido del casco rompe la quietud.

—¿Qué te parece? —me pregunta en voz baja—. ¿Por qué crees que navegan en un barco como ese?

Me quedo callada un momento según observo a los hombres desplegar una escala de soga, cuyas traviesas se derraman por la banda del barco. Pienso en los oyinbos que navegan en ese tipo de navíos. Las muertes que provocan como si nada, los cuerpos que arrojan por la borda.

—Ya veremos. Me parece que debemos llevar cuidado, como nos dijo Yemayá. Pero, por lo que parece, tendremos que averiguar qué quieren. Además, no tenemos elección. —Recojo la amarra y procedo a anudarla a la última traviesa de la escalerilla para anclar el barco—. De ser necesario, podemos marcharnos a toda prisa.

Kola me mira y vuelve la vista hacia el navío antes de añadir:

—Yo subiré primero.

Las vastas sogas de cáñamo, ásperas y deshilachadas, se tensan entre mis manos cuando sujeto la parte inferior de la escala. Kola trepa a buen ritmo y yo lo sigo de cerca mientras trato de adivinar qué significa un barco tripulado por hombres de nuestras costas. En el tiempo transcurrido desde que Yemayá me creó, nunca he visto ningún barco parecido ni a una tripulación como esta. A pesar de mis recelos, quiero saber más.

Cuando llego a la borda del barco, Kola ya está allí y me tiende

una mano para ayudarme a subir. Me alegro de que lo haga porque, tan pronto como mis pies tocan el barco, noto un dolor tan penetrante en las plantas que me tambaleo. Todavía no estoy acostumbrada a pasar tanto tiempo en este cuerpo. Entre la jarcia, reunidos en torno a los tres palos y plantados ante nosotros, hay una tripulación de hombres y mujeres que son iguales pero diferentes. Iguales en tanto que todos proceden de nuestras tierras y exhiben distintos tonos de piel que van desde un tono nuez al moreno oscuro y al ónice, pero diferentes en relación con los pueblos a los que pertenecen. Algunos exhiben la sencilla cicatriz vertical de los ondos, una en cada mejilla, mientras que unos cuantos llevan las vestiduras vibrantes de los ajas del reino de Allada. Veo incluso a cuatro hombres tocados con los turbantes rojos del imperio songhai, con las manos rozando las espadas que llevan colgadas sobre las sencillas agbadas blancas. Está claro que allí no hay oyinbos y la presencia de la tripulación disminuye un tanto mis temores.

Camino con cuidado, un pie y luego otro según avanzamos por la cubierta. El barco se balancea de lado a lado y yo tengo que ajustar mi andar constantemente mientras deslizo los pies con cuidado por las planchas de madera hasta llegar a las rendijas de la trampilla que lleva a las bodegas. Me detengo cuando los dedos de mis pies rozan el contorno negro de la escotilla.

El espacio en el vientre del barco es oscuro. Tan solo una tenue luz solar se filtra por las planchas de madera de la cubierta. No despego la cabeza de las rodillas, están resbaladizas por el sudor y la sal de mis lágrimas. Hay humedad en el aire, es como un monstruo casi sólido que se agazapa sobre nosotros, y me cuesta respirar por culpa del calor y el hedor de la desgracia.

Me aferro a la última imagen que guardo de la tierra, la franja marrón salpicada de matorrales y enmarcada por la masa del mar. Más agua de la que había visto nunca. Con las olas a la altura de los muslos y un grito naciendo en la garganta, jadeaba oraciones a Yemayá antes de que el viento me las arrebatara y los oyinbos me obligaran a subir al pequeño bote.

Durante el viaje al enorme barco, un hombre estuvo gritando y atacando a los oyinbos. A pesar de los grilletes y de la argolla de hierro negro que le echaron al cuello, consiguió golpear a dos antes de que le dispararan una vez y tiraran su cuerpo al mar, donde se quedó flotando entre una nube de sangre que teñía las olas de distintos tonos de rojo y vino pálido. Me estremezco al recordar la imagen y empujo mi cara con más fuerza contra la piel y los huesos de mis piernas.

Los llantos y los gritos en lengua yoruba y twi acompañan el roce de las anillas

contra las planchas de madera. Cierro los ojos aún con más fuerza para no ver el enjambre de cuerpos, los miembros lastrados por el peso de las cadenas. Pero no puedo dejar de escuchar el rumor del mar, el tintineo de los grilletes y los incesantes gemidos de desesperación que flotan en el aire húmedo. Así que me trago mis propios gritos, que me bajan por la garganta seca y desgarrada, y sé que, aunque quisiera chillar, no podría.

Hoy han muerto dos más y noto la enfermedad dentro de mí. Se desliza por debajo de mi piel ardiente, fluye por mi sangre y se mezcla con el miedo. Lo único que me asusta más que morir en la oscuridad sin aliento y sin nadie a quien dirigir mis últimas plegarias es que se abra la escotilla. Un rectángulo de luz blanca que nos ciega. Una señal de que los oyinbos se acercan. De que vienen a...

—¿Simidele?

Mi nombre me arranca de los recuerdos. Todavía paladeo el miedo. Lo noto agrio en la lengua, un sabor que me cubre la garganta y se desliza hasta mis entrañas, donde ha anidado otras veces. Me llevo una mano al pecho como si quisiera apaciguar mi corazón al tiempo que respiro hondo y me concentro en el viento que me aguijonea las mejillas.

Ya no estoy en la bodega.

No estoy allí.

—¿Simidele? —dice Kola. Comprendo que ha estado hablando con el hombre que parece ser el capitán. El más alto de todos—. Este es Abayomi. El capitán del barco.

Me obligo a abrir los ojos. Abayomi, que casi me dobla en tamaño, retrocede como si no quisiera intimidarme. Lleva la cabeza afeitada, salvo por una gruesa trenza en la parte trasera que le desciende hasta la nuca, y se envuelve con una vestidura negra como la tinta con minúsculas explosiones de estrellas doradas.

—Bienvenida, Simidele.

El hombre se presiona el ancho pecho con un puño enorme y me saluda inclinando la cabeza. Su voz retumba con un tono grave, tan tranquilizador como poderoso. El timbre me recuerda al de mi padre. Todavía no puedo hablar, porque no confío en que no se me rompa la voz, así que opto por asentir y llevarme una mano temblorosa e insegura al pecho para saludarlo.

—Abayomi me estaba diciendo que capturaron este barco en un puerto.

—Así es. Somos una multitud reunida por los àwọn olórí abúlé. —Abayomi se ajusta las ristras de cuentas de coral que lleva enrolladas

en la muñeca, a juego con los collares, más pesados, que le adornan el cuello—. Nuestros líderes se sentían... avergonzados por las mentiras que creímos y de las discordias sembradas por los oyinbos. Unos cuantos fuimos elegidos para trabajar unidos con el fin de recuperar a los que nos fueron robados.

—¿Mentiras? —pregunto en un tono más débil de lo habitual. Me concentro en permanecer de pie rogando para mis adentros que los músculos de las piernas me sostengan.

—Sí, mentiras difundidas por los oyinbos para suscitar violencia entre distintas ciudades y aldeas. Que haya más prisioneros de guerra a la venta les beneficia. —Abayomi me mira a los ojos y yo le sostengo la mirada—. Vigilamos las aguas de nuestras tierras y atacamos a los barcos de esclavos.

Contraatacan.

—Dices que algunos de vosotros estáis tratando de recuperar a los que los oyinbos se han llevado, pero ¿qué ha sido de los demás?

Abayomi asiente ante mi perspicacia.

—Sí, los demás fueron liberados.

—¿Habéis destruido o capturado muchos navíos hasta el momento? —pregunta Kola con la voz empapada de esperanza.

—Cuatro hasta ahora, en otros tantos meses. Navegan rumbo al noreste, de regreso a sus tierras.

La idea de que nuestras gentes estén destruyendo esos barcos me alegra hasta extremos que Kola sin duda comparte. Se vuelve a mirarme y sonríe con ojos penetrantes y brillantes.

—Sé de otro, a solo unos días de distancia. —Kola devuelve la vista a Abayomi, se interrumpe y traga saliva. Baja la mirada hacia las inflamadas cicatrices de sus muñecas—. ¿Crees que podrías capturarlo?

Abayomi toma las manos de Kola entre las suyas, sosteniéndolas por el dorso con cuidado. Tuerce el gesto y su mirada se endurece.

—Lamento lo que te ha pasado.

Atrae a Kola hacia él y lo abraza brevemente. Cuando Abayomi lo suelta, el muchacho se enjuga las lágrimas de los ojos.

—De ser posible, me gustaría que le describieras la ruta a mi piloto de altura. Si conseguimos localizarlo, ese navío será el siguiente. —Abayomi inspecciona el barco con la mirada antes de señalar las escaleras—. Venid, comed conmigo y seguiremos charlando.

Seguimos a Abayomi a la cubierta principal y me admira ver cómo han adaptado el navío. A pesar del uso que tenía antes, ahora irradia un aura de concentración serena y callada, donde todo el mundo trabaja en equipo. Pasamos junto a gallineros e incluso junto a un

redil que alberga una cabra, pegado al costado, antes de llegar al camarote del capitán. Es un espacio pequeño y atestado, pero está adornado con telas en tonos anaranjados, rojos y amarillos, y las paredes están decoradas con representaciones de Ogun en forma de pequeñas esculturas y pinturas. Dos grandes espadas con las empuñaduras de marfil tallado, color blanco hueso, brillan en un rincón.

Abayomi se agacha para cruzar la entrada y luego nos cede el paso al tiempo que señala las mantas que cubren un jergón.

—Por favor, sentaos. Hay agua en la jarra. Le pediré al cocinero que traiga algo para comer.

Cuando el capitán desaparece en dirección a la cocina, me dispongo a acercarme a Kola, pero me tropiezo con el grueso borde de una manta. Él me sujeta con una mano cuando me agacho a su lado.

—¿Qué te parece? —pregunto en voz baja.

—Nunca creí que llegaría a ver algo parecido.

La voz de Kola rebosa asombro y respeto. En realidad, pienso lo mismo, pero también recuerdo a Yemayá y su insistencia en que seamos cautos.

—Escuchemos lo que nos cuenta y luego nos vamos.

—De acuerdo —asiente Kola, aunque irradia admiración y alegría mientras vierte agua en un cuenco de madera y me lo tiende.

Para cuando hemos terminado de beber, Abayomi vuelve con un hombre la mitad de alto que él, aunque igual de recio. El recién llegado, cuya cabellera está compuesta de mechones negros, blancos y grises, tiene un rostro franco y una enorme sonrisa.

—Tenéis suerte. Habéis subido a bordo justo cuando Musa estaba cocinando pepesup.

El cocinero nos ofrece sendos cuencos llenos de comida.

—Lleva arroz y especias —dice, y lanza una carcajada que descubre el gran hueco que tiene entre los dientes.

El estómago de Kola responde con un gruñido y los hombres lo celebran con más risas. Le damos las gracias a Musa, que responde con una inclinación de cabeza antes de alejarse contoneándose. Abayomi se sienta al lado de Kola y sonríe cuando el muchacho empieza a comer. Yo sostengo el cuenco entre las manos, dejo que las especias se mezclen con el vapor de la sopa y respiro hondo, aspirándolo. Hacía tanto tiempo que no comía nada parecido... Despacio, tomándome mi tiempo, voy moldeando bolitas de arroz salado que me llevo a los labios mientras espero a que la sopa se enfríe. Cuando ya no puedo más, tomo un pequeño sorbo y tengo que refrenarme para no beberme el cuenco entero. El sabor estalla en mi lengua distinto a cualquier otro, picante, ardiente y poderoso. Me bebo el resto saboreando cada

bocado.

Abayomi escucha a Kola cuando le describe el barco en el que lo transportaban, detallando las armas y el número de oyinbos que había a bordo, y yo experimento una sensación de paz al saber que Kola no será el único rescatado. Abayomi explica que fue él quien abordó el barco que ahora capitanea mientras estaba atracado en el muelle.

—Nunca estuve de acuerdo con comerciar con los oyinbos. De ningún tipo. —Suspira, se endereza en el asiento y echa un vistazo a una figura de latón que representa a Ogun, el orisha del hierro y enemigo de las injusticias—. De este modo al menos puedo hacer algo al respecto.

Nos quedamos callados un instante hasta que Abayomi carraspea y pasa la mirada del uno al otro.

—Bueno, ¿queréis contarme que hacíais en mitad del mar en una embarcación tan pequeña?

Acabo de llevarme el último bocado de arroz a la boca y estoy masticando cuando plantea la pregunta. Miro a Kola de reojo con la esperanza de que recuerde la insistencia de Yemayá en que fuéramos cautos. Y entonces me asalta una súbita preocupación. ¿Y si Kola decide unirse a ellos o le pide a Abayomi que lo lleve a casa? Ni siquiera sé dónde está el babalawo. El arroz se me pega al paladar y tengo que beber un sorbo de agua para poder tragármelo.

—Simi se topó conmigo mientras estaba pescando en el mar. Justo cuando acababan de tirarme por la borda. Había una fuerte tempestad y gracias a eso nadie la vio.

Dejo el cuenco en el suelo, aliviada, y su fondo duro chasquea contra las planchas de madera. Solo es verdad a medias y me pregunto qué dirá a continuación.

—Los fuertes vientos nos arrastraron aún más lejos. —Kola hace un gesto que abarca el mar circundante—. Y entonces, por fortuna, nos topamos con vosotros. ¿A qué distancia estamos de tierra firme? ¿Un día?

Abayomi despega la vista de Kola para contemplar mi silencio. Noto que no se acaba de creer lo que el muchacho le cuenta, pero también ha visto las heridas que tiene en las muñecas. Esos verdugones no son algo que uno pueda inventar.

—¿De dónde zarpaste, Simidele?

—De una aldea costera —respondo sin entrar en detalles.

—¿Una aldea de pescadores?

—¿Conoces muchas? —pregunta Kola para volver a tomar las riendas de la conversación.

Le habla a Abayomi de las calas y las formaciones rocosas de la ribera occidental. De una costa tan escarpada que entrar y salir se

convierte en un complicado baile entre los bajíos y las embarcaciones.

—No está lejos. A menos de un día —dice Abayomi, que extiende las palmas en el pequeño espacio—. El viento no os ha arrastrado tan lejos como pensabais.

—Es una noticia excelente —dice Kola—. ¿Quieres que hable con el piloto de altura antes de que nos marchemos o ya tienes información suficiente para seguir al barco que me transportaba?

Abayomi se incorpora y nos levantamos con él. El camarote parece mucho más pequeño ahora que estamos en pie.

—Tengo suficiente. Os daré provisiones antes de que zarpéis. Por si perdéis el rumbo otra vez.

Miro a Kola de reojo y él enarca las cejas.

—Te lo agradecemos mucho —responde.

—Gracias —añado yo.

Abayomi sonríe y sé que tiene la sensación de que no se lo hemos contado todo. Pero está dispuesto a ayudarnos de todos modos. Elevo una oración de agradecimiento a Olodumare y cruzo la puerta que el capitán sostiene abierta para mí.

Mientras nos encaminamos al castillo de proa, echo un vistazo a la tripulación, que se apresura por la jarcia y pulula por el barco, cada cual cumpliendo su cometido para que un navío tan grande pueda seguir navegando. Abayomi le pide a un chico más o menos de la edad de Kola que vaya a buscar algo de comida y agua fresca. Mientras esperamos, una brisa cada vez más intensa nos agita las vestiduras. Todavía no me puedo creer que tantos clanes distintos se hayan aliado. Paso la mirada por la tripulación tratando de contar cuántos pueblos hay a bordo y entonces los veo. Dos hombres mayores merodean cerca del palo mayor. Llevan vestiduras teñidas de añil y decoradas con círculos concéntricos de color blanco que se atan a la cadera. Hablan entre sí, pero sus palabras se las lleva el viento.

Zigzagueando por el mercado, pasamos por delante de puestos que venden de todo, desde pieles de leopardo y mangos hasta pequeñas dagas de plata con oraciones a Ogun grabadas en los sencillos mangos de madera. Hoy reina un gran ajetreo y el aire está impregnado con las fragancias de la cúrcuma, la nuez moscada y la pimienta negra, con el aroma especiado de la cabra asada. Los gritos y los saludos se mezclan con los regateos, de los más amistosos a los más agresivos, e incluso estalla una discusión acalorada entre una mujer alta y oronda y un hombre escuálido. Un anciano intenta aplacarlos mientras discuten por el precio de una irregular vasija de terracota, cuyo esmalte la torna más cara de lo que el hombre quiere pagar.

Si estuviera sola, serpentearía entre el gentío para ir directamente a mi puesto de

fruta favorito. Pertenece a una abuelilla que siempre se envuelve con una vestidura de color verde hierba. Vende las papayas más frescas de todo Oyo Ile y me guarda las más maduras. Yo me deleitaría en las dulces explosiones de fruta y me enjugaría el zumo del mentón antes de recoger todo lo que mi madre me había enviado a buscar. Pero hoy hemos salido en familia para comprar algo especial y nos encaminamos al puesto que está más cerca del recinto del palacio.

Las telas cuelgan en coloridos pliegues, desde un tono vino intenso hasta un vaporoso violeta. Con la espalda suavemente curvada y el pelo blanco trenzado con pulcritud, Mobolaji está sentada junto al puesto y sonríe cuando mi madre se acerca. La anciana es conocida por la alta calidad de sus telas, las mejores de todo Oyo Ile.

—¿Una nueva vestidura para uno de los sabios recién elegidos? —pregunta Mobolaji—. Esta mañana me han contado la noticia.

Mi madre exhibe una sonrisa que casi se extiende de oreja a oreja.

—Así es, abuela. Uno de los doce que se eligen cada año, nada menos. Por favor, dime que te queda un poco de la tela oficial.

—¿Fabricada por los tejedores más diestros de nuestra ciudad, Oyo Ile, y solo por ellos? Pues claro que sí. La he separado especialmente para ti.

Veo a mi madre hacer una reverencia, estrechar las manos de Mobolaji y lanzar exclamaciones de admiración ante el tejido que la mujer extrae de debajo de un montón de sencillo algodón. La gruesa tela encerada exhibe un tono añil intenso y está decorada con círculos blancos entrelazados. Fabricada únicamente para los sabios del Alaafin, se trata de uno de los diseños más exclusivos.

Me aparto de su charla y deslizo las manos por una vestidura que codicio cada vez que visito el puesto. Es de color amarillo pálido con delicado oro entreverado, el diáfano tejido posee el mismo tacto que mi imaginación atribuye a un jirón de nube. Acaricio con el dedo una parte ribeteada de oro brillante e intento pisotear mi deseo antes de que me devore entera.

—Algún día te la compraré, Simidele. —Mi padre está a mi lado—. Mereces una vestimenta tan hermosa como tú.

Suelto la vestidura y me inclino para darle un beso. Al cabo de un momento, mi madre le estira el brazo y le planta delante la tela añil. Él acaricia con los dedos los círculos en relieve, la superficie encerada.

—Te lo has ganado, bàbá —le digo mientras él sonríe a mi madre.

Retrocedo para contemplar a mis padres, que aferran la tela azul oscuro con grandes sonrisas en el rostro. Cuando mi padre luzca su nueva vestidura en la Ceremonia del Conocimiento, junto con todos los funcionarios recién nombrados, el corazón me estallará de orgullo, lo sé.

Ya me estalla ahora.

Los hombres son de Oyo Ile. Tienen que serlo. Y de allí procedo yo. Me desplomo contra el parapeto y me gustaría dejarme caer en la cubierta para revivir una y otra vez las imágenes que vuelven a mi mente, pero no tendré ocasión.

Turbulencias de color gris antracita con retazos azul claro se arremolinan en el cielo. Me aferro al parapeto de madera cuando una súbita ráfaga de viento azota el barco y tensa el aparejo latino. Me sujeto la vestidura con la mano. Algo va mal.

Miro alrededor para observar lo que pasa en cubierta. Los hombres y las mujeres gritan, se llaman los unos a los otros según se apresuran de acá para allá ajustando cabos y trimando velas. Todo parece normal, pero se me revuelve el estómago igual que me pasa cuando hay peligro en el mar. Miro hacia el agua y examino la superficie en busca de algo extraño. Sin embargo, los azules y grises fluctúan con las ondas habituales. Durante un momento, una gran ola cobra altura y pienso en Olokún, que habita en las profundidades, pero entonces recuerdo que el orisha está encadenado en el fondo del mar, condenado a no volver a ver la luz del sol o de la luna desde que intentó inundar la Tierra.

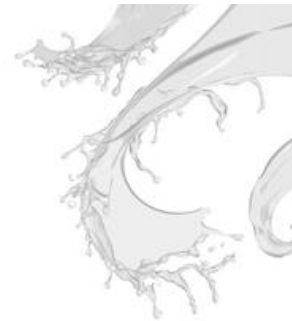
Respiro hondo y me siento mejor cuando Kola regresa; ya estoy acostumbrada a sus ágiles movimientos y al trato familiar que dispensa a todos los que están en la cubierta. Se detiene para ayudar a un hombre a asegurar un tonel con nudos grandes y tensos y, cuando camina hacia mí, veo luz en sus ojos y una pequeña sonrisa en sus labios. Abre la boca para llamarme justo cuando el chasquido de un trueno desgarra el aire.

Kola se encoge y automáticamente se lleva los brazos a la cabeza. Yo echo a andar hacia él. La sensación de que algo va mal me corre por las venas, aguda e intensa, cuando un rayo atraviesa las nubes y se precipita a pocos metros del barco. Doy un respingo y me acurruco en el suelo mientras Kola patina hacia mí.

En lo alto, el cielo se está desgarrando. Me da un vuelco el corazón, que vuelve a latir cuando otro rayo cae del cielo. Solo hay un orisha capaz de controlar los rayos.

—Shangó —susurro mientras el pánico se enrosca en mis entrañas.

No estoy segura de que Kola oiga mis palabras, robadas por un viento sobrenatural, así que señalo al orisha, que parece estar abriendo una brecha en el mismo tejido del cielo.



CAPÍTULO DIEZ

El orisha lanza otro rayo de pura energía al mar. Esta vez cae más cerca del barco y Kola nos protege a los dos con el brazo cuando una lluvia de chispas se precipita sobre nosotros. Shangó desgarra las últimas nubes y se materializa entre los jirones con sus ojos color escarlata inyectados en plata y unos músculos enormes y relucientes. Sus piernas como troncos de baobab asoman de su vestidura roja y blanca con un grueso ribete que hace juego con el brillo metálico de su mirada. El orisha, que dobla a Yemayá en tamaño, lleva remolinos de fuego enroscados a los tobillos y rayos de energía blanca alrededor de las muñecas. Shangó abre la boca para rugir y su larga maraña de pelo se dispara en todas direcciones cuando fulmina al barco con la mirada. En una mano empuña una gigantesca hacha de dos hojas cuyos filos crepitan con una luz azul.

Protegiéndome la cabeza con los brazos, me acurruco contra el costado del barco. ¿Por qué se muestra ante los seres humanos cuando no lo han invocado? ¿Y por qué nos ataca? En un efímero instante de calma, entre el aire oprimente y eléctrico, me arriesgo a mirar al cielo y veo a otra orisha. Oyá.

«La que arrasa», una orisha capaz de invocar vientos y tempestades, la guerrera más poderosa que jamás se ha conocido. Está suspendida junto a su marido, envuelta en la nube negra de una melena tan densa que casi eclipsa los últimos rayos del sol. La veo mover los labios al mismo tiempo que desplaza los brazos con elegancia para atraer la energía del viento y el cielo. Si Shangó descarga sobre nosotros lo que Oyá está reuniendo, el barco acabará hecho añicos.

—¿Nos apunta a nosotros? —grita Kola, que está a mi lado con los ojos entornados.

No puedo responder. No tengo claro qué está pasando, pero me preparo para lo peor cuando Oyá eleva los dedos a las nubes. La orisha deja caer los brazos y yo tengo la sensación de que ha recogido toda la presión del aire para estamparla sobre el mar. Me zumban los

oídos y se me taponan cuando la presión aumenta. Agacho la cabeza. A mi alrededor, los hombres y las mujeres gimen y se cubren los oídos.

Suspendido junto a su esposa, Shangó sostiene una bola de electricidad entre sus enormes manazas. Amasa la chisporroteante energía con las palmas abiertas hasta que consigue doblar su tamaño. Lleva hacia atrás la mano con la que sujeta el rayo entre los dedos, brillante y nítido en el azul del cielo, y luego lo lanza contra nosotros. Nuevas exclamaciones horrorizadas se propagan por el barco cuando el rayo planea entre las nubes, alcanza la proa y arranca una parte de la regala. El tufo a madera carbonizada es abrumador.

Una mujer sale corriendo y, con los músculos tensos del esfuerzo, levanta un cubo de arena para arrojarlo a la madera en llamas. Pese a los gritos que se reproducen cuando Shangó reúne otra bola de energía, otras dos mujeres, más pequeñas y cubiertas con vestiduras rojas, se unen a la primera y consiguen controlar las últimas llamas. La mujer más menuda mira al cielo y, llevándose una mano al generoso pecho, grita al viento y a las nubes creados por Oyá. Sea cual sea el resto de la oración, sus furibundas palabras parecen haber sido escuchadas. Oyá baja en picado hasta situarse a la altura de Shangó y aquieta los puños envueltos en serpientes de luz blanca y azul de su marido. El cabello de la orisha es una corona de prietas espirales cuando aterriza en la cubierta del barco. Tan pronto como sus pies rozan la superficie, el aire se aquieta a bordo y se hace el silencio. En torno al navío, sin embargo, el viento todavía aúlla y se arremolina en rachas que levantan olas de picos inmensos y proyectan una lluvia horizontal de gotitas finas como agujas.

Cuando levanto la vista hacia Oyá, olvido por un instante el dolor de oídos, sobrecogida por su belleza. Tiene una frente alta, enmarcada por prietos rizos, y nos observa a todos ensanchando las fosas nasales. Espirales de oro rodean cada una de sus largas extremidades y su vestidura morada revolotea al viento. Oyá tuerce la cabeza al ver a las gentes que se retuercen de dolor a sus pies. Grandes ópalos destellan en las profundidades de su melena. Con un golpe de muñeca, retira la presión que nos aplasta. Me siento, sacudiendo la cabeza una pizca, y me quedo helada cuando advierto que Oyá me está mirando a mí.

Intento recular cuando la orisha empieza a recorrer la cubierta hacia mí, pero ya estoy pegada a la regala.

—Tranquila —dice la orisha. Se detiene para no abrumarme—. ¿Quién está al mando de este barco?

Abro la boca para hablar, pero no tengo ocasión de responder. Shangó aterriza en la cubierta con un golpe sordo. Sus dedos todavía desprenden chispas azul metálico cuando agita su enorme cabeza de

lado a lado, proyectando sus tirabuzones negros hacia los lados.

—¿Dónde están, Oyá?

Su voz es potente y arisca, y sus ojos centellean. Contra el blanco de las órbitas, las pupilas parecen minúsculos puntos plateados.

Oyá levanta una mano sin volverse a mirar a Shangó, que se encamina hacia ella con andares pesados. El barco tiembla con cada uno de sus pasos y unas cuantas planchas de madera se astillan bajo sus andares de gigante.

—No todo es lo que parece, marido. Míralo tú mismo. —Oyá sonríe, revelando la blancura de su dentadura—. Este barco no lo tripulan los oyinbos.

Shangó se detiene para mirar a los hombres que lo rodean postrados contra la cubierta del barco en señal de súplica y respeto a los orishas y su inesperada aparición. Los narradores contarán esta historia durante generaciones por lo insólito de lo que está sucediendo. Oyá avanza un paso hacia mí y yo me obligo a hacerle una reverencia antes de devolverle la mirada haciendo esfuerzos para no temblar. La orisha me observa con displicencia. Sus ojos son grandes, están bordeados de pestañas cortas, pero espesas. El tono plata de sus ojos destella en la escasa luz.

—Tú. —Me ordena mediante gestos que me levante y yo obedezco. Hago una mueca de dolor cuando me crujen los huesos de los pies y las piernas de tanto rato que llevo agachada—. Explícame qué está pasando aquí. Este barco es de los que transportan personas para venderlas como mercancía.

—Lo era —respondo levantando la voz para hacerme oír por encima del viento—. Pero un hombre llamado Abayomi lo abordó y ahora está tripulado por hombres que se han unido para luchar contra los oyinbos.

Shangó llega a la altura de Oyá a tiempo de oír mi última frase. Sus gruesas cejas descienden hasta rozarle los ojos. Todavía desconfía y sus dedos aferran con fuerza el mango de su hacha, pero Oyá le apoya una mano en el brazo.

—Mira bien a tu alrededor, marido —le pide.

Pasando la mirada de rostro en rostro, el orisha escudriña a los hombres del barco antes de darse la vuelta para mirar a su esposa.

Oyá guarda silencio un instante. A continuación, se dirige a mí de nuevo.

—¿Dónde está ese tal Abayomi?

—Estoy aquí —responde él desde el castillo de proa. Abayomi enfila junto al pequeño pescante que sostiene el bote del barco. Según va caminando, la tripulación se yergue insegura tras él.

Shangó se vuelve hacia el capitán y me asombra advertir que, pese

a la altura de Abayomi, este parece minúsculo en comparación con el orisha. El hombre hace una reverencia respetuosa, con los ojos clavados en el hacha de Shangó, y yo no sabría decir si su mirada alberga miedo o envidia cuando se desliza sobre el arma. Mientras el capitán explica cómo se hizo con el barco y cuál es la misión que él y sus hombres tienen entre manos, yo me dedico a observar a los orishas. Igual que Yemayá, Oyá y Shangó tienen ojos negros con un matiz plateado, pero estos dioses son más grandes y esgrimen armas que podrían destruir la nave entera en un instante.

Cuando Abayomi termina de dar sus explicaciones, me obligo a avanzar un paso. Mi curiosidad libra batalla contra un miedo empapado de respeto.

—Oyá —digo agachando la cabeza cuando me inclino ante la orisha—, si me lo permitís, me gustaría haceros una pregunta. —La diosa se vuelve a mirarme, pero no dice nada. Interpreto su silencio como un asentimiento—. ¿Habéis venido para atacar a este barco?

Oyá avanza hacia mí. Su mirada es tan afilada como el arma que empuña su larga mano. La orisha inclina la cabeza hacia la mía y noto un fuerte aroma a menta mezclado con el penetrante olor de las aguas gélidas.

—Estamos destruyendo tantos navíos cargados con hombres y mujeres esclavizados como nos salen al paso.

—No nos quedaremos mirando. No dejaremos desatendidas las plegarias de nuestro pueblo —añade Shangó, cuya potente voz es tan profunda como el océano que se hunde a nuestros pies.

—¿Aunque eso provoque la ira de Olodurame? —pregunto. Mi curiosidad es incontenible, envuelta en un velo de miedo fino como papel.

Los orishas se vuelven a mirarme y sus ojos compiten en intensidad con la tempestad que azota el barco.

—¡No vamos a permanecer de brazos cruzados! —vocifera Shangó, cuyas aletas nasales se hinchan con rabia al tiempo que aferra su hacha. Solo se tranquiliza cuando Oyá le posa la mano en el brazo.

—Aunque ello signifique hacerle frente al mismísimo Olodumare —añade la orisha, que levanta la barbilla con ademán desafiante—. Además, Eshu no informa al dios supremo de todo lo que debería, solo de lo que le conviene o le otorga más poder. Le interesa tenernos de su parte. —Oyá agacha la cabeza—. Conozco a Eshu y sus artimañas. Correremos el riesgo.

—Abayomi, los tripulantes de tu barco y tú demostráis gran valor e integridad —declara Shangó a la vez que se vuelve hacia el capitán y la tripulación que tiene detrás. Al hacerlo, planta los pies en el suelo con sendos crujidos—. Te acompañaremos. —El orisha desliza un

grueso dedo por el filo de su hacha. El gesto arranca a la hoja chispas de energía que crepitan en el aire—. Juntos destruiremos todos los barcos que encontremos.

Abayomi sonríe y responde a Shangó inclinando la cabeza en señal de respeto mientras la tripulación se va levantando en torno a ellos. Aprovechando que Shangó está ocupado formulando preguntas con su voz de trueno, Oyá se me acerca todavía más y yo reprimo el impulso de retroceder, abrumada por la fragancia de la menta y un fuerte olor como de aire estancado. Agacho la cabeza con deferencia y noto una punzada de miedo cuando alarga unos dedos de uñas moradas, el color de su vestidura, hacia mí.

—¿Puedo? —pregunta Oyá con voz profunda y aterciopelada.

Me dispongo a notar el calor de su piel en la mía, pero sus manos no me tocan. Se detienen en el zafiro de mi gargantilla. Me quedo helada. ¿Cómo he sido tan necia de no esconderlo? Pero Oyá toma la joya con sumo cuidado, la deja resplandecer en su palma y, cuando levanto la vista para mirarla, solo veo preguntas y conclusiones en sus ojos.

—¿Perteneces a Yemayá?

Se me paraliza la lengua. No sé qué decir. Oyá estira el zafiro con suavidad, sus uñas moradas contrastan con la superficie azul.

—Conocería los zafiros de Yemayá en cualquier parte. ¿Qué haces encima del mar caminando sobre las piernas? ¿Dónde están tus escamas?

Los anillos acuden a mi mente, pero no digo una palabra. Oyá me observa con ojos brillantes e inteligentes.

—Eshu nos ha prometido que no hablará a Olodumare de nuestras acciones. Sin embargo, tuvimos que jurarle lealtad. —Vuelve la vista hacia Shangó, que ahora nos da las anchas espaldas—. Nos ha pedido que prestemos atención a algo que está buscando. Algo de lo que Yemayá me habló tiempo atrás, pero cuya ubicación no tiene intención de revelarle. Desea que intentemos averiguar la información que ella se niega a darle. Pero yo nunca la traicionaré —declara la orisha con voz grave y queda—. Y ahora tú estás aquí, donde no deberías estar.

Abro la boca y vuelvo a cerrarla en tanto que la inquietud corre por mis venas. Si le cuento a Oyá lo que sé, ¿se lo contará todo a Eshu? ¿O podría ayudarme de algún modo?

Oyá repara en mi titubeo y vuelve a mirar de reojo a su marido. Shangó gesticula con sus enormes manzanas aún envueltas en chispas de energía blanca mientras habla con Abayomi. La orisha se inclina hasta pegar los labios a mi oído y baja todavía más la voz.

—Tal vez pueda ayudarte, pero solo si me dices qué haces sobre el

mar. —Oyá sonríe, un leve cambio en la boca que casi se me antoja extraño—. Conozco el amor que Yemayá siente por la humanidad y por vosotras, sus creaciones. Y sé el precio que pagó por ello. —La orisha aprieta los labios y sus ojos de plata destellan—. No permitiré que vuelvan a lastimar a Yemayá.

Sabe algo, lo intuyo. La emoción que transmite su voz parece sincera y es posible que pueda ayudarnos.

—Estoy buscando los anillos de Ile Ife. Tengo que suplicar... clemencia a Olodumare.

—¿Qué hiciste?

Me arden las mejillas y miro a Kola de reojo.

—Infringí un precepto. Si no consigo invocar al dios supremo, Yemayá y las otras Mami Wata se... —me interrumpo y respiro hondo antes de poder continuar—. No quiero que les pase nada y el único modo de conseguirlo es encontrar los anillos.

—El amor se trasluce en tus palabras. —Oyá me suelta la mano, aunque sigue pegada a mí—. No sé dónde están, pero sí puedo decirte una cosa: sé cauta.

Entorno los ojos, presa de la curiosidad, cuando alzo la vista hacia la orisha. A su espalda, el sol poniente le presta un halo resplandeciente. Abro la boca para seguir preguntando, pero Shangó nos mira ahora. Antes de que tenga ocasión de decir nada más, la orisha retrocede y adopta una actitud más distante.

—Eshu querrá saber cuántos barcos hemos encontrado, marido —dice Oyá en voz alta. Nota que el orisha está pendiente de nosotras, aunque no ha despegado los ojos de mi rostro—. Recuerda que le prometimos hablarle de todos nuestros encuentros.

La tempestad se arremolina justo delante de nosotros y el aire casi me acaricia, una energía chisporroteante que noto hasta en los huesos y que me arranca un estremecimiento. Entiendo lo que intenta decirme, que Eshu los obliga a ayudarlo, a mantenerse alerta mientras buscan barcos. Shangó desvía la vista cuando Abayomi le formula una pregunta.

Asegurándose de que su marido no la vea, la orisha avanza de nuevo y se inclina para susurrarme al oído con un aliento frío como la tormenta invernal:

—Buscas los mismos anillos que Eshu, así que deberás ser precavida. Los anillos de Ile Ife son poderosos en muchos aspectos. Nos ha dicho que está más cerca que nunca de obtenerlos.

Oyá se vuelve hacia Shangó antes de que yo pueda decir nada más. La inquietud se acumula en mi mente mientras oculto el zafiro en el pliegue superior de mi vestidura. Las palabras de Oyá resuenan en mi pensamiento cuando me abro paso hacia Kola. Pienso en Yemayá y

en las demás Mami Wata.

Eshu quiere los anillos.

Pero yo los necesito.

Oyá y Shangó deambulan por la cubierta seguidos de una parte de la tripulación, que les dedica oraciones. Abayomi se acerca a nosotros cargado con un gran costal.

—Provisiones. Tal como os he prometido —dice—. Me ha parecido que querríais poneros en camino.

—Esto nos ayudará —dice Kola aceptando la comida—. Gracias.

Estrecha la mano del hombre a la vez que lo abraza a medias y sé que le está dando las gracias por lo que se dispone a hacer: por perseguir el barco que lo transportaba como mercancía. Por la venganza y la liberación que va a llevar a cabo mediante la magia de los orishas y la rabia de las personas que están dispuestas a luchar por la libertad.

—Que Yemayá os proteja en la mar —nos desea Abayomi.

—También a vosotros —respondo antes de seguir a Kola a la escala de cuerda que golpea el costado del barco con suavidad.

—Abayomi dice que tardaremos menos de un día en arribar a tierra. —Kola se cuelga el costal a la espalda y ata los extremos para asegurarlo durante el breve descenso. El viento todavía vapulea el barco y la escala se columpia contra la madera—. Eso significa que, si todo va bien, llegaremos antes del alba.

—Pensaba que quizá..., que a lo mejor le pedías que te llevara él a casa.

Estoy formulando la pregunta cuando caigo en la cuenta de que tal vez le esté sugiriendo la idea. Se me corta el aliento solo de pensar en tener que buscar al babalawo sin él.

—¿Y eso por qué? —Kola se vuelve a mirarme por encima del hombro con las cejas enarcadas—. Te dije que te llevaría ante el babalawo. No romperé mi promesa.

Se lo agradezco con una inclinación de cabeza, notando una sensación cálida que muda en sonrisa, y miro el mar en lugar de mirarlo a él para que no me vea la cara. Cuando Kola aferra el cabo de la barca, ya con el pie en el último travesaño, miro hacia atrás buscando las telas de Oyo Ile. No veo a los hombres, pero mis ojos se posan en Oyá justo cuando ella se vuelve hacia mí. Me sonríe una vez más, pero su expresión se congela de súbito. Se planta a mi lado en dos pasos y el sutil tejido de la túnica ondea entre mis piernas, las uñas se me clavan en el brazo.

—Debéis marcharos —me apremia en voz baja. Me empuja hacia la borda del barco y yo acabo estampada contra la regala, pero Oyá me levanta a toda prisa.

—¡Eshu se acerca! Lo noto. Es posible que Shangó lo haya invocado o quizá algún miembro de la tripulación le haya rezado y te haya mostrado en sus plegarias. ¡Marchaos! ¡Rápido!

La orisha me clava una mirada en la que percibo un miedo palpable. Doy media vuelta y desciendo por la escala preguntándome cuánto tardará Eshu en llegar. Plantado en la barca con los pies muy separados, Kola levanta los brazos para recogerme. Tropiezo en un travesaño y pierdo el agarre de la mano izquierda.

—¡Cuidado!

Kola me sujeta por la cintura para impedir que caiga.

El corazón me late tan desbocado que ni siquiera me enfado con él. Devuelvo el pie al travesaño y me agarro con fuerza a las sogas de la escalerilla, incómoda con la tensión de los brazos y las piernas. Cuando llego al último peldaño, lista para saltar a la barca, Kola me suelta.

—Empiezo a pensar que te gusta que te sujete —dice con una sonrisa mientras desata el cabo unido a la escala.

—Tenemos que marcharnos cuanto antes —le digo en tono nervioso—. Me ha dicho Oyá que Eshu viene hacia aquí.

Kola escudriña mi semblante y su expresión se endurece. Se da media vuelta y fija los cabos para desplegar la vela, que al momento se infla por el viento. Unas nubes moradas se agolpan en el cielo, más densas y rápidas en el rumbo que nos favorece, y el olor de la lluvia impregna el aire.

—Estamos detrás de la tormenta que Oyá ha creado. —Se desliza hacia mí y apunta al este—. Viaja más deprisa de lo que podemos navegar, pero nos proporcionará viento suficiente para alejarnos un poco del navío.

—Date prisa —le digo acuclillada en mitad de la barca, que nos mece con fuerza.

Nuestra pequeña embarcación navega a ras de las olas según se aleja del barco. Las nubes viajan ahora a toda velocidad, pero su densidad todavía me preocupa. Guardo silencio con los ojos fijos en el navío, tratando de incrementar la distancia entre él y nosotros a base de fuerza mental. Las últimas luces del día tiñen el cielo de franjas rojas y anaranjadas. Pronto los colores desaparecen devorados por la oscuridad que empieza a desplegarse en el cielo. El barco desaparece también y, con él, una parte de la tensión. Si Eshu viaja a bordo, al menos se están alejando de nosotros.

Kola mantiene un tira y afloja con la vela tratando de evitar que la

barca vuelque y nos arroje a las olas. Cuando el sol se hunde del todo en el horizonte, el mar pierde parte de su furia y se transforma en una extensión azul oscuro. Me recuesto entonces contra el costado de la barca mientras Kola termina de atar el cabo con nudos que parecen complicados.

Por fin se sienta, rota los hombros hacia atrás y su mirada revolotea del mar a mí. Apoya las manazas en las rodillas y recuerdo su tacto en mi cintura cuando me he resbalado en la escalerilla. Las palmas, suaves y ásperas a un tiempo, y la cálida presión. Me estremezco.

—¿Tienes frío? —pregunta.

Niego con la cabeza y me obligo a desviar la mirada. Pienso en la tripulación unida en su misión de salvar a alguien más que a sí mismos. Su valor me recuerda al que Kola ha demostrado también.

—¿Te puedo preguntar una cosa? —Encajo los pies debajo de mi cuerpo y me sujeto las tiernas plantas.

—Puedes —responde Kola en tono inexpresivo.

—¿Cómo fuiste a parar barco del que te arrojaron? —le pregunto, pensando en las palabras que ha intercambiado con Abayomi y en el recuerdo de mi propia captura.

Kola cierra los puños y veo su gesto amargo a la luz de un rayo de luna. Por un momento pienso que no me va a contestar, pero luego empieza a hablar con un ceño profundo.

—Los tapas que viven río arriba nos declararon la guerra cuando nos negamos a comerciar. Yo quería quedar bien con mi padre. Pensé que, si podía negociar la paz entre los dos pueblos, salvaría muchas vidas.

—¿Y entonces?

—Asesinaron a algunos de los guardias que me acompañaban y vendieron a todos los demás, incluido yo. —Los ojos de Kola centellean en la penumbra—. Otra aldea me compró antes de que fuera vendido finalmente a los oyinbos.

Sus palabras agitan algo dentro de mí, pero se escurre antes de que pueda aprehenderlo.

—El barco del que me arrojaron cuando me encontraste era suyo. Me alegro de que Abayomi, Shangó y Oyá hayan partido en su busca. De que vayan a destruirlo.

Las sombras envuelven el rostro de Kola mientras la barca sigue cabalgando cada ola oscurecida por la noche. La luna es un disco pálido en el cielo. Dejando que el silencio se alargue, miro de reojo al muchacho, que contempla el oleaje.

—Por esa razón, en parte, tengo que volver a casa —continúa por fin—. Para ver si mis actos han tenido otras repercusiones, aparte de

mi captura. ¿Y si los tapas utilizan mi ausencia para extorsionar a los míos? ¿Y si mi padre ha cedido a sus demandas pensando en ayudarme? ¿Y si el oyinbo...?

Hay lágrimas en su rostro. No puede terminar y sus palabras arrastran consigo un dolor que es el vivo reflejo del que yo llevo enterrado dentro. Ajusta los nudos de los cabos, aunque no hace falta, y lo veo enjugarse las mejillas.

—Me he fijado en tu semblante cuando has pisado la cubierta del barco. ¿Qué te pasó? ¿Cómo...?

Rememoro el instante en que Yemayá me encomendó la misión, hace tan solo unos meses; la última de las muchachas a las que transformó antes de que Olodumare averiguase su transgresión.

—Sé que viajaba en un navío como el tuyo. —Los recuerdos que ha despertado la visión de la bodega fluyen por mi pensamiento de nuevo y guardo silencio un momento antes de continuar, tragándome el dolor y el miedo que me inspira revivirlo—. Cuando las primeras gentes de nuestras tierras fueron capturadas hace un tiempo, madre Yemayá seguía a los barcos del oyinbo mientras lloraba su pérdida. Algunos dicen que nadaba junto a ellos para ofrecer consuelo; otros, que hundía los navíos para liberarnos a todos de un modo u otro. —Deslizo la mano por la pierna y masajeo las doloridas plantas de los pies; las molestias que ahora siempre me acompañan se mitigan por un segundo—. Pero hizo más que eso por nosotras siete.

—Os creó.

Asiento.

—El resto ya lo sabes. Yemayá siempre ha insistido en la importancia de nuestro cometido. Yo he sido la única que la ha desobedecido.

—No —dice Kola, cuyo rostro asoma entre las sombras en el mismo instante en que una nube se desplaza. Atisbo la gravedad de su expresión—. Tú has sido la única que ha encontrado a una persona con vida. Que la has salvado. Que me has salvado. Y ahora, a causa de eso, estás haciendo aún más.

Medito las palabras de Kola, dejando que calen en mí. Me sonríe, con sus pómulos altos sobre los generosos labios, y yo me quedo atrapada en su mirada. Miro sus piernas y las mías, tan pegadas que nos tocaríamos si me moviera solo un poco. Kola me observa y, durante un momento, tengo la sensación de que está pensando lo mismo, pues desplaza la rodilla de modo que roza brevemente la mía. Me quedo paralizada y noto una opresión en el pecho. Contengo el aliento, porque me chisporrotea la piel al menor roce de la carne.

«Ten muy presente el objetivo de este viaje y no te permitas... sentir demasiado. No por un ser humano».

Tragando saliva con dificultad, me pego contra el costado de madera y tuerzo el cuerpo para alejarme de él. Finjo observar la superficie del mar y el efecto de la luna sobre las olas más altas antes de mirar a Kola de refilón. El muchacho tiene el brazo extendido sobre la regala de la barca, con aire relajado, pero aparta la mirada y, como a una tonta, a mí me inunda una decepción momentánea.

«No te pongas a analizar cada uno de vuestros contactos —me digo—, porque está claro que para él no significan nada. Ahora eres una criatura del mar. Te está prohibido albergar cualquier sentimiento por un humano».

Y tampoco puede significar nada para mí. Suspiro y me echo hacia un lado para contemplar el vaivén de las olas.

Los anillos. Es lo único que importa, me digo. No esta sensación absurda que no tiene sentido, que no puede tener sentido. Respiro hondo y me vuelvo hacia Kola.

—Está claro que tu familia es muy importante para ti. Si estás dispuesto a correr tantos riesgos por volver a casa...

Kola no responde de inmediato. Se echa hacia atrás y sus rasgos quedan ocultos por las sombras que proyecta la vela.

—Mi hermano y mi hermana son especiales —responde con voz queda—. Muy especiales.

No puedo reprimir una sonrisa, igual a la que asoma a su cara.

—Háblame de ellos.

Kola suspira, todavía sonriente.

—Son gemelos. —Suspira sin dejar de sonreír—. Taiwo y Kehinde. Escandalosos, bondadosos y... —El amor que destila su tono suaviza sus palabras, pero entonces su semblante se desencaja—. También son únicos en otro sentido. En teoría, yo debía estar allí para la ceremonia que iba a celebrar el babalawo...

El mar lo interrumpe antes de que pueda terminar. Atrapados en un violento oleaje, el furioso embate de las aguas parece lanzar nuestra barca hacia el cielo. Las nubes cambian de dirección como por arte de magia, empujadas por un viento feroz. Al mismo tiempo, un trueno sacude el aire. Nos aferramos a la embarcación mientras la tempestad retrocede sobre su propio rumbo, reculando, y nos arrastra con ella. Kola me mira con expresión desconcertada.

—¡Se estaba alejando! —grita por encima del viento, que aúlla hasta mudar en un grito enfermizo.

Aferrada a la regala, me encojo cuando las luces zigzagueantes se abren paso entre los nubarrones. Centellean en el cielo oscuro en tonos azul y plata. Esta tormenta no es obra de la naturaleza, pienso al recordar las palabras de Oyá. Si Eshu le ha ordenado a la orisha que lance esta tempestad contra nosotros, es porque conoce mi presencia y

quizá incluso sospeche que busco los mismos anillos que él. Pienso en Oyá y mi certeza en su lealtad se tambalea, pero no veo por qué iba advertirme solo para atacarme después. Puede que haya bastado con que un miembro de la tripulación me haya descrito en sus oraciones o tal vez Shangó haya visto mi collar antes de que yo lo escondiera.

Sea como sea, está claro que esta súbita borrasca va dirigida contra nosotros.

Aferrada al borde de la barca, quiero decirle a Kola que tenemos que cambiar de rumbo, que la tormenta no amainará, no si Eshu es el causante, pero hay demasiado ruido como para que me oiga; el fragor me arrebata las palabras y las devora enteras. El agua ruge, el trueno retumba y el cielo se llena de jirones de luz blanca. Kola cae hacia atrás en la barca y yo cierro los ojos con fuerza. Podría sumergirme en el agua, pero él no sobreviviría. La tempestad descarga olas gigantescas y vientos despiadados contra nosotros. El trueno siguiente estalla aún con más fuerza si cabe y nos obliga a taparnos los oídos con las manos al mismo tiempo que un rayo inmenso y reluciente se precipita en el agua, muy cerca.

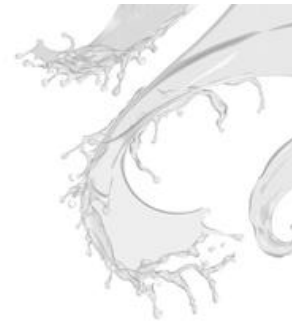
—¡Aguanta! —chillo entre el viento que nos envuelve agitando la barca con violencia. Otro chasquido y el mismo aire parece estallar en llamas.

—¡Simi! —grita Kola aferrándose a mí. Su voz perfora la noche mientras caemos hacia atrás.

Aterrizamos fundidos en una maraña de brazos y piernas embadurnada de mar al mismo tiempo que el mástil, rajado y en llamas, se parte en dos. Me recuesto contra el muchacho con una fuerte sensación de ahogo, porque el ardiente tufo del fuego impregna el aire. El humo y las cenizas se me pegan a los dientes y a la lengua cuando intento no tragarlos. El rayo ha arrancado el mástil de cuajo y nos aferramos como podemos a lo que queda de barca.

Y entonces otra descarga de luz rasga el cielo, pura energía azul y blanca que zigzaguea hacia nosotros, y yo caigo encima de Kola empujándonos a los dos contra las olas. Lo sujeto como puedo y, valiéndome de la recién aparecida cola, lo arrastro conmigo a la superficie. Jadeamos en un mar y un cielo ardientes, rodeados de espuma.

Nuestro bote quebrado escora con la ola. Sosteniendo a Kola con fuerza contra mi cuerpo, alzamos la vista hacia el firmamento, donde las nubes escampan entre las estrellas revelando una fina rodaja de luna. El mar se embravece de nuevo, recoge los restos de nuestra barca y los hace pedazos antes de escupir lo que queda sobre nuestras cabezas.



CAPÍTULO ONCE

Abro la boca para gritar y me despierto bajo un cielo cargado y entre nudos de algas. Me pitan los oídos y tengo arena en la boca.

Un resplandor plata que desgarró la noche. Un trueno que hizo temblar el mundo.

El mar me acaricia un lado del cuerpo y se desliza sobre las escamas de mi cola cuando abro los ojos a un nuevo día. Solo veo agua y nubes. La luz brillante empeora mi dolor de cabeza y cierro los ojos de nuevo esperando a que pase lo peor.

Una vela en llamas y los gritos de Kola.

Kola. ¿Dónde está?

El pánico me asalta cuando pienso que puede encontrarse herido e imagino su cuerpo exangüe absorbido por las profundidades o tirado en la playa. Brilla un sol blanco e implacable cuando gateo por la arena para alejarme de la marea creciente. Me zumba la cabeza del esfuerzo y me llevo una mano insegura a la sien. Todavía no puedo abandonar el agua. No tengo fuerzas. Me imagino tener que buscar al babalawo yo sola y la inseguridad se apodera de mí. No puedo hacerlo sin Kola.

Ojos marrones desmesuradamente abiertos por un estupor paralizante en una noche iluminada por la energía de la tormenta. El mástil que se estrella sobre nuestras cabezas.

La violencia de la tormenta marina me impactó, pero no tanto como descubrir hasta qué punto era vulnerable, teniendo en cuenta que no cambié hasta que el barco se hizo añicos a nuestro alrededor. Unas olas lánguidas me empujan adelante y atrás contra la arena cuando ahuyento las imágenes de mi mente y examino la costa. Desde la orilla veo la playa desierta, cuya arena color marfil se prolonga en la distancia. En el mar no queda el menor rastro de la violencia de anoche. Hemos arribado a tierra, solo que no del modo que teníamos previsto.

—¿Kola? —lo llamo con la voz ronca al tiempo que escudriño la franja de playa hasta los arbustos. Hay una brecha allí donde un río

desemboca en la bahía y, cabeceando a un lado, restos de madera carbonizada—. ¡Kola!

Me arrastro hacia una zona más profunda del agua y nado hacia la desembocadura. Odio sentirme tan aletargada. El zumbido de los oídos ya ha desaparecido, pero todavía estoy tan débil que tengo que forcejear para que no me arrastre la corriente del río. Nado hasta llegar a lo que parece un trozo del mástil de nuestra barca. Tiene los bordes calcinados y los extremos astillados exhiben la fuerza del rayo que lo quebró.

—¡Kola! —El miedo le confiere a mi voz una estridencia a la que no estoy acostumbrada.

Observo la playa y la estrecha franja de tierra que bordea el río. Y entonces lo veo. Un poco más arriba, un pequeño jirón de tela azul, medio hundido en el agua. Me interno en la desembocadura del río con los ojos fijos en lo que parece un retal roto de la vestidura de Kola. Lo recojo con manos trémulas. Sin duda es suyo, reconozco el azul desvaído. Kola debe de haber llegado hasta aquí. Es posible que haya decidido usar el agua para navegar tierra adentro.

Pienso en las heridas de su espalda y en que la tormenta casi acaba conmigo. ¿En qué estado se encontrará él?

Tengo que encontrarlo.

Los arbustos me envuelven desde ambas orillas, verdes, puros y vivos, cuando nado río arriba. Bandadas de pájaros que emiten graznidos tan chillones y brillantes como sus estridentes plumas remontan el vuelo desde las copas de árboles que parecen rozar el cielo. El afluente adquiere un tono marrón y sus aguas se caldean conforme las riberas mudan en tierra y hierba. Un movimiento subacuático me sobresalta y mi cuerpo se crispa cuando un gran siluro se desliza raudo por debajo de mi cola.

Es verdad que todo es agua, pero el río es distinto al mar e intento soltar la tensión que me atenaza los músculos. Esto es más fácil que moverme por tierra, me digo mientras lucho contra el tirón de la corriente. Escudriño el bosque según voy avanzando, alerta, con la esperanza de ver nuevos rastros de Kola, pero atenta también a la presencia de Eshu o de algún oyinbo. En la orilla abundan los arbustos con capullos de flores que empiezan a abrirse. Hay sitio para que una persona camine junto al río, así que continúo nadando hasta que oigo un rumor repentino. Las hojas tiemblan cuando algo se mueve entre los matorrales. Acerco los dedos mojados a la esmeralda de la daga. Justo cuando estoy a punto de extraerla de entre mis trenzas, me quedo helada y miro boquiabierta al animal que se ha plantado en la estrecha ribera.

Unos cascos de color gris plata rascan nerviosos la tierra y dos

largos cuernos le asoman de la cabeza en espirales nacaradas. Con su cuerpo rechoncho parecido al de un burro, el animal no recuerda a primera vista a los seres mágicos que los cuentacuentos describen a los niños. Sin embargo, cuando floto hacia él, se vuelve a mirarme con sus ojos azul turquesa.

Un abada.

Cuentan que es el heraldo de los perdidos y tengo muy clara la razón que lo ha llevado a mostrarse ante mí.

Kola.

Intento acercarme nadando, pero me detengo cuando el abada retrocede de un brinco con ojos desorbitados.

—Tranquilo, chiquitín. No te haré daño —murmuro con el corazón desbocado.

Si huye, dudo que vuelva a dar con él. Es inútil buscar a un abada a menos que quiera ser encontrado. Estoy a punto de salir del río cuando el animal resopla y trota unos pasos hacia la orilla. Su relincho es suave, casi un suspiro. Vuelve la cabeza hacia mí y yo me deslizo de vuelta al río para nadar a su lado.

Mientras el abada avanza con un galope corto junto al agua, procuro no perderlo de vista, en particular cuando se interna entre los arbustos, porque la orilla del río es demasiado estrecha en algunos tramos. De tanto en tanto se detiene para comprobar que todavía lo estoy siguiendo.

Avanzamos más y más tierra adentro. Los árboles arqueados sobre el agua casi tapan el cielo y ofrecen un fresco alivio al sol de mediodía. El bosque se va tornando más ruidoso. Mirando hacia la cúpula que crean las ramas entrelazadas, atisbo minúsculos pájaros que planean en lo alto, cuyas caritas rojas y amarillas me espían por detrás de las largas hojas de las plataneras.

Cuando el calor del día alcanza niveles casi asfixiantes, el abada se detiene en una bifurcación del río, donde una corriente más exigua se desvía a la izquierda. Patea el suelo agitada.

—¿Qué pasa? —le susurro. Me resbala el sudor por la frente y me gustaría hundirme en el agua para refrescarme, pero no quiero arriesgarme a perder al abada.

El animal relincha de nuevo.

—¿Kola? —llamo al chico en tono quedo, teñido de esperanza, girando despacio sobre mí misma para mirar alrededor.

No hay respuesta. El abada vuelve a relinchar, esta vez con más potencia, antes de rodear con tiento la maleza y salir trotando junto a la corriente de menos caudal.

—¡Espera! —grito, y me sumerjo para alcanzarlo.

El lodo me araña la cola cuando nos internamos aún más en la

selva siguiendo el arroyo, que apenas tiene profundidad suficiente para que pueda nadar. El silencio y la penumbra resultan desconcertantes en comparación con la algarabía de la parte más ancha del río, y miro a un lado y a otro inquieta. Incluso las riberas son más angostas y obligan al abada a saltar por las piedras de las aguas someras. A medida que ascendemos, los árboles van eclipsando el sol hasta taparlo casi por completo. La corriente lodosa está surcada de sombras y el verde de las hojas parece oscurecerse. La ribera es una cinta de tierra negra y piedras, y yo tuerzo el gesto al imaginar a Kola tratando de recorrer esta parte del río. El abada camina delante de mí con paso tranquilo, ágil incluso en este terreno rocoso. Empiezo a dudar de si habré hecho bien en seguirlo tan lejos, y entonces veo abrirse la corriente a un gran estanque. El abada relincha de nuevo, esta vez con más potencia, según se dirige a la maleza que rodea el agua.

Aquí nada grazna ni ulula. Cuando miro alrededor, el silencio se torna más pesado. «Sigue adelante», pienso al mismo tiempo que salgo del agua. Mi vestidura se materializa y yo me quedo agachada a un lado del lago, con el cabello mojado y la piel brillante a la luz amortiguada.

—Por favor, espera —le grito al abada al verlo echar a andar entre los arbustos. Y lo hace, sin recular lo más mínimo cuando llego a su altura—. Gracias por traerme hasta aquí —murmuro a la vez que le acaricio la sedosa crin.

La cabeza del ser apenas me llega a los hombros, pero sus cuernos doblan su tamaño, curvados hacia atrás y relucientes a la luz de un rayo de sol que se cuela entre la cúpula de la selva. Dicen que los cuernos del abada curan las enfermedades y neutralizan cualquier veneno. El animal se vuelve a mirarme con sus ojos de color turquesa ribeteada de plata y una sensación de paz inunda mi mente. Le acaricio el lomo y el abada agita la cabeza contento, concediéndome apenas un instante más de atención antes de abrirse paso entre la frondosa maleza. Lo sigo y las sombras se tornan más profundas según nos internamos en la vegetación.

La humedad es intensa en esta parte del bosque, cuyos árboles atrapan el calor bajo las copas. El suelo, una gruesa capa de hojas en descomposición y blanda tierra negra, está inundado a mis pies. Una gran araña gris con los ojos rojos y una raya amarilla en el lomo se cruza en mi camino y presto aún más atención al terreno, midiendo cada paso según me acostumbro de nuevo a desplazarme sobre los pies. Cuando el abada se abre camino entre arbustos de gigantescas flores moradas que huelen como a miel, oigo un sonido que me detiene en seco.

Un leve rumor de tambores, tan rápido y profundo como mi pulso. Al momento el sonido se torna más alto hasta que el mismo suelo parece vibrar bajo las doloridas plantas de mis pies descalzos. El abada regresa a mi lado y me empuja para que siga avanzando. Noto su hocico y su aliento cálido en la espalda hasta que cruzo los arbustos y acabo al borde de un gran claro.

La curva cálida del sol asoma tras las copas de los árboles y en mitad de la explanada veo personas que bailan y se mueven entre hierbas casi tan altas como sus menudos cuerpos.

Personas minúsculas.

Con el cabello recogido en trenzas largas y finas, los individuos giran casi con frenesí al ritmo de varios tambores gangan. Pequeñas manos golpean el cuero tenso con palos curvados y la mezcla de sonidos crea una música que es nueva para mí. Y allí, en mitad del claro, tendido en un lecho de hierba seca y envuelto con tela blanca, está Kola.

El ritmo de los tambores oculta mi jadeo de sorpresa. Tiene los ojos cerrados y los brazos cruzados sobre el pecho. Le sobresalen los pies por el extremo de la tela y recuerdo la palidez de las plantas cuando lo encontré en el agua.

Está acostado, exangüe, como preparado para las últimas oraciones, y se me parte el alma.

Trago saliva con dificultad y avanzo despacio, tratando de tener una perspectiva mejor. El abada resopla de súbito a mi espalda y doy un respingo con tan mala pata que tropiezo con un tronco podrido y me precipito al interior del claro.

El sonido de los tambores cesa. Los bailarines se quedan paralizados y sus largas trenzas se posan en las menudas espaldas. Los pequeños seres feéricos se vuelven hacia mí como si estuvieran sincronizados, me miran con pálidos ojos dorados.

—Yumboes —susurro.

CAPÍTULO DOCE

Bajo la atenta mirada de los yumboes, trastabillo hacia atrás para quedarme el borde del claro. Debe de haber más de cien, apenas son más altos que mi cadera. Vestiduras de color marfil cubren su reluciente piel de ébano y llevan el cabello plateado recogido en finísimas trenzas. Retrocediendo, me pego contra el abada al tiempo que intento recordar lo que sé sobre los yumboes también conocidos como bakhna rakhna o gente buena. Viven en moradas subterráneas de montañas secretas y se alimentan de la pesca y el maíz que roban a las personas. No representan una amenaza, eso lo recuerdo bien, sobre todo si deciden dejarse ver, lo que rara vez sucede.

—¿Kola? —llamo al muchacho según me aproximo.

El abada irradia calor a mi espalda y su pelaje me hace cosquillas en la piel. Si él no está asustado, yo tampoco debería estarlo, me digo, y avanzo otro paso.

Kola no se mueve y yo contengo el aliento cuando observo su pecho para ver si asciende y desciende. Empiezo a avanzar entre el grupo y los yumboes no intentan detenerme. Un niño que luce una trenza gruesa entreverada de plata me hace una reverencia mientras se retira a mi paso y mi nerviosismo cede levemente.

—No está muerto —dice el yumbo, que me sonríe con ojos alegres.

Sus palabras me proporcionan un consuelo efímero, pero vuelvo a preocuparme al fijarme en lo quieto que está Kola.

—¿Estás seguro? —le pregunto mientras sigo avanzando.

El niño me sigue y, cuando llego al lecho de hierba, corretea para ponerse a mi altura.

—Lo encontré después de la tormenta. En el mar. Convencí a mi padre de que trajera los otros botes para ayudar y lo sacamos de la bahía.

Al inclinarme hacia Kola, observo por fin el ascenso y el descenso de su pecho; se me aflojan las piernas de puro alivio y vuelvo a tropezar, y esta vez falta poco para que me caiga.

—¿Por qué descansa en esa postura? Pensé que...

—Estamos cantando y bailando para ayudarlo a recuperar la salud. —El niño yumbo sigue a mi lado. Se inclina y hunde una pizca la barriga de Kola—. Ha comido y luego se ha desmayado otra vez, pero pronto despertará.

El sonido de los tambores vuelve a comenzar y los yumboes proceden a bailar alrededor del abada, que brinca entre los seres feéricos agitando la crin. Yo me siento junto a Kola a observar los complicados ritmos de los pequeños pies, el brillo de las trenzas plateadas al sol. Cuando empiezan a cantar, sonrío. Como una sola persona, sus voces se fusionan agudas y armoniosas en una oración de salud y buena suerte. Sus bendiciones inundan de dicha el claro y mi corazón.

Los yumboes siguen bailando, alzan sus manitas en el aire y estampan los pies contra la tierra al ritmo de los tambores gangan.

—¿Simi? —Kola se incorpora abriendo los ojos y la tela resbala de su pecho. Intenta sentarse y oigo el silbido que cruza sus labios al mismo tiempo que se lleva las manos al costado izquierdo. Tiene un gran chichón en la frente, pero, aparte de eso, está ileso—. ¿Cómo has llegado aquí? —pregunta mientras sus ojos revolotean sobre mí—. ¿Estás herida?

—Estoy bien —respondo. Me inunda tal gratitud al saber que Kola está vivo que casi alargo la mano y le acaricio el cabello para notar el calor de su piel—. He despertado en la orilla. Solo quedaban restos de la barca. Pensaba...

Desvío la mirada.

—Yo también estaba preocupado por ti —dice Kola. Al oírlo, una sensación cálida me recorre por dentro—. Los yumboes me han salvado. Los vi en el agua. Simi, creí que un ajogún los había enviado antes de que me sacaran a rastras del mar, lo juro.

Kola ríe con suavidad y luego se calla para sujetarse el costado.

—¿Qué guerrero? ¿La muerte?

—¿Por qué no? Mami Watas, Shangó y Oyá. ¿Qué me quedaba por ver?

—Es la segunda vez que estás a punto de morir —digo contemplando la curva de sus labios—. ¿Le estás cogiendo el gusto?

—¿A perder la vida en el mar?

Al oír esas palabras, recuerdo que yo no soy como él. Yo no moriría en el mar. Yo no me ahogaría. Pero Kola sí.

Él es humano y yo no.

Durante un momento no puedo pensar en nada más.

—A estar al borde de la muerte —asiento, apartando los ojos. Me digo que solo me afecta porque, si Kola muriera, mi sacrificio habría

sido en vano, pero solo de plantearme la posibilidad de su muerte, el corazón me retumba en el pecho con fuerza.

—Simi... —Kola se sienta mientras el ritmo de los tambores aumenta de intensidad. La tela que le cubre el cuerpo resbala y cae.

—¡Estás despierto! —exclama el mismo niño yumbo que antes ha venido a decirme que Kola estaba vivo.

El muchacho, que apenas sobrepasa la altura de mis rodillas, corre hacia nosotros y nos dedica una sonrisa radiante alzando la vista hacia Kola, como si fuera el sol. Se acerca sin dejar de sonreír, exhibiendo una dentadura brillante como perlas minúsculas. Hace una reverencia con la pierna derecha cruzada por delante, agacha la cabeza y se lleva un puño diminuto al corazón.

—¡Soy Issa y fui yo el que te encontró! —El yumbo apoya una mano sobre el pecho de Kola y lo empuja para que se tumbe—. Debes descansar. Guardarte las fuerzas para la hora de la comida. —Envuelve a Kola con la sábana haciendo chasquear la lengua como una gallina clueca—. Ahora que estás despierto, iré a buscar a mi abuelo y te traeré algo para comer.

—Gracias, Issa —responde Kola. Sonríe al niño yumbo, que lo tapa hasta el pecho.

Tras concluir que el convaleciente ya está bastante arropado, Issa sale corriendo, gritando a todo pulmón algo sobre pescado y dispersando a los otros yumboes a su paso con el aleteo de sus brazos. Retorna casi de inmediato acompañado de un yumbo mayor de ojos color ámbar y largas trenzas gris plata.

—Bienvenido. Me llamo Salif. —Hace una reverencia con la mano abierta sobre el pecho descarnado—. Nos sentimos agradecidos y honrados de teneros como invitados. Solo las personas que los yumboes escogen son capaces de encontrar este claro. A menos que seáis criaturas sobrenaturales... En cuyo caso, el abada decide si os trae hasta aquí. Los semejantes se atraen. —Salif me mira a los ojos antes de bajar la vista—. Hemos coincidido con otras Mami Wata en los mares. Yemayá siempre nos ha bendecido con pesca abundante. Por favor, dale las gracias la próxima vez que la invoques.

Inclino la cabeza y me revuelvo incómoda mientras Issa me observa con timidez.

—Por favor, sentaos a comer con nosotros. Mi nieto se llevaría una desilusión si no lo hicierais —prosigue Salif al tiempo que propina unas palmadas en el hombro de Issa—. Y si podemos ayudaros en algo, lo hablaremos mientras tanto.

—Gracias —respondo. Kola asiente a su vez en murmullos.

Salif se aleja al instante y empieza a repartir órdenes. Nosotros nos quedamos con Issa, que se sienta junto a Kola. El aroma de la

comida especiada flota por el claro procedente de una gran fogata donde varios yumboes supervisan la preparación de un enorme siluro, que se asa despacio en las brasas exteriores. Debajo del árbol más grande que da sombra al claro, instalan mesas de madera con estrechos bancos. Los yumboes más pequeños corretean de un lado a otro decorando las mesas con flores moradas de estambres dorados. Otros excavan en el borde de la explanada para extraer las vasijas de vino de palma que tienen enterradas. Con sumo cuidado, rellenan los vasos que han depositado en las mesas sin derramar ni una gota.

Mientras los yumboes ocupan sus asientos, Issa nos conduce a un tronco más grande que ha sido dispuesto especialmente para nosotros. No parece que a Kola le moleste ya tanto el costado e incluso el chichón de su frente se ha deshinchado. Me pilla observándolo y desvío la vista a toda prisa.

Salif no se sienta. Bate las palmas tres veces y los yumboes, cuyos ojos brillan con el color de la miel oscura, alzan la vista.

—Hoy tenemos el honor de contar no con uno sino con dos invitados especiales. —Salif sigue de pie, sonriendo—. Como ya sabéis, rescatamos a uno del mar y sus negras rocas mientras que la otra llegó guiada por el sagrado abada. ¡Comamos y bebamos juntos! —Alza el vaso y toma un buen trago de vino de palma—. Sí àwọn olóríire! ¡Por los afortunados!

—Sí àwọn olóríire!

Los yumboes levantan sus vasos de madera y Kola me propina un suave codazo para que haga lo propio. Obedezco hasta que aparece la comida y entonces estoy a punto de derramar el vino.

—¿Eso qué es? —pregunto al ver una serie de humeantes fuentes de pescado que parecen flotar hacia nosotros.

—Comida —responde Issa con alegría, soltando una risita ante mi sorpresa—. Tenemos ayudantes, pero no puedes verlos. Bueno, no en su totalidad, al menos.

Las bandejas de plata cabecean en el aire según avanzan hacia las mesas esquivando raíces de árbol. Unas manos oscuras de gruesos dedos las sujetan, pero no veo el resto del cuerpo de los extraños seres.

—¿Quién las sostiene?

Issa sonríe y señala los pies marrones, a juego con las manos, que se desplazan por el suelo de la selva.

—Son invisibles, aparte de las manos y los pies. Los llamamos olùrànlọ́wọ́. Ayudantes.

Cuento diez ayudantes en total, que depositan nuevas bandejas de maíz y pescado a la pimienta en la larga mesa. Llegan otros dos cargados con calabazas más pequeñas llenas de agua para que nos

lavemos los dedos y más vasijas de vino de palma. Yo no puedo apartar los ojos de las oscilantes manos y me alivia ver que sirven la comida y desaparecen.

—No te preocupes, los olùrànlọ́wọ́ son seres mágicos. Los yumboes los invocan para realizar tareas engorrosas. —Kola empuja mi vaso con el lado leñoso del suyo—. Bébete el vino. Harás feliz a Salif. Para los bakhna rahna, tener un invitado es un regalo, pero tener dos es una auténtica bendición.

Bebo un sorbo y hago una mueca al mismo tiempo que se me saltan las lágrimas. La acidez de la bebida se me antoja excesiva.

—¿Es demasiado fuerte?

—Me alegro de que los vasos sean pequeños —digo. Kola ríe a carcajadas. Tiene una risa dulce y escandalosa y caigo en la cuenta de que es la primera vez que la escucho. Tomo otro sorbo con tiento, pero esta vez no tuerzo el gesto.

A nuestro alrededor, los yumboes arrancan la carne del pescado con los dedos y se llevan los filetes blancos a la boca. Issa se sienta junto a Salif y empieza a charlar por los codos sin preocuparse por los pegotes de maíz que lleva alrededor de los labios.

—¿Cómo sabes tantas cosas? —le pregunto—. ¿De los ayudantes, de las costumbres?

Kola parece una pizca azorado.

—Me encantaban los cuentos de los ancianos. Siempre los escuchaba y luego se los contaba a Taiwo y a Kehinde. Los cuentos los ayudan a dormir. —Su pálida sonrisa alberga tanto amor que me la contagia—. Nunca pensé que fueran reales ni que algún día comería con sus protagonistas. —Toma otro trago de vino—. Pero tampoco creía que otras cosas fueran reales y...

—Aquí estoy yo —termino por él—. Y dime —empiezo, ocultando el temblor nervioso de mis manos en el regazo—, de todos los relatos que escuchabas, fingiendo que solo lo hacías por los gemelos, ¿cuáles eran tus favoritos? —Lo empujo suavemente con el hombro—. ¿Cuáles pedías?

Kola deja la espina del pescado a un lado y, echando mano de una mazorca dorada, arranca un bocado y mastica. Advierto que se lo toma con calma para meditarlo a fondo.

Cuando termina, levanta la cara y me mira a los ojos.

—Los relatos de los orishas, claro.

—Hay más de cuatrocientos dioses yoruba... Sé más concreto —le pido en tono burlón a la vez que apuro el vino. Dejo el vaso en la mesa y juro no volver a beber nunca algo tan repugnante. Desde la otra punta de la mesa, Salif me ve y levanta su vaso sonriendo. Por lo menos él parece disfrutarlo, pienso.

—¿Qué orisha piensas tú que era mi favorito?

—¿Oshun?

—No hay otra orisha más bella ni amorosa —dice Kola—, pero no es ella.

—Osanyin, dios de las plantas y la sanación.

Kola niega con la cabeza.

—Te concedo una última oportunidad.

Me vuelvo a mirar a los yumboes, algunos de los cuales se han levantado y están bailando otra vez, casi todos con los vasos de vino todavía en la mano. La humedad de la selva no parece molestarles mientras giran y se contonean. El sol se refleja en su piel y en el metal precioso de su cabello.

—¿Ori? —propongo por fin. A decir verdad, el relato favorito de Kola podría ser cualquiera entre muchísimos distintos, sobre todo porque el poder y los orígenes de los orishas cambian dependiendo de quién te cuente las historias.

—Ogun. Él es mi orisha ancestral. —Kola bebe otro sorbo y sonríe con los labios mojados de vino—. Y mi favorito. En mi aldea los ancianos nos contaban la historia de Ogun antes de que saliéramos a cazar. —Se inclina hacia mí con los codos en las rodillas y sus piernas rozan las mías—. Admiro su fuerza.

—Y sus armas, seguro —digo. La destreza del orisha como herrero es legendaria.

—Bueno, sí, pero no solo por eso. Se distingue por su sentido del honor. Ogun es el orisha de la justicia y las promesas. —Kola se revuelve en el asiento y deja el vaso en la mesa—. Les juré a los gemelos y a mi familia que siempre los protegería.

Nos quedamos un momento en silencio. Su mano está junto a la mía sobre la mesa y noto un cosquilleo en los dedos porque me gustaría acariciar la suya. Para consolarlo. Ambos tenemos responsabilidades, seres queridos a los que proteger. Recuerdo las cicatrices en el rostro de Yemayá y me invade el abatimiento solo de pensar que pudiera sufrir más. No le fallaré.

—Y cumplirás tu promesa —le digo—. Nos marcharemos en cuanto terminemos de comer. De hecho, estoy segura de que Salif podrá indicarnos el camino más rápido para llegar a tu aldea. ¿Cómo se llama?

Kola guarda silencio y yo anclo mis ojos en los suyos. ¿Rehusará revelármelo incluso a mí?

—Oko —responde—. Mi aldea se llama Oko.

Asiento mientras paladeo el nombre mentalmente, más complacida de lo que quiero reconocer ante el hecho de que me lo haya revelado, de que haya confiado en mí.

—Veamos si los yumboes nos pueden dar indicaciones.

Salif se da cuenta de que alargo el cuello para buscarlo con la mirada. Llevándose los últimos restos de siluro a la boca, se levanta para acercarse a nosotros, seguido de Issa. Hace un gesto con su manita como si arañara el aire y una gran vasija de vino planea hacia nosotros transportada por unas recias manos oscuras.

—¡No! —Tapo el vaso con la mano a toda prisa e intento suavizar mi reacción con una sonrisa—. Gracias.

El anciano yumbo me hace una reverencia.

—Como desees.

—Salif, ¿conoces una aldea llamada Oko, cerca de la desembocadura del río Ogun?

Kola se echa hacia delante con ademán ansioso.

—Comercian sobre todo con pescado y también con maíz a finales del verano.

—Sí, sí, la conozco.

Salif echa la cabeza hacia atrás para apurar la bebida.

—Una aldea próspera. ¿Es allí adonde os dirigís?

—Así es —respondo—. ¿A qué distancia dirías que está?

—Si salís ahora, podríais llegar por la mañana.

Hago un movimiento rotatorio con el tobillo y estiro los dedos de los pies para mitigar la tensión de los músculos. No tengo claro que mis piernas vayan a aguantar una caminata de toda una noche.

—¿Tú o algún otro yumbo ha estado allí hace poco? —pregunta Kola.

El anciano deja el vaso vacío en la mesa.

—No hemos estado en Oko, no. Si bien...

Salif no termina la frase. Se ha interrumpido en seco junto con los demás yumboes, que se han quedado petrificados en el mismo momento exacto. Incluso Issa, que se ha abierto un hueco junto a Kola, ha dejado de masticar y mira algo boquiabierto con un solitario grano de maíz pegado al labio inferior.

Miro alrededor y Kola hace lo propio. Un desconcierto idéntico al mío se extiende por su rostro. Agita a Issa con suavidad, pero el niño no reacciona. Su mirada color ámbar sigue siendo vidriosa. Salif se estremece una vez, un temblor que le recorre el cuerpo antes de doblarse sobre sí mismo. Entonces un grito agudo brota de su boca abierta y los demás yumboes hacen lo mismo, chillan con los ojos cerrados. Aquellos que estaban danzando al ritmo de los tambores se desploman en el suelo. Minúsculos cuerpos y trenzas plateadas se amontonan por el claro.

—¿Qué pasa? —me pregunta Kola en tono extrañado mientras observa a Issa—. ¿Están bien?

—No lo sé —respondo. Noto un pequeño nudo de inquietud en el estómago, aunque mi sensación no es ni de lejos tan intensa como la reacción de los yumboes. Me inclino para tocar la mano de Issa, pero el niño no responde. Ahora sus pestañas brillan metálicas en contraste con el tono oscuro de sus mejillas.

Me encamino al centro del claro y me agacho para examinar a todos los yumboes que puedo. Entretanto, mi desasosiego aumenta junto con la opresión de mi barriga.

—Todos respiran —digo a la vez que me incorporo para mirar a Kola, pero no está.

A mi alrededor hay un bosque de árboles negros cuyas ramas retorcidas arañan un cielo del color de un cardenal reciente. Un silencio cargado, sobrenatural, lo envuelve todo y el hedor de la podredumbre y la muerte está tan presente en el aire que se me aloja en la garganta y me provoca arcadas. Al darme la vuelta, me tambaleo gritando de dolor al mirar la tierra negra. Estoy plantada sobre esquirlas de minúsculos huesos feéricos astillados entre la melancolía del bosque muerto. Una marea de tristeza me atrapa y me doblo sobre mí misma con las manos en la barriga.

—¡Kola! —grito al tiempo que retrocedo un paso mínimo con las manos en la boca.

Pero no hay nadie para responderme. Solo plantas secas y los restos de los yumboes en forma de fragmentos blanqueados por el sol cubriendo el suelo. Y entonces salgo corriendo entre árboles negros como el carbón, desesperada, resbalando sobre restos que no quiero ver. El bosque empieza a clarear según desciende por colinas ondulantes que conectan con campos salpicados de negro. Son los tallos rígidos de cosechas muertas. Los cadáveres de las vacas y las cabras se descomponen despacio al sol, cuyo calor y luz son lo único vibrante de este paraje. Al ver una muralla que rodea varios recintos, me encamino hacia la aldea con el corazón acelerado. Reduciendo el paso, cruzo portalones abiertos de par en par con grabados que representan el mar y cosechas abundantes. Me detengo el seco. El aliento me quema el pecho cuando los veo. Los muertos. Los aldeanos yacen en la tierra roja, las bocas abiertas en gritos postreros, las manos en forma de garras, la piel colgando en pellejos oscuros. Las llagas, las costillas y los huesos asoman de las vestiduras. Cierro los ojos con fuerza y empiezo a gritar hasta que me duele la garganta.

—¡Simi, Simi!

Abro los ojos y veo a Kola, cuyas gruesas cejas se unen en un ceño

de inquietud. Sollozando, hundo la cara en su pecho mientras él me abraza hasta que dejo de jadear y de llorar.

—¿Qué tienes? ¿Qué ha pasado?

—He visto...

Pero no me da tiempo de terminar la frase. Un jadeo colectivo vibra sonoro en el aire y los yumboes se sientan a la vez con los semblantes vacíos. Sus ojos color néctar parpadean sobre sus miradas perdidas. Issa rompe a llorar y Kola me suelta para abrazar al yumbo con aire preocupado.

—Salif —murmura Kola—. ¿Qué ha sido eso? ¿Qué acaba de pasar?

El anciano yumbo respira varias veces al tiempo que se alisa las trenzas de la espalda, cada una entrelazada con oro y plata.

—Estamos conectados con la tierra. —Salif rellena su vaso con manos temblorosas—. Y si algo quiebra su armonía..., lo percibimos.

Bebe el vino de palma de un trago.

—¿Habéis visto... algo? —pregunto con la respiración entrecortada, todavía impresionada por mi visión. Me obligo a tomar una gran bocanada de aire para que mis piernas dejen de temblar.

—Ha sucedido algo —afirma Salif rellenando el vaso. Le tiemblan tanto las manos que derrama un poco de vino de palma.

—¿Qué ha podido ser? —pregunto al recordar cómo me siento en los instantes previos a una tempestad, las sensaciones que experimento, ese olor especial en el aire. El presentimiento de que algo se avecina. Pienso en los huesos que he pisado en mi visión. Las cosechas muertas y los cadáveres retorcidos de la aldea.

Kola me mira con el semblante lívido.

—Me parece que lo sé. —Se vuelve hacia Salif y dice con palabras lentas y pesadas—: Los gemelos, Taiwo y Kehinde.

—¿A qué te refieres? —le pregunto frunciendo el ceño. Nada parece tener demasiado sentido.

Kola se revuelve en el banco y posa las manos sobre la mesa con las palmas abiertas. Inspira hondo.

—Son Ibejis.

—¿Orishas? —pregunto, alzo la voz por la sorpresa. Recuerdo lo que sé de los dioses gemelos, un alma en dos cuerpos, orishas de la alegría y las travesuras, así como de la abundancia. Su presencia trae felicidad y riqueza a las gentes y vida a las tierras que habitan.

—Algo parecido. Los Ibejis se han manifestado en Taiwo y Kehinde. El babalawo lo vaticinó. —Kola se estruja un puño con los largos dedos de la otra mano—. Su nacimiento trajo una época de prosperidad a Oko, así como a las tierras de los alrededores.

—Por eso nos instalamos aquí —añade Salif, señalando los

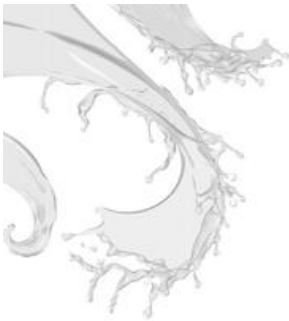
terrenos con ambas manos—. Oímos que estos parajes albergaban el poder de los Ibejis. Y lo percibimos a nuestra llegada.

—Mi familia lo ha guardado en secreto. Ni siquiera las gentes de mi aldea lo sabían. Habrá una ceremonia de confirmación y protección. Yo tenía que estar allí con el fin de asegurarme de que estuvieran a salvo hasta la celebración. —Kola se vuelve hacia Salif y se inclina para mirarlo a los ojos—. ¿Podría ser eso lo que habéis notado?

Percibo la esperanza en su voz, pero Salif niega con la cabeza.

—Una ceremonia como esa no hace sino confirmar y afianzar su poder. Lo que he notado, lo que hemos notado todos, ha sido... una especie de amputación.

—¿Y si les ha pasado algo malo a Taiwo y a Kehinde? ¿Y si llego demasiado tarde? —Kola se pasa las dos manos por la cara y se aprieta con los dedos el labio inferior—. ¿Y si han muerto?



CAPÍTULO TRECE

—Todavía no sabemos nada con seguridad —le digo a Kola, procurando que mi voz no suene alterada. ¿Por qué no me ha contado antes lo de los gemelos? ¿Solo porque no confía en mí? Reaccionó como si la invocación de Yemayá fuera su primer encuentro con una orisha y ahora descubro esto. Entonces pienso en su deseo de proteger a los gemelos y el hecho de que no haya mencionado sus poderes cobra más sentido.

Al pensar en secretos no compartidos, recuerdo mi visión. Tal vez debería contarla. Hablarles de los muertos. Yumboes y aldeanos. Ahuyento los pensamientos con un estremecimiento. Intento decirme que las imágenes no significan nada, pero sé muy bien que no es verdad. En cambio, soy consciente de que no le puedo hablar a nadie de ellas hasta que no entienda su significado. Kola y Salif ya están bastante preocupados. Antes de que le pueda dar más vueltas al asunto, el yumbo anciano bate las palmas.

—Espero que todos os encontréis bien. No os preocupéis, averiguaremos qué significa esto. Las señales se deben comprender, no temerse solo porque no las entendemos. Así que, de momento, concluyamos el banquete.

Los yumboes acogen las instrucciones de Salif con un asentimiento. Los olùrànlọ́wọ́ revolotean de acá para allá retirando bandejas de plata y echando tierra a las fogatas mientras el sol se pone detrás de los árboles. Los yumboes, que parecen extenuados, se apiñan en grupos dispersos por el claro y hablan con voces quedas.

—Hay una cosa más que debemos tener en cuenta. No estoy seguro de que guarde relación con lo sucedido y no me gustaría preocupar a los demás, así que solamente os lo diré a vosotros. —Salif se vuelve a mirarnos con una expresión solemne y las manos unidas ante sí—. Unos cuantos yumboes que salieron a recolectar acababan de llegar. —El anciano se interrumpe antes de levantar el vaso de madera una vez más y luego lo vuelve a dejar—. Oyeron a los hombres hablar de que... Eshu está en los límites de nuestro territorio.

—¿Eshu? —pregunto con inquietud—. ¿Por qué iban a mencionar su nombre?

—No es la primera vez que lo oigo nombrar últimamente —dice Salif—. Corren... rumores.

—Continúa —le pide Kola. Tiene el rostro desencajado y traga saliva con dificultad.

Veo preocupación en los ojos color ámbar fundido de Salif y creo saber lo que va a decir.

—Rumores de que anda buscando algo.

Oyá dijo lo mismo. Si el babalawo tiene los anillos y Taiwo y Kehinde están en Oko... Me vuelvo a mirar a Kola y la misma angustia que yo siento se refleja en su expresión.

—Tenemos que marcharnos —digo con voz queda. Mis palabras están empapadas de temor. Primero Eshu se presenta en el barco de Abayomi y ahora hay rumores de su presencia aún más cerca de Oko. Kola asiente con una expresión tan funesta como la mía al tiempo que se pone en pie.

—Permitid que os obsequiemos con algunas provisiones —dice Salif, y le pide a su nieto que se encargue de ello.

Issa, cuya tarea le ha devuelto parte de las energías, imparte órdenes a diestro y siniestro, cambia los odres de agua que sus compañeros han preparado por otros más grandes e inspecciona los pescados envueltos en hojas de platanera.

—¡Tenéis que tensar más las hojas! ¡Si no, se estropearán! —le regaña a un chico más alto que él. El yumbo resopla, pero procede a envolver toda la comida de nuevo.

Issa da su visto bueno y, acto seguido, corre hacia Kola.

—Quiero ayudar —dice.

—Ven, Issa, déjalos que se preparen —ordena Salif envolviendo al niño con su brazo.

—Pero ¡puedo ayudar!

Sin despegar los ojos de Kola, el yumbo escapa corriendo del abrazo de su abuelo para acercarse a nosotros. Le arrebata la talega al yumbo que nos la trae, la arrastra a toda prisa y la deja caer a nuestros pies. Cuando alza la vista para mirarnos, sus ojos irradian destellos dorados.

—Os puedo llevar a Oko. Es allí adonde os dirigís, ¿no?

Al oír eso, Kola se inclina hacia él con una leve sonrisa en los labios.

—Te agradecemos tu hospitalidad, pero eres muy joven. Tú debes estar aquí.

—¡Por favor! —exclama Issa, que se vuelve a mirar a Salif—. Abuelo, podrían perderse. ¡O... o tomar el camino largo y tardar varios

días en llegar! Todos hemos sentido... lo que ha pasado hace unos instantes. Tienen que llegar cuanto antes y yo puedo ayudarlos.

Kola se crispa ante la mención de la urgencia de llegar a Oko y sé que empieza a flaquear.

—Abuelo, no es la primera vez que hago de guía. ¡Por favor, deja que los acompañe! Conozco todas las sendas y caminos que hay que tomar. Qué rutas evitar. —Issa saca su pecho menudo—. Me necesitan.

Observo al yumbo de brazos como palillos y mentón puntiagudo. Sacude la cabeza para apartarse las trenzas de los ojos y poder mirar a Kola, que lo contempla con una ternura que me incomoda. No necesitamos una persona más de la que preocuparnos.

—Kola, no me parece buena idea.

—Tardaréis días si no conocéis el camino —insiste Issa, obsequiando a Kola con una sonrisa—. Yo os puedo llevar en la mitad de tiempo.

—Nos ayudaría —concede Kola con voz queda.

Issa sonríe de oreja a oreja y a continuación posa en mí su mirada color miel.

—Puedo hacerlo, Simi. Puedo.

Kola le apoya una mano en el hombro y me mira también.

—Si puede guiarnos, lo necesitamos. Además —propina unas palmaditas en la cabeza de Issa—, serás una buena compañía.

—Lo seré, ẹ̀gbọ́n ọkùnrin.

El yumbo sonríe a Kola a la vez que da saltitos sobre un pie y luego sobre el otro.

Frunzo el ceño. ¿Qué se ha creído Issa, refiriéndose a Kola como su hermano mayor? Pero el niño sonríe con dulzura y es verdad que necesitamos llegar a la aldea cuanto antes. Asiento. Si Eshu sabe que los anillos están en Oko, debemos tomarle la delantera.

—¿Abuelo? —pregunta Issa.

Salif lo medita un momento antes de responderle.

—Te doy permiso, pequeño. Pero solo para hacer de guía. —Levanta un dedo—. Nada más.

Issa sale disparado y tropieza con el costal.

—¡Voy a buscar mis cosas!

—En cuanto los hayas dejado en Oko, vuelve directamente —grita Salif—. ¡Directamente!

—¡Sí! —vocifera Issa por encima del hombro sin detenerse.

—Lo cuidaré como si fuera mi hermano pequeño —dice Kola llevándose la palma abierta al corazón—. Lo prometo.

—Te lo ruego. —Salif hace una reverencia imitando el gesto de Kola—. Me gustaría saber qué ha provocado el sentimiento que nos afectó. Tenemos que averiguar si todavía estamos seguros aquí.

Aguarda a que Kola examine el contenido de la talega. El muchacho extrae una espada corta que desliza entre la tela tensa de su vestidura.

—Te damos las gracias, Salif. Por haberme salvado y por proporcionarnos un guía. Somos afortunados. Tienes nuestra gratitud. Y tanto maíz como puedas llevarte una vez que estemos en Oko.

—Te tomo la palabra —responde Salif, que consigue esbozar una pequeña sonrisa cuando Issa regresa corriendo y le da un rápido abrazo antes de plantarse a nuestro lado—. Aún te puedo dar algo más. —El anciano nos tiende una bolsa minúscula—. El abada nos permite coger una parte de sus cuernos cada año. Aquí hay una pequeña cantidad. Se puede mezclar con agua para beber o usar para preparar un emplasto. En cualquier caso, lo cura casi todo. —Salif inclina la cabeza con solemnidad—. Bendeciremos vuestro viaje con danzas y oraciones.

Mientras Issa guarda el polvo en el costal junto con los suministros, Kola imita el gesto del anciano.

—Gracias otra vez por rescatarme y por acogernos a los dos.

—Volveré —dice el pequeño yumbo dirigiendo una sonrisa a su abuelo—. No te preocupes.

Salif se inclina para besar a Issa en las mejillas antes de mirarlo a los ojos.

—Recuerda, no corras peligro y regresa tan pronto como los hayas dejado en Oko.

El yumbo asiente con impaciencia. Al momento da media vuelta para recoger la talega más pequeña y se la cuelga a la espalda. Los demás yumboes empiezan a cantar suavemente mientras los tambores gangan vuelven a sonar con un ritmo que retumba por todo el claro. La música nos desea buen viaje mientras nos encaminamos hacia los árboles empapados de ocaso. Issa corretea delante sin dejar de charlar con Kola, orgulloso de guiarnos por las sendas más rápidas.

—¿Y esta planta qué es, àbùrò ọkùnrin? —Kola señala un gran arbusto de hirsutas hojas color verde oscuro.

Hermano menor. Issa levanta la cabeza hacia Kola para hablarle del cafeto Nganda. Arranca una de las bayas maduras de las que se extraen los granos.

—A mi abuelo le encanta la bebida amarga que se prepara con estas, así que recojo grandes cantidades para él. —Issa guarda unas cuantas bayas en el costal y corretea hacia delante lanzándonos miradas por encima del hombro—. ¡Venga, por aquí!

Seguimos al yumbo bosque a través avanzando con rapidez entre la explosión de follaje color lima y oliva. Issa escoge senderos que bordean perales y árboles de caoba según nos interna en la zona

donde el aire transporta más humedad. El olor de las fértiles tierras nos da la bienvenida con cada paso que damos. El yumbo habla por los codos y en cierto momento arranca una carcajada a Kola.

Yo camino algo rezagada, pues ya me duelen los pies. Me concedo un momento para estirar los empeines volviendo los dedos hacia arriba y tomo un trago de agua. Kola e Issa siguen andando mientras el sol del atardecer enciende la cúpula de la selva. El yumbo levanta la mano para tomar la de Kola sin dejar de brincar y corretear para poder seguirle el paso. Oigo otra risita y noto una punzada de envidia de ver lo cómodos que se sienten ya en compañía del otro.

Lo que es peor, no puedo dejar de pensar en la mención de Eshu. Saber que hay rumores de que anda cerca no hace sino tensar aún más el nudo que tengo en el estómago.

Me obligo a apurar el paso. Kola se vuelve de repente para asegurarse de que los esté siguiendo. Guardo el odre.

—¿Cuánto falta, Issa?

Me enjugo la cara. Gotas de sudor se deslizan entre los pliegues de mi vestidura. Es una sensación incómoda y llevaba un tiempo sin experimentarla.

—Pronto llegaremos al río —dice Issa a la vez que empuja una larga hoja a un lado para pasar—. Oko está a pocas horas de allí. Deberíamos...

El resto de las palabras del yumbo quedan engullidas por los crujidos que resuenan en el bosque a nuestro alrededor. Nos quedamos paralizados. Una lechuza ulula a lo lejos ahora que la noche le arrebata cada vez más luz al día, y el ruido de antes se deja oír de nuevo. Más alto, más cerca. Los árboles se agitan y parece como si un trueno retumbara en la misma tierra.

—¿Kola?

En vez de responder, coge a Issa en brazos y retrocede para plantarse delante de mí, protegiéndome con el cuerpo.

Mi respiración se acelera aterrada cuando el primer animal surge de entre los árboles corriendo directamente hacia nosotros. Atisbamos unos colmillos blancos que brillan en la penumbra junto con unas orejas que cuelgan en grandes frunces de piel gruesa y gris. El gran elefante barre un arbolillo a su paso a la vez que barrita a todo pulmón. Levantando sus enormes patas grises, se precipita hacia nosotros con los ojos brillantes y desorbitados por el miedo.

Arrastro a Kola a un lado mientras el elefante sigue avanzando, aplastando arbustos a su paso para abrirle camino al resto de la manada. Con las espaldas pegadas a la corteza pálida y áspera de un árbol de caoba clara, contengo el aliento cuando la estampida pasa ante nosotros, cuatro hembras más pequeñas con dos crías a las que

apuran entre ellas. Una de las crías cae al suelo y grita, pero su madre la ayuda a levantarse antes de que acabe aplastada. Ninguno de los animales nos mira ni repara en nuestra presencia. Avanzan a toda velocidad, dejando una estela de destrozos a su paso.

—Ellos también notan algo —dice Issa desde la seguridad de los brazos de Kola. Se retuerce para que lo deje bajar y avanza un paso incierto en la misma dirección de la que procedían los elefantes—. Tenemos que seguir por aquí.

Cómo no. Escudriñando el camino poblado de sombras que se arrastran entre los árboles, trago saliva y avanzo dos pasos.

—Pues pongámonos en marcha.

Camino tan rápido como me permite un dolor de pies cada vez más intenso, que empujo al fondo de mi mente. Los elefantes han abierto una senda. Sin embargo, no puedo dejar de pensar en el miedo que reflejaban sus ojos y en que han estado a punto de aplastar a la cría de tanta prisa que tenían por alejarse. ¿De qué? Salif ha dicho que los yumboes han experimentado una especie de desconexión con la tierra. ¿Habrá sido eso lo que ha asustado a los animales?

Al recordar la visión que he tenido y los rumores acerca de Eshu, otro hilo de sudor frío me recorre la espalda. Deslizando los dedos por las tensas trenzas que coronan mi cabello, extraigo la daga y libero la hoja. El arma me ayuda a sentirme mejor, pero no demasiado.

Avanzamos por la selva arrasada hasta que las plantas de los pies me arden como si las tuviera en carne viva. Lucho contra la necesidad de cojear, aliviada cuando noto un tirón en las entrañas y una comezón en la piel, como si las escamas trataran de abrirse paso. Agua. Está cerca, lo percibo. Renqueo con más rapidez y el turbulento rumor del río por fin me sale al paso. Si puedo remojarme un rato me sentiré mejor. El murmullo se oye ahora con claridad, cada vez más alto, hasta permear el quieto aire nocturno que nos envuelve. Issa corretea hacia mí y señala un recodo.

—Allí. El río —anuncia mientras el rumor sordo se torna más intenso. Sale corriendo y veo elevarse sus piernecitas cuando salta un tronco caído antes de volverse para mirarme—. Hay que cruzarlo.

Seguimos al yumbo, que se abre camino entre la maleza, hasta que la corriente aparece ante nosotros. Echo un vistazo a un lado y a otro, recelosa, en busca de alguna pista que explique de qué huían los elefantes, pero no percibo nada, aparte del olor de las piedras y el lodo que desprende el río, con un matiz de podredumbre casi imperceptible. Ahuyento la fetidez de mi pensamiento y devuelvo la daga a su lugar entre mis trenzas. Los ríos son distintos de los mares, nada más.

El atardecer ensombrece las rocas que cercan las orillas y los

árboles se ciernen sobre la rápida corriente. Las turbulentas aguas me llaman y yo me escapo hacia ellas, ansiosa por sentir su frescor.

Me agacho para hundir una mano en el río. Cuando noto el tacto sedoso del agua, exhalo un suspiro y la idea de sumergirme en ella me devora.

—Parece profundo —observa Kola, que mira la corriente por encima de mi hombro—. ¿Te ayudará?

Sobresaltada, saco la mano del agua antes de asentir. Se ha dado cuenta, pienso. Una sensación cálida asciende por mi pecho hasta el cuello. Pensaba que había conseguido ocultar el dolor.

—Bien —añade Kola con suavidad. Su mirada se demora en mí un instante y luego echa a andar lentamente detrás del yumbo.

—Ẹ̀ bọ́n ọkùnrin, podemos cruzar por aquí.

Issa retira una gran hoja para mostrarle al muchacho las primeras traviesas de un puente de madera que cuelga de gruesas sogas.

—¿Estás seguro de que soportará mi peso? —Kola observa el puente con recelo—. No soy tan ligero como un yumbo, eso seguro.

—Sí, sí, soporta el peso de muchas personas —responde Issa, que ya está correteando por las traviesas. Salta unas cuantas veces para demostrar la resistencia—. ¿Lo ves?

Yo los observo desde la orilla, con los pies ya hundidos en el agua. Las escamas aparecen con rapidez y el dolor de las plantas se esfuma tan pronto como empieza a formarse la cola. Issa está en mitad del puente, llamando a Kola con gestos alegres mientras la plata de su cabello destella al sol del atardecer. Yo sigo sumergiendo las piernas hasta que se unen y empiezan a brillar los tonos dorados y rosas de las escamas. Es tan agradable que parpadeo de placer y alivio. Dejo que el río me engulla y buceo por sus profundidades haciendo cabriolas por las aguas gélidas.

Cuando vuelvo a asomar la cabeza en el aire estancado, Kola está en mitad del puente mientras Issa salta y aplaude en la otra orilla. Me acaricio los rizos que descansan sobre mis hombros y sonrío.

—¡Ya te he dicho que era seguro! —alardea el yumbo.

Kola alza la vista y lo saluda. Es entonces cuando las tablas de madera crujen con fuerza a sus pies, se parten y él cae a plomo a las aguas del río. Cuando emerge farfullando, yo suelto una carcajada y brinco en el agua para que el abanico de mi cola quiebre la superficie.

—¿Quieres que vaya a ayudarte? —le grito usando las manos para amplificar la voz, sin molestarme en ocultar la sonrisilla burlona.

Una lluvia de gotitas centellea en el aire cuando Kola sacude la cabeza.

—No hace falta.

—¡Ay, ẹ̀gbọ́n ọkùnrin, perdona! —vocifera Issa, a punto de

echarse a llorar y ya corriendo a la orilla—. La madera se habrá podrido desde la última vez que cruzamos. ¡Ven, nada a la orilla, te ayudaré a salir!

—No pasa nada, pequeño —dice Kola, y empieza a nadar hacia la ribera—. No te preocupes.

Según surca las aguas con poderosas brazadas, avisto grandes burbujas y un remolino corriente arriba. El olor de la podredumbre que he percibido antes se torna más intenso y me acerco nadando, sin despegar los ojos del agua. Se me eriza la piel cuando la turbulencia aumenta. El río empieza a borbotear y Kola desaparece antes de que yo pueda decir nada, directo a las profundidades.

Me sumerjo, pero no veo nada entre las aguas turbias de barro. Regreso a la superficie y tomo una bocanada de aire estancado.

—¡Issa! ¿Has visto a dónde ha ido? —chillo. Escudriño el río con frenesí, pero ahora está en calma, turbado tan solo por pequeños remolinos.

El yumbo niega con la cabeza, con los ojos muy abiertos y la boca desencajada.

—¡Kola! —vuelvo a gritar. Floto en el agua dibujando pequeños círculos con las manos, medio esperando que reaparezca, que nos salpique riendo. Pero el río permanece uniforme fluyendo rápidamente corriente abajo—. ¡Adekola!

Veo un vórtice en el centro y el río empieza a hacer espuma como si rompiera a hervir. Libero mi daga justo cuando Kola irrumpe en la superficie atrapado en las fauces de algo que parece ofidio y extrañamente equino a un tiempo.

Kola alarga una mano hacia mí cuando el engendro recula para tomar impulso sin soltar el cuerpo del muchacho. El olor pútrido que he notado antes aumenta de intensidad en el instante en que el animal se abalanza contra mí. La cabeza alargada exhibe tres cuernos y su mirada amarilla se desliza del río al cielo y luego al agua de nuevo. El monstruo tiene un cuerpo grueso pero sinuoso y un largo cuello; es exactamente lo que su nombre indica, un dragón demonio.

—¡Un ninki nanka! ¡Es un ninki nanka! —grita Issa desde la orilla opuesta con voz chillona de puro terror.

Kola forcejea entre las enormes fauces en tanto que la serpiente se desenrosca en el río proyectando olas de agua a los márgenes. El miedo me corta el aliento y la fuerza del río me atrapa mientras lucho por permanecer a flote. Kola golpea con los puños el pelaje viscoso que rodea la cara del monstruo al mismo tiempo que resuella para

coger aire.

—¡Aguanta, Kola! —le grito, liberando la daga—. Issa, ¿qué hago? ¿Cuál es su punto débil?

—El ninki nanka no lo devorará vivo, lo ahogará primero como hacen los cocodrilos —chilla Issa. Las lágrimas le resbalan hacia el mentón puntiagudo—. Debes detenerlo antes de que se sumerja.

Asiento y aferro el arma con más fuerza. Mientras el engendro respira para aumentar la presión de sus anillos en torno al cuerpo de Kola, yo vuelvo a sumergirme. Mis escamas destellan en el agua turbia cuando el ninki nanka se hunde arrastrando a Kola con él. Buceo hacia el centro del río, en dirección a ese cuerpo culebreante que apenas alcanzo a ver. Nubes marrones estallan y se expanden en el agua cuando el monstruo se retuerce sacudiendo al muchacho, apenas un borrón apaleado, de lado a lado. Al acercarme, advierto que los brazos de Kola cuelgan laxos y hay burbujas brotando de su boca. «No te rindas», pienso desesperada a la vez que perforo las escalas del ninki nanka y arrastro la daga por su carne.

Mi recompensa es que la herida le arranca un terrible bramido mientras sacude la gigantesca cabeza de lado a lado. El agua es una mezcla de cieno y gritos atrapados en burbujas cuando el demonio suelta a Kola, que se hunde hacia el lecho del río. Nado hacia él y me lo cargo a la espalda al mismo tiempo que la criatura desciende con los colmillos por delante. Enroscándose y desenroscándose, revolviendo el limo del lecho del río, se abalanza contra mí, pero yo ya estoy atacando de nuevo. Con un golpe de su cabeza peluda y marrón, el ninki nanka me arranca el arma y recula. Detrás de mí, Kola se está quedando sin aire. Me araña la espalda mientras la bestia nada hacia nosotros con las negras fauces abiertas.

Busco el brillo del oro o el destello de una esmeralda en el lecho del río. Veo la daga medio enterrada en el lodo justo cuando el monstruo se acerca exhibiendo unos dientes tan grandes como Issa. Aferro mi arma y doy media vuelta tratando de esgrimirla firmemente contra la agitada corriente. Entretanto, el ser se precipita hacia nosotros. El movimiento del agua nos empuja y casi tenemos al ninki nanka encima antes de que cambie de táctica.

—*¡Detente!* —le ordeno del mismo modo que hablo siempre a los tiburones—. *No le hagas nada.*

Los dedos de Kola me aferran por detrás para atraerme hacia su pecho cuando la bestia asesta un mordisco y se para antes de retirarse a la oscuridad del río. Todavía veo su enorme cabeza y el brillo de sus escamas, pero no nos ataca.

Me arriesgo y empujo a Kola a la superficie antes de que se ahogue. Él niega con la cabeza, pero no le hago caso. Aunque lo

apunto con la daga, el ninki nanka se limita a fulminarme con la mirada y comprendo que tengo razón. Está obligado a obedecerme.

—*Espera.* —Me acerco nadando, los nervios tensos, la daga en ristre.

El ninki nanka abre la boca para borbotear un gruñido. Miro un momento hacia arriba y me alivia ver a Kola nadando hacia la orilla. Al volver la vista al fondo, veo que el monstruo todavía no se ha movido. Serpenteando a través del agua, me aproximo al ninki nanka. El monstruo abre la boca y varias filas de dientes destellan en el interior.

—*¿Por qué nos has atacado?* —Estoy tan cerca que podría tocar uno de sus tres cuernos si quisiera, pero guardo las distancias—. *Nosotros no te hemos agredido.*

El ninki nanka resopla y ruge. El agua late con el sonido, pero yo no me muevo, no demuestro el miedo que todavía se me enrosca a la columna vertebral, frío y tenso.

—*Lo sabemos, pero vos estáis aquí y también nos, y tenemos mucha hambre. Tuvimos que hacerlo.*

—*¿Tuvimos?*

—*No hay elección.* —La criatura alza la vista hacia el sol que oscila a través del agua—. *Ya las cosas están cambiando.*

—*¿Qué está cambiando?*

—*No podemos decirlo.*

Mis rizos flotan por delante de mi cara. Me aparto el cabello y sostengo la daga contra su ojo amarillo sujetando la esmeralda con la palma. El ninki nanka abre la boca, pero yo ahuyento el miedo y, dándome impulso hacia delante, empujo la hoja contra el pelaje de su cara.

—*Dímelo.*

Me observa con mirada torva entre el destello de sus colmillos. Le tiemblan las fauces y sé que nada le gustaría más que hincar sus dientes en mi carne.

—*La tierra.*

—*¿Qué pasa con la tierra?*

—*Está cambiando. ¿No lo notáis? ¿O acaso solo estáis conectada con el agua?*

La bestia se contonea despacio. Hundo la afilada hoja un poco más en su pelo y la deslizo por la piel de su cara.

—*¿Notar qué?* —Pero ya me estoy acordando de la estampida de elefantes.

—*La armonía está rota. La tierra y todo cuanto contiene se pudrirá despacio. Ya está sucediendo.* —El ser sonríe—. *Y vos moriréis con ella.* —El ninki nanka se relame los dientes manchados de gris—. *Os*

devoraré, en cualquier caso, aunque la enfermedad y la muerte hayan ennegrecido vuestros miembros. —Alza la vista hacia mí escondiendo la lengua—. *Todo morirá, pero yo necesitaré alimentarme igualmente.*

Antes de que yo pueda pensar nada más, el demonio abre la boca y brama, y no estoy segura de cuánto tiempo mis órdenes van a seguir surtiendo efecto. Me muevo con rapidez. Presiono la hoja en el cuello del monstruo y lo hundo más hondo. Un chillido estridente se propaga por el agua. El ninki nanka cierra las mandíbulas para morderme, pero cada vez que lo hace yo me aparto lo suficiente para quedar fuera de su alcance. Cuando deja de rugir, extraigo la hoja de oro y nado a la superficie en tanto que él se retira.

—¡Simi! Por aquí. —Issa baja de la rama de un árbol que se dobla hacia el río.

—¿Estás herida? —Kola está tumbado junto al niño. Me tiende una mano; con la otra se sujeta el costado. Issa me ayuda a salir del agua y noto la mirada de Kola clavada en mí.

Me desplomo sobre la espalda y entorno los ojos para protegerlos de la luz del sol, que me calienta la piel mientras mi cola se divide. Quiero acercarme a Kola, pero tengo que esperar a que los huesos se separen y se articulen, a que la piel crezca sobre las escamas en retroceso. Por primera vez, me miro el cuerpo frustrada y enfadada por tener que cambiar. Por primera vez, deseo seguir siendo humana.

Kola frunce el ceño, todavía jadeando para recuperar el aliento.

—¿Qué era esa cosa?

—¿No sabías que el ninki nanka estaba en el río? —le pregunto a Issa cuando por fin soy capaz de ponerme en pie. Mi voz suena más chillona por momentos—. Has dicho que conocías el terreno.

El yumbo me mira con atención. Sus ojos parecen pequeños soles dorados cuando se enjuga las lágrimas.

—Perdona, Simidele. Tienes razón, yo tengo la culpa. —Issa se aleja un paso de nosotros y sus minúsculos hombros se hunden con gesto abatido—. Solo hay un ninki nanka en estas aguas, pero recorre el río cuando le parece conveniente, sobre todo se alimenta de pescado.

—Entonces, ¿lo sabías? —le pregunto entornando los ojos mientras me encamino hacia Kola con paso inseguro—. ¿Y has escogido este camino? ¿Cómo es posible que seas tan necio? ¡Kola podría haber muerto!

El yumbo agacha la cabeza y la trenza cae sobre sus ojos.

—Esta es la ruta más rápida. No pensé que acabaríamos en el río. Si el puente no se hubiera roto... —Se presiona la cara con la parte inferior de las palmas—. El ninki nanka suele estar en las corrientes de las montañas durante el verano. Donde el agua está más fresca.

Las heridas de Kola parecen magulladuras más que nada, aunque exhibe también algunas dentelladas. Recuerdo los colmillos del ninki nanka y me estremezco.

—Sabía que no debíamos traerte. —Prácticamente lo escupo. No puedo quitarme de la cabeza la imagen de Kola en las fauces del ninki nanka. Monto en cólera solo de pensarlo.

—Estamos vivos y no hay nadie herido —dice Kola a la vez que rueda a un lado para ponerse de rodillas. No puede levantarse, pero se acuclilla para mirar al yumbo a los ojos—. Sé que intentas llevarnos a Oko lo más rápido posible.

—Esa no es la cuestión, Kola —insisto, incapaz de contenerme. Desplazándome a su alrededor, le examino el cuerpo para asegurarme de que no haya más heridas—. Ha sido una irresponsabilidad.

—Simi, tendrás los anillos. Ahora, para ya... de regañarle. —Kola sacude la cabeza y hace una mueca a la vez que se sienta sobre los talones. Sujetándose el costado, llama por señas a Issa, que se acerca arrastrando los pies—. Aunque el puente no se hubiera roto, el ninki nanka podría habernos atacado. —Posa una mano en el delgado hombro del yumbo e intenta sonreír—. Eres un guía excelente, pequeño.

Issa se sorbe las lágrimas y se inclina hacia Kola con inseguridad.

—¿No estás enfadado conmigo?

—No. Y de todos modos habríamos tenido que cruzar el río antes o después —responde Kola, todavía falto de aire. Los dientes del ninki nanka le han perforado la piel por varios sitios y las heridas aún supuran sangre. Se palpa las dentelladas con suaves presiones de los dedos, fingiendo que no le duelen—. Además, he tenido una suerte increíble... ¡Mira! ¡Apenas unos cuantos arañazos! —intenta animar a Issa, cuyos ojos color miel todavía emanan preocupación cuando lo miran.

—Para tener tanta suerte, ya he tenido que rescatarte unas cuantas veces —le espeto. ¿Y si el monstruo no me hubiera obedecido? Limpio la sangre de mi daga en la hierba. ¿Cómo es posible que no haya presentido que el demonio se aproximaba por debajo del agua? La rabia y la culpa me inundan—. Será mejor que lleves más cuidado o, a este paso, nunca vas a llegar a tu hogar.

Me arrepiento de mis palabras tan pronto como salen de mis labios. Soy consciente de que Kola solo intenta consolar a Issa. Que la presencia del ninki nanka ha sido un accidente y algo que yo debería haber presentido. Pero estoy enfadada y sé que se debe a que me he asustado mucho. Y no solo he tenido miedo de fallarle a Yemayá, sino también de perder a Kola.

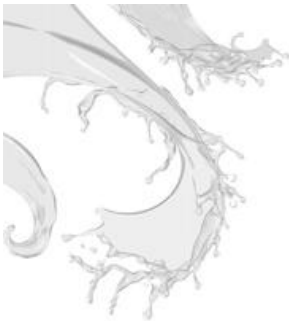
Kola.

Me gustaría acercarme a él y examinarle las heridas como es debido. Deslizarle los dedos por los pliegues de las costillas, comprobar por mí misma que los daños no son graves. En vez de eso, lo veo sujetarse el costado con un brillo airado en la mirada y darme la espalda para regresar con Issa y tomarle la mano. El resentimiento de Kola hace añicos mi furia, pero me yergo obstinada y doy un puntapié al suelo. No pienso sentirme culpable por intentar que sigan vivos.

Recuerdo lo que ha dicho el ninki nanka, eso de que se ha quebrado la armonía en estas tierras y todo el mundo va a morir con ellas. Pienso en la visión que he tenido, que parece confirmar las palabras del dragón demonio, y doblo los dedos en torno a la empuñadura de mi daga con tanta fuerza que me clavo las uñas en las palmas.

Me obligo a tranquilizarme. Kola tiene razón, es muy posible que nos hubiera atacado de todos modos. Lo principal es que estamos vivos.

—Vamos —murmuro a la vez que devuelvo la daga a mi pelo, intentando que no me tiemblen las manos—. Cuanto antes lleguemos a tu aldea, mejor.



CAPÍTULO CATORCE

Caminamos media hora bajo la luz menguante del ocaso antes de dejar atrás el murmullo del río. Después de refrescarme en el agua, ya no tengo los pies tan doloridos y ahora muevo las articulaciones de tobillos y rodillas con facilidad. La oscuridad de la noche se ha adueñado ya del bosque, cuyos árboles proyectan sombras negras como tinta. Kola se sujeta el costado con las dos manos y, si bien las dentelladas han dejado de sangrar, están rojas e inflamadas, con la piel hinchada en los contornos. Además, se le han abierto algunas heridas de la espalda, cuyos bordes muestran ahora un tono amarillento que me hace temer una infección.

Que me hace temer por Kola.

—Issa —lo llamo—, ¿falta mucho? ¿Podemos parar un momento?

El yumbo acude corriendo.

—Claro. ¿Quieres agua? ¿Algo de comer?

Kola se desploma junto a un árbol y yo suspiro, enfadada conmigo por no haber pensado antes la solución. Se aprieta con fuerza el costado izquierdo, el mismo que le ha dado problemas tras el naufragio.

—Necesitamos un poco del polvo de abada que nos ha dado tu abuelo —le digo a Issa—. Kola está herido.

La inquietud inunda los ojos del niño.

—Ahora mismo mezclo un poco.

Mientras el yumbo busca los polvos en el costal, yo saco el odre de agua y se lo tiendo a Kola.

—Bebe.

Lo coge sin mirarme a los ojos, retira la mano de su cuerpo y lo levanta hasta sentarse en la tierra. Después de tomar un largo trago, vuelve a relajarse contra el tronco, aliviado.

—Come.

Desenvuelvo un paquete de pescado y le ofrezco la mitad.

Mi tono de voz arranca a Kola una carcajada breve y agotada y yo esbozo una pequeña sonrisa. La sombra del árbol le oscurece la cara,

pero todavía veo las arrugas de fatiga entre sus ojos, más pronunciadas a la luz de la luna.

Issa regresa con un cuenco de madera lleno de una pasta espesa y gris que desprende un olor cítrico.

—Hay que aplicarle esto en las heridas. Guarda un poco, mézclalo con más agua y dáselo a beber.

—Gracias, pequeño. —Me agacho para mirarlo a los ojos. La verdad es que aún es un niño y sé que le ha cogido cariño a Kola. Todo lo que ha hecho ha sido con la intención de ayudarnos. El sentimiento de culpa me asalta cuando pienso en cómo me he portado con él tras el encuentro con el ninki nanka—. Te lo agradezco. Mucho.

El yumbo sonríe con timidez y un gran hoyuelo aparece en su mejilla derecha.

—Voy a aplicarte un poco de esto en las heridas —le digo a Kola. Recojo la mezcla con los dedos y noto un cosquilleo en las yemas. La pasta brilla a la luz de la luna. Él aspira entre dientes cuando el remedio le toca la piel—. Háblame de tu casa —le pido para distraerlo mientras empiezo a aplicar la pasta en las dentelladas—. De tus hermanos.

—Es como cualquier poblado grande. Pero mi aldea es distinta. —Kola se vuelve a mirarme y el vago contorno de su sonrisa se ensancha —. Es... especial.

—¿Por qué?

Sujetándole el hombro con cuidado, deslizo los dedos por la seda de su piel al tiempo que examino las marcas de mordiscos y las heridas reabiertas. Otro rictus de dolor aflora en sus facciones y la irritación crece dentro de mí al pensar que ha intentado caminar en este estado. Debía de dolerle horrores.

—Mi bisabuelo fundó nuestra aldea en los confines del reino de Oyo, cerca del río Ogun. Disfrutábamos del mar y también del río, y las tierras eran tan fértiles que eligió el nombre en honor a la orisha de la agricultura. Mi padre es el jefe de la aldea. —El hijo de un jefe. Ahora entiendo mejor su comportamiento, la seguridad que desprende. Empujo a Kola hacia un lado y él tuerce el cuerpo para que pueda acceder al resto de sus heridas—. El Alaafin de Oyo en la época de mi abuelo era Onigbogi. Admirado por nuestra riqueza, nos entregó una placa de bronce que narraba la historia de la prosperidad de Oko. Todavía está colgada en la tapia de nuestro terreno. Es soberbia. —Sonríe—. Al sol del mediodía, las figuras y las plantas grabadas resplandecen como envueltas en un fuego dorado.

—Cuéntame más —murmuro. Me mira por encima del hombro. Trago saliva con dificultad y me obligo a apartar la mirada de su boca a la vez que desplazo el cuerpo para alejarlo del suyo.

—Mi madre siempre cantaba su oración a Olodumare mientras preparaba la comida. Cantaba siempre que podía. Tenía una voz grave y dulce como el coco frito. —Sonríe y se vuelve a mirar el bosque—. Siempre me lo preparaba cuando yo estaba triste.

Imagino a una mujer de sonrisa afable, con una voz que alegra la aldea y el corazón de todo aquel que la escucha.

—Mi hermano y mi hermana apretujaban las esteras junto a la mía. A mí me gustaba saber que estaban allí conmigo. Me ayudaba a dormir mejor. —Vuelve la vista hacia mí de nuevo; esta vez la timidez nubla sus ojos—. Me dejaron escoger sus nombres. Taiwo fue el primero en llegar, pero Kehinde es más sabia. Es lógico que lo enviara delante para que inspeccionara el terreno. Piensa las cosas dos veces antes de actuar. Taiwo, en cambio... —Kola enarca una ceja—. Es más lanzado. Como aquel día que se cansaron de esperar a que los llevara a navegar en mi barca. Kehinde lo convenció de que se escondieran dentro, arguyendo que cuando hubiera zarpado, ya no podría negarme a llevarlos. Pero Taiwo no pudo aguantar. Salió de debajo del asiento, donde se habían escondido, antes de que yo hubiera empujado la barca más allá de la rompiente. Kehinde se puso furiosa con él por haberlos delatado.

Imagino una versión más joven de Kola dando saltitos de pura emoción.

—¿Qué hiciste?

—Al final los llevé a navegar por los acantilados, para que no se quedaran con las ganas. Eran demasiado jóvenes, la verdad, pero no habría permitido que les pasara nada. —Kola se interrumpe y baja la voz cuando sigue hablando—: Nunca permitiré que les pase nada.

Me sitúo delante de él para aplicarle el mejunje en las heridas del pecho y los hombros. El sudor brilla en su cara cuando su sonrisa se desvanece. Me da un vuelco el corazón al ver la expresión que se adueña de sus rasgos. Añoranza, miedo.

Las heridas ya están cubiertas y me echo hacia atrás para coger el odre. La pasta que queda en el cuenco se diluye bien en el agua y se la ofrezco a Kola. Cuando nuestros dedos se rozan, contengo el aliento. Él toma el cuenco y me observa mientras yo amplío la distancia entre los dos. Su expresión no delata nada, como si no le importara, pero capto la tensión de su boca justo antes de llevarse el cuenco a los labios. Bebe el brebaje de un largo trago, sin despegar los ojos de los míos. Dejando el recipiente vacío a un lado, carraspea y se recuesta contra el árbol.

—¿Qué me dices de ti? ¿Cómo es tu hogar?

La pregunta me pilla desprevenida. ¿Qué le puedo decir? ¿Le hablo de una madre cuyos ojos son del mismo tono que los suyos? ¿De

un padre que me enseñó a manejar la daga? ¿De las imágenes sueltas de una ciudad que recuerdo a duras penas, del aroma reconfortante del plátano frito con arroz caliente? ¿De un pasado que el mar se ha tragado?

—Yo... casi no recuerdo nada —respondo con voz grave, mirándome la punta de los pies—. No desde que me convertí en Mami Wata. Solo... detalles aislados.

Y si estuviera en el agua, eso no me importaría. No notaría esta presión, este deseo de ser otra persona. Este anhelo de algo más.

Noto que Kola me observa.

—Lo recordarás. Todavía sigue ahí, dentro de ti.

Esas sencillas palabras hacen que se me salten las lágrimas y parpadeo para contenerlas. Si bien recordar me reconforta, siempre me hace pensar la vida que he perdido. Incluso la necesidad de cambiar, la atracción que el agua ejerce en mí, es una señal de que soy distinta a Kola. Me enjugo los ojos.

—Deberíamos descansar —propone Kola con voz queda.

—Deberías descansar, querrás decir —susurro.

Él sonríe arrugando los ojos castaños y se desplaza otra vez hacia mí. Todavía desprende olor a mar, mezclado con el aroma de los condimentos ligeramente picantes del pescado que hemos comido. Nos miramos unos instantes. Despacio, los ojos de Kola empiezan a cerrarse y su cabeza desciende hasta acabar apoyada en mi hombro.

Permanezco inmóvil, notando la suavidad de sus respiraciones, profundas y regulares. Sus labios rozan la curva de mi brazo y el contacto me provoca un cosquilleo en la piel. No recuerdo haber tenido a nadie tan cerca. Es posible que mi reacción solo sea eso, el ansia de contacto humano.

Entonces miro a Kola, los cálidos contornos de su cuerpo contra el mío. Recuerdo el amor que destilaba su voz cuando me hablaba de su familia, la gravedad de sus palabras y de lo que me estoy permitiendo ahora mismo. Estoy haciendo precisamente aquello que Yemayá me advirtió que no hiciera, acercarme a Kola de maneras que no me parecían posibles.

Suspirando, elevo los ojos al cielo en busca de Ìrāwò Ìròlé. Se la conoce como la estrella del cortejo; los amantes utilizaban su aparición nocturna para concertar citas secretas. Algo que yo nunca podré hacer con Kola.

Quiero posar una mano en su cabeza, acariciarle los rizos negros, pero, en vez de eso, cierro el puño para contenerme. No puedo concederme el lujo de olvidar que yo pertenezco al mar y él no.

Transcurre una hora y en el bosque empiezan a proliferar los ululatos graves y largos de los búhos y algún que otro gruñido de

babuino. Observo a Kola descansar empapándome de la generosidad marrón rosada de su labio inferior y de la curva de sus espesas pestañas. Duerme plácidamente con la boca una pizca entreabierta y la cálida mano contra la mía.

—¿Simi? —susurra Issa, que ha estado dormitando a ratos—. Tenemos que ponernos en marcha si queremos llegar por la mañana.

—Claro —respondo a la vez que cambio de postura, notando los nudos de mi musculatura. No quiero moverme, molestar a Kola, pero el yumbo tiene razón.

Issa salta sobre las raíces de los árboles para acuclillarse delante del muchacho. En sus ojos brillan retazos de medianoche.

—Ègbọ́n ọkùnrin, ¿cómo te encuentras?

Kola se sienta despacio y tuerce el cuerpo para mirar a un lado mientras yo le examino la espalda. Lo único que queda de las dentelladas y de las otras heridas son tenues líneas en la piel. Desliza la mano sobre ellas, palpando con los dedos las marcas de colmillos.

—¿Cómo estás? —pregunto.

Kola asiente y endereza la espalda antes de sonreírnos a los dos.

—Lo bastante bien como para que nos pongamos en marcha.

Issa da palmas con sus delicadas manos y hace lo que puede por ayudar a Kola a ponerse en pie. El muchacho se recuesta sobre mí y yo desplazo el peso para ayudarlo empujándolo por detrás. Una vez que se ha levantado, sacudo las ramitas de mi vestido, mirando a todas partes, excepto a él.

—Gracias. Por el remedio. —Percibo la sonrisa en su voz—. Y por ser una almohada tan cálida.

Se me escapa una sonrisa sin que pueda evitarlo mientras guardo las provisiones en el costal. Issa ya brinca por delante de nosotros cuando le respondo con una inclinación de cabeza. Es como si aún notara su aliento y el calor de su piel contra la mía. Ahuyento el pensamiento e inspiro hondo a la vez que aferro el costal con más fuerza y estiro las piernas.

—Vamos, Oko está en esta dirección —declara el yumbo al tiempo que toma la mano de Kola para arrastrarlo entre los árboles hacia el este.

Caminamos a través de la noche bajo la luz de una luna brillante que ilumina nuestros pasos. Todavía hace calor, pero el ambiente es más agradable ahora que la noche atenúa la humedad. Polillas gigantes se precipitan sobre nosotros e Issa arruga la cara irritado y las espanta con la mano. Se oyen tantos chirridos y gritos de animales nocturnos que Kola no despega la mano de la empuñadura de su espada, pero nada nos ataca. Cuando las primeras luces del alba asoman en el cielo, Issa reduce el paso.

Kola se vuelve a mirarme despacio, frunciendo el entrecejo.

—Oko está justo detrás de la siguiente arboleda, pasada la colina. —Tuerce el cuerpo y señala en la dirección contraria—. El río discurre por allí, hasta el mar.

—Vamos bien, ¿no?

En lugar de responder, Kola se detiene en mitad del incipiente amanecer.

—¿Y si...? ¿Y si he llegado tarde? ¿Y si no han celebrado la ceremonia por mi causa?

Me permito tocarle el brazo y espero hasta que sus ojos se anclan a los míos.

—Pronto estarás en casa. Concentrémonos en eso.

Kola asiente, si bien su ceño no desaparece. De mala gana, suelto su brazo y paso la vista por los árboles y el terreno, iluminados por el rubor del sol. Pronto la vegetación cederá el paso a los campos, a la gente y a los sembrados.

A Oko.

Donde me separaré de Kola y proseguiré mi viaje en busca del babalawo. He cumplido mi promesa de llevarlo a su aldea y es hora de que cumpla también la que le hice a Yemayá. Una explosión de melancolía me inunda ante la idea de separarme de él y me obligo a pensar en la oportunidad que tengo de arreglar las cosas y evitar que la orisha y todas las Mami Wata tengan problemas.

Solo cuando nos aproximamos a los límites de la selva, me fijo en los árboles ralos y en las plantas que los rodean. Unos pocos siguen verdes, vibrantes aún bajo la capa pálida del alba, pero los demás están resecos y apenas conservan unas pocas ramas retorcidas. Nos detenemos y mi cuerpo se crispa mientras observo los terrenos.

«Aunque la enfermedad y la muerte hayan ennegrecido vuestros miembros».

Recuerdo las palabras del ninki nanka y me enjugo la boca. El desasosiego arraiga en mí cuando contemplo la tierra agonizante. Y no cabe duda de que agoniza. Incluso las flores que cuelgan de tallos torcidos no son sino cáscaras resecas con frágiles pétalos que sucumben al viento. La hierba todavía nos llega a las rodillas, pero está seca y sus hojas parecen cuchillos prestos a cortarnos la piel.

Kola gira sobre sí mismo apretando los labios con ansiedad.

—Esto no estaba así hace unas semanas.

—Puede que solo afecte a esta parte de la selva —le digo—. Venga, sigamos andando. Casi hemos llegado.

A medida que coronamos la colina, el sol se va despegando del perfil de los árboles hasta derramar su fulgor melocotón y cereza pálido sobre la aldea que se despliega al fondo. Las vacas se apiñan

bajo unos pocos árboles muertos y contrahechos, y el maíz exhibe un color marrón oscuro. Una sensación de algo ya vivido aminora mis pasos. Cuando veo los prados que descienden hacia los sembrados, noto un zumbido en la cabeza. Las ramas negras arañan el firmamento y hay montones de vacas y cabras muertas y en descomposición.

Mi visión.

La tierra que se extiende ante nosotros es idéntica a la que yo vi. La bilis asciende por mi garganta y me la trago. Todavía estamos demasiado lejos para ver con claridad, pero todo sugiere que la vegetación de la aldea está sufriendo el mismo destino que la del bosque. Más allá de los sembrados, tapias de color tostado y techos de paja componen distintos patios dispuestos unos alrededor de los otros y Kola acelera el paso para acercarse a ellos.

—¡Todavía sigue en pie! —exclama en un tono rebosante de alegría.

—Quizá deberíamos ser cautos —le advierto. Hay unas cuantas figuras apostadas a intervalos regulares en la muralla exterior de la aldea. Emanan algo que me perturba. Están plantados en postura rígida y, de tanto en tanto, la luz del sol arranca un destello al metal de sus armas. No son meros aldeanos; están montando guardia.

—Issa, será mejor que te lleve yo. —Kola coge al yumbo en brazos y lo envuelve con el costal. Issa asiente sonriendo, ya doblando los brazos y las piernas—. Los yumboes son leyenda para las gentes de Oko.

—No te preocupes. Mira.

Issa se acurruca hasta ocupar más o menos el tamaño de un ñame grande. Kola sostiene el saco sin cerrarlo para que entre aire suficiente y se encamina hacia los campos exteriores de Oko.

El miedo repta por mis venas con cada latido de mi corazón acelerado. Caminamos a través de los sembrados de maíz, plátano y yuca. Aunque las plantas todavía están vivas, los tallos y las hojas se han mustiado y abundan las zonas marrones y negras entre las plantas. Ahora estamos más cerca y levantamos nubecillas de tierra roja con cada paso que damos mientras observo las murallas de la aldea. Nadie nos recibe contento ni los niños corren a darnos la bienvenida; solo hay figuras furtivas apenas visibles a las primeras luces del día.

Noto un nudo en la garganta y aferro la mano de Kola para frenarlo. Acaba de reducir el paso para observar el entorno cuando una flecha se clava en la tierra justo delante de nosotros. Kola trastabilla y está a punto de caer hasta que lo sujeto y lo ayudo a enderezarse con una fuerza que me sorprende, teniendo en cuenta que me encuentro bajo forma humana.

—¿Qué pasa? ¿Me están disparando?

Kola no puede dar crédito, pero yo correteo hacia atrás intentando arrastrarlo conmigo. Él me sigue, sosteniendo el costal contra el pecho, pero clava la vista en las murallas de la aldea con rabia y sin despegar la mano de la espada.

—Llevan mucho tiempo sin verte —le recuerdo. Issa se ha acurrucado sobre sí mismo y cierra los ojos con fuerza. Hundo la mano en el costal y le aprieto la suya para consolarlo—. ¿Tú no serías cauto si estuvieras en su lugar?

Kola respira hondo y contiene un momento el aliento para tranquilizarse. Echa el cuerpo hacia atrás despacio y deja el arma en el suelo con movimientos exagerados antes de erguirse cuan alto es, todo ello con la mirada puesta en los guardias que ahora se congregan ante los portalones de madera. Lo acompaño, asegurándome de no hacer movimientos bruscos.

Dos personas se despegan del resto de grupo para recorrer el camino principal con andares largos y desenfadados. El guardia de la izquierda dobla en tamaño a su compañero y lleva una espada tan larga que su altura debe de alcanzar la mitad de mi cuerpo. En la otra mano distingo el brillo de dos hojas. Un hacha. Noto un cosquilleo en los dedos, tan grande es mi deseo de aferrar la empuñadura de esmeralda que llevo alojada entre las trenzas.

Kola mira fijamente a los guardias y de súbito echa a correr con los brazos abiertos.

—¿Qué haces? —le digo aterrada, tratando de detenerlo. Me tironeo el pelo con las prisas por coger la daga. Para cuando consigo liberarla, Kola ya los tiene encima.

—¡Adekola! —grita el guardia gigante, que tira la espada a un lado y aferra a Kola con los dos brazos.

—¡Bem! ¿Es así como me das la bienvenida? ¿Con flechas?

Con su vestidura negro ónice y un bruñido correaje de cuero entrecruzado sobre el pecho para portar las armas, el imponente guardia le dedica una sonrisa tan grande que casi parece exagerada. Sin soltar a Kola, retrocede un paso para mirarlo, levanta la cabeza y eleva una profunda carcajada al cielo.

—¡Nuestras plegarias han sido escuchadas! ¡Qué afortunados somos! ¡Yinka! ¿No te dije que volvería?

El cráneo afeitado del guardia resplandece al sol, igual que lo hace la cabeza de la chica que tiene al lado. Es alta y tiene unas largas extremidades que se mueven con la elegancia de un leopardo; me

observa con sus ojos separados. La ausencia de cabello no hace más que acentuar los pómulos altos y el arco de su cuello. La vestimenta de Yinka es del mismo color negro que la de Bem, pero ella lleva la tela ceñida a la altura del pecho y de la cintura. Idénticas correas de cuero bruñido le envuelven el cuerpo, tensas contra una piel que brilla como el cielo de medianoche. Sin despegar sus ojos de mí ni soltar las hachas de oro que empuñan sus manos, la muchacha estrecha a Kola contra su cuerpo.

—Sí que lo dijiste, Bem —responde en un tono que es suave y monocorde.

La mirada que vuelve hacia mí me evalúa con tanta frialdad que estoy a punto de encogerme. Sin embargo, levanto la barbilla.

Kola los rodea a los dos con los brazos. Unen las cabezas, Bem agacha la suya, y se hace el silencio mientras se abrazan por los hombros. Cuando se despegan, la mirada de Kola revolotea de uno a otro.

—¿Por qué vais vestidos de negro? ¿Va todo bien en Oko? ¿Han vuelto a atacar los tapas?

—No. Pero después de que te apresaran, tu padre nos ordenó asaltarlos de todos modos. —Bem se interrumpe con expresión sombría.

Yinka abre la boca para hablar, pero Bem se lo impide cuando apoya el brazo en el hombro de Kola y lo dirige hacia las puertas de la aldea.

—Vamos —le dice con suavidad—. Es una larga historia. Será mejor que te la cuente tu padre.

Kola asiente y, volviéndose hacia mí, me pide por señas que me acerque. Camino hacia él y en el rostro de Yinka centellea algo que no acabo de descifrar.

—Bem, Yinka, esta es Simidele. De no ser por ella, ahora no estaría aquí.

Mientras los dos dan gracias a Olodumare y a Ogun, yo no despego la mirada de Kola. Una pátina de ansiedad todavía cubre mis pensamientos. Si bien esto es lo que quería, la idea de seguir adelante sin él me desequilibra. Además, al verlo con Yinka y con Bem y descubrir hasta qué punto están unidos, se torna más evidente que nunca que yo no encajo aquí. Recuerdo la presión de Kola contra mi cuerpo mientras dormía y luego las palabras de Yemayá, su advertencia de que no me encariñe demasiado con ningún ser humano. Empiezo a entender lo que intentaba decirme. Lo mucho que duele sentir algo por uno de ellos sabiendo que tendrás que dejarlo.

Me detengo y elevo la voz para hacerme oír entre su cháchara.

—Ahora que ya estás aquí, seguiré mi camino. Si me señalas en

qué dirección está el babalawo, lo encontraré.

Kola se desprende del abrazo de Bem y cruza el breve trecho que nos separa. Sus ojos buscan los míos y revolotean de mi cara a mis pies.

—Te dije que yo te llevaría, y lo haré. —Kola se acerca y yo lucho contra el impulso de retroceder. Cuando su mano rodea con suavidad la parte alta de mi brazo, noto un calor ardiente que se expande por mi pecho—. Cumpliré mi promesa, si te parece bien

Desvío la vista para mirar al mar y luego otra vez a la muralla de Oko. A todas partes menos al rostro de Kola.

—Simi. —Pronuncia mi nombre con suavidad y lo miro brevemente sin poder evitarlo—. Has hecho tanto por mí que ni siquiera sé cómo podré pagártelo. Llevarte ante el babalawo es un comienzo. —Desliza los dedos por mi brazo antes de soltarme y yo reprimo el estremecimiento que me provoca el contacto—. Por favor.

Alzo la vista hacia su boca cuando pronuncia mi nombre y el calor asciende hasta mi cuello. Asiento, incapaz de decir nada. Kola aguarda hasta que me sitúo a su lado para echar a andar hacia los muros de la aldea.

A medida que nos acercamos, los portalones de madera parecen cobrar vida y, cuando los alcanzamos, noto que me flaquean las piernas y me inunda un mal presentimiento. La puerta de la izquierda contiene una representación del mar, con peces, tiburones y ballenas; cada escama, cada diente y cada ojo están tallados en la superficie con delicadeza. El lado derecho muestra las tierras de Oko e incluye interminables campos de maíz, cacahuetes y melones, cuyas hojas, tallos y flores son tan reales como la vegetación que tenemos detrás.

Son los portalones de mi visión.

¿Me he equivocado antes al albergar la esperanza de que las colinas y los sembrados deteriorados que oteaba no fueran los que llevaba en el pensamiento? Las hojas talladas del portalón se extienden de un muro color ocre a otro, pero Bem es lo bastante grande como para abarcar las dos con sus brazos de músculos protuberantes. ¿Las abrirá de par en par a una aldea repleta de cadáveres?

—Simi, ¿te encuentras bien? —me pregunta Kola, cuya mano planea junto a mi codo. Me las arreglo para asentir a la vez que enjugo las gotas de sudor frío que me resbalan por la frente—. No te pongas nerviosa. Haremos una parada y luego iremos a ver al babalawo.

No puedo hablar. Contengo el aliento mientras las puertas nos ceden paso a la vía principal iluminada por el sol de primera hora de la mañana. Los aldeanos de Oko pululan de un lado a otro y las calles

están repletas de mujeres cargadas con calabazas de agua y hortalizas recién cosechadas. Se reúnen para acudir al mercado que cobra vida en la plaza del centro. Exhalo el aliento que estaba conteniendo y dejo caer la mano que llevaba pegada al pecho.

Están vivos.

Los habitantes de Oko están vivos.

Unas cuantas cosechas mustias no significan nada. Intento tranquilizarme según avanzamos por la vía principal. Las tapias pulidas de los patios discurren en espiral, cada una es una réplica exacta de las demás. Los muros, decorados con cenefas horizontales acompañadas de imágenes de guerreros y relatos de proezas pesqueras, narran historias de prosperidad y poder.

Mientras avanzamos por la calle, de camino al patio de Kola, los hombres y las mujeres dejan en el suelo sus mercaderías y nos hacen reverencias tan profundas que casi rozan el suelo. Los niños gritan de alegría y adoptan poses respetuosas cuando los adultos se lo sugieren.

Nos unimos a la marea de gente que se dirige a la zona del mercado con hortalizas en las manos y cestos sobre la cabeza. Hay carros llenos de maíz y ñames, cabras recién sacrificadas y jaulas de pollos. Aunque el mercado ya debería estar abierto, veo a un grupo de vendedores apiñados junto a los puestos sin molestarse en montarlos todavía. Cuando pasamos por su lado, no levantan la vista. Exhiben ceños de preocupación y empujan las hortalizas que han dejado sobre una mesa de caballetes. Alargando el cuello por delante de Yinka, veo que el maíz que han traído está renegrido y desprende un ligero tufo a podredumbre que se percibe desde la distancia. Un pescador se acerca y les tiende una captura ridícula de pescados con escamas tan opacas que ni el sol les arranca destellos.

Mi humor languidece de nuevo, nublado por una sensación de temor. Yinka se vuelve a mirar lo que me ha llamado la atención y, entornando los ojos, titubea un momento antes de seguir andando detrás de Kola.

Mientras rodeamos el mercado, pasamos junto a un anciano que está sentado a la entrada de una casa. Su vestidura, de un verde desvaído, envuelve la piel flácida por la edad y salpicada de manchas oscuras. Varias gallinas con las plumas apelmazadas por el calor creciente de la mañana cacarean en la jaula que hay a su lado. El anciano fuma en una pipa de marfil que parece un minúsculo leopardo. Sopla una fina voluta de humo y, cuando alza la vista hacia Kola, está a punto de soltar la cazoleta.

—¡Alabado sea Ogun! —exclama. La emoción y la alegría dibujan una sonrisa en su cara arrugada—. Mira a quién nos han devuelto.

Kola inclina la cabeza y le dirige una sonrisa al tiempo que se

lleva el puño al corazón.

—Sí, tío.

—Cuánto me alegro de verte. —El anciano recobra la compostura y una sombra oscurece su expresión—. ¡Ve a ver a tus padres! ¡Rápido! —lo apremia mientras Kola se apresura y yo corro para no quedarme atrás.

La gente sigue inclinándose y haciéndole reverencias a Kola, que apura el paso hacia el reciento familiar, flanqueado por Bem y Yinka. Yo acelero a su zaga.

Las paredes de arcilla roja del hogar de Kola se vislumbran desde el camino cuando me tiende el costal que alberga a Issa. Dejo la bolsa en el suelo contra uno de los arcos exteriores.

—Enseguida podrás salir, pequeño —le susurro.

Kola pasa junto a los retablos de bronce cuyas superficies brillantes muestran una imagen de Ogun. El orisha está representado con relucientes espadas y una balanza que simboliza la justicia que imparte. Tras el retablo, han dispuesto un altar con ofrendas votivas: vino de palma, nueces de cola, un gallo grande y dos ñames. Seguimos a Kola de cerca y nos detenemos cuando accede al patio central. Gira despacio sobre sí mismo para mirar las cuatro paredes de cada uno de los cuartos familiares. Los brazos le cuelgan a los lados, como si no pudiera creer que de verdad está en casa. Justo cuando se vuelve para sonreírnos, un escalofriante gemido desgarra el aire.

Una mujer, cuyas formas redondeadas tensan los complicados pliegues y nudos de su vestidura color negro ónice, corre hacia el patio. Tiene el rostro ovalado, enmarcado por un impecable guelé a juego con la vestidura. Se lleva las manos a la nariz y a la boca, pero el gesto no consigue atenuar el sonido de su llanto ni contener las lágrimas que le resbalan por las mejillas.

Kola corre a su lado mientras la mujer se tambalea y cae por fin de rodillas sin dejar de llorar. El chico resbala cuando intenta levantarla y acaba también en el suelo en tanto que ella alarga los brazos para abrazarlo a duras penas.

—Ìyá —oigo musitar a Kola cuando la mujer lo atrae hacia sí y solloza contra su cuello.

—¡Adekola! ¡Estás vivo! —exclama ella. Sus dedos revolotean sobre las mejillas húmedas del muchacho y le besa la frente—. Alabado sea Ogun. Llevo semanas rezando por tu regreso, y aquí estás. —Lo aparta para poder verlo bien, todavía con los ojos brillantes mientras sonríe a través de las lágrimas—. Aquí estás.

—Ìyá, ¿por qué vas vestida de negro? —Kola se despega de su madre para echar un vistazo al patio. La inquietud atenúa su voz—. ¿Qué ha pasado?

La madre no responde. Se pone en pie arrastrando a su hijo con ella y se alisa el vestido a la vez que intenta sacudir la tierra suelta que ha quedado pegada a la tela.

—¿Dónde está bàbá? ¿Y Taiwo y Kehinde?

A mi lado, Bem y Yinka se miran antes de bajar la vista al compacto suelo. El miedo me envuelve con un gélido velo que compite con el calor creciente de la mañana y me froto las manos contra la tela de mi vestidura.

—Estoy aquí —responde el padre de Kola, que sale al patio por la puerta de enfrente—. Qué felicidad verte en casa, ọmọ mi. —El hombre es casi tan alto como su hijo y tiene el mismo tono de piel marrón rojizo, no sonríe. Su vestidura negra es gruesa, impecable, y la lleva bien ajustada, a juego con el fila que le envuelve cabeza. Grandes anillos de oro brillan en cada uno de sus dedos. El padre de Kola atrae a su hijo, pega la frente a la de él y parpadea rápidamente —. Pensábamos que te habíamos perdido.

Kola aferra a su padre por los hombros y le clava los dedos tratando de contener nuevas lágrimas. En vez de llorar, inclina la cabeza y me fijo en el temblor de sus manos cuando suelta al hombre mayor.

—Ìyá, ¿dónde están Taiwo y Kehinde? —La madre de Kola aparta la vista y sus sollozos aumentan según se abraza a sí misma—. Bàbá, ¿dónde están?

El silencio se apodera del patio mientras el sol de la mañana abrasa el recinto iluminando ojos vidriosos y dentaduras desnudas de pena y de miedo.

Kola cierra los puños y aprieta tanto los labios que su boca muda en una línea muy fina.

—¿Alguien me puede decir dónde están mi hermano y mi hermana?

—Han desaparecido —dice el padre de Kola con voz grave y ronca —. Anoche se los llevaron.

CAPÍTULO QUINCE

Recuerdo el semblante de Salif, la mirada vacía de sus ojos ambarinos y el grito desgarrado que fue incapaz de contener. Los yumboes notaron que se llevaban a los gemelos, ahora no me cabe duda.

Kola pasa la vista de su madre a su padre haciendo gestos negativos con la cabeza, un gesto que apenas alcanza a expresar su desconcierto.

—No, no es posible.

Su padre alarga los brazos para sostenerlo cuando al muchacho se le doblan las rodillas. Juntos se agachan en el suelo mientras la madre de Kola se acerca a ellos y les apoya las manos en la espalda con lágrimas tan profusas como las de ellos. Permanecen entrelazados un rato hasta que por fin Kola se levanta, ayuda a sus padres a hacer lo propio y deja que su padre se lleve a su madre adentro para que descanse. Promete reunirse enseguida con ellos y, en cuanto los pierde de vista, camina a paso vivo hacia Bem y Yinka con la cabeza alta. Hay regueros de lágrimas secas en sus mejillas y la furia de sus ojos solo es equiparable al gesto de sus puños, que se columpian con rabia.

—¿Por qué no me lo habéis dicho?

Bem agacha la cabeza, pero Yinka alarga la mano hacia Kola y le roza el hombro con los dedos hasta que él se la quita de encima. Una sombra cruza el semblante de la chica ante la reacción de su amigo.

—No era lo apropiado —dice Bem—. Nadie los ha visto desde anoche. La guardia al completo los hemos estado buscando sin descanso.

Kola los fulmina con la mirada. Le brillan los ojos con nuevas lágrimas contenidas.

—No están... muertos. Lo sé. —Inspira hondo y suelta el aire despacio al tiempo que abre los puños—. ¿Quién se los ha llevado?

Bem mira a Yinka con expresión sombría. Exhibe un ceño profundo que le arruga toda la frente.

—Eshu —responde ella a toda prisa y al momento carraspea—. Varios guardias fueron asesinados. Los que sobrevivieron describieron

al orisha.

El silencio es tenso. Una frágil ausencia de sonido hasta que Bem suspira y sus ojos se llenan de lágrimas al tiempo que parpadea despacio. Abre la boca para hablar, pero Kola lo interrumpe.

—¿Y dónde estabais vosotros? —escupe—. Sabíais que los gemelos son Ibeji, que son importantes. ¿Dónde estaban los otros guardias de mi familia?

—No hace falta que nos hagas sentir aún más culpables —replica Yinka, que ahora avanza hacia Kola. Su cabeza apenas sobrepasa los hombros del chico, pero le basta fruncir el labio para parecer más alta —. De hecho, no estábamos aquí, es verdad. ¿Y sabes por qué? Porque te estábamos buscando a ti. —Su dentadura asoma cuando hace una mueca y la rabia le desfigura la cara—. Al hijo que decidió hacer caso omiso de su padre y ocuparse de las cosas por su cuenta, marchándose sin permiso para negociar con los tapas.

Me encojo contra la pared del pasillo para protegerme de la ira que destilan sus voces. Por no mencionar los dedos de Yinka en los mangos de hueso de sus hachas doradas.

—Un día sí y otro también, Bem y yo te hemos estado buscando por distintas aldeas, preguntando por ti. —Yinka, incandescente de rabia, no ceja—. Intentando dar contigo.

—¡Yo solo quería evitar que los tapas atacaran! —gruñe Kola, pero hasta le noto en la cara que se debate con el sentimiento de culpa —. Intentaba asegurarme de que a Taiwo y a Kehinde no les pasara nada. —Se le rompe la voz al pronunciar la última palabra y encorva los hombros.

Bem se yergue sobre los dos. Levanta un brazo grande y musculoso y lo coloca con suavidad entre ambos para separarlos.

—No es momento de estar divididos. Vuestros sentimientos se deben a lo mucho que os preocupáis el uno por el otro. Los dos. — Ahora se ha plantado entre ambos sin mirar a ninguno en concreto mientras habla con voz tranquila y melodiosa—. Pensemos en la solución, no en el problema. No conseguiremos nada si estamos divididos.

Kola respira hondo antes de dar media vuelta. Abriendo las manos, aprieta las palmas contra la pared con la espalda tensa. Yinka se aleja hacia el pozo que hay al fondo del patio.

—¿Y qué pasa con la ceremonia de confirmación? —pregunto yo en tono quedo—. ¿La celebró el babalawo?

—Sí, y otra de protección —contesta Bem mientras Kola se encamina de nuevo hacia nosotros—. Hace tan solo unos días. Me parece que, si su padre está tan furioso, se debe en parte a eso. Habla de castigar al babalawo porque está claro que no funcionó.

—No puede haber funcionado si se los han llevado —dice Kola cuando llega, todavía crispado—. Voy a llevar a Simi ante él y le pediré explicaciones en persona.

—Te acompañamos —decide Bem. Yinka regresa también. Ha soltado las hachas, pero todavía parece enfurruñada.

—Solo son unas horas de viaje —objeta Kola.

—Somos parte de la guardia y es nuestro deber protegerte —añade ella con las fosas nasales dilatadas—. Te acompañamos.

Kola y Yinka se encaran y yo me preparo para lo que viene, pero la chica tuerce la cabeza y se tapa la nariz con dos dedos.

—Aunque antes tendrás que bañarte y cambiarte de vestidura. Apestas a mar y a sudor.

No me muevo. Contengo el aliento y paseo la mirada entre los dos hasta que Bem estalla de repente en carcajadas que atruenan por el patio.

—Es verdad, Kola. Lávate y luego nos pondremos en camino hacia la morada del babalawo. —Le propina a Kola una palmada en el hombro y se lo aprieta con cariño—. Juntos.

Kola mira fijamente a Yinka mientras ella prueba a dedicarle una pequeña sonrisa. Él asiente, ahora con la mirada más despejada.

—Vale, vale. —Se encamina hacia mí con expresión preocupada —. ¿Necesitas algo? ¿Tienes hambre?

—Nosotros cuidaremos de ella —dice Bem, soltando a su amigo para plantarse a mi lado.

—¿Te parece bien? —me pregunta Kola en voz baja, y yo asiento. Ya me he acostumbrado a estar entre tantos seres humanos—. No tardaré.

Kola se interna en las habitaciones de la parte derecha del patio. Vuelve la cabeza a un lado y a otro, todavía empapándose de la sensación de estar en casa.

—Voy a preguntar qué guardias tienen turno —dice Yinka. Echa a andar por el recinto y, sin volverse a mirarme, desaparece por el pasillo del fondo.

Me acuclillo junto al costal y empujo los bordes para echarle un vistazo al yumbo. Issa duerme en el fondo, acurrucado en torno a un gran ñame y con la boca entreabierta. Cierro la bolsa y me levanto para esperar a Bem, que regresa del pozo con un reluciente balde de cobre. Se agacha, desprende la taza que cuelga a un lado, la hunde en el agua y me la tiende. La acepto con un gesto de agradecimiento.

—No nos han presentado formalmente —dice Bem a la vez que posa una mano que dobla en tamaño a la mía en su inmenso pecho—. Bem.

—Simidele —digo imitando su gesto—. Simi.

—¿Vienes de muy lejos? ¿Dónde está tu gente, Simidele?

Me formula la pregunta en tono cordial, pero de todos modos me sorprende. Me entretengo un momento toqueteando la esmeralda de mi pelo. Pienso en el mercado, el palacio del Alaafin, en mis padres.

—En Oyo Ile.

—¿La capital? —Hay sorpresa en la expresión afable de Bem cuando me mira—. Eso está muy lejos.

Me encojo de hombros. Él me mira inquisitivamente, con las cejas enarcadas, como si intentara desentrañarme.

—¿Y tú? —le digo para distraerlo. Mi tono no es natural. Ya no estoy acostumbrada a esto—. ¿Siempre has vivido en Oko?

—Oko es el único hogar que conozco, pero mis padres no nacieron aquí. —Se detiene para ajustar la espada al correaje que lleva a la espalda—. Mis padres huyeron de una guerra en el norte lejano. Yo era un niño de pecho. Por eso me pusieron el nombre que llevo.

—¿Que significa...?

—Paz. —Coge otra taza y la llena. A continuación, bebe con delicadeza—. Nos instalamos en Oko porque encajaba con los conocimientos de mi padre. Era pescador experto en ríos, pero se adaptó rápidamente al mar. Me enseñó muchas cosas sobre cabos y nudos. Me llevaba a navegar cuando todavía estaba oscuro. Mi padre me enseñó a orientarme con las estrellas. —Bem se interrumpe con los ojos empañados por los recuerdos—. Comíamos el desayuno que mi madre nos había preparado, casi siempre plátano macho y huevos duros si teníamos suerte.

—Parece que tu padre era un hombre muy inteligente.

Bem sonríe con ganas y su franqueza me relaja.

—Le habría encantado oírte decir eso.

—¿Y Kola? ¿Hace mucho que os conocéis?

—Desde que éramos niños. Nunca le importó que yo no hubiera nacido en la aldea. Y una vez que él me aceptó, todos los demás lo hicieron también. Siempre quisimos... Da igual. —Sacude la cabeza con una sonrisa tímida en los labios.

—No, continúa.

Bem se inclina hacia mí con entusiasmo. Por un instante parece más joven, y su altura y su tamaño disminuyen.

—Hablábamos de navegar lo más lejos que pudiéramos, de visitar tantas tierras como nos fuera posible.

—Un nuevo mundo —digo al recordar cómo me sentía cuando estaba bajo el mar y veía todo lo que albergaba. En otro universo.

Bem asiente con vehemencia.

—¡Exacto! Para explorarlo, no para arrebatárselo a nadie. ¿Y tú? —Habla en voz más baja ahora—. ¿Cómo os conocisteis?

—Yo... —Me interrumpo porque no sé cuánto revelar—. Lo encontré después de que lo tiraran por la borda de un barco perteneciente a los oyinbos.

El horror del destino que podría haber sufrido Kola se instala un momento entre los dos mientras Bem medita lo que acaba de oír.

—Entonces estoy en deuda contigo, Simidele. —No sonríe esta vez y su tono reverencial me pilla desprevenida—. Gracias. Por salvarle la vida.

Abro la boca para responder, pero cuando Yinka reaparece caminando con brío hacia nosotros, vuelvo a cerrarla. Es un poco más alta que yo y posee un cuerpo fibroso que explica por qué la han aceptado en la guardia de Oko. Aunque es delgada, se le marcan los músculos bajo la piel cada vez que cambia de postura. Y siempre está en movimiento. Detecto resentimiento en su manera deliberada de evitar mi mirada. Tiene los ojos clavados en Bem, pero presiento que, si desplazara aunque solo fuera un dedo, ella lo notaría.

Yinka me mira un instante y al momento desvía los ojos, que van a parar al costal que descansa a mi lado.

—¿Qué llevas ahí? —pregunta.

—Provisiones —contesto. De momento reduciré mis respuestas a la mínima expresión. Es más seguro.

Kola me libra de tener que responder más preguntas cuando sale de las dependencias de su padre y se encamina directo hacia mí. Le brilla la piel a la luz del sol y, con una vestidura limpia atada a la cintura que cuelga en pulcros pliegues, tiene todo el aspecto de ser el hijo de un jefe de aldea.

—Simi —dice acercándose. Huele a jabón negro, manteca de karité y al aceite de coco que define sus rizos limpios—. Si Eshu se ha llevado a los gemelos, ¿crees que el babalawo sabrá decirme dónde está?

Lo miro a la cara y mis ojos descienden al tono marrón rosado de su labio inferior. Me vuelvo hacia otro lado, porque el corazón me late con una intensidad que por lo general se reserva para avisarme de que algo va mal.

—Tal vez —consigo articular, incapaz de mirarlo directamente—. Si es el que Yemayá describió, su conocimiento será infinito.

—Bien. —Kola se gira hacia otro lado, lo que permite que mi pulso se normalice—. Bem, Yinka, me despediré de mis padres y nos marcharemos.

Nadie lo cuestiona. Salta a la vista la lealtad y la confianza que le profesan y me pregunto si alguna vez él sentirá eso mismo por mí.

Kola se ata el cinto con la espada y tensa la correa de cuero justo cuando su madre aparece con un semblante tan funesto como los

truenos que Shangó ha forjado. El padre la sigue de cerca acompañado de media docena de guardias armados hasta los dientes con espadas, hachas y lanzas.

—¿A dónde crees que vas? —La madre de Kola se apresura hacia él y le aferra la mano—. ¡Acabas de volver!

—Ya lo sé, ìyá. Pero vamos a ver al babalawo. Simidele tiene que hablar con él y yo quiero averiguar si sabe dónde está Eshu.

—¿Simidele? ¿Quién es Simidele? —La madre de Kola me busca con la mirada y yo bajo los ojos en ademán de respeto mientras me pregunto si debería postrarme a sus pies. Antes de que pueda hacerlo, devuelve la vista a su hijo con el semblante desfigurado de ira y miedo —. No, Adekola. Quiero que te quedes aquí, a salvo conmigo, tras los muros de Oko y protegido por el poderío de los guardias.

—Pero Taiwo y Kehinde...

—Hemos enviado gente en su busca y seguiremos haciéndolo. —El padre de Kola lo interrumpe echando chispas por los ojos—. No permitiré que vuelvas a marcharte como un necio.

Kola endereza los hombros y espera un momento antes de hablar calculando muy bien cada palabra.

—Fue un error ir a hablar con los tapas sin decirte nada, bàbá, por muy buenas que fueran mis intenciones. —Se lleva la mano al corazón y sigue hablando en tono sereno—. Y te pido perdón por ello. Pero desde entonces no he podido dejar de pensar en mi familia y en mi hogar. Nada fue capaz de impedirme que intentara regresar. Taiwo y Kehinde no han muerto y yo los encontraré. —Se interrumpe cuando se le quiebra la voz y yo me sorprendo avanzando un paso hacia él sin darme cuenta—. Los encontraré y los traeré de vuelta a Oko, a nuestras tierras. De vuelta a vosotros, a nosotros, donde deben estar. Pero, para hacerlo, necesito hablar con el babalawo y averiguar si sabe dónde se encuentra Eshu.

—¡No es seguro! —estalla la madre de Kola con el rostro descompuesto de pena.

—Nosotros cuidaremos de él —interviene Yinka en tono firme mientras su mirada revolotea de Kola a su madre.

Bem avanza un paso y hace una reverencia.

—Sabéis que daría la vida por él.

—Irás a ver al sumo sacerdote —dice el padre de Kola, cuya voz transmite más seguridad de la que refleja su rostro—. Y si te dice dónde está Eshu, te doy mi permiso y mi bendición para ir a buscarlo. Pero... —El hombre levanta una mano—. Volverás a buscar provisiones y te llevarás a Ifedayo contigo.

El más alto de los guardias que tiene detrás se separa de los demás para situarse frente a nosotros. Sus finas trenzas y su cara alargada

desentonan con el aspecto de los otros centinelas, que parecen mayores que él.

—¿Es un guardia nuevo, bàbá?

—Uno que ha venido de Oyo Ile para ayudarnos con la amenaza de los tapas.

Kola titubea un momento antes de asentir y tomar la mano de su madre para llevársela a la mejilla.

—Volveré antes del ocaso, ìyá.

Ella lo mira a los ojos y asiente en lugar de hablar. Parece haberse tragado la inquietud al comprender que no conseguirá que Kola cambie de idea.

—Primero comerás.

Alarga una mano rolliza en cuyos dedos brillan enormes diamantes engastados en gruesos aros de oro.

—Ìyá...

—No. Antes que nada, vas a comer. —La madre de Kola le posa la otra mano en la mejilla para sujetarle la cara y obliga a su hijo a mirarla—. Dame ese gusto al menos.

Rodeándole los hombros con un brazo, Kola acompaña a su madre, que echa a andar por el patio. Hablan un rato y luego ella desaparece por el pasillo. El muchacho regresa y me mira a los ojos. Abro la boca para hablar, pero me interrumpe el grito de Yinka. Está plantada junto al costal, aferrando ya las hachas al ver que la bolsa se mueve.

—¡Hay algo ahí dentro!

Corro a interponerme entre las armas y el saco. El tejido se desliza hacia abajo e Issa se asoma por un lado. Yinka retrocede conteniendo un grito. Yo miro a Kola con expresión de impotencia, pero él se limita a recoger al minúsculo muchacho con la mano.

—¡Un yumbo! —exclama Yinka, que se echa hacia delante para ver mejor. Issa le sonríe desde la seguridad de los brazos de Kola.

Bem se acerca también con una expresión de asombro reverencial en el rostro.

—No pensaba que las historias de los bakhna rakhna fueran reales.

—Yo nunca lo dudé —replica Kola a la defensiva mientras deja a Issa en el suelo. El yumbo hace una reverencia a Yinka y a Kola—. Me salvaron cuando nuestra barca naufragó. Llevad cuidado con él. Es muy pequeño.

Issa mira a Kola torciendo el gesto.

—Soy pequeño, pero también soy fuerte. Lo sabes, ẹ̀gbọ́n ọ̀kùnrin.

—Ven, siéntate conmigo para que los criados no te vean —le dice Yinka. Issa brinca hacia ella y toma la mano que la chica le ofrece—.

¿Te gusta el maíz? El cuentacuentos dijo que a los yumboes os gusta el maíz.

—Mmm... —asiente Issa contento mientras acompaña a la joven —. Mucho.

Kola se dispone a seguirlos cuando Bem lo sujeta por el brazo.

—¿Seguro que no nos vas a sorprender con nada más?

Se ríe, y advierto que Kola se obliga a sonreír, pero me lanza un breve vistazo. Me tiemblan un poco las rodillas y mi mirada vuela sola a mis pies. Todavía son oscuros y normales.

—Vamos a comer, ¿os parece? Cuanto antes demos cuenta de la comida que mi madre nos va a embuchar, antes podremos marcharnos.

Issa se sienta encajado entre Yinka y Bem cuando nos acomodamos en las esteras que tienden para nosotros, es tan pequeño que las telas de sus vestiduras prácticamente lo ocultan. La madre de Kola regresa seguida de criados que traen una mesa baja de caoba. Otro grupo de sirvientes aparece con varios platos en bandejas relucientes. Me relamo solo de aspirar los aromas de la cabra asada.

—Mi hijo me ha hablado un poquitín de ti, pero ha sido suficiente para que sepa que debo darte las gracias. —Una sonrisa se dibuja entre sus mofletes brillantes—. Por favor, come.

Me pasa un cuenco de egusi y un plato separado de iyan cuando me siento enfrente de Kola. Se me hace la boca agua al oler la sopa y la harina de ñame, y el patio se desdibuja en torno a mí.

—Así, Simidele —dice mi madre a la vez que pela la oscura capa exterior de la hortaliza. Corta la parte blanca y la lava en un cuenco de calabaza con agua limpia —. Ahora añádelo a la olla. Tiene que hervir unos diez minutos.

Apenas soy lo bastante alta para ver el contenido de la cazuela. Con cuidado, añado el ñame cortado al agua hirviendo y luego ayudo a retirar las mondaduras. Echo un vistazo al pollo que se está guisando por separado y cojo otra guindilla, lista para incorporarla.

—No pongas demasiadas, Simi, o solo notaremos el picante.

Pongo los ojos en blanco y añado la mitad cuando está de espaldas.

—Cuando tu padre empiece a toser y a pedir agua, le diré quién tiene la culpa.

Chasqueo la lengua y pesco la guindilla con una cuchara. En el patio flotan los olores del guiso y me gruñe el estómago cuando pienso en la comida que vamos a compartir. Es el cumpleaños del Alaafin y se celebra una gran fiesta en la plaza mayor.

—Pruébalo —dice mi madre, que se echa a un lado para dejarme sitio después de

revisar el contenido de la olla—. Comprueba que esté lo bastante tierno.

Me inclino hacia el vapor y pincho un trozo de ñame con un pequeño cuchillo.

—Está listo, ìyá.

—Muy bien, asegúrate de que el agua no desaparezca del todo, porque la necesitarás para triturar el ñame. Podemos añadir una poca, pero es mejor usar el caldo del guisado. —Deja el mortero y la mano junto a la olla—. Ahora usa la mano para machacarlo.

—¿Así? —pregunto mientras empujo la mano contra el mortero de piedra.

—Sí, así —responde mi madre, sonriendo. Se retira un trocito de ñame del vestido y pone los brazos en jarras mientras me observa—. Lo estás haciendo de maravilla, Simidele. Muy bien, pequeña.

—¿Qué es esto? —pregunta mi padre cuando entra atraído por los aromas de la comida. Inspira hondo con las manos en la barriga—. ¿Quién está preparando esta comida tan deliciosa? ¡Como el Alaafin la huela, va a pedir toda la olla!

—Yo, bàbá —digo con voz ronca—. ¡He sido yo!

Él me mira fingiendo sorpresa.

—No, ¿cómo es posible? Tú no eres tan mayor, ¿verdad que no?

—¡Sí que lo soy! —le digo riendo cuando me coge en brazos y me planta uno, dos, tres besos en la mejilla.

—¿Así que no solo te estás haciendo tan lista y bella como tu madre, sino que ahora además cocinas tan bien como ella?

Echo un vistazo a mi madre, a su rostro redondo y sonriente, a su dentadura regular. Se ajusta la vestidura. Aun sus movimientos más sencillos son elegantes.

¿Ser como ella? Noto una sensación cálida en el corazón. Sonrío y le devuelvo los besos a mi padre.

Parpadeo, con el recuerdo de mi madre enseñándome a preparar iyan todavía fresco en la mente. Sus fuertes manos, su insistencia en que añadiera la cantidad justa de especias al pepesup. Los cumplidos que recibían sus guisos justo antes de que comenzaran los relatos. La gente contemplando la belleza de su rostro brillante, tan hipnótico como el fuego en torno al cual se reunían.

Delante de mí humea el egusi como recordándome que yo nunca le enseñaré a mi hija a preparar guisos. Nunca tendré una familia como Kola, Yinka y Bem. Nunca me enamoraré ni seré amada. Una ola de melancolía me empapa, pero me niego a dejar que me arrastre. Yo ya lo sabía, me digo. Estar aquí, con Kola, recordando cómo era mi vida anterior no cambia nada.

No soy la misma, pero eso no me impedirá hacer lo que debo.

—Come —repite la madre de Kola a la vez que me tiende el cuenco.

Le doy las gracias y me obligo a tomar un pellizco de iyan y a darle forma con las manos antes de hundirlo en el egusi intentando no ensuciarme demasiado. Bem y Kola optan por la cabra asada con espinacas y devoran más carne de la que me parecía posible que pudieran comer dos personas.

La madre de Kola nos mira a todos y una leve sonrisa asoma a los labios de su hijo cuando ordena que traigan el último plato. Los ojos de Kola se agrandan en el instante en que los efluvios intensos del coco rallado frito inundan el aire. Lo pruebo, azuzada por él, y reprimo un gemido de placer cuando la pulpa blanca y cálida del coco se me derrite en la lengua.

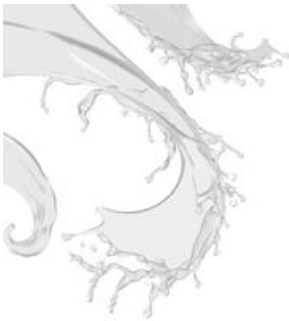
Cuando terminamos de comer y los criados de rostro solemne proceden a retirar las fuentes, Kola abraza a su madre con fuerza. La cabeza de la mujer apenas alcanza el pecho de su hijo.

—Volveremos a última hora —murmura él.

Cuando rompe el abrazo, ella se aparta sin soltarlo y lo examina de arriba abajo como para empaparse de su imagen.

—¿No te vas a vestir de negro? —pregunta con un pequeño ceño al mirar la vestidura de su hijo.

—No, ìyá. —Kola niega con la cabeza—. Y tú tampoco. No voy a llevar luto por Taiwo y Kehinde. Los voy a traer a casa.



CAPÍTULO DIECISÉIS

Kola tiene pensado navegar por el río Ogun hasta la morada del babalawo. Hay tres balsas enclenques amarradas en la orilla. Solo son unos cuantos maderos atados con el fin de crear plataformas flotantes y llevan largas pértigas prendidas a la parte trasera para guiarlas. A juzgar por su aspecto, apenas parecen capaces de transportar a Issa y mucho menos a alguien como Bem.

—Esta ruta es más rápida —dice Kola cuando miro las embarcaciones con recelo—. Confía en mí.

Parecen aún más precarias que el bote con el que zarpamos de la isla de Yemayá. Pero al menos esta vez solo tendremos que enfrentarnos al río.

El río. Una caudalosa cinta que serpentea a través de la selva. El olor del barro se mezcla con la fragancia del agua fresca filtrada por las piedras, y su borboteo casi parece gritar mi nombre. Ojalá pudiera zambullirme sin más. Noto la piel tensa, los huesos anquilosados. Por más que me gustara frecuentar la isla de Yemayá para que los recuerdos de mi vida humana retornaran a mi mente, ahora solo puedo pensar en hundirme bajo la superficie del agua. Impulsarme con la cola. Recuperar el brillo de las escamas. Libre de preocupaciones, sin pensar en nada. Pero recuerdo el miedo en el rostro de Kola la primera vez que me vio y la ira de Yemayá cuando supo que había revelado mi naturaleza a un humano.

La mano de Kola planea junto a mi codo cuando subimos a la balsa.

—Cuidado —dice, y yo recuerdo todas las veces que he tropezado delante de él. Ahora no, pienso, y vigilo dónde pongo los pies hasta que me siento en la proa de la balsa, lo más lejos que puedo del agua, no vaya a ser que empiece a cambiar. Aunque tengo las piernas secas, noto las escamas ahí mismo, pugnando por atravesar la piel. Me masajeo las piernas deslizando los dedos hasta la punta de los pies y estrujándolas hasta que se me entumecen.

Yinka sube a Issa en su balsa y el yumbo me saluda desde su

posición en la parte delantera. Luego tuerce el cuerpo para sonreír a la chica, que hace esfuerzos por no reaccionar a la palpable adoración del niño. Bem se ríe de las ocurrencias del pequeño y, viéndolo allí plantado con los pies muy separados mientras empuja la balsa para alejarla de la orilla, me pregunto cómo es posible que la embarcación siga flotando siquiera con una persona tan gigantesca encima.

El río fluye serpenteante, tranquilo pero rápido, y adivino por qué razón Kola ha escogido esta ruta. Me froto las plantas de los pies agradecida, mirando la tierra al pasar, donde se dejan oír los gritos de los monos de pecho blanco y los trinos de los cálaos rinoceronte, cuyos picos anaranjados brillan a la luz del sol.

—Gracias.

Kola pronuncia la palabra con voz queda, perdida entre el borboteo del agua cuando hunde la pértiga para guiar la balsa.

Levanto una mano para protegerme los ojos del sol y así ganar tiempo para pensar una respuesta que no tengo claro cómo formular.

—Sé que necesitas ver al babalawo. Sé que necesitas conseguir los anillos. —Kola se interrumpe y lo oigo extraer la pértiga. El olor de la manteca de karité mezclada con sudor me inunda—. Pero te agradezco que me hayas traído a Oko. No tenías que hacerlo.

Decido no abrir los ojos.

—Tú me estás devolviendo el favor llevándome a ver al babalawo. —No añado que también estoy agradecida y contenta de que siga conmigo—. Siento lo de Taiwo y Kehinde —añado. El sentimiento de culpa da un tono más grave a mi voz.

—No lo sientas. —Gruñendo, Kola hunde la pértiga con fuerza. No me mira—. Los rescataré.

No digo nada más y él tampoco. El resto del viaje lo llena el limo removido del río, el musgo podrido y las ondas que crean los epuyas, cuyas colas se dejan ver de vez en cuando. Issa no para de charlar y Yinka le ofrece respuestas intermitentes con la voz más clara que le he escuchado hasta ahora. Bem continúa detrás de nosotros sin dejar de observar la tierra, con una espada lista para ser desenvainada. Cuando el río empieza a ensancharse, Kola empuja la balsa a un lado y la encaja contra el barro de la orilla.

—Es mejor que las dejemos aquí antes de que la corriente del río sea demasiado fuerte.

Yinka y Bem nos imitan. Unen las dos balsas con cuerda y las atan a un gran árbol de ube, cuyos frutos morados cuelgan en pequeños racimos. El bosque es denso en esta zona y Bem encabeza la marcha usando la espada como machete para abrirse paso entre la maleza y las serpenteantes raíces que se enredan entre los manglares. Por lo que parece, a nadie le cuesta avanzar por el irregular terreno, pero pronto

me duelen los pies. Modero el paso e intento buscar la ruta que discurra principalmente sobre la tierra.

—No está lejos —dice Kola con suavidad, acercándose—. Hay que atravesar la siguiente arboleda y entonces el bosque cede el paso al mar.

Desliza la mirada por mis piernas y la posa en mis pies. El dolor ha regresado y, si bien es sordo ahora mismo, sé que he empezado a cojear ligeramente. Me adelanto con brío, decidida a no retrasar la marcha.

El bosque empieza a clarear y yo musito una plegaria de alivio a Yemayá cuando el sonido del mar se abre paso entre un grupo de plataneras. Oír el vibrante susurro del agua se parece a llegar a casa. El terreno se torna más arenoso y pronto dejamos el bosque atrás para acceder a una playa que se alarga ante nosotros. La blanquísima arena centellea al sol y se extiende hacia las olas que buscan la tierra, dedos acuáticos marrones y blancos que siempre intentan llegar más lejos. Una pequeña choza se agazapa junto al límite del bosque, allí donde el mar y la tierra parecen unirse en la distancia.

—El babalawo es nuestro sumo sacerdote y el sabio al que pedimos consejo desde que tengo memoria —explica Kola mientras avanza pesadamente por la arena—. ¿Has traído el vino?

—Sí —responde Bem, dando unas palmaditas al costal que se ha colgado a la espalda—. El babalawo no soltará prenda si no se lo ofrecemos. —Ríe entre dientes—. Eso lo tengo tan claro como que el cielo es azul.

El aire transporta un tintineo que cambia con la brisa y, cuando nos acercamos, veo las conchas marinas suspendidas alrededor de una pequeña construcción circular. Las conchas cuelgan de una techumbre fabricada con hojas de platanera y al entrechocar crean el delicado sonido, que casi parece fundirse con los rumores del mar. Con paredes fabricadas a base de arcilla roja y una tela lisa tendida en el arco de la entrada a guisa de puerta, la morada no podría ser más sencilla. Recuerdo la confianza de Yemayá en que el babalawo me entregaría los anillos e inspiro hondo. La desaparición de los gemelos ha sembrado semillas de inquietud en mí y, ahora que por fin he llegado, me da miedo estar a punto de recoger los frutos.

—Kola, si te parece bien, yo entraré primero —digo con voz lo bastante alta para que me oigan todos.

Yinka me mira entornando los ojos, pero la ignoro. Hay otras cosas en juego además de los gemelos.

—Toma, llévate esto y avísame cuando quieras que entremos —dice Kola a la vez que me tiende el vino de palma.

Inclino la cabeza agradeciendo su comprensión y tomo el odre.

Recuerdo las cicatrices en la cara de Yemayá y al momento estoy apartando la tela y entrando en la fresca penumbra con un solo movimiento.

Mis ojos necesitan un momento para adaptarse a la escasa luz antes de que vea al hombre sentado en mitad del suelo. Envuelto en una vestidura fina tan amarilla que casi parece de oro, el babalawo es más menudo de lo que esperaba. Está completamente calvo, salvo por la parte baja de detrás de la cabeza, donde le queda pelo blanco y rizado, a juego con la espesa barba del mismo color. Unos minúsculos ojillos negros se clavan en mí entre pliegues de piel salpicada de esas manchas que la edad y el sol dejan en la tez.

—Bienvenida, niña.

Me postro ante él y dejo el vino de palma en el suelo desnudo y barrido. La morada es espaciosa, con un caldero pulcramente recogido a un lado y, al otro, una estera para dormir en tonos rojos y anaranjados. Todavía se oye el mar, un rumor de agua constante que se asemeja a una voz susurrando despacio. Hay manojos de vernonia amarga colgados de ganchos y ordenados montones de corteza de árbol y bayas en la mesita que hay debajo. Los fuertes olores me tranquilizan, porque me recuerdan a los remedios que usan los babalawos de Oyo Ile, pero son los murales los que captan mi atención. Grabados en la misma arcilla, los remolinos del mar decoran las paredes interiores. Las volutas y las olas fluyen en torno a siete muchachas dotadas de cola y melenas de prietos tirabuzones decoradas con perlas y dientes de tiburón.

Las Mami Wata.

Kola tenía razón.

—¿Está bien la madre Yemayá? ¿O es ella el motivo de tu visita?

El alivio me inunda cuando me incorporo para devolverle la mirada al babalawo. Mis ojos se posan en una sonrisa desdentada que dibuja arrugas aún más entreveradas en su rostro al estirar los colgajos de piel. Haces de luz se cuelan por la techumbre e iluminan al anciano de tal modo que parece resplandecer. Cuando el babalawo me pide por señas que me acerque, las pulseras de oro que lleva en ambas muñecas tintinean con suavidad.

—¿Cómo lo ha sabido?

—Percibo la magia de la orisha en ti —responde, su voz musical se eleva al final de la frase, como si sus palabras fueran una canción —. Incluso tu sangre desprende las fragancias de la sal y el mar. Por no mencionar la joya que llevas en la garganta.

Mis dedos se desplazan al zafiro y se deslizan por sus distintas caras.

—Tallé siete y los bendije todos. Los reconocería en cualquier

parte. —El babalawo propina unas palmaditas al suelo—. Siéntate, hija del mar. Y cuéntame por qué has venido tan lejos.

Nerviosa, me acomodo en la tierra compacta y cruzo las piernas debajo del cuerpo en una postura que antes adoptaba con facilidad. Ahora tengo que meditar cada uno de los movimientos, concentrarme en cada hueso y cada músculo, asegurarme de que lo estoy haciendo bien.

—Me envía Yemayá. Yo... hice algo y ahora debo arreglarlo. —Noto una opresión en el pecho al pensar en el pacto entre Yemayá y Olodumare. El que yo he roto. Me llevo una mano a la cara para frotarme la mejilla, como si así pudiera contener las lágrimas que estoy a punto de derramar.

—¿Qué, niña? —El babalawo lo pregunta con una voz queda y profunda que empapa sus palabras de cálida preocupación—. ¿Qué hiciste?

—Rescaté a alguien del mar.

—¿Salvaste una vida?

Asiento.

—Pero no conocía el precepto de Olodumare. Ni el castigo que Yemayá y todas las Mami Wata tendrán que afrontar. —Mi voz desciende hasta un susurro y las lágrimas corren por mis mejillas—. La muerte. La... perdición.

El babalawo se echa hacia atrás mordiéndose el labio inferior. Apoya las manos en el regazo y me mira.

—Has venido a buscar los anillos de Ile Ife.

Me sorbo las lágrimas a la vez que me enjugo la cara y me siento más erguida.

—Sí. Yemayá me dijo que es la única manera de invocar a Olodumare para poder implorar su perdón.

El babalawo se mece hacia atrás con suavidad.

—Hija mía, lo siento. —Su sonrisa se esfuma—. Pero ya no los tengo.

Sus palabras son como piedras que se me instalan en la barriga.

—¿No tiene los anillos?

—No. —El anciano niega con la cabeza—. Los tenía hasta hace una semana, cuando me fueron reclamados.

Me quedo inmóvil un momento, incapaz de reaccionar, sintiendo la realidad desplomarse sobre mí. ¿Qué voy a hacer? Las náuseas me revuelven las tripas y me inclino hacia delante con los brazos alrededor del abdomen. Me quedo mirando la tierra compacta y la imagen se torna borrosa conforme acuden las lágrimas. ¿Cómo voy a presentarme ante Yemayá a contarle esto?

El babalawo me tiende una mano; tiene los dedos torcidos, los

nudillos hinchados.

—Ven aquí, hija mía. Por favor.

No hay manera de reparar lo que hice y ahora Yemayá y las otras Mami Wata sufrirán por ello. Aún no me puedo mover; las lágrimas se deslizan por mis mejillas y oigo mis propios sollozos cuando el babalawo se levanta de su taburete bajo para envolverme con sus delgados brazos. Me aferro a su vestidura y el olor del almizcle y la vernonia amarga cobran intensidad. Todavía oigo el mar en el exterior y su voz es más poderosa que nunca, olas que rompen estrepitosas, una fragorosa llamada que no puedo responder.

—Hay una manera —dice el babalawo, que me acaricia la espalda con sus dedos retorcidos.

No levanto la vista. Me noto la cara hinchada y húmeda. La vergüenza que siento se torna aún más profunda, motivada por algo más que por llorar y ser consolada por semejante babalawo. ¿Qué he hecho? Al salvar a Kola, he condenado a mis semejantes.

Oigo entrar a alguien, pero no levanto la vista.

—Simi. —Unas manos me aferran los hombros para atraerme contra su piel cálida—. Tranquila.

Kola.

Me doy la vuelta entre sus brazos y entierro la cara en su pecho, y me odio a mí misma incluso por eso. Porque tengo la sensación de que lo habría salvado aun si hubiera conocido las consecuencias. ¿Cómo podría haber dejado morir a nadie en el mar?

—He oído lo que ha dicho el babalawo. Pero ¿lo has escuchado bien? Hay otro modo. —Sus labios están pegados a mi oído, su voz suena tan reconfortante como el algodón gastado—. No te rindas. No lo permitiré.

No respondo. Dejo que la sal de mis lágrimas se mezcle con el aroma a sudor y a jabón negro que desprende Kola. Con el rostro pegado contra su pecho, respiro sus efluvios hasta que me tranquilizo en parte.

—¿Qué otra manera? —pregunto con voz rasposa. La desesperación se me clava en la garganta como una espina de pescado.

Cuando me doy la vuelta, el babalawo ha regresado a su silla y ahora se recoloca la vestidura. Una gruesa cadena de oro cuelga por fuera de la vestidura, con una esmeralda engarzada del tamaño de un huevo de pájaro.

—Los gemelos son únicos.

—¿Se celebró la ceremonia de confirmación? —pregunta Kola en un tono esperanzado.

—Sí. Después de que te capturaran, tus padres los trajeron el día indicado. —El babalawo vuelve los ojillos hacia Kola. Frunce los

labios con ademán pensativo—. Ya conocíamos su singularidad, pero mientras dábamos comienzo a la ceremonia, me fue revelado hasta qué punto son especiales.

—Son orishas —apunto en voz baja. Suelto los brazos de Kola para sostener la mirada del sacerdote.

—Sí. Son Ibeji. Dos cuerpos y una sola alma. Hacedores de lluvia, portadores de salud y fortuna. —Levanta una mano salpicada de manchas más oscuras que su piel y acaricia con un dedo la joya de su pecho—. Y la razón de que Oko y las tierras de alrededor estén prosperando.

Dos anillos, ambos con un poder inmenso. Cuando ato cabos, el impacto es tan grande que enderezo la espalda.

—Le dio los anillos a los gemelos. Uno a cada uno.

El babalawo suspira y luego asiente.

—Lo hice. Igual que le entregué los zafiros a Yemayá. Las piedras poseen su propia voz y escogieron a los Ibeji. Pero hay más. Al mismo tiempo que poseen un gran poder, son amplificadores. —El anciano guarda silencio un instante y miro su rostro bañado de luz—. Pueden amplificar el poder de cualquier orisha que los posea.

—¿Hasta qué punto? —pregunta Kola.

—El verdadero alcance se desconoce, pero es de una magnitud inimaginable. Cuando los gemelos nacieron, conectaron con la tierra, y Oko y sus alrededores han prosperado. Estando los gemelos en posesión de los anillos... Todas las tierras medrarán. —Los ojos del babalawo se iluminan, en su boca arrugada aflora una sonrisa—. Todas. Y es posible que eso traiga la paz. Suficiente comida para todos, salud, más comercio. Una oportunidad de unidad nunca vista.

Me quedo un momento en silencio. Tiene mucho sentido y entiendo que les haya entregado los anillos a los gemelos. Pero si yo no puedo usarlos, Yemayá y nosotras, sus hijas, moriremos.

—Simidele —murmura el babalawo al ver mi expresión decaída —. No pierdas la esperanza. No fui capaz de proteger a los gemelos de Eshu, pero pude atarlos a los anillos, en la vida y en la muerte. Nadie se los puede arrebatar ni utilizarlos a menos que ellos lo permitan. Y todavía se pueden emplear para invocar a Olodumare. Solo que antes tendrás que encontrarlos.

—Entonces, ¿es verdad que Eshu se los ha llevado? —pregunta Kola a la vez que se pone en pie. Su cabeza casi roza las hojas del techo.

—Sí.

—¿Y qué pasa con la protección que les prometió a mis padres? — Las palabras del muchacho surgen empapadas de rabia.

—Mi ceremonia fue lo bastante fuerte como para protegerlos de

los tapas. Pero no de un orisha tan poderoso como Eshu.

Kola avanza hacia el babalawo con las manos en tensión. El anciano no se mueve. Se limita a observar las manos del chico, que rozan la empuñadura de la espada. Sé que Kola busca motivos para enfurecerse con alguien, pero su reacción no me parece adecuada. Justo cuando estoy a punto de sujetarlo, se arrodilla ante el anciano y se postra a sus pies.

—Le ruego que me perdone. Por no mostrarle el debido respeto. —Kola levanta la cabeza y el dolor de su semblante solo puede compararse al sufrimiento que a mí me perfora la piel—. Por favor. Díganos cómo podemos rescatar a los gemelos y recuperar los anillos. —Me mira antes de devolver la vista al babalawo.

Camino despacio hasta situarme al lado de Kola.

—¿A dónde los ha llevado Eshu?

El anciano apoya las manos hinchadas en las rodillas y su mirada se pierde en los murales de las paredes. Tan solo oímos el mar, cuyo rumor se ha reducido a un suspiro intermitente.

—Comprendo vuestro dolor. El de ambos. —Levanta la mano y dobla un dedo retorcido para señalar las imágenes que tenemos detrás —. Eshu se los ha llevado a su isla.

—¿Por qué? —pregunta Kola.

Pienso en Eshu, en su insatisfacción y en su voracidad, en su búsqueda, de la que me hablaron tanto Oyá como los yumboes.

Un poder amplificado.

El miedo me corre ahora por las venas, me resbala por la columna vertebral.

—Quiere los anillos de Ile Ife —le respondo con voz queda.

—Así es. Sin embargo, como los gemelos están unidos a ellos, tendrá que intentar convencerlos de que se los ofrezcan.

—¿Y para qué los quiere? —pregunto retorciéndome las manos de puro nerviosismo—. ¿Qué pasa con la obediencia que le debe a Olodumare?

—Los anillos amplificarían los poderes de Eshu. —Los hinchados nudillos le tiemblan cuando el babalawo gira un pesado brazalete de oro para colocárselo al otro lado de los huesos de la muñeca—. Y no tendría que rendir tributo a Olodumare. En vez de eso, estaría a la altura del dios supremo. No se vería obligado a transmitirle más mensajes. No tendría que obedecer a Olodumare ni ninguno de sus preceptos.

—¿Podría hacer lo que quisiera? —susurro, la voz me tiembla del horror que siento ante las palabras del babalawo. Recuerdo lo que dijo Yemayá sobre la codicia y la envidia del orisha.

—Sí —responde el anciano con la voz rota—. Hace mucho que

Eshu se cansó de ser el mensajero de Olodumare. Ansía más de lo que tiene, no quiere conformarse con transmitirle las plegarias de la humanidad. —El sacerdote aspira aire por el hueco que tiene entre los dientes—. Si se hace con los anillos, estará en posesión de un poder tan grande que será venerado con la misma reverencia que el dios supremo y poseerá su misma influencia sobre la humanidad y los orishas. Sin nadie a quien rendir obediencia, disfrutará de la libertad para hacer lo que quiera.

—¿Quizá para... hacer el bien? —pregunto con un tono esperanzado—. No es malvado. Mantiene el equilibrio entre los ajogunes y los orishas. Eso sirve para que reine cierta armonía.

—Es verdad. Pero ¿y si ha decidido dejar de hacerlo? Por capricho o sencillamente para divertirse. Nunca se sabe. Ese es el problema. Todos hemos oído hablar de las discusiones que Eshu provoca entre hermanos, vecinos, reyes y reinas. Pero pensadlo... —El babalawo se inclina hacia nosotros con mirada penetrante y la voz cada vez más queda—. Olodumare siempre ha sido la fuerza mayor..., capaz de mantenerlo a raya. Sin embargo, con el poder de los anillos, Eshu podría sembrar el caos en el mundo entero y nadie podría detenerlo.

Me estremezco al oír las palabras del babalawo, al pensar en un mundo a merced de Eshu.

—¿Qué les pasará a los gemelos una vez que el orisha tenga los anillos en su poder?

Kola se encorva ligeramente, como si su cuerpo ya conociera la respuesta.

—No se detendrá hasta conseguirlos. Y después... No estoy seguro, pero ya no serían... necesarios. —El babalawo se vuelve hacia Kola—. Sus vidas son importantes para ti, pues son tus hermanos, pero también son importantes sus vínculos con la tierra.

—¿A qué se refiere? —pregunto, pero mi mente ya está zumbando a toda velocidad, pensando en mi visión y en lo que nos ha dicho antes.

—No olvidéis la conexión de los gemelos con la tierra. Ellos son la razón de que nuestros territorios sean pródigos. El motivo de que estén tan vivos.

—Y sin ellos...

Recuerdo el temor que emanaban los elefantes cuando corrían en estampida, las ramas podridas y retorcidas de los árboles en el lindero del bosque. La corrupción que ya empezaba a infectar las plantas en los aledaños del poblado de Kola.

La visión.

Los huesos pelados, blanqueados por el sol. De yumboes y de humanos.

—Sin los Ibeji, las cosechas morirán, al igual que los animales y las personas. Habrá una hambruna de una magnitud sin parangón en mil años. Y Oko... —El babalawo se acaricia la barbilla con una mano trémula—. Oko no podrá seguir existiendo y el resto de las tierras no tendrán la más mínima posibilidad de sobrevivir.

CAPÍTULO DIECISIETE

El silencio se instala entre nosotros. Antes tenía que recuperar los anillos por Yemayá y todas las Mami Wata, pero ahora mis motivos son más importantes. La presión estrangula mis palabras y solo puedo pensar en lo que hay que hacer.

—¿Cómo podemos llegar a la isla de Eshu? —pregunto.

El babalawo guarda silencio antes de abrir los brazos y señalar las paredes curvadas con un gesto del mentón.

—Si miras a tu espalda, lo verás.

Me giro sobre mí misma, despacio. Las imágenes en las que me he fijado hace un rato, los relieves en las paredes de la choza, describen algo más que a las Mami Wata. Son un registro del mundo entero. Veo los mares dividirse en torno a islas y extensiones de tierra más grandes, con sus volcanes y todo; veo las imágenes de los bosques, las praderas, las montañas, las ciudades y las aldeas. Los hermosos grabados que se extienden por las paredes abarcan nuestras tierras y las de nuestros ancestros.

—Es increíble. Y estamos... —Los ojos de Kola se agrandan emocionados mientras recorre con las manos una gran bahía y se detiene en un bosque que se une con el mar—. ¿Aquí?

—Así es —responde el babalawo. Se levanta del taburete y renquea hacia el otro extremo de la choza. Con un dedo artrítico resigue una lengua de mar y se detiene en un pequeño bloque aislado en mitad de un océano repleto de remolinos feroces—. Esta es la isla de Eshu, cubierta de bosque, con alguna que otra pradera y un volcán activo. Su palacio está rodeado de agua.

Cuando me acerco a mirar, veo que la mota de tierra no está sola. Hay pequeñas formas monstruosas grabadas en las inmediaciones, algunas felinas y otras aladas. Todas tienen colmillos. Me estremezco y miro al anciano.

—No esperarías que estuviera desprotegida, ¿verdad? —Regresa al rayo de sol y se sienta—. No te preocupes, os explicaré todo lo que sé mientras copiáis el mapa.

Mi mirada revolotea de los relieves a Kola.

—¿Cómo lo haremos?

—Espera un momento —responde lacónico y se agacha para cruzar la entrada.

Vuelve un instante más tarde con Yinka, que entra en la morada del babalawo y de inmediato se postra a sus pies. Murmura una oración que le granjea una sonrisa y una inclinación de cabeza del anciano. Echándose hacia delante, el sacerdote posa una mano en la cabeza calva de la muchacha.

Yinka se levanta y observa el mapa con los ojos desorbitados de puro asombro. Kola alarga la mano hacia la isla de Eshu y señala la pequeña mancha de tierra. La veo palidecer ligeramente al ver las figuras circundantes.

—Yinka dibujará el mapa —dice Kola, mirándome—. Pero también te necesitamos a ti, Simi.

Abro la boca para preguntar el motivo cuando Yinka extrae las dos hachas de sus correas y las deja en el umbral, bien a la vista. Se sienta en un pequeño taburete situado junto a la mesa y me pide con señas impacientes que me acerque. No sonríe, pero tampoco me fulmina con la mirada y lo interpreto como un signo positivo.

—Tú me ayudarás a recoger un poco más de vernonia amarga y corteza —anuncia el babalawo a Kola. Me saluda con un gesto de la cabeza al pasar por mi lado—. Y yo haré lo posible por describirte la isla y todo lo que debes buscar. —Espera mientras Kola le sujeta la tela de la entrada para cederle el paso—. Pero recuerda, buena parte es leyenda. Nadie que haya estado allí ha vuelto para contarlo.

—Confía en ella igual que confío yo —me murmura Kola antes de seguir al anciano—. Es capaz de crear patrones en el pelo que se pueden leer como mapas. Así se las ingenia la guardia de Oko para crear esbozos de las zonas que exploran alrededor de la aldea. Cuando los guardias regresan, transfieren los mapas a pergaminos y, si son muy importantes, los graban en piedra o en metal.

Observo la uniformidad perfecta de la cabeza de Yinka y agacho la vista cuando veo que me está mirando.

—Solo porque prefiera afeitarme el cráneo no significa que no sepa lo que me hago —dice Yinka con retintín cuando Kola y el babalawo se marchan—. Ven.

Me siento en el suelo, entre las piernas de Yinka, meditando la ingenuidad de esa cartografía. Mapas vivientes. Hará falta mucha habilidad para trenzarlos, pienso mientras extraigo la daga de entre mis trenzas. Los dedos de Yinka me rascan el cuero cabelludo cuando deshace el trenzado que llevo ahora. Trabaja con suavidad, pero de vez en cuando sus dedos quedan atrapados en enredos y entonces

protesto con una mueca. Deshago aquellas que puedo alcanzar y la dejo torcerme la cabeza hacia aquí y hacia allá, sin quejarme cuando noto calambres en los músculos del cuello. Una vez que me ha soltado la melena, Yinka dedica un momento a frotarme el cuero cabelludo con el aceite de coco que ha dejado el babalawo, deslizando las manos hasta las puntas de los rizos.

—¿Crees que cabrá todo? —le pregunto apoyada en las rodillas.

—Me parece que sí. Tienes la cabeza muy grande. —Guardo silencio un momento antes de comprender que bromea. Sonriendo, echo la cabeza hacia atrás y cierro los ojos. Los dedos de Yinka resbalan por mi pelo, tirando y retorciendo los mechones oscuros. De vez en cuando se detiene para echar un vistazo al mapa grabado y, al hacerlo, me obliga a volverme a mí también.

Se me antoja raro no entablar conversación, estando tan pegada a Yinka, pero abro la boca varias veces y vuelvo a cerrarla, sin saber qué decir.

—Oko es un sitio muy especial —comento.

—Sí que lo es. —Yinka no dice nada más en un rato y yo maldigo la frase que he escogido. Incluso a mí me ha sonado sosa y tonta.

—Bem, Kola y tú parecéis muy unidos —vuelvo a probar.

—Lo estamos. —Yinka habla en un tono grave y casi brusco—. Los seguía a todas partes. Incluso al mar. Casi todos los niños de Oko aprenden a navegar tan pronto como saben andar, pero el padre de Kola lo llevó al mar en cuanto fue capaz de gatear. Le regaló una barquita cuando cumplió seis años con instrucciones estrictas de quedarse en la orilla, pero él no obedeció.

Yinka ríe en silencio. Yo me quedo muy quieta por si hago algún movimiento que le quite las ganas de seguir hablando conmigo.

—Los pescadores tuvieron que rescatarnos cuando las corrientes nos arrastraron mar adentro. Yo estaba aterrada y Bem temblaba, pero Kola sonreía. Estaba eufórico. Siempre quería llegar lo más lejos que pudiera. Su padre pensaba que lo hacía para huir de sus responsabilidades, pero yo sabía que se debía a su espíritu aventurero, a su deseo de conocer cosas nuevas. —Guarda silencio un momento mientras devuelve unos cabellos sueltos a su sitio con la uña—. El padre de Kola le regaló una barca más grande cuando cumplió doce años. En ocasiones pasaba todo el día en el mar.

Ahora me estira el pelo hacia un lado y yo capto el cambio de tono cuando menciona a Kola.

—Yinka, ¿te puedo preguntar una cosa?

Yinka deja de trabajar un momento.

—La respuesta es no.

Lo ha dicho en un tono gélido que choca con el calor de la cabaña

y el sudor que nos resbala a las dos por la clavícula y la espalda.

La brusca respuesta de Yinka hace que me retuerza las manos en el regazo hasta que los nudillos palidecen. El silencio se alarga antes de que ella reanude el trenzado aplicando un poco más de fuerza a las rodillas contra mis hombros.

—Ya sé lo que vas a preguntar. —Inspira hondo y luego suelta el aire despacio—. La familia de Kola quería que nos casáramos algún día y, durante un tiempo, pensé que yo también lo quería.

Me da un vuelco el corazón y contengo el aliento.

—¿Qué pasó?

—Nunca fue mío y desde luego no lo es ahora. —Yinka sonríe, lo noto en su voz—. Lo considero un hermano y siempre lo protegeré.

Pienso en las miradas afiladas que me lanzaba al principio; ahora tienen más sentido. Los dedos de Yinka se mueven con más rapidez al llegar al final de la trenza.

—Siempre querré lo mejor para él. No me conformaré con menos.

Y yo soy menos. La idea me asalta nítida y repentina. Menos que humana. No sé cómo me he atrevido siquiera a hacerme ilusiones con Kola, ni aunque se me permitiera estar con él. Las palabras de Yinka me acompañan conforme pasan las horas; la luz del sol que se desplaza por los resquicios del techo le proporciona luz suficiente para ver lo que está haciendo. Se me duermen las piernas mientras ella tuerce y estira conforme me va trenzando el pelo pegado al cráneo. Aunque trabaja con dedos hábiles y rápidos, para cuando ha terminado apenas queda luz.

Me propina un toque en el brazo para hacerme saber que ha terminado y al instante mi cabello serpentea hasta los hombros y luego cae hasta media espalda en delgadas trenzas. Me toco la cabeza y las yemas de mis dedos patinan por las formas de mi pelo, que dibujan la extensión de los mares y las protuberancias de las islas, tanto grandes como pequeñas. Tengo la impresión de que Yinka no se ha saltado ni un detalle de nuestra ruta; sus mañosos dedos han incluido todo lo que ha visto grabado en las paredes.

—Gracias —le digo con suavidad a la vez que me levanto del suelo y devuelvo algo de vida a mis músculos mediante suaves puntapiés al aire.

—De nada —responde Yinka. No sonríe, pero ahora su expresión es más plácida.

—¿Puedo verlo?

Kola acaba de entrar en la choza del babalawo con una calabaza llena de agua fresca y un pequeño costal cargado de vernonia amarga. Deja ambas cosas sobre la mesa baja y se me acerca.

—Sí —respondo con timidez a la vez que agacho la cabeza.

Sujetándome la cara entre las manos, Kola examina los bucles y los dibujos de las trenzas que se curvan desde mi frente hasta mi coronilla. Contengo el aliento cuando me desliza la mano por las mejillas y me mueve la cabeza con suavidad.

—Perfecto —dice con voz grave y ronca. Pienso que se refiere a mi pelo hasta que levanto la vista y veo sus ojos pegados a mi rostro.

—Gracias —consigo decir—. Yinka tiene mucho talento.

La miro de reojo y ella se vuelve hacia otro lado, pero no antes de dedicarme una leve inclinación de cabeza.

El babalawo insiste en servirnos un poco de efo riro cuando Bem e Issa se unen a nosotros en el interior. El guiso de espinacas está recién preparado, caliente y especiado con delicadeza, y me llena el estómago de un modo que había olvidado.

—Como ya le he dicho a Kola, tendréis que llevar cuidado con los seres que Eshu utiliza para proteger su isla y su palacio.

—¿A qué nos vamos a enfrentar? —pregunta Bem, sorbiendo las espinacas. Yinka lo regaña con la mirada.

—Los relatos difieren —responde el babalawo. La piel le cuelga bajo los bíceps cuando extiende los brazos hacia los lados—. Desde monstruos parecidos a leones hasta murciélagos gigantes. Aunque no puedo estar seguro de lo que vais a encontrar, sabed que las tierras de Eshu estarán protegidas. No confiéis en nada de lo que veáis u oigáis.

Ya hemos dado cuenta del guiso y todos los ojos están clavados en el babalawo, cuya mirada revolotea de uno a otro.

—Recordad quién es Eshu.

—El embaucador —dice Kola.

—El guardián de las encrucijadas de la vida —añade Yinka.

—Maestro del lenguaje y mensajero de Olodumare —concluye Bem.

—Mmm, sí. —El anciano se echa hacia atrás con los ojos arrugados por la preocupación—. No olvidéis nada de eso. —Apoya las manos en las rodillas—. Y no lo subestiméis. Bajo ningún concepto.

Un sol despiadado brilla en el cielo y el firmamento exhibe un azul cristalino y ardiente que lastima los ojos con solo mirarlo. Se me entrecorta el aliento a causa del calor y estoy sudando otra vez de camino a las balsas. Hasta las hojas parecen más punzantes ahora cuando me arañan los brazos y las piernas. Pienso en el agua fresca del río y ahuyento una nube de moscas con rabia. Yinka, que avanza detrás de mí, observa mi disgusto con una mueca burlona en los

labios.

—Mira —dice. Arranca la hoja de una planta con minúsculas flores moradas. La machaca entre los dedos y se frota el cuello con ella —. Mantiene a raya a las moscas.

Me tiende unas cuantas hojas y la imito restregándome el jugo contra la piel empapada del cuello.

—Gracias.

Yinka responde con un asentimiento y me adelanta. Las hachas brillan a su espalda. Intento apurar el paso para alcanzarla, pero vuelvo a notar pinchazos en las plantas de los pies; tropiezo y Kola corre hacia mí para sujetarme antes de que caiga de rodillas. Detrás, siempre detrás, o cayendo. La vergüenza me colorea las mejillas y me aparto lo más deprisa que puedo, haciendo caso omiso de su expresión dolida.

Las advertencias del babalawo tenían un tono muy serio y, si bien sé manejar una daga en un enfrentamiento, ¿cómo podré estar a la altura con unas piernas que apenas me sostienen? ¿Y si les fallo a todos? Apuro el paso tras ellos, obligándome a caminar con más brío, aunque tenga la misma sensación que si me clavaran agujas en los pies con cada paso. El cabello se me pega al cuello húmedo de sudor e incluso los brazos me duelen de tanto apartar maleza

Noto la llamada del río antes de que lo alcancemos y, cuando lo veo serpentear ante nosotros, prácticamente salto a la orilla. Kola se detiene a coger agua, pero sé que lo hace adrede para que tenga tiempo de recuperarme.

Después de tomar un par de sorbos de la bebida que me ofrece Issa, vuelvo a mirar el río. Cuando retiro las piernas, la superficie se riza y la luz se convierte en rayos intensos al rebotar en el agua. Noto los huesos más flexibles ahora, la piel más dura. Siento la presión de las escamas, que pugnan por asomar, y por un momento me planteo zambullirme sin más. Issa me ve contemplar el río con ansia y acude a mi lado.

—La opinión que Bem y Yinka tienen de ti no cambiaría —me susurra el yumbo—. Se sienten a gusto conmigo.

Sus palabras me traen de vuelta al presente e imagino que me vieran bajo mi verdadera forma. Me estremezco, pero me obligo a sonreír a Issa mientras pienso en las palabras de Yemayá.

—Gracias, pequeño, pero no creo que fuera buena idea.

Me masajeo los pies. Yinka salta a su balsa con un equilibrio perfecto. Mientras tanto, los demás desatan las cuerdas y comprueban la seguridad. Noto el aleteo de la envidia cuando la veo volver a saltar a la orilla para recoger a Issa. Con el yumbo aferrado a su cuello, efectúa otro salto impecable.

Kola sujeta la balsa y yo subo con torpeza. Me advierte que esta vez podría ser más complicado, porque navegaremos contracorriente.

—Hay un pequeño afluente más navegable, así que tomaremos esa ruta.

Asiento, pero ya estoy cerrando los ojos, agradecida por la brisa del río y por tomar asiento al fin. Aspirando el aroma húmedo del agua, intento que los destellos de los últimos rayos de sol sobre la superficie me tranquilicen. El murmullo del río es más suave que el rumor del mar, un borboteo que despierta un recuerdo en mi mente.

He cumplido diez años y mi madre me lleva al río Ogun, como hace siempre en esas fechas. Hay una larga caminata hasta allí que serpentea por el lindero del bosque, pero yo brinco casi todo el trayecto levantando pequeñas nubes de tierra roja a mi paso.

Cuando llegamos a las verdes riberas, mi madre se levanta los bajos de su vestidura amarilla y, juntas, chapoteamos por la orilla.

—¡Uf, está fría, Simidele!

Yo sonrío mientras hundo las manos en la corriente y miro los pececillos que salen disparados a nuestro paso.

—¿Lo notas, ọmọbìnrin ìn mi? —Se ríe mientras acaricia la superficie del río con las yemas de los dedos y me salpica con suavidad—. ¿Notas el poder del río?

—Sí, ìyá —respondo cuando el agua me empuja.

Desliza su mano húmeda sobre la mía.

—Recemos a Yemayá. Di las palabras conmigo.

Nuestras voces se arremolinan con la corriente, se elevan con cada palabra. Cuando terminamos, mi madre me atrae hacia ella y concluye derramando agua sobre mi cabeza a la vez que me bendice en nombre de Yemayá. Yo jadeo y sonrío parpadeando a través del velo de agua centelleante.

Salimos y nos sentamos en la hierba de la margen para secarnos al sol. Dentro de un rato compartiremos la cena con mi padre y las otras personas de nuestro recinto. Pero esta tarde... Esta tarde es solo para nosotras.

Después de comer, mi madre me deja jugar y nadar mientras ella descansa. Uno los pies como si fueran una cola y como si yo fuera Yemayá. Cuando me sumerjo, el lodo del fondo se aclara y veo los peces que se alejan de mí nadando, de camino a los juncos. Mi madre agita los pies en el agua y, cuando salgo a la superficie, la encuentro tendida al sol.

—¡Simidele! Ven a descansar. —Toca la hierba—. Siéntate a mi lado.

Yo nado hasta la orilla y, una vez fuera del agua, me ato la vestidura y me desplomo junto a mi madre. Ella juega con mi cabello, me deshace una trenza y aprovecha para volvérmela a trenzar ahora que estoy quieta. Me recuesto contra

ella, notando su piel cálida contra la mía.

—¿Recuerdas la razón por la que venimos a este río cada año?

—¿Para celebrar el día que nací?

—Claro. Pero ¿sabías que venimos también porque naciste aquí, en esta misma corriente?

Suelta la trenza, ya terminada, y me acaricia el cabello.

Yo niego con un movimiento de la cabeza y ella sonríe.

—Te contaré cómo pasó.

—Sí, ìyá —le digo. Cierro los ojos y espero a que empiece.

—Te voy a contar un cuento. Y no es un cuento cualquiera... Cuando estabas en mi barriga, yo venía a menudo a este río. Aquí sentada, en estas riberas, notaba tus movimientos. Tú dabas vueltas y te agitabas dentro de mí.

Abro un ojo. Nunca antes me había contado esto. No digo nada para no interrumpirla.

—La última vez que acudí faltaba una semana para la fecha en la que esperaba tu nacimiento y estaba preocupada porque no te movías tanto como debías. Acudí buscando el consuelo y la guía de la madre Yemayá. Tenía una barriga enorme y tardé dos veces más de lo normal en llegar hasta aquí. —Mi madre me posa una mano en el hombro y me lo masajea con suavidad—. Mientras me refrescaba los pies en el agua, le recé a Yemayá para que estuvieras sana y salva. Al cabo de un rato, noté que te movías. Solo fueron una patada y un meneo, pero me bastó con eso. Estaba feliz y, cuando me disponía a volver a casa, noté el primer dolor fuerte. Aunque no podía volver a Oyo Ile y no había nadie conmigo, no me preocupé. Sabía que Yemayá me cuidaría. Me llamó desde el agua.

—¿La viste? —Esta vez no me resisto a interrumpirla. Abro los ojos y me siento —. ¿Viste a Yemayá?

Mi madre asiente y señala su regazo con unas palmaditas. No continuará hasta que me haya tendido de nuevo.

—Me llamó desde el agua. Yo hinqué los pies en el barro y me aferré a la orilla, dejando que la corriente arrastrara parte del dolor. Yemayá me acarició la espalda mientras estaba de parto y se llevó el resto del dolor. Cuando naciste, te sacó del río y te colocó en mis brazos a la vez que te bendecía.

Abro los ojos y miro fijamente a mi madre. Ella se dobla hacia mí para plantarme un beso en la frente.

—Recuerda que Yemayá te bendijo. Siempre está contigo. No hace falta que le reces solo cuando estés aquí. Cada vez que precises su poder, pronuncia las oraciones que te he enseñado.

Yemayá siempre ha sido nuestra orisha ancestral, lo presiento. Y ese

conocimiento me aporta paz.

Y fuerza.

Estiro los pies y dibujo círculos con los tobillos. El recuerdo me trae a la mente la tenacidad de mi madre. Su amor por mí y la bendición de Yemayá antes incluso de que me creara por segunda vez. El valor que demostró la orisha al crear más Mami Wata. Me trae a la mente mi propia determinación.

Mi elección.

Mi decisión de ser tan fuerte como para enmendar lo que hice. De encontrar a los gemelos y los anillos.

Levanto las manos para deslizarlas por el mapa que llevo trenzado en el pelo. Las yemas de mis dedos tocan espirales del mar y pequeñas protuberancias que demarcan islas hasta que llego a la parte trasera, la zona de la nuca.

La isla de Eshu.

Me detengo y desplazo los dedos por encima de las trenzas hasta que el índice alcanza la esmeralda de la daga. Haré lo que sea necesario, me prometo a mí misma.

CAPÍTULO DIECIOCHO

Los peces se mecen en el agua del río, con sus abotargados vientres pálidos expuestos al sol. Los cuerpos opacos asoman por un trecho tan amplio que el agua parece sembrada de cadáveres. Guardamos silencio mientras las balsas flotan hacia la orilla. Navegando entre los peces muertos, de nuevo me invade un mal presentimiento.

Yinka se inclina hacia el agua y extrae un pez para examinarlo. Luego se vuelve hacia Kola.

—No tiene ninguna marca —observa entornando los ojos a la vez que lo devuelve al río. Se seca la mano en la vestidura haciendo una mueca de asco.

—Esto no me gusta nada —dice Bem, que encorva los anchos hombros al mismo tiempo que se inclina para observar la gran cantidad de despojos.

Kola aparta de la vista de los restos para mirarme de reojo.

—A mí tampoco. —Percibo la preocupación en la ondulación de su frente—. Deberíamos volver cuanto antes.

Bem y Kola atan las balsas y nos apresuramos a saltar a tierra sujetándonos a unos troncos que están cubiertos de podredumbre y hojas mustias. Nos recibe un manto de silencio en el bosque, tan pesado que ahogaría nuestras palabras si supiéramos qué decir. Pero no hablamos y, conforme recorremos la ruta que conduce a Oko, los árboles ofrecen un aspecto cada vez más enfermizo, algunos con las ramas completamente corrompidas, desprovistos de hojas o de cualquier verdor.

La profecía del babalawo sobre la hambruna y la muerte ligadas a la desaparición de los Ibeji ocupa mi mente y me estremezco al comprobar que la tierra ya le está dando la razón.

—Kola... —empiezo a decir, pero me detiene un grito repentino que rasga el pesado calor.

Bem y Yinka salen disparados entre los árboles marchitos y Kola solo se detiene para recoger a Issa antes de echar a correr tras ellos. Yo los sigo resbalando por la tierra, con el pulso atronando en los

oídos. Llegamos a la senda que lleva a Oko, ahora flanqueada de árboles negros y montones de frutos podridos. El olor de la muerte flota en el ambiente. Bem y Yinka atajan por terrenos primorosamente arados y, según se apresuran con los pies desnudos sobre maíz corrupto, otro grito resuena en el aire. Agacho la cabeza y corro con un impulso renovado hasta que freno de golpe detrás de Kola. Rodeándolo, veo a Yinka inclinada sobre una niña. No tendrá más de diez años y está acuclillada entre plantas devastadas. Se mece adelante y atrás al mismo tiempo que se agarra a la vestidura de una anciana desplomada sobre la tierra. Mechones de cabello blanco escapan de unas gruesas trenzas surcadas de hilillos rojos.

—Por favor, ìyá àgbà se ha caído y ahora ella... —La niña rompe a llorar de nuevo antes de poder terminar. Yinka la aparta con suavidad y se inclina para comprobar si la mujer tiene pulso.

—Está viva —informa Yinka—, pero tenemos que llevarla al interior de las murallas de Oko. Necesita una sanadora.

Bem coge a la anciana en brazos con sumo cuidado mientras Yinka, por su parte, ayuda a la niña a ponerse en pie.

—¿Qué ha pasado? —le pregunta cuando regresamos a la senda.

La niña intenta humedecerse los agrietados labios, pero tiene la boca demasiado seca. Saco mi odre de agua, se lo tiendo y la veo beber.

—Anoche nuestra vaca se puso enferma —responde la pequeña con voz ronca—. Ìyá àgbà ha querido venir a verla esta mañana para hacer algo por ella, pero cuando hemos llegado ya estaba muerta.

—¿Qué le ha pasado a tu abuela?

—No estoy segura. Esta mañana, cuando se ha levantado, le costaba respirar. —Le falla la voz y acaba hablando en susurros—. He intentado convencerla de que no viniera andando hasta aquí; le he dicho que podía ir sola, pero no me ha dejado.

Bem lleva a la anciana en brazos. La cabeza de la mujer, que respira con pequeños resuellos, se desploma sobre el pecho del chico. Me coloco a su altura y veo llagas en las delgadas piernas.

—¿Le han salido hace poco? —pregunto señalando la piel de la anciana.

La niña asiente a la vez que se rasca el brazo.

—Le salieron ayer por la noche.

Intento sonreír con la esperanza de que mi expresión la tranquilice.

—Seguro que una sanadora sabrá qué hacer.

Los portalones de Oko todavía están abiertos y veo a Yinka intercambiar una mirada inquieta con los otros dos ante la ausencia de guardias. Cuando entramos, nos recibe la asfixiante humedad de

última hora de la tarde en unas calles desiertas. El calor es opresivo, así como el hedor de la podredumbre mezclada con enfermedad.

—Las llevaré a casa y mandaremos llamar a una sanadora —decide Bem. La niña le murmura las indicaciones para llegar a su recinto.

—Te esperaremos aquí —responde Yinka, cuyos dedos rozan el mango de sus hachas.

Kola asiente y deja a Issa en el suelo.

—¿Dónde está todo el mundo?

—Exactamente eso me estaba preguntando —dice Yinka. Ahora desenvaina las hachas sin dejar de observar las desiertas inmediaciones.

El sol brilla abrasador y noto que empieza a quemarme las zonas del cuero cabelludo que las trenzas dejan expuestas. El sudor me resbala por la frente y se desliza por mi cara cuando acerco los dedos a mi daga. Hay algo amenazador en este silencio. No se oye ni un alma, ni siquiera el cloqueo de una gallina o el grito de un niño. Kola acaba de tomar el camino que lleva al recinto de su familia, escudriñando el espacio desierto ante sí, cuando Bem regresa.

Ahora Kola coge en brazos a Issa y avanzamos sin hacer ruido; nuestros pies levantan pequeñas nubes de polvo mientras pasamos junto a puertas cerradas y un mercado vacío. Los oímos antes de ver de dónde proceden: gritos de rabia unidos a otros de angustia. Corremos hacia la algarabía y, al doblar un recodo, descubrimos por qué casi todas las calles de Oko están vacías.

Prácticamente todos los aldeanos se han reunido en torno a las puertas del patio familiar de Kola. El murmullo de innumerables quejas mezcladas con expresiones de miedo inunda la calle y unos cuantos hombres han llegado al extremo de subirse a los peldaños de la entrada, contenidos tan solo por la guardia de Oko. Los soldados armados piden a la gente por gestos que se retire y, al acercarnos, escuchamos el motivo de tanta furia.

—¡Hemos perdido las cosechas! —grita una mujer con voz chillona de pura desesperación. Con las manos aferra varias mazorcas de maíz negruzcas.

—De la noche a la mañana. ¿Cómo es posible? —grita otra.

—¿Qué vais a hacer? ¿O vais a esperar a que muramos todos de hambre?

Más aldeanos se unen al enjambre de gente, cuyos gritos aumentan hasta convertirse en una auténtica algarabía. Las puertas del recinto se abren y aparece el padre de Kola.

Su vestidura negra absorbe la luz del sol cuando avanza un paso flanqueado por más guardias.

—Soy consciente de lo que está pasando. —El gentío se acalla cuando el jefe de Oko levanta las manos—. Os pido paciencia.

—¡La paciencia no nos dará de comer! —grita una mujer, que sujeta a un bebé contra el pecho—. Dinos qué está pasando.

Kola empieza a abrirse paso entre la multitud, ayudado por Bem y Yinka. Issa se esconde en el interior del costal con un rictus de inquietud en el rostro, que atisbo antes de que desaparezca. El padre de Kola espera en silencio hasta que su hijo llega a su altura. Se oyen jadeos y alabanzas a Ogun y Olodumare, como si Kola hubiera resucitado de entre los muertos. Y para ellos, así es. Él inclina la cabeza aceptando las oraciones y las caricias de unos cuantos aldeanos. Pero advierto la tensión que le rodea los ojos, el gesto de sus labios finos y tensos. Noto un fuerte olor a vino de palma y, cuando bajo la vista hacia las ofrendas votivas a Ogun, veo que alguien ha derramado la bebida.

—Es verdad, bàbá —oigo murmurar a Kola—. Algo está pasando. Incluso los peces del río están muriendo.

Los rostros de padre e hijo, ocultos al gentío por la presencia de los guardias, reflejan un idéntico terror contenido.

El hombre estrecha un momento el brazo de su hijo y a continuación lo esquiva para plantarse ante las gentes de Oko.

—¡Volved a vuestras casas! —grita—. Descubriré las causas de esta enfermedad y la superaremos juntos.

—Pero ¿qué está pasando? —pregunta un hombre entrado en carnes, cuya barriga cuelga sobre la cintura de una vestidura escarlata.

—Todavía no estamos seguros, Adewale, pero lo averiguaré.

—¿Cómo? ¿Y cuándo? —grita el mismo hombre de ojos saltones. El oro destella en sus dedos y alrededor de sus muñecas—. ¿Tendrá que morir la gente igual que las cosechas para que hagáis algo?

—Ha sido un día muy largo, Adewale. —La voz del padre de Kola flaquea de cansancio, y yo pienso en la carga que lleva sobre los hombros. Primero desaparecen los gemelos y ahora esto—. Esperaba más de Olodumare, pero yo no soy nada más que un hombre como vosotros. Ahora volved a casa, haced inventario de las provisiones que tenéis y venid mañana a última hora para celebrar una asamblea.

—¡Ya lo habéis oído! ¡Volved a casa! —Los guardias descienden por los peldaños dispersando a los aldeanos que se resisten a marcharse.

Adewale es el último en partir y dedica a los guardias una mirada asqueada antes de alejarse entre bamboleos.

Kola se vuelve a mirarnos. Advierto el temblor del músculo izquierdo en su mandíbula tensa.

—Mientras les explico a mis padres lo que ha dicho el babalawo,

¿podéis preparar todo lo que necesitamos para marcharnos? —Percibo urgencia en su voz. No tenemos mucho tiempo—. Lleva a Simi y a Issa a la barca —le pide a Bem—, coged toda la comida y agua que podamos precisar. Y, Yinka —Kola asiente en dirección a ella con mirada gélida—, reúne tantas armas como puedas.

Cuando Kola me tiende a Issa, el calor ondea entre los dos.

—Volveré pronto —dice.

Alzo la vista para mirarlo e intento esbozar una sonrisa tranquilizadora, pero saber que tantas cosas dependen de que consigamos los anillos me marea. Kola me saluda con la cabeza y luego cruza las puertas del recinto.

—Por aquí —me llama Bem. Recorremos las calles desiertas de Oko camino del rumor del mar y de la invasora arena que divide las matas de hierba y la tierra húmeda.

Me obligo a avanzar más deprisa para mantener el ritmo de las largas zancadas de Bem. Dejamos atrás portalones de patios y puertas cerradas, como si la madera y la piedra bastaran para dejar fuera la pestilencia. Elevo una plegaria a Yemayá cada vez que atravesamos uno de ellos. El miedo de las gentes es casi palpable y una sensación de congoja se está apoderando de mi pecho.

Enderezo la espalda. No permitiré que nadie más acabe lastimado por culpa de Eshu. «Haré lo que sea para evitarlo», pienso acercando la mano a la esmeralda de mi pelo.

Yinka se despega de nosotros para encaminarse a una fortaleza achatada que asoma entre los peñascos de la playa. Bem, por su parte, me señala una embarcación anclada justo donde terminan los bajíos. Avanzamos pesadamente por la ondulada arena, cuyo ardor empeora el dolor sempiterno en la planta de mis pies.

—Bienvenida a mi barco —dice Bem, pero yo miro más allá de la embarcación, hacia el movimiento de las olas y la elasticidad azul claro y oscuro del océano—. Bueno, al barco de Kola en realidad, pero yo le he dedicado tanto trabajo y amor como él.

Echo a andar por delante de Bem y sus palabras se pierden mientras escucho las olas. Avanzan hacia la tierra en tonos marrones y azules entremezclados, y me quedo atrapada en el poder del agua. Las algas se derraman por la arena húmeda cuando el oleaje arroja sus blondas saladas contra la orilla. Yo sigo caminando hacia las olas, cuyo salvaje vaivén late al ritmo de mi corazón.

—*Ven* —dice el mar, y el agua salpicada de blanco capta mi atención desde la distancia—. *Vuelve a casa, al lugar al que perteneces*. —Avanzo otro paso, y mis pies se hunden en la ardiente arena antes de pisar el suelo firme del terreno mojado.

—Simidele…

No oigo mi nombre, en realidad no. Solo puedo pensar en el mar y su llamada. En su poder. Los pies me arrastran. El agua se desliza más cerca y noto los pinchos de las escamas que empiezan a atravesarme la piel. Destellan, un tono rosa dorado apenas visible entre las venas de los pies y las piernas. Sería fácil volver.

—¡Simi! —dice Bem, mirándome con atención—. ¿Te encuentras bien, Simidele?

Su pregunta me libera de este impulso irresistible y trastabillo hacia atrás casi cayendo a la arena. Parpadeo en dirección al mar. No puedo regresar todavía.

—Estoy bien.

Yinka vuelve corriendo a la playa cargada con un alijo de armas: un costal lleno a rebosar de dagas, dos espadas, puntas de flecha y la flexible madera de los arcos.

—Kola ya está de camino, y también Ifedayo.

—¿Ifedayo? —pregunto.

—El guardia de Oyo Ile del que ha hablado antes el padre de Kola. Todavía impone su presencia como condición. —Yinka suelta las armas ante ella y se endereza con las manos en las caderas. Mira al mar, entorna los ojos de cara a la brisa y murmura con una voz tan queda que apenas la oigo—: Como si Bem y yo ya no fuéramos de fiar.

Bem le coloca una mano en el hombro y ella se relaja contra sus dedos al tiempo que lo mira con gratitud.

Kola viene hacia la playa. A su lado camina Ifedayo y reconozco al instante al chico que he visto por la mañana en la morada de Kola. Es tan alto como Bem, aunque no es tan corpulento, es casi escuálido de hecho, y lleva un peinado de finas trenzas que destacan su mentón puntiagudo cuando se aparta el pelo de la cara y el cabello revolotea sobre sus labios delgados. Sus ojos son tan oscuros que parecen negros y hay fuerza agazapada en su porte, en los músculos tensos que disimula con una postura relajada.

—Simidele, Issa. Este es Ifedayo.

Kola se adelanta y el joven nos saluda inclinando la cabeza antes de encaminarse hacia Yinka. Noto que sufre una leve cojera cuando examina la colección de armas mientras habla con ella. Debe de gustarle lo que ve, porque a su cara aflora una sonrisa que no termina de alcanzar la tinta negra de sus ojos. Escudriño su rostro y me pregunto si lo he visto alguna vez en Oyo Ile, pero sus rasgos no me resultan familiares.

—Zarparemos de inmediato. —Kola vuelve su mirada castaña hacia mí. Está tan cerca que percibo un atisbo del jabón negro que usa. Noto el rubor en mi piel cuando se acerca todavía más, hasta que comprendo que está mirando el mapa de mi cabello—. Si nos

marchamos ahora, llegaremos mañana a última hora de la tarde o al anochecer, a lo sumo.

Abro la boca para responder, pero entonces me fijo en su expresión preocupada.

—¿Qué pasa?

—No creo que debamos llevar a Issa. —Kola suspira y se desliza una mano por los rizos y por un lado de la cara—. Es demasiado joven y...

—Temes que puedan herirlo.

Kola asiente y ambos miramos al yumbo, que está de pie junto a Yinka, aferrado a su mano. Ella fulmina a Ifedayo con la mirada, pero el otro le dirige una sonrisa desenfadada. Por lo que parece, la presencia del yumbo no lo perturba lo más mínimo. Issa estira la mano de Yinka para atraer su atención y escoge una pequeña daga que empuña como si fuera una espada.

—No se marchará así como así.

Kola suspira con pesar.

—Ya lo sé.

Issa brinca alrededor de Yinka mientras ella finge que lucha con él a espada. Giran juntos levantando chorros de arena, protegidos de miradas curiosas por una fila de cocoteros.

—¡Qué guerrero más fiero! —gruñe ella fingiendo que el chico le ha asestado un golpe mortal.

—Y sumamente diestro con la espada —grita Kola, que se acerca al trote sonriendo y agarra al yumbo por la cintura.

—¡Adekola! ¡Estás echando a perder mi ataque!

—Lo siento. —Kola lo deja en el suelo y lo obliga a darse la vuelta para poder mirarlo a los ojos—. He estado hablando con Simi y... —Se interrumpe para ordenar sus pensamientos, buscando las palabras más apropiadas—. Pensamos que ya es hora de que vuelvas a casa, pequeño. Al fin y al cabo, ya nos has mostrado el camino a Oko.

Issa me mira un momento.

—Pero, ẹ̀gbọ́n ọkùnrin, me necesitas. —El yumbo corre hacia el costal de provisiones y aferra una esquina—. Aquí dentro estoy seguro —declara Issa—. Además, ¿quién te ayudará con todo esto?

Fijándose en la expresión de Kola, Bem le quita el costal al yumbo de las manos y se lo echa al hombro. A Yinka le brillan los ojos, pero de todos modos le arrebata a Issa la daga con la que ha estado practicando y la devuelve a la bolsa con el resto de las armas.

—Tiene razón —dice, su semblante recupera la expresión impertérrita—. Sería excesivo para ti.

—¡No! ¡No lo sería! —Issa gira sobre sí mismo para mirarnos por turnos. Está tieso como un palo y cierra los puños. Cuando empieza a

temblarle el labio inferior, inspiro hondo—. Por favor. ¿Es por lo que pasó con el ninki nanka?

—No, no tiene nada que ver con eso, sino con la promesa que le hice a Salif. —Kola posa una mano en el hombro del niño, cuyos huesos son casi tan frágiles como los de un pájaro ratón nuquiazul—. Has sido un guía excelente. Nunca habría llegado tan deprisa a Oko sin tu ayuda. Pero ahora tienes que volver a casa. No quiero que corras más peligro.

—Pero ¡si no corro peligro! Por favor... —suplica Issa, tomando la mano de Kola—. Quiero ayudaros a ti y a Simi.

—Nos ayudarás... —intervengo a la vez que intento sonreír— si te vas a casa. Así sabremos que estás a salvo.

Kola suspira y luego empuja al yumbo con suavidad.

—Ve. Márchate. Ya no necesitamos tu ayuda. Ya no necesito tu ayuda.

Issa se aparta de nosotros con lágrimas ardientes en sus ojos líquidos.

—Pero, ègbọ́n ọkùnrin...

—No soy tu hermano mayor. Nunca lo he sido. —Kola habla en tono brusco y tan alto que el muchacho yumbo se encoge de miedo—. ¡Ahora vete! Antes de que consigas que alguna otra cosa nos mate.

Issa me mira con ríos de plata en las mejillas y vuelve la vista hacia los puños cerrados de Kola antes de salir corriendo. Cuando llega al lindero del bosque, se detiene para mirarnos por última vez antes de desaparecer entre los arbustos.

—Es lo mejor —digo con voz queda. Kola mira los árboles con el ceño fruncido y los ojos brillantes. Me planteo si acariciarlo, pero da media vuelta a toda prisa y les ordena a los demás por gestos que cojan lo que necesitamos.

—Venga, estamos perdiendo tiempo.

Kola guarda silencio cuando nos llevan al barco en bote, con la mirada clavada en el punto donde Issa ha desaparecido. Otra embarcación, tripulada por dos aldeanos, cabecea a nuestro lado cargada con la comida y las armas en costales y barriles que le pasan a Ifedayo por la escala de cuerda. Kola inspecciona el barco para asegurarse de que todo esté en orden mientras Bem trima las velas y Yinka leva el ancla.

Bem consulta el mapa de mi pelo para decidir cuál es la mejor ruta. El sol se está poniendo y al poco perdemos Oko de vista. Nos

dividimos los turnos de vigilancia. Yinka hará el primero. Oigo los murmullos de Kola cuando Bem le hace preguntas sobre las dos semanas que ha pasado lejos del poblado. Casi todas las palabras se las lleva el viento, así que solo capto los tonos de dolor y angustia.

Cuando noto que Kola mira hacia mí, finjo que estoy durmiendo con las piernas abrazadas contra el pecho. La mejilla en los huesos de las rodillas, las pestañas perfiladas acariciando mi piel suave. Mis parpadeos se alargan hasta que el sueño acaba por atraparme.

Estamos en una isla cubierta de negro y rojo, agonía y sangre, dolor y muerte. Kola, Bem y Yinka me acompañan mientras escalamos cimas y notamos en el aire el nítido hedor de la podredumbre y de los huesos pelados, se nos adhiere a la piel y a la garganta cada vez que respiramos. Veo a Eshu, más grande de lo que creía posible, capturar a los demás y, sin que tengan ocasión de luchar, arrancarles los miembros uno a uno hasta dejar sus cuerpos diseminados por esa isla yerma. La sangre empapa el suelo y percibo su tufo metálico. Mis gemidos desgarran el aire y la pena me perfora el alma, se abre paso hasta mi corazón y me inunda de una negrura solo comparable a la noche más profunda. A mi alrededor se arremolinan las muertes de todos aquellos que alguna vez he querido. Entonces Eshu se vuelve a mirarme y...

Me despierto sobresaltada bajo una luna que brilla por debajo de las velas. Su resplandor amarillo baña la cubierta del barco, que se mece entre las olas salpicadas de noche. Alguien me ha tapado las piernas con una manta, pero todavía noto el fresco de la noche. Me desperezo, doblo el cuello a un lado y al otro, y dibujo círculos con los hombros mientras dejo vagar la mirada sobre el mar, cuyas olas de un azul casi negro fluctúan como cristal fundido.

Con los gritos y los cuerpos destrozados todavía vívidos en la mente, vuelvo la vista hacia la cubierta. Los demás siguen durmiendo; incluso Ifedayo, que tiene turno de guardia, parece estar dormitando. Se me parte el corazón solo de pensar que pudiera pasarles algo. Me palpo con las dos manos el mapa que llevo en el pelo, desplazando las yemas de los dedos y las uñas por las volutas de islas y mar. Es el único modo de encontrar la isla de Eshu, aparte de los murales del babalawo.

¿Y si lo hiciera yo sola? Si me marchara ahora, no sabrían llegar al palacio de Eshu. Estarían a salvo. El pensamiento se asienta y crece hasta que me levanto bajo la luz de la luna y paso la mirada de uno a

otro. Podría enfrentarme a Eshu, rescatar a los gemelos y pedirles permiso para usar los anillos.

Kola se revuelve en sueños con su mejilla perfectamente encajada en el hueco de su mano. Paso por encima de él sin hacer ruido, me acuclillo y contemplo su rostro. Alargo la mano, estoy a punto de envolverle el mentón con ella, pero me detengo.

Kola.

Suspiro. Quiero que él y los demás estén a salvo, pero sé que, si me marcho, Kola no se detendrá hasta dar conmigo. No se rendiría, lo siento en los huesos. Volvería a casa del babalawo, copiaría el mapa de nuevo y luego partiría a la isla de Eshu; me encontraría.

Solo hay una cosa que puedo hacer. Me levanto entre crujidos de las rodillas y echo un vistazo al mar. Nos encontramos a unas seis horas de la costa y eso significa que debemos de andar cerca del destino que tengo en mente. Según me encamino al parapeto, pienso en el mar que se hunde bajo mis pies, en sus profundidades, su oscuridad y todo lo que alberga, monstruoso y maravilloso, muerto y vivo. Me estremezco al comprender que no tengo elección. Debo hacerlo, me digo. Pedir ayuda es el único modo de asegurarme de que todos conserven la vida. Yemayá, las Mami Wata, los gemelos y las gentes de Oko.

Tras comprobar que nadie esté mirando, despliego la escala de cuerda y deslizo las piernas por el costado del barco. Noto una comezón en la piel, tan tirante que me restallan los huesos. Inspiro al ser consciente de que ya no puedo contenerme más.

Me zambullo en el océano en silencio y noto la unión del hueco entre mis muslos, la cola desplegando su gran abanico. Me tiendo en el mar, envuelta por sus profundas mareas, sostenida por las olas que me arrastran lejos del barco. La noche está cuajada de estrellas que rasgan el cielo y se alargan hasta el infinito con sus agonizantes explosiones de luz. Suspendida entre el mar y la reluciente inmensidad del cielo, me siento insignificante. Minúscula. Y entonces pienso en Yemayá bajo el mismo manto de estrellas, en los gemelos y en el miedo que deben de estar pasando, y me invade una determinación que se apodera hasta del último poro de mi ser.

Estar sentada en la morada del babalawo durante horas mientras Yinka me trenzaba el pelo me ha permitido examinar el mapa una y otra vez. Hacia el final he distinguido con toda claridad una cola y un promontorio de perlas, la representación de un orisha que la humanidad teme a menudo, pero que en ocasiones olvida, así como un reino que se extiende por las profundidades del mar con un palacio que roza la ruta que tomaríamos para navegar a la isla de Eshu.

Olokún.

Orisha de las profundidades y guardián del reino de los muertos. Olokún, prisionero en los abismos del océano, no ha visto el sol desde que se creó el mundo. Estaba tan furioso con la humanidad porque no le rendía tributo que envió unas olas gigantescas para que azotaran e inundaran las costas. Al ver las descomunales mareas que invadían los territorios, las gentes imploraron su ayuda a Obatalá, el padre de la humanidad. Este acudió al encuentro de Olokún y se interpuso entre sus amados mortales y la furia de las grandes olas. Temeroso del peligro en el que se encontraban sus creaciones, Obatalá encadenó al orisha al lecho del mar más profundo y lo desterró a la tierra de los muertos, donde aún mora hoy día.

Mi decisión se afianza y, dando una voltereta, me alejo de la luna hacia las profundidades. El agua se desliza por mi cuerpo como seda cuando nado por debajo del barco, cortando las olas. Un banco de caballas hace espirales en el mar. Nadando a la izquierda y luego hacia abajo, esquivo a los peces, porque voy buscando las mareas más negras que circulan por los abismos. Empieza a hacer frío, pero yo no me detengo hasta que veo el brillo blanco de los huesos.

De vez en cuando me cruzo con cosas que no son almas. A veces veo las jaulas de cuerpos que una vez contuvieron esencia humana. Se irán blanqueando a lo largo de los años, mermados por las corrientes y los carroñeros. Murmurando una oración de agradecimiento por sus vidas y su viaje de regreso a Olodumare, cubro los restos con arena y ruego que vuelvan la vista al sol antes de la partida. El agua negra se arremolina en torno a mí cuando peces grises y monstruosos se deslizan por mi lado. Tienen ojos abultados y aletas atrofiadas, son susurros y jirones de pesadillas.

—¿Qué haces en estas simas?

La voz resuena en el agua y proyecta ondas en el lecho marino.

Noto una frialdad súbita e intensa en las entrañas y escondo las manos en la espalda.

—Olokún.

Todavía no veo al orisha, pero me postro en el fondo viscoso con la barriga contra las rocas mientras espero a que aparezca. Las luces que emiten los nudosos peces abisales y el fulgor azul del calamar luciérnaga, pegado a los arrecifes, ilumina las profundidades. Alcanzo a distinguir apenas los contornos de su palacio de coral, de paredes abruptas y serradas.

Oigo acercarse a Olokún antes de verlo. La cadena de oro que le rodea la cintura tintinea y aguardo meciéndome en el agua, con el corazón a punto de estallar de miedo.

Olokún se asoma por detrás de las negras rocas del lecho marino.

—Tú no deberías estar aquí. —Habla en un tono mordaz y la

irritación afila esas sencillas palabras. Olokún, cuyo tamaño duplica el de Yemayá, posee escamas de color morado oscuro con trazas de plata a juego con el helor de sus ojos. Suspendido en las aguas profundas, deja que la fría corriente lo arrastre hacia mí. Por fin veo su generosa boca y la nariz alargada, que destacan en una cara que podría estar tallada en piedra, tan rotundos son sus ángulos y sus líneas. Levanta un mentón hundido y sigue hablando—. ¿Va todo bien, Mami Wata?

Una cascada de perlas negras del tamaño de granos de uva se derrama sobre sus hombros creando una capa oscura que ondea y tintinea con suavidad en el agua.

—Todo lo bien que cabe esperar.

Siempre he sentido compasión por este orisha. Castigado sin piedad ni posibilidad de redención. Libre para vagar por las capas más oscuras del mar, pero encadenado tan profundamente que ya nunca podrá asomarse a la superficie ni volver a ver la luz del sol. Rompiendo la reverencia, clavo la mirada en el orisha que se aproxima.

—He venido a pedir consejo. A solicitar vuestra sabiduría y conocimiento.

—No deberías estar en estos abismos. —Olokún se yergue ante mí sobre su cola, una espiral de inmensos anillos iridiscentes—. Pero te escucharé.

Asiento, y las puntas de mis trenzas se ondulan en el agua cuando me llevo una mano fría al hielo de mi pecho con ademán de gratitud.

—Voy de camino a la isla de Eshu.

—¡Eshu! —Olokún escupe el nombre y traza círculos a mi alrededor. Su piel resplandece a la pálida luz de los peces—. Le he rogado que eleve a Olodumare la petición de que interceda por mí, pero él desoye mis súplicas. ¿Por qué lo buscas?

Tuerce a un lado la colosal cabeza mientras me observa.

—Se ha llevado a dos niños.

—Los Ibeji.

—¿Cómo lo sabéis?

El orisha nada a mi alrededor removiendo el cieno del fondo, que se eleva y vuelve a caer en chorros arqueados.

—Hay rumores. Oigo cosas, pero los demás nunca me escuchan.

Siguiendo sus movimientos, giro con delicadeza en el agua.

—¿Qué clase de rumores?

—Acerca de su ansia de poder. —Olokún se detiene de espaldas a mí. Las perlas negras se le amontonan en el cuello y los hombros—. Acerca de anillos y gemelos.

Aguardo con el cuerpo torcido para no perder de vista al orisha. Avanza repentinamente hacia mí. No me inmuto, aunque permanecer

inmóvil requiere todo el valor que poseo. Olokún alarga la mano y me aferra un puñado de trenzas. Se las enrolla al puño y atrae mi rostro hacia el suyo.

—¿Qué quieres de mí, Mami Wata?

Olokún gruñe con suavidad y su cadena de oro macizo como las rocas que cubren el fondo repica en el agua.

Trago saliva antes de formular con cautela mis palabras.

—Quiero que me ayudéis con Eshu. Necesito encontrar a los gemelos y los anillos. Los tiene él.

Elevo la voz cuando Olokún me suelta y observo los poderosos músculos de su espalda según se aleja nadando. Con un requiebro, gira de nuevo hacia mí.

—¡Ayudarte cuando nadie me ha ayudado nunca! —Olokún recoge un fragmento de su cadena. Se le marcan las fibras de los músculos cuando estira los eslabones—. ¡He soportado mi castigo sin protestar y, sin embargo, sigo aquí abajo, olvidado! —La ira crispa sus palabras, la rabia y la desesperación le retuercen las facciones—. He pasado un milenio en soledad. Sin ninguna compañía, salvo restos de huesos. —Olokún se acerca enrollándose la cadena en los enormes puños. No dejo que eso me afecte y le sostengo la mirada hasta que se echa hacia atrás y estampa las ataduras contra una roca del lecho marino. Los eslabones no se rompen. Nunca lo harán a menos que Olodumare u Obalatá lo liberen—. ¡La gente cuenta historias sobre mí, pero soy más que una leyenda! ¡Soy algo más que un relato en el repertorio de los cuentacuentos!

Me encojo ante el dolor y la desesperación que emana su voz.

—Si me ayudáis, haré cuanto esté en mi mano para devolveros el favor. Solo decidme qué necesitáis.

—¿Me ayudarías, Mami Wata? —Ahora habla en un tono suave y meloso—. ¿Harías cualquier cosa que te pidiera?

Lo medito un instante mientras me pregunto qué podría querer de mí. Lo que sea valdrá la pena, pienso, si sirve para poner a salvo a Yemayá y a los gemelos.

—Lo haría si vos hicierais lo mismo por mí. Siempre y cuando Eshu sea derrotado.

El semblante de Olokún cambia, sus ojos se entrecierran con tal malicia que me entran ganas de nadar a la superficie sin mirar atrás. El orisha debe de notarlo, porque se echa hacia delante y me apresa entre sus brazos para murmurarme al oído su petición. Mi cabello se enrolla a las cadenas que le cuelgan de las muñecas.

Las palabras de Olokún destilan veneno y venganza. Cuando termina de hablar, me libera. Flota ante mí con los músculos ondulados y una cola tan larga que parece una serpiente marina

gigantesca enrollada bajo su cuerpo. Me observa esperando mi respuesta.

Tengo la sensación de que he perdido la voz ante el trato que me ofrece, ante lo que me pide a cambio de su ayuda. Pienso en el sol y el aire de la superficie. En Kola. Y entonces recuerdo el miedo en el rostro de Yemayá y el castigo que les espera a todas las Mami Wata, el dolor de Kola y su familia. Intento formular palabras que no acuden a mis labios. Levantando la mirada hacia los ojos de Olokún, trago saliva con dificultad y las puntas de mis trenzas flotan junto a mi cabeza cuando asiento.

—Que así sea —dice Olokún. Sonríe y hace chasquear los labios con satisfacción antes de dar media vuelta hacia la negrura y alejarse arrastrando la cadena por el lecho marino.

Espero un momento para que la tensión abandone mi cuerpo, recostada en el cieno que parece blando, pero apenas es una fina capa entre mis escamas y las rocas del fondo. «Has accedido —pienso—, y ahora ha llegado el momento de ponerte en marcha».

Estoy nadando de regreso al barco cuando las primeras luces del alba empiezan a filtrarse en el agua. La agitación y la esperanza anidan en los huecos de mi corazón, ahora libres de rabia. Me impulso con más rapidez al avistar el casco curvado y salgo del agua cuando lo alcanzo. La noche llega a su fin, la luna brilla pálida ahora y comprendo que he pasado más rato en el mar del que tenía pensado. Tan pronto como aferro la escala con las manos mojadas, los huesos de mis piernas empiezan a materializarse entre crujidos. Me impulso hacia arriba con los brazos temblando del esfuerzo.

Justo cuando estoy a punto de llegar a la regala del barco, aparece Yinka. Sus pómulos resplandecen con las primeras luces del alba y su rostro se tensa cuando me tiende la mano para ayudarme a pasar al otro lado.

CAPÍTULO DIECINUEVE

Me ha visto en el mar.

El alba envuelve el cielo en tonos grises y de un rosa dorado cuando me quedo paralizada, mirando sus ojos desmesuradamente abiertos. Yinka me ayuda a trepar los últimos travesaños y luego me suelta la mano reculando. Observa cómo las últimas escamas mudan en piel antes de marcharse a toda prisa. Paso las piernas por encima del parapeto y aterrizo sobre los pies, insegura cuando noto la dura cubierta debajo y los bandazos del mar. Yemayá me aconsejó que conservara mi apariencia humana a causa de la codicia y la violencia que puede suscitar mi aspecto de Mami Wata, pero también he respetado su mandato por miedo a otras reacciones. Por lo que advertí en el rostro de Kola justo después de rescatarlo. Por lo que temo ver en los semblantes de Bem y Yinka.

Miedo.

Repulsión.

Un vestigio de vergüenza perdura en mi corazón. Por ser la clase de engendro que no recuerda quién fue. Por la imagen que puedan tener las personas de mí ahora, no la de una orisha, sino de otra cosa.

Algo inhumano.

Despego la vista de mis pies y me pregunto qué reacción voy a ver extenderse por las facciones de Yinka, pero no atisbo nada más que su espalda recorriendo la cubierta.

—Es Simi —grita a la vez que salta por encima de los cabos anudados.

La sigo con recelo. Kola deja la botavara para incorporarse y me observa cuando yo me acerco a trompicones, tropezando con el mismo cabo que Yinka ha saltado. Debe de haber una pregunta en mi rostro, porque se abalanza hacia mí y me aferra por la cintura para afianzar mi postura sobre mis recientes pies.

—No te preocupes —dice en un tono grave con un matiz de disculpa—. Algo les tenía que decir. Se han despertado y habías desaparecido.

—¿Se lo has contado?

Todavía estoy formulando la pregunta cuando recuerdo la advertencia de Yemayá sobre las personas y la confianza que puedo depositar en ellas. Kola acaba de demostrar que la orisha tenía razón.

Miro de reojo a Bem y a Ifedayo. Con una expresión de incredulidad, Ifedayo me escudriña hasta llegar a los pies, donde detiene la mirada. Bem se enrolla un cabo al brazo con gesto adusto. Le pido mentalmente que sonría, pero en ese momento Yinka se aproxima a él para susurrarle algo al oído. Ninguno de los dos me mira y el calor de la vergüenza me asciende por el cuello y la cara.

—Lo entienden —dice Kola, aunque no tengo claro si la duda que percibo en su voz es real o imaginaria.

—No lo parece.

Me zafo de su mano y me doy la vuelta hacia el parapeto.

Acabo de enfrentarme a Olokún para protegerlos. ¿De verdad tengo que aguantar que las mismas personas a las que trato de ayudar me miren como si fuera un monstruo? Me muerdo el carrillo por dentro recurriendo al dolor para frenar el impulso de volver a zambullirme en el mar.

—No deberías haberles dicho nada —consigo decir. El resentimiento me anuda la garganta y estrangula mis palabras—. No tenías derecho.

—Simi, no he tenido elección. Has desaparecido y sabía que volverías antes o después. —Kola suspira y se desplaza para situarse a mi lado—. Bueno, tenía esperanzas de que volvieras. ¿Habrías querido explicárselo tú? ¿Responder a sus preguntas? —Apoya la mano en mi cintura otra vez y descubro que me cuesta respirar, porque solo puedo pensar en el contacto de sus dedos—. Además, estaban preocupados. Y yo también.

Cuando me vuelvo a mirarlo, descubro que en sus ojos no hay nada salvo inquietud.

—¿Estaban preocupados? —susurro.

—Sí. —Su mano continúa pegada a mi cuerpo y yo no me aparto —. Puedes confiar en ellos. Puedes confiar en mí. Ninguno estaría a bordo de este barco si no me inspiraran una confianza absoluta.

—¿Y qué pasa con Ifedayo? —pregunto a la vez que me vuelvo a mirarlo. Las trenzas del muchacho se balancean mientras comprueba los nudos de la escota de foque. Su curiosidad, cuando menos, es preferible al asco.

—Si mi padre confía en él, yo también.

—¿Y Bem? —Bajo la voz al recordar mi conversación con el gigantesco muchacho, cuando todavía estábamos en Oko. Su ansia de aventura y su bondad. Me cayó bien y yo quería gustarle también.

—Solo está abrumado. Ya lo verás. —Respiro hondo y dejo que Kola me obligue a encararme con él—. Dales una oportunidad, Simidele. —Me sonríe y, a pesar de la irritación que siento, noto un revuelo en el estómago solo de ver la curva de sus labios—. Dales tiempo para meditarlo. Para asimilar el hecho de que los acompaña una hija de Yemayá.

Espero un momento, aunque el enfado ya está cediendo. Asintiendo, le empujo el pecho con suavidad, usando el gesto como excusa para notar la tersura de su piel. Suelta una pequeña carcajada empapada de alivio y, cuando me libera, descubro que quiero volver a sus brazos, que me sujete otra vez entre sus manos. Sin embargo, Bem lo llama en ese momento y Kola se aleja.

Fingiendo que estoy ocupada echando un vistazo a las provisiones, me digo que es algo bueno que Kola haya revelado mi secreto. No puedo seguir fingiendo que soy humana. Esto es lo que soy, y no tengo por qué esconderme, no debería esconderme. Ni siquiera de mí misma.

Cuando Yinka nos llama para ofrecernos un poco de papaya seca, me uno a ellos en la cubierta. Nos sentamos y, al pasarme la fruta, Bem inclina la cabeza en señal de respeto y se lleva los enormes dedos al corazón.

—¿Lo ves? —me susurra Kola—. Solo necesitaba un momento.

—¿Y Yinka? —pregunto.

Kola se inclina hacia mí para que podamos mirar en la misma dirección, con las mejillas casi en contacto.

—Tal vez no lo parezca, pero está sobrecogida.

Resoplo.

—¿De verdad? Prácticamente huelo el desprecio que emana.

—A veces es... sobreprotectora. Dale una oportunidad, Simi. Ya sé que tiene un carácter difícil, pero se debe a que se preocupa mucho por todos, y ella sabe que me salvaste. Cuando me capturaron, los culparon a Bem y a ella. No de manera oficial, pero sé que se sintieron fatal. —Kola suspira—. No quise llevarlos conmigo porque no quería que Oko los perdiera si algo iba mal.

—Pero ¿tú estabas dispuesto a sacrificarte?

—Es lo mismo que tú estás haciendo ahora. Lo que yo estoy haciendo de nuevo. Me arriesgaría todas las veces que hiciera falta por el bien de las personas que quiero.

Tiene razón, me parece. Se dispone a alejarse cuando lo agarro de la muñeca rodeándole las costras de las heridas con los dedos.

—Perdona —le digo a la vez que lo suelto a toda prisa—. He bajado a las profundidades del mar en busca de Olokún. Pensaba que tal vez él nos pudiese ayudar.

—¿Olokún? —Kola se detiene y luego se vuelve a mirarme—.

Pensaba que lo habían desterrado a algún lugar donde nadie podía encontrarlo.

Pienso en los extraños peces y en el resplandor azul del calamar.

—En el agua hay muchas cosas que la humanidad desconoce. —Regresan a mi pensamiento los huesos descansando en silencio bajo el peso del agua, las perlas negras de Olokún y las cadenas que envuelven su cuerpo—. Cuando tienes piel de sirena, nunca sabes lo que puedes encontrar.

—¿Lo has visto? ¿Qué te ha dicho?

Me reprimo para no estremecerme, pero solo de recordar las palabras que Olokún me ha susurrado en la oscuridad noto un helor tan solo comparable al que he sentido en los abismos del mar. No se lo puedo contar a Kola. Desvío la vista para observar las olas.

—No, no lo he visto. —Se levanta viento, que me arrastra las puntas de las trenzas hacia la cara. Me estremezco y las empujo hacia mi espalda.

—Mejor. Si algunas cosas están escondidas en las profundidades, por algo será —dice Kola.

—¿De verdad crees que... me aceptarán? ¿Que aceptarán lo que soy? —pregunto cambiando de tema. De momento, mi promesa a Olokún no es algo por lo que deba preocuparme.

—¿Por qué no lo compruebas tú misma?

Cuando Yinka por fin me mira a los ojos, intento sonreír a la vez que me extraigo la daga del cabello. Lo intentaré, pienso, ¿qué mejor manera que recurrir a algo que al parecer a la chica se le da bien?

—¿Quieres entrenar conmigo?

Escucha mi pregunta con las cejas enarcadas y un asomo de sonrisa en los labios.

Kola suelta una risita y yo retrocedo hacia el pequeño espacio despejado de la cubierta. Me planto con los pies separados mientras me paso el arma de una mano a otra. Yinka desenvaina sus dos hachas y sonríe mostrando sus caninos afilados. Observo su sorpresa cuando libero la diabólica hoja con un golpe de muñeca.

—No la machaques, Simidele —grita Kola. Yinka casi gruñe enfadada a la vez que se abalanza hacia delante, blandiendo un hacha en un arco dorado. Yo la bloqueo con mi daga y luego esgrimo el arma hacia ella para ganar espacio de ataque. Le golpeo la otra mano con la que tengo libre y aflojo su presión sobre el hacha izquierda.

Yinka tensa los dedos sobre los dos mangos y se agacha al mismo tiempo con un movimiento raudo que desplaza con elegancia los tendones de sus extremidades. «No te tropieces», me ordeno a la vez que proyecto el brazo hacia delante apuntando a la barriga de Yinka. Ella esquiva el golpe con un giro del cuerpo antes de alcanzarme el

hombro con el mango de su hacha. Yo me tambaleo y, recuperando el equilibrio, me doy la vuelta para encararme con ella. Me cuesta respirar y me alegro de comprobar que a Yinka también. Me sonríe, cruza las armas y luego las aparta con un placentero zumbido metálico.

—¡Venga, Mami Wata, enséñame lo que sabes hacer cuando no estás en el mar!

Yo respondo con una sonrisilla maliciosa, con los músculos ya zumbando, y la daga se desdibuja en mi mano cuando la desplazo a toda prisa para esquivar varias estocadas y descargar otras tantas. Yinka salta en torno a mí entre los destellos de sus hachas, la cara iluminada por una sonrisa. Yo bloqueo varios golpes antes de encontrar una brecha y entonces me abalanzo sobre su desprotegido costado derecho. Yinka me esquiva en el último momento, rueda por la cubierta y se levanta a varios pasos de distancia lanzando una carcajada que el viento atrapa y zarandea.

Solo nos detenemos cuando Bem acude con agua. Nos viene de maravilla, empapadas de sudor como estamos y con los brazos y las piernas trémulos por el esfuerzo. Sentadas de espaldas a la borda, nos turnamos para beber del odre mientras damos un descanso a nuestros músculos enardecidos.

—Kola nos ha contado que lo salvaste. —Yinka se vierte agua sobre la cara y deja que los regueros le resbalen hasta el cuello—. Y también lo que haces con las almas de las personas que encuentras en el mar.

Guardo silencio un momento. Se ha dirigido a mí en un tono de respeto.

—Me encomendaron la misión de salvar almas, pero jamás habría dejado a Kola en el mar. —Me masajeo la nuca haciendo una mueca —. Por eso ahora debo enfrentarme a Eshu. Bueno, entre otras cosas.

Yinka me está observando cuando me enjugo la cara con la parte interior del codo.

—Es una bendición tenerte entre nosotros.

Dejo que sus palabras se posen en mí, deleitándome en su tono de aceptación.

—Yinka, ¿cómo aprendiste a luchar tan bien? —le pregunto.

Se toma un momento para beber un poco de agua.

—Me enseñó mi madre. No procedía del reino de Oko.

Las preguntas sobre la procedencia de la mujer acuden a mis labios, pero me contengo. Intuyo que es mejor no sonsacar a Yinka, limitarme a escucharla.

—Se llamaba Nawi. —Yinka se interrumpe para tensarse la vestidura. Toquetea la tela antes de continuar—. Vivía con los fons. Se

la llevaron del reino de Bornu por su belleza y su fuerza. La iniciaron y la entrenaron para que fuese una ahosi.

—¿Una de las protectoras del rey?

—Sí. Mujeres guerreras —responde Yinka en un tono rebosante de orgullo.

—He oído hablar de ellas —digo antes de apurar el agua del odre —. De su ferocidad. Dicen que luchan mejor que los hombres fon.

—Mi madre me dijo lo mismo cuando yo era una niña. Me enseñó a luchar. A no rendirme nunca. —Yinka sonríe y le brillan los ojos—. Cada noche me cantaba una canción antes de que me durmiera... Acerca de ser mejor que los hombres en todos los aspectos. Decía que cuando salía del palacio siempre la acompañaba un sirviente tocando una campana para advertir a los hombres de que se apartaran a su paso y miraran a otro lado.

—Tú podrías recibir el mismo trato —digo. Sonrío al recordar a los jóvenes de Oko y la expresión sobrecogida de sus rostros al paso de Yinka—. Aunque, a juzgar por lo que he visto, no necesitas una campana para ello.

Yinka se ríe, un sonido quedo que no había oído antes. Se echa hacia delante con los codos en las rodillas.

—El entrenamiento de las ahosis no tiene parangón. Saltan sobre muros de espinas para aprender a soportar el dolor, luchan y se ejercitan con las lanzas sin cesar. Se dice que pueden cortar a un hombre por la mitad de un solo golpe. —De nuevo su sonrisa destella en el aire—. Pronuncian un juramento por el que se comprometen a vencer o a morir ante el enemigo.

Se hace un breve instante de silencio antes de que Yinka me mire a los ojos. Sus iris son casi tan negros como las pupilas.

—Quiero ser así de fuerte, así de feroz, así de implacable.

—Lo eres —le aseguro, la verdad reverbera con claridad en mis palabras.

Yinka me mira con ojos francos.

—Gracias, Simi.

—¿Cómo acabó en el reino de Oyo? —pregunto.

—No conozco toda la historia —dice Yinka, ahora cambiando de tono—. Solo sé que las olas la arrastraron a la playa medio muerta. Mi padre la encontró y ella decidió quedarse. —De nuevo me mira a los ojos—. Corrían rumores de que la habían desterrado, pero nunca pregunté y ella no me lo contó. Ambos murieron el año pasado, cuando la enfermedad azotó Oko. La enfermedad no es algo que se pueda vencer con hachas.

—Que Olodumare bendiga su viaje —le deseo con voz queda.

—Podría haber ido a cualquier otra parte, pero eligió Oko. —

Yinka apura el odre de agua y mira a Bem y a Kola—. Y esa también es mi elección.

El día transcurre a toda velocidad entre un barullo de velas y viento que nos empuja más deprisa de lo que creía posible. Para cuando empieza a caer la tarde, Bem ha examinado varias veces el mapa de mi cabello para asegurarse de que no hemos perdido el rumbo. Por fin nos dice que llegaremos a la isla de Eshu en pocas horas y el estado de ánimo de todos cambia. La espera se convierte en aprensión y en una sensación de tener una misión por delante cuando nos alineamos en la borda para otear el horizonte.

—Y cuando lleguemos allí, ¿qué? —pregunta Yinka—. ¿Hay algo concreto que debamos buscar?

—Será mejor dar por supuesto que corremos peligro, opino yo —dice Ifedayo—. Deberíamos estar preparados para eso. Eshu no nos va a dejar que desembarquemos y que le digamos tan tranquilos: «Te saludamos, altísimo, entregadnos a los gemelos y los anillos».

Enarca las cejas cuando Yinka tuerce el gesto y se tensa el correaje de las armas.

Puede que la frivolidad de Ifedayo sea tan solo una defensa para ocultar el nerviosismo, pero a mí tampoco me gusta.

—Kola, ¿qué te dijo el babalawo?

—Se limitó a repetir los relatos que le habían contado. —Titubea —. Acerca de gigantescos murciélagos que sobrevuelan el castillo y el volcán. —Se interrumpe para toquetear la empuñadura de su espada —. Y de seres que podrían ser una especie de grandes felinos.

Visualizo las imágenes que vi en las paredes del babalawo y me estremezco.

—Bueno, sea lo que sea, vamos a verlo cara a cara —dice Bem. A continuación, bate las manos con fuerza, lo que me sobresalta—. Y si queremos estar preparados para lo que venga, habrá que comer y descansar mientras podamos. —Se vuelve a mirarnos con una sonrisa —. Tenéis suerte. En Oko, mi cocina es legendaria.

Yinka resopla.

—¿Tenemos que recordarte aquella vez que preparaste pepesup? Por poco nos agujereas las paredes del estómago.

—Casi acabas con nosotros —asiente Kola.

Intento sonreír con ellos, pero no puedo. Ifedayo me mira y advierto que él tampoco se siente cómodo. Cuando Bem se pone a trabajar en el hornillo, supervisado por Yinka, yo sigo a Ifedayo a la

popa.

—¿Estás preocupado? —le pregunto cuando llego a su altura—. ¿O estás acostumbrado a este tipo de cosas? Aunque no hay murciélagos gigantes en Oyo Ile, que yo sepa.

Observo el semblante del chico, que sigue mirando el agua.

—No —responde lacónico. Sus trenzas se agitan con la brisa. Extrae un pequeño puñal arrojadizo de su correa de cuero portacuchillos y hace girar la hoja entre los largos dedos.

Nos quedamos allí en silencio hasta que el sol termina de hundirse en el horizonte. Entonces se vuelve hacia mí al tiempo que guarda el arma.

—Cuentan muchas cosas de Eshu —dice—. ¿Hay algo que tú puedas añadir?

Escudriño su rostro enjuto.

—¿Qué has oído?

Abundan los relatos sobre Eshu que se centran erróneamente en su faceta de embaucador, en vez de hacerlo en sus vastos conocimientos. Estoy ansiosa por saber de qué lado se inclina Ifedayo.

—Es el señor de las encrucijadas..., maestro de las puertas que se abren y se cierran, de los numerosos caminos de la vida. Es poderoso y representa las rutas que escogemos, el comienzo y el final de la existencia.

—Sí, es cierto —digo.

Los ojos de Ifedayo destellan cuando prosigue.

—Y es capaz de engañar a las personas y a los orishas por diversión. Por lo que cuentan, sería una compañía divertida en otras circunstancias.

Me quedo esperando a que Ifedayo se ría, pero no lo hace.

—Leyendas —digo con un suspiro—, muchas de ellas exageradas.

—Entonces, ¿lo consideras un incomprendido?

—No quería decir eso —replico y me cruzo de brazos—. No digo que no... engañe a las personas y a los orishas, pero es el vínculo más importante entre el cielo y la tierra, entre los seres humanos y Olodumare. Él impide que los ajogunes destruyan a orishas y humanos. Sería una pena que echara a perder todo eso solo por un ansia de poder. —Me interrumpo cuando aumenta la inquietud que es mi fiel compañera—. Eshu es un ser poderoso. Y será difícil vencerlo.

—Ah, ¿piensas que tenemos alguna posibilidad, pues?

—Pues claro. —Pero noto mi ceño fruncido, mis uñas clavadas en la carne de los brazos—. Igual que Eshu y sus encrucijadas... Depende de cada persona el camino que escoge tomar. Y nosotros hemos elegido este.

—Estoy de acuerdo.

Ifedayo se vuelve de nuevo hacia el mar y yo observo su perfil. Sus trenzas negras y finas enmarcan una nariz alta y una boca generosa.

—¿Tu familia te echará de manos, Ifedayo? —le pregunto observando su vestidura de color gris oscuro. Aunque el color es liso, se trata de un tejido de calidad—. ¿De qué parte de Oyo Ile dijiste que procedías?

—No lo dije. —El muchacho todavía observa las agitadas olas—. Pero el recinto de mi familia está cerca de la décima puerta.

Rebusco entre los recuerdos que han acudido a mi mente, pero solo consigo visualizar la puerta decimoséptima, y sé que era la que estaba más cerca de donde vivía mi familia.

—El camino desde Oko es largo —digo en tono ligero.

Ifedayo extrae el cuchillo que acaba de guardar y de nuevo empieza a lanzarlo al aire; sus ojos están clavados en mí y no en los rápidos giros.

—Te podría decir lo mismo.

—Mmm —digo y le doy la espalda. De súbito, no me gusta el rumbo que está tomando la conversación—. Voy a preguntarle a Bem cuándo llegaremos.

Sin esperar respuesta, me alejo por la cubierta. Algo aletea en mi mente, alguna cosa que no soy capaz de recordar sobre Oyo Ile y mi vida anterior. Ya vendrá, me digo, igual que los otros recuerdos, más abundantes cuanto más tiempo paso bajo esta apariencia. Solo debo ser paciente. Estoy caminando sobre la escotilla de la pequeña bodega, todavía enfurruñada, cuando oigo un rumor procedente del interior.

Un golpe sordo.

Y luego otro.

Me detengo, me agacho y extraigo la daga de entre mi cabello. Otro ruido, esta vez como si alguien arañara la trampilla. Liberando la hoja del arma, me acerco despacio al asa de cuerda. Si es una rata, debe de ser enorme.

Justo cuando me planto delante de la trampilla, con los pies pegados a la rendija, oigo una serie de golpes procedentes del interior. Doy un respingo hacia atrás y aspiro entre dientes. El corazón me late ahora a un ritmo desenfrenado. Correteo hacia atrás y por fin salgo disparada hacia la proa. Kola me ve llegar y acude corriendo a mi encuentro. Aferrándome por los codos, sus ojos escudriñan el terror que asoma a los míos.

—Hay algo en la bodega —susurro.

CAPÍTULO VEINTE

Reunidos en torno a la escotilla, esperamos.

—¿Estás segura, Simi? —pregunta Ifedayo cuando se acerca. Su ligera cojera ralentiza su paso—. Seguramente será una rata.

Contengo un suspiro. Estoy convencida de que he percibido algo, pero ahora no se oye el menor ruido.

—Solo hay un modo de averiguarlo —dice Yinka, que se inclina para aferrar el asa de cuerda con ambas manos—. Preparaos.

Me tiemblan las manos cuando ajusto mi postura con la daga por delante. Bem y Kola también empuñan sus armas e Ifedayo esgrime la misma hoja con la que ha estado haciendo trucos, junto con otro cuchillo idéntico en la otra mano.

La madera cruje cuando Yinka tira del asa y, gruñendo, la abre de par en par. La bodega es un recuadro negro en contraste con la amarillenta luz del sol que se traga parte del día. Antes de zarpar, guardamos allí grandes sacos de arroz y hortalizas por si perdíamos el rumbo. Cuando mis ojos se acostumbran a la oscuridad, distingo tres sacos. Y luego otro que empieza a temblar.

—¡Allí!

Señalo el movimiento con la daga.

—Si eso es una rata, yo soy la reina del imperio de Malí —murmura Yinka.

Nos quedamos mirando cómo el saco se agita un poco más. A continuación, un borde se abre y un ñame cae rodando.

Y algo más.

Un fulgor de hilo plateado. Un destello dorado del mismo tono exacto que la miel.

—Calma, calma —dice Kola, que sitúa un brazo delante de mí. Yo se lo aparto y me inclino.

—Espera.

El saco se desgarra de arriba abajo y derrama el resto de ñames y a un pequeño yumbo en la tosca madera de la bodega.

—¡Issa! —exclamo con el corazón en un puño, mientras la sangre

que me zumba en los oídos pierde intensidad. Me tiemblan las piernas de alivio—. ¿Qué estás haciendo? ¿Has estado aquí escondido todo el tiempo?

El yumbo asiente bizqueando ante la explosión de luz.

—¿Estamos lejos de la costa?

Issa se pone en pie y nos mira.

—¿El yumbo? ¡Lo que faltaba! —dice Ifedayo con retintín. Observa al niño de cerca y luego se levanta—. En respuesta a tu pregunta, estamos a un día de Oko.

—Bien. ¡Entonces no hay manera de que me enviéis de vuelta! —exclama Issa en tono triunfante y hace un bailecito antes de tambalearse—. Hace mucho calor aquí. ¿Me dais un poco de agua, por favor?

Yinka se agacha para cogerlo y lo levanta con facilidad mientras Bem va en busca del odre. Ambos intentan aparentar enfado, pero no acaban de conseguirlo. Cuando vuelvo la vista hacia Issa, la sonrisa de su rostro me impide enfadarme también.

—Debería estar en casa —dice Kola entornando los ojos mientras el yumbo lo mira de reojo—. Allí estaría seguro.

—¿Acaso hay algún sitio seguro? —dice Issa, que alza la voz, indignado—. ¡No quiero sentarme a esperar, quiero luchar! —Se aparta una trenza entreverada de plata de la sudorosa frente y sopla aire hacia arriba para tratar de refrescarse la cara—. Quiero ayudaros a los dos.

La llegada de Ben, que lo ayuda a beber de un odre, interrumpe sus palabras. Cuando termina, el yumbo hace restallar los labios y salta de los brazos de Yinka al suelo.

—¿Tardaremos mucho en llegar? —pregunta a la vez que camina hacia la borda para poder otear el horizonte—. ¡Mirad! ¡Tierra a la vista!

—No intentes despistarnos, jovencito —le regaña Kola—. Colarse de polizón en un barco está muy mal. ¡Te dije que volvieras a casa!

Issa hace lo posible por parecer arrepentido, entrelazando los dedos y mirando a Kola a través de la plata de sus pestañas.

—Issa, no puedes...

—¡Tierra! ¡El yumbo tiene razón! —grita Bem. Corremos a estribor y guardamos silencio cuando vemos agrandarse las rocas negras y la fronda verde de la tierra. Ifedayo se sienta en la regala, todavía con la daga en la mano, y el viento le agita las trenzas.

—Pronto anochecerá. No es el mejor momento para desembarcar —observa Bem en tono grave a causa de la preocupación.

—Yo creo que la oscuridad nos proporcionará cierta protección. —Yinka estira los hombros y dibuja círculos con el cuello—. Tenemos

suficiente aceite de pescado para fabricar antorchas.

—Simi, ¿tú sabes algo más de Eshu? —pregunta Issa con los ojos redondos de curiosidad y salpicados de malicia. Intenta distraernos para que no hablemos de él, pero Kola lo fulmina un instante más con la mirada antes de encaminarse despacio a estribor.

—Sí, cuéntanos una historia de Eshu mientras nos acercamos —pide Ifedayo con un dejo de sarcasmo en la voz—. Como su isla está aquí mismo, será lo más apropiado.

—Saber algo más no vendrá mal —replica Yinka, que mira a Ifedayo enfurruñada.

Veo que Kola lo observa también y me pregunto si estará pensando lo mismo que yo. Que tal vez Ifedayo no sea el acompañante ideal en esta misión. Ahora bien, si el padre de Kola ha confiado en él, su talento debe de compensar el que sea tan irritante.

—De acuerdo —accedo. Todos los relatos contienen una lección y hablar de Eshu me ha traído uno a la mente. Complacida de haber recuperado un recuerdo más, inspiro hondo y empiezo—: Os voy a contar un cuento. Y no es un cuento cualquiera... —Dejo que las palabras de mi madre acudan por sí solas a mis labios—. Una vez me contaron la historia de una caravana de nómadas. Eran viajeros empedernidos que estaban acostumbrados a cruzar los océanos de arena que se prolongan de un extremo al otro del mundo, cargados con mercaderías para comerciar. Un día, bajo un sol de justicia, se perdieron en un vasto desierto.

»Los nómadas se detuvieron a descansar y más tarde, recurriendo al sol poniente, descubrieron que estaban avanzando hacia el oeste. Decidieron esperar a la noche para comprobar su posición valiéndose del oscuro firmamento. Cuando salió la luna, los nómadas confirmaron su ubicación.

»Llegó la mañana y se pusieron en marcha en la dirección que, según sus cálculos, estaba la ciudad a la que se dirigían, pero pasó un día entero y seguían perdidos. Ninguno de los nómadas entendía por qué no conseguían orientarse recurriendo al sol y a la luna.

»Pasados varios días empezaron a escasear las provisiones y decidieron sacrificar unos cuantos animales. Al principio como ofrenda a Olodumare y después para seguir con vida, pues se estaban quedando sin comida.

Me estremezco solo de pensar cómo debe de ser morir en las dunas.

—¿Y qué pasó? —pregunta Issa abriendo unos enormes ojos del mismo tono líquido que el sol poniente en el horizonte.

Me froto los brazos antes de continuar.

—Los nómadas consultaron a sus ancianos y estos les explicaron

que habían sido engañados.

—Por Eshu —exclama el yumbo con voz aguda.

—Sí, por Eshu. Los nómadas no le habían rendido tributo. Se habían olvidado de él, y Eshu, para castigarlos, convenció al sol y a la luna de que intercambiaran el sitio para desorientarlos.

—Pero no murieron —señala Ifedayo con voz queda.

—No —confirmo, según me vuelvo a mirarlo—. Se disculparon y le ofrecieron a Eshu café y el último panal que les quedaba. Eshu devolvió el sol, la luna y las estrellas a su lugar, y los nómadas fueron capaces de encontrar el camino a la ciudad a la que se dirigían. Eshu no es malvado. Les concedió misericordia cuando ellos le demostraron respeto.

—Si esperáis que Eshu se muestre misericordioso solo porque le demostremos respeto, opino que estáis tan locos como el yumbo —resopla Ifedayo, que se encoge de hombros cuando le lanzo una mirada torva. Se recuesta contra el mástil y nos observa a todos—. No pretendo asustaros. —Levanta las manos, de grandes palmas blancas —. Solo digo que debemos estar preparados, nada más. Según Kola, el babalawo dijo que las tierras de Oko y sus inmediaciones morirán. En ese caso, también sucumbirían sus gentes. De modo que, decidme, ¿qué más habéis planeado?

Todos guardamos silencio ante la verdad pura y dura que Ifedayo acaba de expresar. Si fracasamos, las Mami Wata no serán las únicas que correrán peligro. Levanto el mentón e imprimo a mi voz más seguridad de la que siento.

—En primer lugar, debemos cruzar el bosque hasta el palacio de Eshu. Tendremos que mirar por dónde vamos, estar atentos, confiar en nuestro instinto —expongo, mirando los negros riscos que se acercan cada vez más—. Habrá que averiguar dónde esconde a los gemelos.

—Yo me puedo colar en el palacio sin ser visto —sugiere Issa.

—Y luego... los liberaremos. —Ni siquiera a mí me convence este plan tan endeble—. Mirad, hasta que no estemos allí, no podemos planificar la estrategia al detalle. Pero sé que haré todo lo posible para que, cuando nos marchemos, lo hagamos acompañados de Taiwo y Kehinde.

—Y con los anillos —añade Kola, que inclina la cabeza en señal de apoyo—. Simi tiene razón. El babalawo dijo que fuéramos cautos en las llanuras y en los terrenos que rodean el palacio. Es allí donde piensa que estarán los... monstruos.

—Contad conmigo, pase lo que pase —dice Bem a la vez que se ajusta el correaje de cuero que sujeta su espada.

—Y conmigo. —Yinka tuerce el gesto en dirección a Ifedayo—. Y si te vas a dedicar a buscar errores en todo lo que hacemos, tal vez

deberías quedarte en el barco.

—Yo solo quiero asegurarme de que estemos preparados. —Ifedayo abre la boca para seguir hablando, pero se lo piensa mejor y se entretiene comprobando que sus armas estén bien sujetas—. Les prometí a los padres de Adekola que volvería con su hijo. —Me mira —. No haría una promesa que no pudiera cumplir.

Más vale eso que nada, pienso mientras le susurro una oración a Yemayá. Para que nos dé fuerzas y nos proteja.

Nos acercamos a la costa tanto como podemos y ahora veo con claridad los gigantescos riscos y la arena color carbón que parecen absorber la luz del cielo. Mientras nos preparamos para subir al pequeño bote de remos que nos llevará a la costa, me planteo si desplazarme a nado, pero en vez de eso me apretujo con los demás, pues aún no quiero que me vean cambiar. Bem se encarga de los remos y veo sus brillantes espadas entrecruzadas en la inmensidad de su espalda. Cuando el bote araña la arena gris, los otros saltan a las olas, pero Kola me ve titubear.

—¿Quieres que...? —me pregunta al tiempo que alarga los brazos hacia mí.

Asiento antes de que me dé tiempo a cambiar de idea. Kola me coge por la cintura y me iza en volandas para sujetarme contra su cuerpo. El acelerado latido de su corazón percute contra el mío cuando me aferra con fuerza y, durante unos pocos instantes, olvido donde estamos. Solo puedo pensar que, si levantase una pizca la cabeza, nuestros labios se rozarían.

«Tu nueva naturaleza quedaría revocada y no serías nada, salvo espuma de mar».

Las palabras de Yemayá irrumpen en mi mente y me aparto mientras Kola me columpia en el aire antes de dejarme en la arena. Cuando nos separamos, finjo no reparar en el desconcierto que reflejan sus ojos.

Los demás guardan silencio y, cuando llego a su altura, comprendo el motivo.

Juntos observamos el bosque que invade la playa, cuya arena color negro azabache nos absorbe los pies mientras que un cielo color pizarra se cierne sobre nosotros.

—¿Habíais visto alguna vez algo así? —pregunta Bem.

Nadie le responde mientras cruzamos la linde de un bosque oprimente e inhóspito. Enormes troncos negros encaramados sobre la

arena de la playa buscan el cielo y, detrás de los árboles, envuelto en nubes bajas, asoma la boca de un volcán. La selva parece la extensión del montículo: árboles retorcidos y deformes que parecen calcinados y luego remodelados de algún modo. Pienso en mi sueño, en las tierras sembradas de rojo y negro, y me estremezco.

—Al noreste —dice Kola con la mano en el mango de su espada según escudriña la playa que tenemos delante—. El babalawo dijo que el palacio de Eshu está al noreste. Más allá del volcán.

—En ese caso, vamos allá —respondo obligándome a pronunciar las palabras y dotándolas de una seguridad que no me acabo de creer.

Avanzo un paso hacia el lindero y enderezo los hombros, confiando en que los demás me seguirán. La arena todavía conserva el calor del volcán que la creó. La noto áspera contra los pies, pero no hago muecas de dolor. Me limito a dar un paso y luego otro hasta que la hierba empieza a brotar en bastas espinas.

Ifedayo es el primero en llegar a mi altura. Su cojera no ralentiza su paso. Ha extraído uno de sus cuchillos y se ha ajustado el cinto de tal modo que pueda alcanzar fácilmente los demás. Hace trucos con la que, por lo visto, es su daga favorita; el mango de marfil tallado se difumina cuando la lanza al aire y vuelve a atraparla. Lo hace una y otra vez, pero incluso él vacila cuando llegamos al borde del bosque. Una densa maleza protege los árboles, que están rodeados de matas espinosas y pinchos del tamaño de dedos. De muchas de las plantas cuelgan frutos bulbosos de brillantes tonos granate y rubí. Ifedayo alarga la mano hacia una, pero la retira al ver las venas abultadas que cubren las grandes bayas. Con un rápido corte, rebana la carne de la fruta, de cuyo interior sale un zumo viscoso que se derrama por el tallo y chamusca las hojas oscuras.

—Aquí no hay aperitivos que valgan —dice en tono zumbón al tiempo que se aleja de la planta.

—Habrá que abrir un camino. —Kola se planta a nuestro lado para observar la linde del bosque—. Mantened los ojos bien abiertos y estad preparados.

Bem se reúne con él y, juntos, la emprenden a machetazos con los arbustos y las zarzas hasta que podemos penetrar en la selva. La espesa maleza desaparece una vez que sobrepasamos el lindero y ya podemos abrirnos paso entre los enormes troncos y la cúpula que forman las marchitas ramas entrelazadas como dedos de las manos.

Miro hacia arriba y se me eriza el vello de los brazos cuando descubro que los árboles producen la misma sensación que si estuviéramos en una jaula.

Kola se detiene de tanto en tanto para comprobar que avanzamos en la dirección correcta. La leyenda que he contado sobre Eshu no se

me va de la cabeza y me paso el rato preocupada por si nos estamos desviando del camino, sobre todo porque el sol no hace más que desaparecer entre las densas nubes. Teniendo esos pensamientos en mente, orientarse por el bosque se torna aún más lioso. Los gritos de los monos, cuyos ojillos rojos y caras blancas asoman cuando saltan de rama en rama, quiebran la quietud y me sobresaltan en cada ocasión. Los pájaros chillan desde copas que no alcanzo a ver con graznidos alargados y casi humanos.

—Tened las armas preparadas —digo. Mi voz suena más aguda de lo normal a causa del desasosiego. Me seco una mano húmeda en la vestidura y sujeto mi daga con más fuerza.

Seguimos avanzando por el bosque con andares rápidos que hunden nuestros pies en un suelo sembrado de follaje podrido y levantan un fuerte olor con cada paso. A pesar de la blandura del suelo, pronto noto pinchazos en los pies. Cuando me rezago, Kola reduce el paso también.

—¿Es excesivo para ti? —Echa un vistazo a mis pies y frunce el ceño preocupado—. ¿Les digo a los demás que paremos un rato para que puedas descansar?

Niego con la cabeza e intento darme más prisa. Me arde la cara de vergüenza solo de pensar que puedan demorarse por mi culpa.

—No me pasa nada —le digo a la vez que me enjugo el sudor del cuello y me obligo a adoptar un paso normal, aunque me duele igual que si me clavaran agujas en las plantas de los pies.

—Simi...

Sin detenerme, levanto una mano y niego con la cabeza. No quiero que tenga la sensación de que debe cuidar de mí.

Apenas avanzamos unos pasos más antes de encontrar a los demás parados a poca distancia. Están plantados ante un recodo del terreno y Bem se vuelve despacio a mirarnos al tiempo que se lleva el dedo índice a los labios. Nos quedamos helados un instante y entonces noto esa especie de opresión en la barriga. Los otros siguen escuchando hasta que percibo con claridad el sonido que los ha sobresaltado. Un murmullo constante de agua.

Kola rodea a Bem y sobrepasa los árboles que crean una curva a la izquierda. Apenas lo pierdo de vista unos instantes, pero tengo el corazón en un puño hasta que vuelve a aparecer.

—Un río. —Hace un gesto con la espada—. Vamos a repostar y a descansar antes de que oscurezca y luego ya seguiremos avanzando —propone con voz grave. Mientras habla, sus ojos escudriñan los arbustos y los árboles—. Tengo la sensación de que todo está resultando demasiado sencillo.

—¿Como si algo estuviera a punto de suceder? —le pregunto.

—Más o menos.

Se pasa la mano por la cara y suspira contra la palma.

—Los encontraremos —le prometo con voz queda mientras me acerco. Él baja la mano y se encorva, de tal modo que su cabeza se aproxima a la mía—. Los encontraremos —repito.

Las aguas del arroyo, de una transparencia impactante, se deslizan sobre los guijarros oscuros del fondo. Como los árboles terminan al borde de las herbosas márgenes, las ramas renegridas no oscurecen la corriente. Una luz pálida motea la superficie, cuyo reluciente tono plateado me llama. Hundo la mano en el río y cierro los ojos. Tan pronto como la corriente besa las yemas de mis dedos con su delicada gelidez, siento el impulso de hundirme en el agua.

A mi lado, Issa se llena el cuenco de la mano y bebe con cuidado. Cuando me sonríe, recuerdo el cariño con que lo acogieron Bem y Yinka y la reacción de estos cuando regresé al barco procedente del mar.

—Si te ayuda, deberías entrar —me dice el yumbo señalando el río con las manos mojadas—. No te avergüences de tu naturaleza.

La sabiduría del joven feérico me arranca una sonrisa mientras escucho la llamada del agua. Los demás ya saben quién soy, pienso. Además, si les doy un respiro a mis pies ahora, tendré fuerzas para más tarde.

Me falta poco para llorar de alivio cuando por fin hundo el cuerpo en el río. El ardor en las plantas de los pies se esfuma en cuanto aparece el abanico de la cola, un atisbo de oro rosado que centellea al sol. Suspiro y cierro los ojos con satisfacción al tiempo que echo la cabeza hacia atrás para sumergir el cuero cabelludo en el agradable frescor. El resto de las escamas aparecen según la vestidura se amolda a mi cuerpo. Me cubren el pecho y se extienden por debajo de mi cintura en tonos de oro salpicado de los tonos rosados que abarcan desde el color de las flores al más tenue de los tallos. Cuando levanto la cabeza y abro los ojos, descubro que todos me están mirando. Kola parpadea antes de apartar la mirada y Bem e Issa han dejado de llenar odres y comprobar armas para lanzarme ojeadas furtivas. Ifedayo, que no ha vuelto la vista hacia mí, sigue lanzando sus armas, apuntando a un árbol que hay al borde de la hierba. Agacho la cabeza cuando la turbación borra el deleite que me proporciona el río.

—Te miran porque eres soberbia. —Yinka es la primera en moverse y se desliza entre Kola y Bem. Los chicos miran hacia otro lado, ocupados en comprobar sus armas—. Aunque Kola lo hace de un modo distinto a los demás.

Lo dice en un tono desenfadado, pero sus palabras me calan hondo.

No vuelvo la vista hacia Kola, aunque tengo ganas de hacerlo. Me sumerjo para que las aguas me apacigüen al diluir mis pensamientos y solo afloro una vez que estoy más tranquila. Yinka se sienta en la orilla mientras emerjo y hunde las largas piernas en el río. Suspira al tiempo que da un puntapié, que propaga ondas en el agua.

—Reconozco que sienta bien. —Yinka sumerge las manos hasta las muñecas y se remoja los brazos—. ¿Te puedo preguntar una cosa?

Por fin la miro a los ojos. Ahora se frota la nuca con las manos mojadas, masajeándola. Esta vez es ella la que suspira satisfecha. Asiento.

—¿Cómo es? —La veo mirar el río allí donde fulgura mi cola—. Porque yo, cuando estoy luchando, me siento como si... —Yinka se interrumpe. Saca las piernas del agua para que se sequen y da unos tirones al arnés de cuero que lleva ajustado a los hombros—. Como si cambiara. Casi como si saliera de mi cuerpo.

—¿Cómo si fueras otra persona?

—Ajá...

Yinka recoge agua en el hueco de la mano y deja que se escurra entre sus dedos. Observo a esa chica de mi edad que lucha como un león.

—Es cada vez... más fácil. Cambiar y... mostrarme con esta apariencia, delante de vosotros.

—Pero yo no me transformo físicamente. —Yinka se vuelve a mirarme—. ¿Qué se siente?

Nadando hacia atrás, dejo que el abanico de mi cola proyecte agua hacia el cielo. Lo medito un momento antes de responder.

—Me siento como si... estuviera en mi elemento cuando estoy en el agua. Como si fuera parte de ella, y ella fuera parte de mí. —Frunzo el entrecejo—. Aunque, mientras sucede, también tengo la sensación de que abandono lo que era. Pierdo casi todos los recuerdos, si bien recupero algunos cuando adopto apariencia humana. En caso contrario, casi todos mis pensamientos se refieren al mar, a las otras criaturas que lo habitan. —Nado hacia la orilla y juego con la suave corriente, con cuidado de no hacerme daño con las rocas—. A veces me siento como si estuviera perdida. Quiero decir..., cuando no consigo recordar quién era, me pregunto si acaso existí alguna vez.

Noto un cosquilleo en las mejillas y hundo la cabeza en el agua. Puede que haya hablado demasiado. Me entretengo en el lecho del río, posada en el fondo y mirando la luz que traspasa la superficie. La figura borrosa de Yinka sigue ahí y sé que no se marchará hasta que yo reaparezca. Cuando salgo, Yinka me posa una mano en el hombro con expresión cariñosa pero fiera.

—Sigues siendo tú, Simidele. Nada ha cambiado y nada lo hará.

Tu esencia no ha desaparecido. Estás aquí. —Se inclina hacia mí con esos ojos brillantes anclados en los míos al tiempo que me ofrece una sonrisa, la primera que me dedica directamente—. Y yo te veo.

Cuando dejamos el río atrás, el sol se pone con una llamarada final tras los árboles negros. Horas más tarde, seguimos avanzando con dificultad. Ya no hace calor en el bosque y ahora un sudor frío nos empapa las vestiduras y nos cubre la piel según macheteamos la fronda. Cuando llegamos a una zona en que la presencia de árboles disminuye, el alivio generalizado es palpable.

—¿Qué tal tus pies? —pregunta Kola.

Sé que estoy cojeando de nuevo, pero esperaba que nadie se hubiera dado cuenta. El río solo ha sido un alivio momentáneo para mi cuerpo.

—Puedo andar —digo—. Tenemos que seguir adelante. Cuanto antes encontremos a los gemelos, mejor.

Retazos de un cielo azul oscuro asoman entre los huecos de la cúpula del bosque cuando apuro el paso. Kola acelera y se planta delante de mí para impedir que siga avanzando.

—Descansemos un rato —les grita a los demás.

—Por fin —gime Yinka a la vez que se desploma en el suelo. Issa hace lo propio imitando su expresión de alivio. Ella echa mano del odre de agua y bebe durante un buen rato.

Bem e Ifedayo se sientan en cuclillas para comprobar que las armas siguen en su sitio y echar un trago de agua. Yo me quedo de pie un momento hasta que Kola me arrastra a un árbol caído y se acomoda sobre la corteza podrida. Dando unas palmaditas al tronco, me pide que acuda a su lado y yo dudo solo un momento antes de sentarme con él. Levanto los pies, cierro los ojos y suelto un pequeño gemido de placer y alivio.

—Espera aquí.

Kola corretea hacia un arbusto de color verde pálido y se agacha para coger algo cerca del suelo. Cuando vuelve, trae un puñado de hojas.

—Si necesitas descansar, deberías decirlo.

Tuerzo el gesto sin dejar de masajearme la planta del pie. Descansar significa parar y eso requiere un tiempo que no tenemos.

—Déjame ver. —Kola me sujeta la pierna. Yo intento retirarla, pero él aspira entre dientes—. Quédate quieta un momento. Si te haces daño, tendremos que avanzar más despacio.

Resoplo, pero no me muevo cuando Kola sostiene el pie con cuidado y contengo el aliento al notar que el corazón me late un poco más rápido. Desliza un dedo por la planta y yo hago una mueca de dolor.

—Perdona —dice en tono amable. Machaca las hojas que lleva en la otra mano para que suelten algo de jugo y me las envuelve con cuidado en la planta.

—Necesitas una cataplasma en condiciones, pero mejor esto que nada.

—¿Lechuga? No tenía ni idea —le digo en tono de broma mientras él repite la operación en el otro pie. Kola sonríe, pero no levanta la vista, concentrado como está en aplicarme la cataplasma.

—Me dijo un pajarito que calma el dolor. Vale la pena intentarlo.

Trago saliva y lo miro de reojo. El sudor le gotea por la frente y exhibe un mohín. Una leve arruga asoma a su entrecejo mientras aplica las hojas, concentrado.

—Simi, yo... —La suavidad de su tono hace que me dé un vuelco el corazón. Recuerdo lo preocupado que estaba cuando me marché a buscar a Olokún, la ternura de sus ojos mientras me llevaba en brazos de la barca a la playa. Trago saliva con dificultad deslizando la mirada por sus anchos hombros—. Quería decirte lo mucho que te agradezco tu ayuda. Y que yo...

Kola se interrumpe y levanta la mirada. La luz que veo en sus ojos me asusta todavía más, si cabe. Si me dice que siente lo mismo que yo, tendré que explicarle por qué no puede haber nada entre nosotros. Tendré que hablarle de la advertencia de Yemayá.

Un anhelo me invade.

Ojalá fuera humana.

El pensamiento me golpea, y aparto el pie y me levanto sin hacer caso del dolor punzante de las plantas. Si me dice que siente algo por mí, será más difícil. Mucho más difícil de lo que ya es.

—Tendríamos que ponernos en marcha —digo. Aparto los ojos de la expresión confusa y dolida de Kola—. Preparémonos.

Yo encabezo la marcha y nos abrimos paso serpenteando entre los árboles cuando por fin aparece en el cielo una luna pálida y baja.

—Debemos de estar cerca del volcán. El babalawo dijo que había un pasaje que lo atravesaba. Si lo tomamos, iremos a parar al palacio de Eshu —explica Kola—. Sigamos.

En el bosque reina una oscuridad aún más profunda ahora que ha caído la noche y el avance se torna más lento. Bem utiliza su pedernal para encender las antorchas, cuyas llamas nos proporcionan cierta comodidad. A pesar del resplandor que aportan, tengo muy presentes las sombras que parpadean en las inmediaciones. Cuando los árboles

se van dispersando y alcanzamos a ver algo más que unos pocos pasos ante nosotros, empiezo a sentirme más audaz. Hasta que un aullido hiende la noche.

CAPÍTULO VEINTIUNO

Extraigo la daga de mi pelo y la hoja dorada destella a la luz plateada.

—¿Qué ha sido eso? —susurro.

Kola observa los árboles al tiempo que Yinka atrae a Issa hacia sí, ya con las hachas en ristre. Aun bajo la luz de la luna hay profundas bolsas de oscuridad en las que podría acechar cualquier cosa. Otro aullido sacude la noche. Estremecida, giro despacio sobre mí misma. Hay algo raro en los aullidos que siguen a este. Los chillidos que responden hacen pensar en dientes y sangre. Se me eriza el vello de los brazos.

—Tenemos que seguir avanzando —digo en voz queda, blandiendo el arma ante mí.

Guío a los demás a través de los últimos árboles hasta que llegamos a un claro cubierto de hierba alta. Nos desplazamos lentamente, mientras una niebla turbulenta va envolviendo nuestras piernas y un pequeño ladrido se abre paso en la noche.

—¿Chacales? —pregunta Yinka. Issa está pegado a ella, aferrado a su pequeño cuchillo.

Kola niega con la cabeza.

—Los chacales no aúllan así.

—Un aullido es un aullido. ¿Qué diferencia hay? —pregunta Yinka, cuyos ojos destellan en la oscuridad.

En este claro estamos a merced de cualquier cosa. Aguzamos los sentidos, aplicando el oído, hasta que otro aullido rasga el aire seguido de una especie de risilla.

—Hienas, tal vez —dice Bem con la cara vuelta hacia el denso follaje que bordea el claro—. ¿Lo oís? Suena casi como un grito al final.

—¿Hienas? —pregunta Kola—. Pero... —Y entonces se interrumpe —. El babalawo comentó algo de eso.

Clavo la vista en la creciente oscuridad, nerviosa cuando la

maleza se estremece con la brisa nocturna.

—Podría ser cualquier cosa, si guarda relación con Eshu.

—Tenemos que encender una hoguera —propone Bem—. El fuego los asustará.

—No hay tiempo —resopla Ifedayo, avanzando despacio por el claro—. Deberíamos atacar antes de que lo hagan ellos, sean quienes sean.

—No os separéis —les pido, notando el miedo que se abre paso por mis venas.

Me obligo a seguir en movimiento. Kola camina a mi lado y los demás justo detrás. Cuando una sombra se despega de un árbol, alargo el brazo para pedirles a todos que se detengan. Ifedayo nos alcanza esgrimiendo un cuchillo en cada mano.

—¿Qué es? —susurra Yinka—. ¿Lo veis?

Me llevo un dedo a los labios y les pido por gestos que se agachen bajo la hierba. Cuando me doy la vuelta, un rayo de luna ilumina unos ojos brillantes a ras de suelo.

Uno de los seres sale a rastras del bosque.

Es una hiena, mucho más grande que ninguna que haya visto. El animal, de enorme cuerpo gris y manchas negras diseminadas por el crespo pelaje, olisquea el terreno y a continuación se dirige hacia la hierba alta. Levantando una pesada cabeza, emite una risa aguda. A mi lado, Kola y Bem se crispan cuando la ven. Mi mente revisa a toda velocidad las opciones que tenemos.

—Preparaos —dice Kola. Sus ojos parecen enormes en la oscuridad—. Viene hacia aquí.

—Nunca había visto una hiena tan grande —dice Bem levantando la espada.

Kola y yo nos miramos.

—Lo sé.

—Cuando os avise, quiero que corráis hacia los árboles —digo mirando la hierba que se pierde en la oscuridad de la arboleda. Si hay una, habrá más—. Trepad.

—No —replica Yinka, que se desplaza para situarse a mi lado—. Nadie va a abandonar a nadie.

Y entonces ya no hay tiempo para discusiones. Las sombras se dividen cuando varias hienas se reúnen con la primera. Intento apaciguar mi respiración y noto las gotas de sudor que me resbalan por el pecho. Los arbustos se agitan. Los ojos destellan entre las sombras, puntos de color ámbar en la noche cerrada.

—¡Allí! —susurro a la vez que corrijo la posición de la daga. Aparecen más ojos que perforan la niebla, revelando la presencia de las fieras.

—Una, dos, tres... —Ifedayo deja de contar cuando más animales avanzan furtivos por los bordes de la hierba, sombras dotadas de ojos y dientes.

Las hienas merodean cada vez más cerca hasta que sus grandes cuerpos escampan la niebla. Manchas desiguales salpican sus torsos musculosos. Dejo de contar cuando llego a diez. Los aullidos de las bestias son potentes y agachan las cabezas según olisquean el suelo con las fauces colgando por debajo de los recios hombros.

—Cread un círculo. ¡Prieto! —grita Kola al tiempo que extiende los brazos hacia los lados.

Yo me doy la vuelta para cerrar el hueco que queda entre Issa y yo. Controlé al ninki nanka; fui capaz de hablar con él. Tal vez el zafiro funcione con todos los animales. Rodeando con los dedos la piedra azul de mi colgante, me concentro y transmito toda la energía que poseo a mi voz.

—Deteneos.

Las hienas levantan las orejas, pero continúan avanzando por la pradera.

—Marchaos.

Contengo el aliento mientras espero a comprobar si me obedecen.

El optimismo que reflejan los ojos de Kola me anima.

—He dicho que paréis.

Proyecto las palabras desde lo más profundo de mi ser, más o menos como hago cuando le rezo a Yemayá, imprimiendo fuerza y fe en mi tono de voz. Mientras tanto cierro los puños para impedir que las manos me tiemblen.

Las hienas se detienen un momento y tengo la sensación de que el corazón se me va a salir por la garganta. La hembra más grande echa la cabeza hacia atrás y veo gotear la baba de sus labios negros cuando suelta un largo aullido.

La esperanza me arde en el pecho.

Entonces la hiena profiere un sonido burlón y continúa avanzando. Las demás siguen a su cabecilla.

—¡No! —La frustración se mezcla con el terror mientras permanecemos hombro con hombro.

La líder del clan es la primera en llegar. Se precipita hacia delante, buscando con los dientes la garganta de Kola, pero Bem le asesta un golpe de espada que por poco alcanza el morro del animal. La hiena recula y se le eriza el pelaje del lomo cuando se agacha delante de nosotros. Las demás salen disparadas y zigzaguean dentro y fuera de la hierba. El parpadeo de sus ojos relucientes es la única señal de sus movimientos. Se despliegan sin dejar de intercambiar chillidos para coordinar el ataque.

Estamos rodeados.

Una vez que toman posiciones, la líder abre las negras fauces para emitir un gruñido grave que me revuelve las tripas. Nos acecha enseñando los dientes.

—¿Nos van a matar? —pregunta Issa con un hilo de voz.

—No se lo permitiremos —le digo. La líder me mira fijamente. Veo sus ojos negros, que relucen en la casi oscuridad total.

Los animales lanzan gritos y asestan dentelladas al aire nocturno al tiempo que se comunican con ladridos agudos. Salen disparadas con los dientes por delante y luego se escabullen para seguir acechándonos, y en cada ocasión nosotros blandimos las armas contra ellas. Yinka corta el flanco de una fiera que se atreve a acercarse demasiado.

Aúlla de dolor antes de que otra ocupe su lugar. Se desplazan en círculos, tratando de separarnos, pero nosotros seguimos agrupados, con las espaldas pegadas y las armas en ristre. Le asesto una estocada a una hiena que se abalanza sobre mí, tan cerca que noto el hedor de su aliento a podredumbre y sangre rancia, y me felicito al oír un gañido cuando mi hoja le raja el musculoso hombro. Ifedayo lanza sus cuchillos y uno de los animales cae, pero otro lo remplaza al momento. Me pregunto por qué todavía no se han lanzado a matar. Es posible que estén intentando vencernos por agotamiento.

—No desfallezcáis —nos urge Ifedayo mientras más hienas se deslizan hacia el claro. Despacio, extrae dos dagas más de su cinto.

Las bestias nos rodean; el ruido de sus dentelladas resuena alrededor, pero las hienas no nos atacan directamente. Se despliegan usando los ladridos y los gruñidos para organizar su acercamiento. Exhaustos, mantenemos nuestras posiciones defensivas hasta que uno de los animales hunde los dientes en el brazo de Bem.

El fulgor de la sangre me arranca un grito. Ifedayo lanza una daga que gira en el aire. Sonríe cuando la hoja da en el blanco y dispersa a las demás, que dejan de acechar a Bem.

La sangre se derrama en la tierra bañada por la luna y las hienas aúllan alborozadas.

—¡No! —Una rabia ardiente fluye por mis venas.

Gritando y con la cara desencajada de dolor, Bem enarbola la espada entre los destellos de su hoja. El olor salobre de la sangre impregna el aire de un tufillo metálico según la herida de su brazo mana sin control. Él da un paso adelante y descarga la espada con un movimiento arqueado cuando la misma hiena se abalanza sobre su pierna. El animal esquiva el arma de Bem y le clava los dientes en el muslo. El chico cae de rodillas y, antes de que pueda levantarse, otra fiera sale disparada para acosarlo a dentelladas.

—¡Bem! —grita Yinka. Descarga las hachas contra dos animales que saltan coordinados hacia ella.

El chico intenta levantarse, pero la hiena lo devuelve al suelo a tirones, ayudada por otra que le aferra el hombro con las fauces. La irregular dentellada del bíceps sigue sangrando, pero él todavía intenta enarbolar la espada y consigue herir al animal, que por fin le libera la pierna.

—¡Hay demasiadas! —grita Kola a la vez que descarga la espada sobre el lomo de la hiena que se dispone a saltar sobre Yinka. Dos fieras más se abalanzan hacia nosotros, pero él les asesta sendas estocadas, rajando a una debajo del ojo y a la otra en la pata delantera —. ¡No os separéis!

Con la boca desencajada y gritando de dolor, Bem intenta clavarle el arma a la hiena que ha cerrado las fauces sobre su hombro. Kola corre hacia él con la intención de alejar a la fiera y su espalda queda desprotegida. Una hiena se abalanza sobre él y lo derriba.

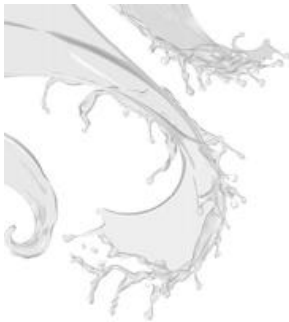
Yo corro hacia ellos gritando, pero otra hiena muerde el muslo de Kola apresándolo contra la tierra. Cuando la primera se agacha exhibiendo la dentadura blanca en la penumbra, yo le rajo la cara. Me invade la euforia al comprobar que lanza un gañido y se marcha.

A mi espalda, Yinka ruge, y me vuelvo a tiempo de ver sus hachas girando en la oscuridad, con las que a duras penas mantiene a raya a dos fieras. Entonces la líder del clan se precipita sobre ella. La derriba de un zarpazo y la sujeta contra la tierra. Yinka grita en la oscuridad de la noche.

Protejo con el cuerpo a Issa, que sujeta su cuchillo con una mano trémula y lágrimas en las mejillas.

—¿Qué hacemos, Simi?

Yo abro la boca, pero no consigo decir nada..., y entonces algo pesado me golpea por el costado y caigo de rodillas. La daga sale volando de mi mano y va a parar entre la hierba. Noto el cálido aliento de la bestia. Caigo de bruces cuando la criatura me empuja derramando su baba caliente en mi nuca. Issa llora bajo mi cuerpo y yo cierro los ojos temblando, preparada para que los afilados colmillos me desgarren la piel.



CAPÍTULO VEINTIDÓS

Pero no llegan.

Estoy tendida en el suelo, despatarrada debajo de la hiena que presiona sus agudas zarpas contra los músculos de mi espalda. Gritos y aullidos envuelven el crujido de mis huesos. Cuando cede la presión que ejerce sobre mi columna y mis hombros, gateo hacia mi daga para recuperarla a toda prisa antes de ponerme de rodillas. Levantándose como puede, Issa se pega contra mi cuerpo y yo le rodeo los delgados hombros con el brazo.

—¿Kola? ¿Bem? —pregunto entre resuellos, la voz ronca de miedo cuando miro alrededor—. ¿Yinka?

Noto el lento goteo de la sangre entre los omóplatos mientras veo a los demás ponerse en pie. Delante de nosotros, las hienas se disponen en un semicírculo desordenado de cuerpos contraídos. Se me seca la boca al ver a Kola presionarse la herida del muslo y ver los regueros rojos que se deslizan por su pierna hasta el tobillo. Bem ha sufrido varias dentelladas. Ifedayo y Yinka parecen desorientados, pero solamente exhiben unos cuantos zarpazos. Si las hienas están jugando con nosotros, la partida está a punto de terminar.

La hiena más grande se adelanta abriendo las fauces y vuelve a cerrarlas sin llegar a ocultar los dientes que sobresalen de sus belfos negros. La bestia agacha la cabeza con los relucientes ojos clavados en Yinka cuando se estremece, su cuerpo se retuerce y se le tensa la piel. Emite un aullido arqueando la cabeza hacia el cielo tachonado de estrellas. Estalla en gañidos salvajes cuando una piel de color negro azabache absorbe su pelaje al tiempo que sus piernas se alargan y sus zarpas se retraen hasta transformarse en uñas. Los ojos luminiscentes se desorbitan y se cierran un instante con el dolor del cambio. Solo cuando el aullido se convierte en un grito, veo lo que acaba de suceder.

La joven está plantada ante nosotros y una capa de sudor le cubre las extremidades que se estremecen con el esfuerzo de la transformación. Se enjuga la frente con manos vacilantes de uñas

ahusadas y curvadas. Lleva el cabello enroscado en dos largos bucles a ambos lados de la cabeza de tal modo que parece que tenga orejas aún bajo apariencia humana y todavía conserva pelaje en el esbelto cuerpo que sugiere una vestidura de un tono gris claro. Aturdida, intento ordenar mis pensamientos mientras miro a la mujer que apenas unos minutos antes era una hiena.

Tiene unos muslos largos y músculos que sobresalen bajo la piel tersa, se yergue sobre dos piernas y mueve el cuello para mitigar la tensión. Me encojo cuando oigo el chasquido de sus huesos, estrepitoso en el silencio del claro. Es más alta que Bem y sus ojillos revolotean de uno a otro antes de posarse en Yinka. Dando un paso hacia ella, la joven sonríe dejando a la vista una dentadura todavía afilada.

—¿Eres de las nuestras? —pregunta con voz melodiosa y profunda sin despegar los ojos de Yinka—. No haremos daño a nuestra familia. Esa no es una orden que podamos acatar.

Tras ella, las otras hienas aúllan cuando sus extremidades se alargan y sus rasgos titilan en la noche. Entre crujidos y chasquidos de huesos, se transforman una a una. Los hocicos se acortan y los pelajes grises moteados mudan en piel oscura como la noche. Los chicos llevan los lados de la cabeza afeitados y dos trenzas en lo alto que les cuelgan a ambos lados, mientras que las muchachas lucen los mismos bucles que la primera, ensortijados en torno a las orejas.

—Son bultungin —dice Ifedayo, cuya fascinación lo arrastra hacia ellos. El semicírculo de jóvenes, envueltos en vestiduras que parecen fabricadas a base de pieles grises, clava en Yinka unos ojos levemente relucientes en la oscuridad—. Aquellos que se transforman en hienas —aclara Ifedayo al percatarse de nuestro desconcierto.

Enarbolamos las armas mientras las personas que tenemos delante, todas tienen largos miembros e incisivos cortantes encerrados en leves sonrisas, nos observan. La joven que ha sido la primera en transformarse camina hacia Yinka mientras que los demás todavía guardan las distancias.

—Soy Aissa —dice sin dejar de mirar a Yinka. La líder se lleva una mano al pecho—. ¿Eres una de nosotras? —repite—. Me parece percibirlo en tu sangre, en tu carne. Pero no estoy segura...

—¿Qué? —Yinka aferra sus hachas, levanta las hojas—. ¿Qué quieres decir?

Issa se vuelve a mirarme con el ceño fruncido y un destello en sus ojos dorados.

—¿Son familiares suyos?

—No... no estoy segura.

Recuerdo lo que me contó Yinka sobre su madre y cómo llegó a

Oko. ¿Sería bultungin acaso?

La líder del clan se inclina hacia delante despacio para tocar el brazo de Yinka. Ella no se mueve, pero lanza miradas nerviosas al extraño grupo que tiene delante. Aun con la mano tendida, la joven no aparta la mirada de Yinka.

—No te haremos daño —dice.

—¿Piensas que Yinka es bultungin? —pregunta Kola renqueando hacia su amiga—. Lleva toda la vida en nuestra aldea. —La coge del brazo para apartarla de Aissa—. Si fuera eso que tú dices, yo lo sabría.

Un muchacho bajito de trenzas gruesas lanza un gruñido furioso.

—No somos «eso», sino personas que se han visto obligadas a esconderse por culpa del miedo de los demás.

La ira contorsiona sus rasgos, sus dedos se curvan y luego se acortan. Levanta la cabeza entre chasquidos del cuello y su cuerpo titila y se alarga.

—Umar, tranquilo.

Aissa habla en tono tranquilo pero firme y el chico entorna los ojos cuando su cuerpo muda de nuevo en piel y extremidades tensas.

Mis ojos revolotean por el resto del clan y advierto que a todos les sucede lo mismo. Las piernas se alargan y vuelven a acortarse. Los bultungin hacen esfuerzos por conservar la apariencia humana.

—La magia de Eshu nos obliga a proteger la isla —explica Aissa. De nuevo se vuelve a mirar a su gente y la preocupación que adivino en su rictus se me contagia—. Pero no podemos aniquilar a nuestros semejantes.

Trago saliva con dificultad y miro recelosa alrededor, la daga en ristre, lista para atacar.

—Hueles igual que nosotros. —Aissa se vuelve para señalarnos a los demás—. Pero ellos no.

Brota un aullido procedente del centro del grupo y Aissa retrocede unos pasos en busca de aquellos que no pueden seguir manteniendo su forma humana.

—Tenéis que marcharos antes de que no podamos seguir controlando el cambio.

Una chica casi tan alta como Aissa clava una dura mirada en Kola. Abre la boca y chilla cuando su nariz y su boca se alargan y su dentadura crece hasta curvarse más allá de los labios. A su lado, dos muchachos intentan tranquilizarla, pero ha perdido el control. Cae al suelo mientras un pelaje gris brota de cada una de sus extremidades y un gruñido se abre paso entre sus belfos negruzcos.

—Debéis marcharos ya. Rápido —gruñe Aissa, que se vuelve a observar al clan antes de posar la mirada en Yinka una vez más. Detrás de ella, más bultungin están cambiando. Los gañidos brotan de

sus bocas contorsionadas y la piel oscura desaparece bajo el pelaje. Aissa abre la boca para decir algo más, pero apenas consigue gemir cuando sus labios se alargan y sus caninos asoman del morro incipiente. Tuerce el cuello y cae a tierra sobre unos cuartos traseros agrandados. Las manos y los pies se transforman en garras y almohadillas. Las hienas gritan tras ella con las mandíbulas apuntando a la luna según pierden las últimas trazas de humanidad.

—Yinka, vamos —la apremio. Recula despacio, todavía con los ojos clavados en Aissa, y yo corro hacia ella para arrastrarla.

La líder del clan, ahora a cuatro patas, agacha la cabeza cuando abre la boca para gruñir. Con el lomo alargado y el abundante pelaje gris que acompaña la curva del espinazo, ya no tiene apariencia de mujer y me pregunto si seguirá conservando la conciencia humana. Una que odia lo que Eshu les obliga a hacer.

Yinka se detiene y sus ojos parpadean inseguros ante el ser que hace un instante era Aissa. La agarro del brazo en el mismo instante en que la hiena profiere un aullido demoledor y echa a correr de un salto por la hierba alta, seguida del clan al completo, que cruza la hierba, acompañado de nubes de aliento y dientes al descubierto.

—¡Por aquí! —grita Ifedayo a la vez que recoge a Issa y corre como el viento hacia el volcán que despunta ante nosotros.

Noto las extremidades pesadas por el cansancio de la batalla y veo las estrellas a cada paso, pero cuando me vuelvo a mirar a Kola y a Bem, mi preocupación aumenta. Ambos avanzan cojeando, hay regueros de sangre en sus piernas de las sucias dentelladas y salta a la vista que Bem apenas puede sostener la espada.

—¡Daos prisa! —grito. Rezo para no tropezar cuando la pradera cede el paso a los remolinos fríos de lava sólida y los árboles del bosque quedan atrás. Noto el bombeo de la sangre en los oídos, que se une a nuestros resuellos desesperados y a los ladridos de las hienas.

Ifedayo alcanza la falda de la ladera rocosa y vacila delante de una hendidura irregular. Cuando lo alcanzamos, veo que se trata en realidad de una pequeña entrada enmarcada por delgadas columnas decoradas con tallas de monstruos de grandes fauces abiertas y dientes serrados. Se desliza al interior de la inhóspita oscuridad de un túnel, seguido de cerca por Kola y Bem.

Yo lanzo una ojeada hacia atrás y veo las filas de bultungin, que se precipitan hacia nosotros. Se me cierra la garganta y me esfuerzo por respirar.

—¡Venga, Simi! —grita Yinka, que me empuja al túnel delante de

ella.

Hace calor en el pasaje y deslizo los dedos por las paredes rugosas mientras avanzo a la carrera hacia la luz rojiza que resplandece al fondo. Al poco tengo la sensación de que el aire asfixiante me abrasa los pulmones y, cuando intento tragar, noto la lengua seca y el sabor del sulfuro en el paladar. Cuando el túnel se ensancha, avisto a los demás caminando por una estrecha senda un poco más adelante. Al lado discurre un río de lava que avanza pesadamente y hay vetas rojas, doradas y negras surcando la densa materia. Me pego cuanto puedo a la pared mientras nos apresuramos para alcanzarlos.

—¿Estáis bien? —Kola se vuelve hacia mí, sujetándome los brazos con suavidad, me examina en busca de daños.

Yinka asiente al tiempo que yo alzo la vista hacia el ceño del muchacho.

—No estamos heridas. ¿Y Bem? —Lo busco con la mirada—. ¿Cómo está?

Kola me suelta y yo acuso la ausencia de su contacto al instante.

—Está perdiendo mucha sangre.

—Hay que seguir avanzando, Simi —grita Bem, que prescinde del comentario de Kola y sigue adelante, renqueando, detrás de Ifedayo. Issa viaja encaramado a los hombros del joven, pero se vuelve a mirarnos y advierto un rictus de preocupación de su boca.

—¡Estamos bien, pequeño! —vocifera Yinka cuando él sigue la trayectoria de mis ojos—. ¡Continuad!

Percibo la nota de apremio en su voz justo antes de percibir el golpe de las garras contra los duros remolinos de antigua lava que hemos dejado atrás. Oímos un débil gañido seguido de estrepitosos ladridos y aullidos amplificados por el espacio cerrado y echamos a andar tan deprisa como el angosto sendero nos permite, aún con Ifedayo en cabeza. Hace calor y yo no dejo de parpadear molesta por el sudor que se me cuela en los ojos según avanzamos por el camino que discurre en paralelo a la lava, ascendiendo a través de la roca viva, hasta que Ifedayo se detiene.

—¿Qué pasa? —susurro, tambaleándome por culpa del calor. Apenas alcanzo a ver nada a nuestra espalda, pero sí atisbo los ojos a lo lejos en forma de puntitos relucientes

—La salida está... bloqueada.

Ifedayo se lleva la mano a la nuca y se la frota al tiempo que tuerce la boca con un gesto de fastidio.

—¿Bloqueada?

—Sí, no se puede pasar por aquí.

Delante de nosotros hay una cascada de piedras que se derrama hacia el camino. Yo me acerco despacio y trepo por las que están más

abajo sin hacer caso de los pinchazos que noto en los pies. Una brisa leve y ligeramente más fresca sopla entre los resquicios.

—¿Hay manera de rodear esto? ¿Algún otro pasadizo? —Mi tono es tenso cuando me vuelvo a mirarlos.

Ifedayo niega con la cabeza.

—Es la única ruta.

—Tiene que haber una manera de salir —dice Yinka, que escudriña el túnel cegado con un brillo de transpiración en la frente.

Un aullido reverbera en el aire húmedo y estancado. Al volver la vista atrás, vemos la fila de hienas avanzando hacia nosotros. Devuelvo la mirada a la roca que ha tapado la salida. Es grande, pero no monstruosa.

—Podemos moverla.

Desciendo para cederle el paso a Bem y a Kola, que palpan el pedrusco en busca de algún asidero. Bem se agacha de espaldas introduciendo los dedos en una grieta, mientras que Ifedayo y Kola empujan por los lados.

Un gruñido más alto resuena en el túnel. Yinka enarbola las hachas instintivamente y me mira antes de dar media vuelta para avanzar muy despacio por donde hemos venido.

—Un poco más —gruñe Kola. Los tres intentan levantarla de nuevo, los tensos músculos les brillan a la pálida luz.

Bem empuja el pedrusco con la espalda y los hombros, temblando del esfuerzo. Con ayuda de los otros dos, que aplican toda su fuerza, la roca se desplaza hacia arriba lo suficiente para que el fresco aire nocturno fluya en el pasadizo. Porciones del cielo estrellado brillan en el hueco enmarcado por roca.

La líder de las hienas ha llegado a la altura de Yinka, que se interpone entre los bultungin que nos acosan y nuestro grupo. Cuando la hiena gruñe, Yinka columpia las hachas con sendos arcos de advertencia. Cuando lo hace, el fulgor de la lava transforma el oro de las hojas en un reluciente rojo sangre.

—Yo creo que ya hay espacio suficiente —dice Ifedayo. Deja a Issa en el suelo y lo empuja por el hueco. Echa un vistazo a las hienas—. Deprisa.

Más aullidos se propagan en el aire impregnado de sulfuro, pero esta vez los acompaña una lluvia de piedras y un temblor sordo retumba en la caverna. La senda tiembla a nuestros pies desplazando rocas y piedras. Unas cuantas caen al río de lava. Yinka grita cuando la líder de las hienas se abalanza sobre ella y usa los mangos de las hachas para golpear a la fiera en los hombros y en la cabeza, pero la bultungin es más rápida. Muerde la mano de Yinka con una rápida dentellada que la obliga a soltar el hacha y el arma cae al suelo con

estrépito. Observo consternada cómo resbala hacia el borde de la corriente y desaparece en la gruesa cinta de lava negra y roja.

—¡Yinka! —chillo.

Ella se vuelve a mirarme con expresión tranquila.

—Intentan llegar hasta vosotros. Tenéis que marcharos. Ahora.

—No te voy a dejar —le grito con la voz rota a causa del calor y el cansancio—. Tú te vienes con nosotros.

—Yo puedo contenerlas. Si no lo hago, no tendréis la menor oportunidad. —Yinka se sacude la sangre de la mano y aferra el hacha que le queda con ademán seguro—. Además, si de verdad soy una de ellas, no me harán daño, ¿verdad? —Ancla la mirada en la mía y esboza una sombra de sonrisa—. Cuida de ellos.

Devolviendo la daga a mis trenzas, me vuelvo a mirar a Kola y a Bem. Ifedayo se ha colado por el hueco y ha encajado un tronco en la abertura desde fuera para impedir que la roca vuelva a deslizarse a su sitio. Kola ayuda a pasar a su amigo herido y luego se vuelve hacia mí. Tras mirar a Yinka por última vez, corro hacia él y me aferro a sus dedos, que asoman por la grieta.

—¿Dónde está Yinka?

Niego con la cabeza y noto la pena anudarme las entrañas. La mirada de Kola se ensombrece cuando ata cabos. Dejo que me arrastre a través del hueco, tan deprisa que la corteza del tronco me araña el costado. Un gañido se deja oír a mi espalda y, a continuación, el claro chasquido de una dentellada y un grito. Más gruñidos reverberan por el túnel y, justo cuando salgo por el otro lado, unos ojos luminosos y unos dientes retraídos que se asoman de entre los belfos negros se abren paso por debajo de la roca.

—¡Yinka! —chilla Issa, pero Ifedayo está allí para retirar el tronco y dejar que la roca vuelva a sellar el túnel.

CAPÍTULO VEINTITRÉS

Jadeando, me siento en la tierra fría bajo la luz de la luna. Cuando aparecen las lágrimas, no me molesto en ocultarlas.

Yinka.

Kola, Bem e Issa están acuclillados, encorvados bajo su propio cansancio y su pena. Pero Ifedayo avanza unos pasos con sus andares renqueantes para examinar el sendero rocoso que parte del volcán. Aparte de unos cuantos zarpazos, está ileso, y yo lucho contra el resentimiento que me inspira saber que él está aquí y Yinka no.

—Simi… —Kola me tiende la mano con ojos vidriosos y yo me acerco para que pueda llorar en mi hombro.

No me muevo. Ni siquiera cuando me entran calambres en los músculos del cuello. Y, por supuesto, no cuando Kola me toma la mano una vez que sus lágrimas van cesando despacio. La caricia despliega algo dentro de mí y cierro los ojos mientras trato de apagar mi propio llanto.

—Si es una de ellas, no le harán daño —susurro y deslizo las manos por sus hombros y las ondulaciones de su espalda antes de soltarlo.

Si es una de ellas.

Bem está sentado en un tronco caído con la piel manchada de un tono rojo oscuro de la sangre y el pecho sacudido por lágrimas silenciosas. Issa se le acerca despacio para ofrecerle una bebida en un pequeño cuenco de madera. Solo cuando se apresura hacia nosotros descubro de qué se trata. Los restos del polvo de abada.

—No queda mucho —dice el yumbo con un hilo de voz. Le tiembla el labio inferior—. Pero ayudará.

Kola le ofrece a Issa un pequeño abrazo que le arranca un leve rictus de dolor. Issa solo se entretiene un instante antes de apartarse para ofrecernos la taza.

—Bebed, los dos. Ojalá hubiera más.

—Gracias —le digo y le tomo la mano mientras apuro los restos del líquido. Es granuloso, pero no es desagradable; noto el ardor tan

pronto como sobrepasa mis labios.

El brebaje no nos cura por completo, pero impide que las heridas sangren y convierte el dolor en una molestia sorda. Después de bebernos el agua de los odres, nos ponemos en pie para examinar las armas y el terreno circundante. Solo hay un sentido en el que avanzar, así que iniciamos la marcha por el camino que rodea el volcán sobre la roca dura y retorcida. Nadie habla. No obstante, Bem y Kola caminan muy cerca de mí e Issa avanza pegado a Kola. Solo Ifedayo anda solo, encabezando la marcha.

Una luna abotargada mantiene a raya la oscuridad de la noche cerrada mientras recorremos la senda del volcán que se cierne junto a nosotros. Recordando el mapa del babalawo y los seres de la isla de Eshu que describía, no dejo de escudriñar el cielo nocturno, presa de arranques de pánico. Me estremezco. Busco alas, dientes y garras como sierras. Mis preocupaciones desaparecen cuando doblamos un recodo que se desvía del volcán.

Me detengo trastabillando, pues me duelen tanto los pies que me tambaleo un momento mientras miro boquiabierta el palacio de Eshu, que ocupa la tierra y el cielo ante nosotros. La piedra oscura como la noche se eleva en picos que traspasan las nubes. Las ventanas son óvalos enormes y perfectos, tan grandes que nos sentimos como si cien ojos gigantescos nos miraran desde lo alto. Sin embargo, lo que de verdad me impacta es que el palacio se asienta sobre un fragmento de roca negra, separada de la isla en la que estamos. Al fondo resuena el restallido del mar y noto el tirón del agua incluso desde aquí arriba.

Avanzo un paso por fin y miro adelante con inseguridad.

—¿Cómo cruzamos?

—Hay un puente —dice Ifedayo—. Mirad, ¿lo veis?

Un arco de piedra gris se extiende sobre el abismo. Ifedayo abre la marcha hasta llegar a la base sorteando los pocos árboles de color negro azabache que crecen aquí, los mismos que había en el bosque. Nos aseguramos de no dejar que los frutos nos rocen al pasar.

—No os separéis —ordena Kola cuando llega a mi altura.

Issa viaja encaramado a su espalda ahora, con los delgados brazos rodeando el cuello del muchacho y una expresión solemne en el rostro. Bem avanza a su lado y yo me apresuro para no quedarme atrás mientras mi corazón late al ritmo de cada rápido y doloroso paso.

Ifedayo se interna en el puente renqueando y se detiene sobre una gran losa de piedra.

En el puente apenas caben tres personas a lo ancho. En el otro extremo hay una pequeña plataforma que conduce a las bruñidas puertas de bronce, cuya superficie emite destellos dorados aun a la luz

de la luna. Al fondo se revuelve un mar cuajado de rocas que rasgan las aguas someras y, más allá, la oscuridad insondable de las zonas más profundas. Devuelvo la atención al puente y doy un paso adelante. Es entonces cuando veo las imágenes grabadas en la piedra.

—Venga —dice Kola adelantándome—. No perdamos más tiempo.

—Espera... —empiezo a decir, pero él ya se precipita adelante posando el pie sobre un dibujo que muestra estrellas.

Es demasiado tarde.

Cuando se planta con todo su peso sobre la losa, el puente se estremece. La losa más alejada se repliega con un fuerte chirrido y deja un hueco al final, que alcanzamos a atisbar a duras penas desde nuestra posición.

—¡No os mováis! —grito al tiempo que bajo la vista hacia la piedra que está pisando Kola.

Issa, aferrado a su cuello, cierra los ojos con fuerza.

Examino las piedras que nos rodean. Un hombre a punto de lanzar un rayo con la mano, las plantas de un jardín y los mechones trenzados del pelo de una mujer. Intento ver algo más. Hay otras imágenes a lo largo del puente, pero no alcanzo a distinguirlas.

—Has apoyado el pie en esa losa y todo iba bien..., pero entonces... has pisado esa otra y el puente se ha replegado —murmuro.

—Puede que sea una trampa —dice Kola, que vuelve la vista hacia las imágenes del puente.

—Es muy probable —respondo—. Pero me parece que es algo más. Espera un momento. Quédate donde estás.

Salto a su sección y me aferro a sus brazos buscando el equilibrio en la losa que muestra la mano y las estrellas dispersas.

—Es como si las imágenes... contaran una historia. —Veo a un orisha que reconozco por su expresión traviesa y el símbolo de un tridente con una línea entrecruzada en el mango, de tal modo que dibuja una encrucijada—. ¡Es Eshu! —Una vez que lo distingo, localizo losas aisladas en las que aparece su imagen—. Si se trata de un relato, debe de estar contado siguiendo una secuencia.

—Entonces, ¿tenemos que pisar las piedras en un orden determinado? —pregunta Bem con voz grave.

—Sí, exacto. —Salto hacia atrás para reunirme con los demás—. ¿Qué relato creéis que escogería Eshu?

Issa abre los ojos lo suficiente para echar un vistazo y luego los cierra de nuevo al tiempo que dice con un gritito:

—Yo contaría un relato sobre mí.

Recuerdo todas las imágenes de Eshu que he visto en el puente.

—Tienes razón.

—Pero ¿cuál? —pregunta Ifedayo—. Hay muchos.

«Piensa», me ordeno, pero el corazón me late con tanta fuerza que durante un momento solo me puedo concentrar en el rugido de la sangre en mis oídos. Inspirando hondo, observo el puente y pienso en las estrellas que marcan el arranque de la historia.

—La segunda losa. ¿La veis? Hay una figura, más grande que las demás, que sostiene un bastón con una paloma en lo alto. El símbolo de Obatalá. Me parece que representa a ese orisha, el padre de la humanidad. Diría que Eshu ha comenzado por la creación del mundo.

Pienso en los relatos que describen a Eshu engañando y enfrentando a los amigos. Pero también hay otros en los que vence a sus enemigos escapando de situaciones gracias a su elocuencia. ¿De cuáles se sentirá Eshu más orgulloso?

—¿Qué más ves? —le pregunto a Kola.

Alarga el cuello, todavía firmemente plantado en la segunda losa.

—Hay algo que parece un ñame... y flores y árboles. Veo la luna y... el sol, creo. Hay unos cuantos símbolos por ahí también.

Eshu habría incluido otras imágenes para complicar las cosas. No sería ni de lejos tan sencillo si únicamente apareciesen las que componen la historia... Agrando los ojos al reconocer los símbolos.

—¿Y por qué no contar la historia de cómo te hiciste con tu papel más importante? ¿Del ardid que empleaste para enredar a Olodumare?

—La historia de cómo Eshu se convirtió en mensajero —adivina Bem con voz queda a la vez que asiente para animarme a proseguir.

—Exacto.

Corro al puente y me planto detrás de Kola. Con sumo cuidado, lo ayudo a dar media vuelta y sitúo los pies donde antes estaban los suyos para que él regrese a la primera piedra, detrás de mí. El puente se proyecta hacia delante y reparo en que hay tres losas con otras tantas imágenes entre las que escoger. Las piedras relucen levemente a la luz de la luna. Si miro con atención, distingo hilos de plata que recorren la piedra.

—Dejad que yo vaya delante y me vais siguiendo —propongo, a la vez que me obligo a calmarme—. Pisad solo donde yo pise y permaneced cerca por si tenemos que correr.

»Voy a escoger la historia de cómo Eshu engañó a Olodumare y se convirtió en el mensajero divino, responsable de transportar las novedades entre el cielo y la tierra.

Sin esperar respuesta, piso la imagen en la que Eshu acecha entre unas cuantas flores y árboles.

—Os voy a contar un cuento. Y no es un cuento cualquiera... —Las palabras de mi madre y su relato regresan a mi mente, su voz me tranquiliza según intento concentrarme.

—Cierto día, Eshu se coló sin ser visto en el jardín de Olodumare.

Todos guardamos silencio con los ojos fijos en el borde del puente, que permanece inmóvil. Avanzo muy despacio por encima de unas cuantas piedras lisas hasta llegar a otro grupo de tres imágenes. Un cuenco, un ñame y una pera.

—Le robó unos ñames al dios de la tierra. —Piso la imagen, animada al ver que el puente no se desplaza—. Olodumare montó en cólera al descubrir que alguien se había llevado hortalizas de su edén —prosigo a la vez que me muevo para plantarme sobre la imagen del dios supremo con el rostro desencajado de ira. Mi voz aumenta de volumen conforme adquiero seguridad—. Eshu no quería que lo descubriesen, así que al día siguiente cogió las babuchas de Olodumare, se las puso y dejó huellas por todo el jardín mientras robaba más ñames. De ese modo crearía la impresión de que la única persona que había estado caminando por el jardín y robando hortalizas era el propio Olodumare.

Una brisa salobre y gélida me revuelve el cabello. Las puntas ahora sueltas de mis trenzas revolotean en torno a mis hombros. Estamos a medio camino. Pero las tres imágenes siguientes me obligan a detenerme.

—¿Qué pasa, Simi? —pregunta Kola tratando de mirar por encima de mi hombro—. Ah.

Todas las imágenes muestran algún tipo de babuchas.

—Podría ser cualquiera de ellas —susurro, haciendo esfuerzos por contener el pánico que me asciende por la garganta. Me conozco la historia de memoria, pero no sé qué clase de calzado llevaría Olodumare. ¿Cómo voy a saber qué babuchas escogería el dios supremo?

Respira, me digo, llevándome una mano al pecho. ¿Cuántos lograremos volver atrás si escojo el camino equivocado y el puente recula de nuevo?

Los detalles de las babuchas no se distinguen con facilidad, grabados en la piedra como están. Me agacho sin desplazar los pies para poder mirarlas más de cerca. Las primeras son lisas y tienen talón, así que las descarto porque no son babuchas. Las segundas tienen un pequeño tacón y un motivo de círculos geométricos y las terceras exhiben adornos complicados que les dan un aire lujoso del que carecen las babuchas normales. Es evidente que la babucha de Olodumare sería más opulenta, pienso a la vez que me incorporo. A menos que el dios sea humilde. Pero Olodumare es el ser supremo, pienso. Cualquier otra cosa no estaría a la altura de un poder semejante. Tiene que ser la babucha sofisticada.

El mar se agita debajo de nosotros. Los arrecifes, los islotes y las

corrientes lo convierten en algo furibundo que enseña unos dientes de roca negra y muerde la tierra. No tengo claro que pudiera sobrevivir a la caída antes de transformarme. Los demás no tienen la más mínima posibilidad. Doy un paso inseguro adelante, cerrando los ojos al posar los pies en la piedra fría. El puente empieza a temblar y yo me tambaleo cerca del borde cuando otra sección del extremo opuesto se retira. Estoy temblando. Qué error tan idiota, me digo. Deberías ser capaz de hacerlo; conoces la historia.

El graznido suena lejano, pero rasga la noche igualmente, lo bastante alto como para que todos lo oigamos. Me quedo paralizada un momento antes de levantar la cabeza y otear el firmamento nocturno en busca de algún movimiento. Ya estoy extrayendo la daga de entre mi pelo.

—Simidele —me murmura Kola al oído—. Hay que moverse. Ya.

Me inclino y examino la piedra con atención, una vez más. Si no lo hago bien, habrá más muertes. Noto un nudo en la garganta; inspiro hondo y soplo despacio. Olodumare no necesita motivos complicados ni facturas lujosas. Debe de ser el calzado liso, pienso, aunque tenga talón. Abro los ojos y avanzo un paso hacia la imagen. Noto la piedra levemente rugosa bajo el pie descalzo. El puente continúa intacto y las rodillas casi se me doblan de alivio, hasta que otro grito rasga el aire de la noche, esta vez acompañado de un aleteo.

Levanto la vista hacia las nubes que circulan por delante de la luna. Hay sombras dispersas en el cielo, pero todavía no veo nada. No te pares ahora, me ordeno a la vez que miro al suelo.

—Eshu le mostró a Olodumare lo que pretendían ser las huellas del propio dios supremo y lo acusó de ser el ladrón de ñames —prosigo con voz temblorosa, recitando a toda prisa según me encamino al último trío de imágenes.

Oigo el grito y el batir de unas alas que parecen gigantescas justo encima de mí. Cuando levanto la cabeza, veo al ser que aparece entre las nubes para descender en picado hacia nosotros. Sus alas correosas ocultan la luna y unas patas retorcidas le cuelgan del revés. Bem enarbola la espada para ahuyentar al ser alado, pero no antes de que me dé tiempo a atisbar unas garras largas como mi brazo y un enorme cuerpo tan peludo como musculoso. Dotado de una cabeza como de murciélago, pero extrañamente humana, el engendro dobla en tamaño a Kola. Y cuando vuelve a bajar, sus ojos de color rojo granada perforan la noche antes de que se desvíe en el último segundo.

—¡Sasabonsam! —chilla Ifedayo cuando cuatro seres más se abren paso entre las nubes lanzando fuertes graznidos.

Kola levanta la vista con miedo en el rabillo de los ojos y en su gesto al aferrar a Issa.

—Debería haberlo sabido. O haberlo adivinado por los dibujos. —Deja a Issa en el suelo para empuñar la espada.

—Eso no habría cambiado nada. De todos modos, tendríamos que enfrentarnos a ellos —dice Bem—. Propongo apuntar a la cabeza y al pecho o intentar alcanzarles las alas.

Tres de los animales se internan en la oscuridad con un vuelo en espiral. Sus gritos resuenan en la noche cuando la oscuridad los esconde.

—Enfadado y desconcertado, Olodumare pensó que se le había escapado algo, así que ordenó a Eshu que cada noche le contara lo que había sucedido en el mundo ese día.

Ahora parloteo con voz chillona y me tambaleo cuando piso la luna y luego el sol.

Los sasabonsam que quedan se precipitan directamente hacia nosotros. Un grito aflora en mi garganta, pero Kola empuja la espada hacia el monstruo justo cuando el animal esgrime sus garras metálicas. Bem se da la vuelta también y hunde la hoja en el cuerpo del sasabonsam, que chilla mientras se retira hacia el volcán proyectando sangre oscura a su paso. Los seres alados que quedan graznan en la noche y, con la luna de fondo, avistamos sus siluetas, de un negro más oscuro que la noche.

—Puedes hacerlo, Simi. —Issa levanta la vista hacia mí y, clavándome sus ojos redondos, me estrecha los dedos con una presión suave.

—Y, así, Eshu se convirtió en el mensajero de Olodumare.

Tras pronunciar la última palabra, me planto en la imagen final del orisha sobre unas piernas que apenas me sostienen. En ella aparece Eshu mirando al cielo con las manos alrededor de la boca, recitando hacia las alturas los acontecimientos del día. Yo contengo el aliento con los dedos extendidos para guardar el equilibrio. El puente continúa intacto. Mirando adelante, calculo la distancia del hueco que se ha abierto en el puente. Es tan grande que hará falta un salto gigante para salvarlo.

Dos sasabonsam abandonan el refugio de una nube. Bajan juntos en picado, mostrando los puntiagudos dientes de hierro cuando chillan. Surcan el cielo hacia nosotros con sus ojos como brasas de carbón.

—¡Tenemos que saltar! —grito, y entonces, sin pararme a pensarlo, doy un salto y aterrizo en el saliente que tengo delante.

Cuando me vuelvo a mirar a los demás, veo a Kola montar a Issa a su espalda y acuclillarse muy cerca del hueco. Planea en el aire y se posa sano y salvo, y yo lo estrecho entre mis brazos un momento, el rato suficiente para inspirar los vestigios de su jabón negro. Acaricio

la cabeza de Issa cuando desciende de la espalda del muchacho con su cuchillo bien aferrado. Con suavidad, los empujo a mi espalda por la pequeña plataforma para abrir espacio a los demás.

Los sasabonsam se precipitan hacia el puente en un remolino de garras y dientes. Bem e Ifedayo se sitúan espalda contra espalda, preparados para repeler el ataque. Esquivan y embisten con sus armas en equilibrio sobre las losas, que empiezan a temblar a sus pies hasta que otra sección más del puente retrocede. Cuando un sasabonsam planea hacia ellos chillando, Ifedayo hace un giro rápido y le incrusta un cuchillo al monstruo en la cavidad ocular.

Mientras el sasabonsam se aleja gritando y volando erráticamente hacia el bosque, miro el puente y me pregunto si tal vez solo pueda cruzarlo un número determinado de personas en cada ocasión o si se tratará de otra trampa. Sea como sea, el paso se está rompiendo.

—¡Saltad! —chillo, haciendo gestos frenéticos, mientras Kola e Issa vigilan el aire circundante con los brazos trémulos y los rostros desencajados y perlados de sudor—. ¡Ifedayo! —grito. Doy un paso atrás al ver que se prepara para saltar, abriendo sitio en el saliente—. ¡Ahora!

Con las manos extendidas y las piernas proyectadas hacia delante, el guardia aterriza en el borde de la plataforma, donde Kola lo espera para sujetarlo.

Bem grita de furia sin dejar de asestar estocadas hasta que logra abrirle la garganta al otro sasabonsam, justo cuando intenta agarrarlo. El monstruo cae a plomo a las aguas del fondo, donde las olas silencian su grito estrangulado. Bem se vuelve a mirarnos con el pecho agitado y cubierto de la sangre negra de las bestias que se mezcla con la suya roja. Veo resignación en sus ojos cuando otro segmento del puente retrocede.

Bem no podrá saltar.

—¡Vuelve! —le grito arrancando a mi voz toda la potencia de la que soy capaz. Si consigue llegar a la primera plataforma, estará a salvo.

Ben da media vuelta y corre hacia el extremo del puente arrastrando la pierna izquierda. Las heridas le restan velocidad.

—¡Más deprisa! —chilla Issa. Los segmentos se deslizan unos debajo de otros, de tal modo que el puente se vuelve más corto con cada segundo que pasa. Uno de los dos sasabonsams que quedan vuelve a chillar y surca el aire en dirección a Bem, que corre hacia el borde opuesto.

—No —gimo. Estrujo el mango de mi daga, incapaz de hacer nada más que mirar.

Bem intenta apresurarse y vemos destellar su espada cuando

agacha la cabeza, concentrado en alcanzar el extremo del puente. El sasabonsam llega a su altura justo cuando pisa el suelo y Bem, rodando para que el monstruo solo pueda deslizarse sobre él, proyecta la espada hacia arriba y corta la barriga peluda del monstruo. Sangrando y lanzando graznidos, el engendro se marcha. El alivio me inunda las venas cuando Bem se incorpora sano y salvo al otro lado del puente, todavía esgrimiendo la espada. Al verlo, el segundo sasabonsam traza círculos en el cielo chillando de rabia hasta que por fin decide volar hacia nosotros.

—¡Que viene! —aúllo, y casi se me resbala la daga mientras empujo las puertas de bronce que hay a nuestra espalda. No ceden y, con un grito de frustración, devuelvo la atención al sasabonsam que se acerca por el precipicio.

—Herid las alas y yo apuntaré al corazón —dice Kola, que se sitúa entre Ifedayo y yo.

Volando hacia nosotros, el sasabonsam abre la boca para volver a gritar entre aleteos que reverberan pesados en la noche. Y entonces lo tenemos encima, y yo le apuñalo un ala mientras Ifedayo se abalanza sobre la otra. Me cuesta asestarle golpes, porque me ataca con sus largas garras hasta que por fin me araña la piel del hombro. El escozor es tan intenso que se me empieza a nublar la vista y lanzo un jadeo acercándome la mano a la herida. Kola enarbola la espada, pero el monstruo se abalanza y le muerde la carne del brazo desgarrándole el músculo y clavándole los dientes en el hueso. Kola chilla, la sangre le resbala por el brazo y la espada repica sobre la plataforma de piedra cuando la suelta.

Los ojos dorados de Issa se encienden de furia. Esgrimiendo su pequeño cuchillo, se pone de pie de un salto y raja la mejilla del sasabonsam. El engendro chilla y yo noto su aliento, una mezcla de podredumbre y el tufo salobre de la sangre humana. Suelta el brazo de Kola, pero antes de que Issa pueda volver a hundir el cuchillo en el sasabonsam, el monstruo se abalanza sobre él y lo aferra por el hombro y el pecho con los serrados dientes.

—Kola... —gime Issa con voz estrangulada. Con un reguero de sangre en la comisura de los labios, alarga el brazo hacia nosotros. Sin embargo, antes de que podamos sujetarlo, el engendro cierra la mandíbula sobre su minúsculo cuerpo y corta la súplica en seco. Los dientes del sasabonsam penetran con facilidad en las delicadas costillas del yumbo, que se quiebran con un sonoro chasquido. El olor de la sangre fresca se propaga por el aire y casi al instante veo el destello del alma de Issa, un soplo de plata hermoso y delicado que se eleva en espiral desde la carnicería de su pecho.

La desesperación me desgarra por dentro. Rugiendo, presa de una

rabia impotente, apunto al cuello del monstruo, pero el sasabonsam recula y alza el vuelo en la noche tachonada de estrellas, con el cuerpo exangüe del yumbo sujeto entre las fauces.

CAPÍTULO VEINTICUATRO

La piedra áspera me araña las rodillas y las palmas de las manos. El puente y el cielo dan vueltas a mi alrededor. Tengo náuseas y noto el sabor de la bilis ascender por mi garganta hasta que me la vuelvo a tragar. Hay manos en mi espalda, pero no me puedo mover. Todavía no.

Issa.

El pequeño Issa.

Me entran arcadas y por fin vomito lo que he comido hace un rato.

—Simi... Simi... —Es Ifedayo. Me seco la boca y vuelvo la cabeza para mirarlo, todavía mareada—. El sasabonsam volverá. Levántate, tenemos que entrar.

Me incorporo y luego me agacho hasta que Kola me coge del brazo. Las lágrimas corren por sus mejillas, pero exhibe una mirada implacable y empuña la espada con fuerza.

—Kola... —empiezo a decir. Negando con la cabeza, me sostiene a la vez que se vuelve hacia las puertas de bronce que resplandecen con suavidad bajo la luna.

—No permitiré que nadie más muera. —Los ojos de Kola destellan y parpadea rápidamente mientras mi corazón se encoge de dolor—. Ifedayo tiene razón, tenemos que entrar.

—Pero Issa...

—Ha muerto —me interrumpe Ifedayo—. Y nosotros también moriremos si no abandonamos esta plataforma.

Asiento y me enjugo las lágrimas. Con el puente a nuestra espalda, me vuelvo hacia los paneles bruñidos de los portalones, decorados con efigies de Eshu. En una aparece sosteniendo una babucha y esbozando una sonrisa taimada. En otra está mirando una aldea y apuntándola con el dedo.

—Antes no he podido abrirlas. —Hablo con un tono desesperado. No me puedo creer que hayamos venido hasta aquí solo para quedarnos fuera por culpa de una puerta cerrada.

—Debe de haber alguna otra manera —dice Ifedayo, que palpa las hojas con una mano desplegada mientras sujeta el cuchillo con la otra.

Yo deslizo la mirada sobre los paneles. La imagen más grande se extiende por ambos portalones y muestra a Eshu plantado sobre una enorme encrucijada. El orisha es el dueño de los caminos, y la idea queda plasmada en esa imagen, que lo coloca en el centro de todas las rutas con la cabeza inclinada hacia atrás en plena carcajada. Yo acaricio su imagen en relieve con la yema de los dedos y, desplegando las manos, palpo los caminos que discurren hacia el este y el oeste. A diferencia de los otros paneles de bronce, estas secciones están más frías. Debe de haber un motivo para esta diferencia. Con las palmas sobre las cintas de metal que representan las dos vías, empujo con suavidad conteniendo el aliento.

No da resultado.

—¿Y si probáramos a empujar todos los caminos a la vez, no solo el derecho y el izquierdo? —propone Kola con voz ronca y temblorosa. Me vuelvo a mirarlo y él se enjuga el sudor de la frente—. Merece la pena intentarlo, ¿no?

Tiene lógica, pienso. Los caminos representan opciones en la vida.

—Yo empujaré el este y el oeste —asiento, aplicando las manos a las mismas carreteras que antes—. Tú empuja el norte y el sur. —Kola se sitúa a mi lado y yo inspiro hondo—. A la de tres. Uno. Dos. Tres.

Presionamos juntos la parte más fresca de los portalones de bronce. Oímos un sonoro chasquido cuando las hojas se abren revelando una cinta de luz.

Empujo las puertas y entrecierro los ojos cuando un resplandor blanco se cuela por el hueco. Penetramos entre un fulgor tan intenso que me veo obligada a detenerme para protegerme los ojos con las manos nada más pisar el reluciente suelo. Tras las tonalidades apagadas de la noche, el pasillo opalescente que se ondula ante nosotros como una serpiente luminosa resulta casi excesivo para mis ojos. Parpadeo unas cuantas veces según me acostumbro poco a poco al resplandor. Las puertas chasquean sonoramente a nuestra espalda cuando Kola las cierra. La fuerte luz del pasillo revela un dolor descarnado en sus rasgos y, cuando doy la vuelta para regresar a su lado, le fallan las rodillas y cae. Su espada repica contra el suelo, a su lado.

—¡Kola!

Apuro el paso y me agacho delante del muchacho, que entierra la cara entre las manos. Un sollozo estrangulado resuena en el hueco de sus palmas.

—Debería haber hecho algo. Debería haberlo protegido. Lo prometí. —Los hombros de Kola se estremecen en tanto que mis dedos

planean sobre ellos. Las lágrimas y la angustia tornan pastosa su voz —. Lo prometí, Simi.

Despacio, poso las manos en la piel de sus hombros. El dolor traspasa su cuerpo en trémulas olas silenciosas. Sin decir nada, deslizo los dedos por la curva de su cuello para atraer su cabeza hacia mi pecho. Él se crispa al principio, antes de destaparse la cara y pasar las manos por mi cintura para abrazarme con fuerza. Mi cuerpo se estremece con el suyo, pero no lloro, sino que intento transmitirle una parte de mi fuerza.

—Encontraremos a los gemelos y los anillos —le susurro al oído con voz ronca y fiera—. Y entonces lloraremos juntos la muerte de Issa. Tal como se merece.

Kola se paraliza al oírme y luego asiente contra mi cuerpo. Nos quedamos un momento allí, aferrados, con la pena como una gruesa capa entre los dos. Y entonces Kola me suelta, se pone en pie y se seca las lágrimas con brusquedad. Aspirando por la nariz sonoramente, recoge la espada y echa los hombros hacia atrás.

—Tienes razón. —Inclina la cabeza ante mí y leo en sus ojos la misma determinación que a mí me embarga—. Vamos.

Encabezo la marcha arrastrando las yemas de los dedos por las paredes parpadeantes, capas de luz que se reflejan en el mármol y el oro blanco, a juego con los candeleros de sobrenaturales llamas de marfil.

—Algo va mal —musita Ifedayo.

El pasillo se proyecta ante nosotros, sin ventanas, solo una puerta al final. El guardia ya está preparando más cuchillos, a juzgar por el rumor que emiten las armas al salir de sus fundas, un roce inconfundible de metal contra cuero.

Ifedayo tiene razón. Percibo una tensión en el ambiente que se parece mucho a la sensación que tengo en el pecho. Kola me mira y la hoja de mi daga lanza un destello cuando giro la muñeca. Reanudo la marcha y, con pasos silenciosos contra el frío mármol del suelo, recorremos el pasillo. Hay columnas separadas por tramos regulares, decoradas con imágenes de todos los orishas. Shangó se cierne en la primera, acompañado de Oyá. Más adelante distingo volutas que representan el mar y a Yemayá flotando entre las olas, mientras que Olokún acecha al fondo. Miro las figuras de muchos más al pasar y deslizo los dedos sobre el brazo en relieve de un orisha que recuerda a Eshu, con lo que parecen ser dos caras. La imagen me preocupa, una sensación que aumenta de intensidad conforme nos acercamos al final del pasillo.

La doble puerta a la que llegamos es de citrina de color amarillo anaranjado. Ifedayo se adelanta y posa la mano sobre una de las

manillas de cristal. Se lleva los dedos a los labios cuando empuja y abre la puerta. Una vez al otro lado, nos pide por gestos que lo sigamos. La sala a la que accedemos debe de abarcar toda la anchura del palacio, pero está vacía, salvo por el gran trono del centro. Ha sido tallado con la más oscura caoba; distingo las alas de los cuervos, sinuosas serpientes entrelazadas y las mandíbulas de un coyote. El asiento y los brazos están cubiertos de seda salvaje que brilla con la luz.

—¿Veis a alguien? —pregunta Kola a la vez que me protege a medias con el cuerpo.

—No, pero eso no significa que no esté aquí.

Lo adelanto, rodeándolo, para encaminarme hacia el trono que despunta en mitad de la sala.

—¡Simi! —cuchichea Kola—. ¿Qué estás haciendo? No...

—¿Qué quieres, creación de Yemayá?

Las palabras proceden de todas partes y de ninguna. Kola enarbola el arma y sus ojos saltan de un lado a otro.

—Di lo que necesitas.

Giro la cabeza a toda prisa, buscando a Eshu, pero no veo al orisha por ninguna parte.

—Di lo que necesitas —repite Ifedayo con voz más profunda antes de echar a andar hacia el trono con elegancia.

Casi en el mismo momento exacto, Kola y yo nos volvemos a mirar a Ifedayo boquiabiertos. La vestidura del chico, bien sujeta con el cinto, se ha transformado en remolinos de color rubí y negro obsidiana. Se yergue ante nosotros, aún más alto que antes, las extremidades más poderosas y largas. Un collar de irregulares rubíes y perlas negras le cuelga hasta el centro del pecho y luce cuentas de ónice puro en cada una de las trenzas, que caen, largas, sobre unos hombros que son más robustos que antes. Incluso su rostro ha dejado de ser enjuto y ahora muestra mejillas redondeadas, labios llenos. Nos da la espalda y vemos el movimiento de sus músculos oscuros cuando se desplaza hacia el trono con andares majestuosos. Se sienta y se echa hacia delante para mirarme.

—Venga, Mami Wata..., habla. —Ifedayo esboza una sonrisa de suficiencia que deja a la vista todos su dentadura al completo—. Pensaba que tenías algo que decir.

—¿Ifedayo? —pregunta Kola, que frunce el rostro con desconcierto.

Me enderezo con la espalda tiesa como un palo de pura cólera.

—Eshu —consigo decir con la voz estrangulada.

Ifedayo me mira y sonríe, ahora con unos incisivos afilados cuyas puntas rozan el labio inferior. El gesto de su sonrisa es tan socarrón que me entran ganas de arrancárselo de un sopapo, pero opto por cerrar los puños y apretarlos con fuerza. Me acuerdo de nuestras conversaciones en el barco, de sus respuestas vagas. Incluso la cojera cobra sentido ahora, un pie en el mundo humano y otro en el de Olodumare. Aprieto los dientes tratando de rebajar la tensión que siento en el pecho mientras él sigue observándome con unos ojos negros salpicados de plata. Debería haberlo adivinado. Debería haberlo sabido.

—¡Pero nadie lo adivinó! —presume Eshu a la vez que se recuesta en el trono con aire victorioso.

Kola contempla a la persona a la que su padre le confió su vida, a la persona con la que ha estado navegando y que ahora descansa en un trono ante él. La perplejidad y el dolor que se extienden por su rostro me enfurece todavía más.

—¿Por qué? —gruño, todavía con los puños prietos—. ¿A qué ha venido todo esto?

Las carcajadas de Eshu se interrumpen tan súbitamente que el repentino silencio resuena en la sala.

—Vigila ese tono, pescadito. —Se echa hacia delante y veo los músculos de sus brazos protuberantes, los ojos brillantes que me fulminan—. Es posible que te creas muy lista por haber llegado hasta aquí, pero estoy al corriente de tu búsqueda desde que embarcaste en el navío de Abayomi. Shangó me habló de la joya que llevas al cuello. Pensaste que habías conseguido ocultarla, ¿verdad? Pescadito tonto... —Eshu se ríe—. He oído rumores de que salvaste a un ser humano. Y necesitas perdón. Bueno, pues los anillos son tu única posibilidad.

La tormenta. Yo tenía razón.

—Una vez que supe con quién estabas, ya no tuve que estar pendiente de nada. —Eshu le lanza a Kola una mirada maliciosa—. Este haría lo que hiciera falta para volver a casa, con sus hermanos. Pero llegaste tarde, ¿verdad? Qué lástima.

Kola se acerca a mí con la mano en la empuñadura de la espada y la mandíbula tensa.

—¿Dónde están?

—Os habéis convertido en grandes aliados —ronronea Eshu, que sonríe de nuevo, haciendo caso omiso de la pregunta de Kola, si bien ahora su voz es de hielo—. Han cambiado muchas cosas desde que lo sacaste del mar. Pero ¿sois algo más? —Se propina una palmada en el muslo y se lleva una mano a la frente para acariciarse las trenzas—.

Ay. Que pregunta más tonta. Todos sabemos que no podéis ser nada más. ¿Verdad, Simidele?

No digo nada, pero noto que Kola se desplaza hacia delante, deseoso de que el orisha siga hablando. Aunque me arde la sangre, tengo frío cuando mi mirada revolotea del orisha a la espalda tensa de Kola.

—Al fin y al cabo, no eres humana, por más que tu apariencia lo sugiera en este momento. Ya no lo eres. —Eshu se inclina hacia atrás con las piernas abiertas bajo su opulenta vestidura—. Ni nunca lo volverás a ser. Ni siquiera eres capaz de caminar unas cuantas horas sin que tus pies delaten la falsedad de tu apariencia. Y si no eres humana... —Señala a Kola con un gesto y luego a mí—. Vosotros dos nunca podréis ser nada más que... aliados. En caso contrario, ¿qué pasaría?

Abro la boca y la cierro otra vez mientras Kola se vuelve a mirarme. Cierro los puños con tanta fuerza que me clavo las uñas en las palmas y casi se me saltan las lágrimas. Debería habérselo dicho antes. El muchacho encorva los hombros y yo quisiera deslizar las manos sobre ellos para mitigar la tensión y explicarle a qué se refiere el orisha. Mi mano planea sobre sus cicatrices, pero no lo toco.

—Venga, pescadito. ¿No le vas a contar a Adekola lo que pasará? —Eshu tuerce la cabeza a un lado y su mirada patina de mí a Kola—. Simidele es territorio prohibido. Como ya no es humana, si expresa amor por un ser humano se convertirá en espuma de mar.

Kola sigue plantado ante mí y no se vuelve a mirarme. Yo me inclino adelante para tocarle el brazo por fin y él posa la mano sobre la mía y me estrecha los dedos un instante antes de soltarme. Ese gesto mínimo basta para disipar una parte de mi tensión. Eshu pasa la vista de la cara de Kola a la mía y percibo su desánimo ante la falta de reacción por parte del chico. Tratando de fingir indiferencia, saca su daga de ónice y, con la cabeza gacha y las trenzas columpiándose ante sí, procede a limpiarse las uñas con ella.

Sus palabras han sumado nuevas capas de ira a la rabia constante que me arde en el pecho. Desde las cicatrices de Yemayá hasta Yinka... e Issa. Y ahora esto. Respirando con dificultad, me imagino que uso la daga para rajarle a Eshu el pecho, la cara y todo el cuerpo. Ya que le gusta tanto la combinación de rojo y negro, lo decoraría con el tono bermellón de su sangre.

—¿Dónde están los gemelos? —Kola habla en un tono rabioso, con los hombros encorvados.

Eshu deja de reírse y levanta una mano de uñas como pinchos.

—Taiwo y Kehinde están a salvo.

—¿Y los anillos? —Intento tranquilizarme y concentrarme en los

niños—. ¿Dónde están?

Sosteniendo el cuchillo hacia arriba con las manos abiertas, el orisha guarda silencio. Por fin suspira y deposita el arma en su regazo.

—Reconozco que subestimé a la chica. Escondió el suyo mientras veníamos aquí y aún no me ha dicho dónde está. Por eso me desplacé a Oko. Por desgracia, allí nadie sabía nada. Esperaba que vosotros tuvierais alguna idea, pero ya veo que no. —Eshu frunce el ceño—. Puede que tengáis mala opinión de mí, pero lo cierto es que no quería tener que recurrir a otros medios. Aunque parece que al final no me queda otro remedio.

Kola se abalanza hacia delante.

—¿Dónde están?

Eshu se pone en pie con un movimiento fluido, con la daga de ébano en la mano.

—Ni se te ocurra exigirme nada, Adekola.

—Dínoslo —gruñe Kola—. Issa murió por esto. Yinka está... —Se interrumpe y respira con dificultad antes de poder continuar—. Todo por culpa de tus artimañas y tus juegos. Ansías poder, pero ¿para qué? ¿A qué precio?

—Olodumare derramó poderes sobre la tierra como si no fueran nada —escupe Eshu, fulminándonos con la mirada—. Nada. Permitió que los orishas se arrastraran por el suelo para recoger lo que pudieran. ¿Acaso te parece justo? Y los que usan sus poderes se deleitan en la adoración de los humanos, limitándose a ostentar su condición de orishas concediendo algún que otro favor y repartiendo bendiciones. Yo, en cambio, impido que los ajogunes destruyan a la humanidad e informo a Olodumare de todo lo que acontece en el mundo. —Su pecho se levanta, hinchado de cólera—. Y mientras hago todo eso, la humanidad campa a sus anchas sin control. ¡No lo permitiré!

A mi lado, Kola ajusta su postura. Se le marcan los músculos cuando aprieta la empuñadura de su espada.

—¿Dónde están los gemelos? —pregunta de nuevo en tono grave.

—Ha sido una suerte que llegaras hasta aquí. —Eshu enarca las cejas al tiempo que esboza una sonrisa burlona—. Es posible que Kehinde esté más dispuesta a responder a mis preguntas si la seguridad de su hermano está en juego.

El orisha descarga su larga daga trazando un arco pronunciado. Kola la bloquea con su hoja y la fuerza del impacto lo empuja hacia atrás.

—No —grito cuando el muchacho intenta atacar de nuevo, blandiendo la espada, y Eshu le patea la barriga. Yo intento alcanzar la garganta del orisha con mi hoja y él se vuelve al instante

empuñando el cuchillo hacia mí.

—Esto no hacía ninguna falta —dice al tiempo que yo salto hacia atrás, lejos de su hoja, desplazándome con Kola en dirección al trono —. Pero siempre viene bien un poco de diversión.

El orisha avanza hacia nosotros con la cabeza ligeramente inclinada, las trenzas columpiándose con cada paso que da y los ojos destellantes con chispas de plata. Kola alarga la mano libre hacia mí y, sujetándome la parte trasera de la cabeza, presiona su frente contra la mía durante menos de un segundo antes de despegarla. Cuando abro los ojos, me recibe su mirada castaña y noto su aliento suave sobre los labios. Veo el frunce de piel que le ha dejado la cicatriz de la frente mientras intenta sonreír.

—Búscalos.

Kola me suelta y corre al encuentro de Eshu blandiendo la espada, que gira y entrechoca con el arma del orisha. Eshu empuja su hoja contra la del chico hasta que lo fuerza a arrodillarse, pero Kola clava el puño en las duras ondulaciones del abdomen de Eshu antes de ponerse en pie de un salto. El otro gruñe e incluso a mí me sorprende la fuerza y la velocidad sobrenaturales de Kola. Desplazándose al centro de la sala, se enjuga la cara con una mano y vuelve la cabeza hacia mí al tiempo que señala con un gesto la puerta opuesta a la que hemos usado para entrar.

—Ve —susurra Kola a la vez que esgrime la espada contra Eshu y se aparta de un salto antes de que el orisha pueda reaccionar—. Busca a los gemelos.

El orisha aprovecha ese momento de distracción para saltar hacia delante y deslizar la oscura hoja por el cuerpo de Kola, dibujando una línea de sangre en la sierra de las costillas. Vacilo cuando Kola grita, pero él continúa de pie, con el arma en ristre.

—Ve, Simi —me pide Kola mientras la sangre brota entre sus dedos—. Sálvalos.

CAPÍTULO VEINTICINCO

Cruzo la habitación a la carrera entre el rugido de Eshu y el entrechocar de las espadas. La sangre me atruena en los oídos cuando abro la puerta de un tirón y voy a parar a una escalera de caracol. Los peldaños ascendentes son negros como el carbón, pero las paredes están hechas del mismo cristal luminoso que el pasillo y brillan lo suficiente como para que pueda ver. Ahora, respirando con dificultad, empiezo a subir sin prestar atención ni al hecho de que cada paso sea como caminar sobre brasas de carbón ni al latido de la herida del hombro. Al poco noto el aroma de la sal, y el aire se torna más frío conforme voy ascendiendo. La espiral de la escalera se me antoja interminable y tengo que parar de tanto que me arde el pecho. Encorvada, me rodeo la barriga con los brazos, resollando y llorando. Pienso en Kola, que sigue ahí abajo, luchando con Eshu.

Los gemelos.

Sacando fuerzas de flaqueza, continúo subiendo, atenta a cualquier sonido, pero solo oigo mi propia respiración entrecortada hasta que por fin llego a un arco que desemboca en el cielo. O eso parece. La azotea es la mitad de grande que la sala del trono del piso inferior, pero parece más grande al estar abierta al firmamento. Me acerco despacio al borde, que se abre a las turbulentas olas y a un trecho de rocas y mar. Oigo un gemido a mi espalda y me doy la vuelta a toda prisa con la daga en ristre.

Veo una jaula de citrina. El cristal amarillo emite un resplandor que ilumina pálidamente dos siluetas acurrucadas contra los barrotes de cristal. Los gemelos poseen la misma tez rojiza de Kola y visten raídas vestiduras de color azul intenso. Parecen muy pequeños, tienen ocho o nueve años a lo sumo. Avanzo hacia ellos tambaleándome y cierro los puños con fuerza ante la imagen de los dos niños enjaulados.

—Taiwo, Kehinde. —La niña protege a su hermano con el cuerpo y me fulmina con la mirada a través de los barrotes. Lleva un fragmento de roca en la mano que sostiene como una daga—. Vuestro hermano me envía. Está abajo.

—¿Kola está aquí?

Taiwo corre hacia los barrotes. Sus ojos son del mismo tono castaño que los de su hermano, grandes en su rostro acorazonado.

—Taiwo, retrocede —le advierte Kehinde acercándose a él, todavía esgrimiendo la piedra contra mí.

—¿Por qué no está contigo? —me pregunta la niña entornando los ojos.

—Está abajo, en la cámara del trono. —Respiro para que mi voz adopte un tono más sereno—. Kola me ha pedido que me adelantara para ayudaros.

Deslizo las manos por los barrotes de cristal sin dejar de palpar con los dedos.

—Hay una cerradura —dice Kehinde, señalando el barrote del centro.

Desplazo los dedos hacia abajo hasta encontrar el mecanismo oculto en el cristal. Estrujo los barrotes y estiro, con un bufido de rabia y frustración.

—¿Sabéis dónde está la llave?

—La tiene Eshu —dice Taiwo—. No nos dejará salir hasta que Kehinde le diga dónde ha escondido el anillo.

—No nos lo puede quitar a menos que le demos permiso. El babalawo dijo que nadie puede. —Kehinde levanta una mano de dedos desnudos—. Y no me puede pedir permiso ni arrebatármelo con engaños si no lo tengo.

Su inteligencia me arranca una sonrisa y ella me la devuelve apenas, con un brillo fiero en los ojos. Me aparto y miro por la plataforma. Si no hay llave, tal vez pueda usar algo para romper la cerradura. Pero la azotea está vacía y el suelo de roca se extiende hasta el borde, bajo el cual el mar restalla sin cesar.

Entonces oigo el roce de una hoja contra el suelo y unos pasos pesados. Se me hiela la sangre y luego la cólera se extiende por mis venas. Sujeto la daga ante mí, con las dos manos en torno al mango para controlar el temblor, y noto un grito que nace en mi garganta cuando alguien empuja la puerta. Kola aparece en el umbral. Se tambalea ante nosotros, y una corona de sangre le gotea por el rostro, se desliza hasta sus ojos y le cubre los labios de una viscosa capa roja.

—Ẹ̀gbọ́n ọkùnrin —grita Taiwo, mientras que los labios de Kehinde se arrugan al ver a su hermano.

Kola trastabilla hacia delante y su espada repica contra el suelo cuando se desploma de rodillas. Corro hacia él y los gemelos lloran a mi espalda cuando intento levantarle la cabeza para evitar que toque el suelo. Lleva profundos cortes en los hombros y en el cuerpo. Noto la calidez de su sangre al tratar de retirársela de la cara.

—Ya viene —susurra Kola alargando un puño hacia mí. Despliega los dedos para mostrar un hexágono de cristal macizo. La llave—. Le he quitado esto a Eshu. ¿Es...?

—Sí —respondo, intento ofrecerle una sonrisa tranquilizadora a través del velo de lágrimas que estoy a punto de derramar.

—Date prisa.

Kola me estrecha los dedos cuando recojo la llave. Asintiendo, le apoyo la cabeza en el suelo con cuidado. Él me observa mientras busca su espada a tientas con una mano ensangrentada.

Me vuelvo hacia los gemelos secándome al mismo tiempo las lágrimas que ahora fluyen sin freno. La llave está pegajosa de sangre y sudor. La sujeto con fuerza y sus bordes agudos se me clavan en la palma. Los barrotes de la jaula relucen y titilan entre mi llanto cuando los palpo de nuevo en busca de la cerradura. Kehinde se abalanza hacia delante y señala a Kola con insistencia.

—No te preocupes —le digo mientras empujo el hexágono contra la cerradura. La retuerzo hasta que encaja y se prende a las púas de cristal del mecanismo—. Está vivo.

Pero el miedo me atenaza, aún más difícil de contener sabiendo que Eshu ya sube por la escalera.

Tuerzo la llave de nuevo hasta que se deja oír un sonoro chasquido y los barrotes se internan en el oscuro suelo de roca. Los gemelos corren directamente hacia su hermano, que abre los brazos y parpadea entre las lágrimas que se derraman por sus mejillas manchadas de sangre. Taiwo llora enterrado en el cuerpo del muchacho, en tanto que Kehinde le posa una pequeña mano en la mejilla y arruga el entrecejo.

—Estoy bien, pequeños —murmura Kola, pero advierto lo mucho que le cuesta pronunciar las palabras. Un reguero bermellón le resbala de la comisura de la boca. Su mirada se desliza al anillo que Taiwo lleva en el dedo y luego a la mano de Kehinde—. ¿Dónde está tu anillo?

La niña se palpa una franja más clara en la piel oscura y gira el dedo desnudo entre la mano cerrada.

—Kehinde, te he preguntado dónde está tu anillo. —Kola se sienta con un destello en los ojos. La sangre le cubre la piel sobre las costillas y gotea en el suelo de piedra—. Dímelo. Rápido, antes de que llegue Eshu.

Taiwo retrocede acobardado ante el tono brusco de su hermano mayor, pero la niña se levanta de golpe mirando a Kola con resentimiento. Abre la boca para hablar y es entonces cuando lo oímos. Unos pies que se arrastran por las escaleras y el roce del acero contra la roca.

Echo un vistazo a la plataforma abierta al firmamento. No hay manera de escapar si no es por la puerta que lleva a la escalera o por el mar que rompe al fondo. Se me encoge el corazón y me cuesta respirar. No tenemos más remedio que luchar. Me vuelvo hacia la entrada con la daga en la mano, lista para plantar batalla.

—Kehinde. —La voz de Kola es casi un gruñido ahora—. ¿Dónde está? Dímelo antes de que llegue Eshu.

Cuando me doy la vuelta, veo a los gemelos acurrucados contra la pared con lágrimas en los ojos y labios temblorosos. Abrazados como están, parecen todavía más jóvenes.

—Kola...

—¡Tú calla, Simidele! —El muchacho se pone en pie con ojos fríos, de un tono marrón más oscuro al que estoy acostumbrada—. El anillo. Necesito saber dónde está.

Reculo, presa del estupor. Las pisadas en la escalera suenan aún más cerca. El miedo gotea en mis venas, puro y gélido.

—Kola, tenemos que asegurarnos de que los gemelos estén a salvo para que...

Pero no termino lo que voy a decir, porque en el umbral asoma súbitamente una piel rojiza, sangre y esos ojos que reconocería en cualquier parte.

—¿Kola?

Sin dar crédito a lo que veo, avanzo un doloroso paso hacia él.

—Simi —responde. Esa luz familiar de sus ojos parpadea bajo el reflejo de la luna cuando ancla la mirada en la mía. El verdadero Kola se recuesta contra la jamba, el pecho agitado por los resuellos, la mano pegada a la herida del costado—. Aléjate de ellos —gruñe.

Cuando me vuelvo a mirar, ya sé lo que voy a ver. Los pequeños rizos prietos han desaparecido, sustituidos por largas trenzas, un rostro redondeado y una altura imponente. Eshu se yergue en mitad de la azotea, los ojos relucientes de rabia, los rubíes de su collar tan rojos como la sangre que ha materializado para hacerse pasar por Kola.

Eshu. Disfrazado una vez más. ¿Cómo he podido ser tan ingenua? Me trago la sensación de ser una tonta y avanzo hacia Kola. La sangre mana a través de la mano con la que se sujeta el costado y se estrella en el suelo en gotas de color rojo escarlata. Me admira que haya conseguido subir la escalera.

—Te he dicho que no te fiaras de él —susurra Kehinde con furia al tiempo que atrae a Taiwo hacia sí.

—Déjate de tonterías y dime dónde está el anillo —ordena el orisha a la niña al tiempo que levanta la hoja de obsidiana y avanza hacia los gemelos.

Kola apenas roza el suelo cuando cruza el recinto para interponerse entre el orisha y los niños. Enarbolando la espada con las dos manos, eleva el labio con desprecio.

—No les vas a hacer daño. No te lo permitiré.

Eshu se detiene y tuerce la cabeza a un lado. Sus trenzas rozan los relucientes rubíes del collar.

—Solo quiero los anillos.

—Le puedo dar el mío —susurra Taiwo a Kehinde—. Si así nos deja marchar.

—¡No! No se conformará con uno. —Kehinde arrastra a su hermano hacia ella en tanto que Eshu avanza—. Ya lo hemos hablado.

—Aparta, muchacho.

Sin responder, Kola se abalanza hacia delante raudo como un pensamiento y su hoja alcanza a Eshu en el pecho. Un chorro de sangre brillante se proyecta a la luz de la gran luna. El orisha grita sorprendido y retuerce los labios con un gesto de furia. Sus fosas nasales se dilatan cuando descarga la espada en un arco cerrado sobre la cabeza de Kola, pero el chico esquiva el golpe en el último momento volviéndose a un lado. Antes de que pueda blandir el arma de nuevo, Eshu aprieta el puño y lo estampa con todas sus fuerzas contra la nariz de Kola, que cae de rodillas. El olor de la sangre fresca se propaga en el aire salobre.

—Todo esto no era necesario —dice el orisha apartando la espada del chico de una patada—. Pero tendré lo que quiero. Lo que debería ser mío.

—¡No! —grito, rodando lejos de Eshu para cojear hacia Kola. Le levanto la cabeza con cuidado, con los dedos entre sus rizos, buscando señales de que aún sigue vivo—. Kola —gimo.

Tiene los ojos cerrados, la boca laxa. Le poso una mano en la piel cálida del pecho y noto subir y bajar las costillas con un movimiento apenas perceptible. Me inunda el alivio.

—¡Venid! —les grito a los gemelos—. ¡Deprisa!

El orisha nos observa desde el centro de la azotea estudiando la figura desplomada de Kola y luego el temblor de mis manos mientras estoy acuclillada ante el muchacho blandiendo la daga.

Los niños se apresuran por los bordes de la plataforma con los ojos muy abiertos ante la imagen de su hermano. Con manos trémulas, los arrastro hacia una grieta superficial de la roca sin dejar de lanzar miradas furtivas a Eshu. Él camina hacia nosotros despacio, deteniéndose para ajustarse la vestidura. Sabe que no tenemos adonde ir.

—Pegaos a la pared —los apremio en voz baja.

—Oponer resistencia no os va a servir de nada —dice el orisha,

pero yo hiendo el aire de todos modos con un envite esperanzado. Eshu suelta una carcajada y luego me sonríe alborozado.

La desesperación intenta colarse en mi mente, pero no he llegado hasta aquí para rendirme ahora. Me deslizo hacia atrás tratando de arrastrar a Kola conmigo. La cabeza se le desplaza a un lado y sus ojos se quedan en blanco, las órbitas brillantes en la oscuridad. Taiwo rompe a llorar y Kehinde lo consuela en murmullos interrumpidos por un hipo aterrado. Kola tose con un rictus de dolor. Veo el tono bermejo de la sangre seca en su vestidura y el rojo brillante del flujo fresco derramarse por su piel. «No permitiré que mueran», pienso con furia. El corazón me late a toda potencia y la rabia que bombea amenaza con romperme los huesos del pecho.

—Bien hecho, Mami Wata. Para ser una criatura del mar, te mueves sorprendentemente bien en tierra.

No respondo. Eshu se encamina al borde de la plataforma, al acecho. Cuando se asoma al mar, lanzo una ojeada a la entrada abierta. Podríamos salir corriendo, pienso, si Kola no estuviera herido.

Eshu gira en redondo para observarme con sus ojos negros.

—Los orishas son distintos entre sí, cada cual dotado de los poderes que consiguió cuando Olodumare los derramó sobre el mundo. —Se inclina hacia mí—. ¿Sabes qué conseguí yo?

—Tú eres el señor de las encrucijadas, que controla todos los caminos de la vida. —Sujeto mi arma con más fuerza para contener el temblor de mis manos—. Un mensajero. Eres el medio que tiene la humanidad para comunicarse con Olodumare y deberías transmitirle sus plegarias. Pero también eres un embaucador que se divierte engañando a las personas y a los orishas por el gusto de hacerlo, sin preocuparte por las consecuencias. —Trago saliva con dificultad—. Y te has vuelto codicioso.

—¿Por qué debería conformarme con ser un correveidile? ¿Un bromista? ¿Con mantener el equilibrio entre los ajogunes y los orishas? Necesito algo más. Más que transmitir las necesidades y los deseos del hombre. Más que negociar con los antidioses. Quiero ser poderoso, fuerte. Nuestras tierras nunca sobrevivirán sin un orisha como yo. —Eshu se pasea hasta llegar a mi altura. Sus labios esbozan una mueca despectiva—. Mira lo que está pasando en la Tierra. Los orishas no poseemos auténtica libertad para usar lo que nos fue concedido ni para hacer aquello para lo que se nos creó. —Mira a los gemelos y su boca recupera la sonrisa—. Para gobernar. Para ser adorados. Para premiar si así lo deseamos y escarmentar a los que merecen un castigo.

—No podrías competir con Olodumare.

—Te equivocas. Los anillos me otorgarían pleno poder sobre

humanos y orishas por igual. —Abre los brazos con las palmas vueltas hacia la luna—. Todos tendrían que cumplir mi voluntad. ¿Acaso hay un poder mayor?

—¿Y qué harías con él? —le escupo—. ¿Qué has hecho con tus poderes hasta ahora, Eshu? —Me levanto—. ¿Qué has hecho, aparte de provocar desgracias, enemistar a los amigos, engañar a los demás por diversión? Yemayá sigue a las personas que son capturadas en tierra. Bendice las almas de los que mueren en el mar, y he visto a Shangó y a Oyá destruir los barcos de los oyinbos que se llevan a los esclavizados. ¿Todavía transmites siquiera los mensajes de la humanidad a Olodumare? Dices que las personas no escuchan, pero ¿acaso hablas siquiera? Maldices al dios supremo y te comportas como si a los demás orishas todo les diera igual, pero ¿sabe Olodumare lo que está pasando?

—No todos los mensajes merecen ser escuchados ni comunicados.

Su tono me escama y recuerdo lo que me dijo Olokún, que Eshu ya no transmitía sus ruegos a Olodumare.

—¿Comunicaste las súplicas de perdón de Yemayá?

Eshu guarda silencio y comprendo que tengo razón. No lo hizo. ¿Cuántas noticias y plegarias más ha omitido entregar al dios supremo?

—¿Por qué a ella le fue concedido el poder de crear a las Mami Wata? ¿Por qué ella poseía los zafiros y la capacidad de hacerlo y yo no? —Eshu se lamenta con las manos hacia las estrellas—. Además, yo no mentí. Olodumare no se sintió complacido al saber que lo había desobedecido.

—Pero tampoco tenía motivos para lastimarla hasta ese punto. —Guardo silencio para contener un sollozo al pensar en las mejillas de la orisha y su miedo a la ira del dios—. Para asustarla.

—Tenía que aprender cuál era su sitio —dice Eshu en un tono empapado de amenaza—. Si bien es cierto que Olodumare no habría dicho ni hecho lo que había que hacer. Además, fíjate en su arrogancia en relación con los anillos. Ella siempre supo quién los tenía y nunca me lo dijo. He tenido que encontrarlos yo mismo.

Mis ojos se clavan en su fría mirada de plata, en su sonrisa maliciosa.

—¿Le infligiste ese dolor por envidia? Olodumare no te lo ordenó, ¿verdad? —Se hace la luz en mi mente poco a poco—. No te dijo que lastimaras a Yemayá.

—Olodumare quiso que le recordara el mandato, pero no especificó de qué modo. —Eshu se encoge de hombros, sus trenzas revolotean.

Aprieto los dientes.

—¡Esto no trata de poder, sino de protección! ¡De proteger a los orishas y a los humanos!

—Los protegeré. Cuando se postren ante mí en lugar de hacerlo ante Olodumare. Nunca los abandonaré.

Pienso en Yemayá, en Shangó y en Oyá, y en sus actos altruistas. Pienso en Kola y en el instante en que lo rescaté del mar.

—Ya lo has hecho. —Mis palabras están empapadas de dolor y de pesar—. A causa de tu envidia y tu ansia de poder, has fallado a la humanidad y a los orishas.

—Crees que lo sabes todo, pero no sabes nada. —Eshu pierde la sonrisa, embargado por la cólera, pero la recupera al vuelo y se la pega a la cara. —Deja de cuestionarme y de ponerme a prueba, Simidele. —Señala a Kehinde con el mentón—. Y tú dime dónde está el anillo y entrégame los dos.

—No. —La pequeña tiembla, pero niega con la cabeza—. Sé que no los usarás para hacer el bien.

—Ya te lo he dicho. No serán tuyos.

Kola se incorpora hasta quedar en cuclillas. Luego, con movimientos temblorosos, se levanta para plantarse a mi lado. La sangre todavía le cubre la cabeza, pero consigue mantenerse erguido.

El orisha hace un gesto despectivo. Ni siquiera nos mira, sino que tiene los ojos fijos en la grieta donde los gemelos intentan apretujarse. Kola emplea la poca energía que le queda para abalanzarse sobre Eshu proyectando la espada hacia su estómago. Raudo como un parpadeo, el orisha esquiva la hoja y le arranca el arma a Kola de un puñetazo, con un golpe tan fuerte que oigo el crujido de su mandíbula. La espada de Kola cae al suelo de piedra, donde destella a la luz de la luna mientras Eshu le rodea el cuello con una mano y lo incorpora. El orisha echa la cabeza hacia atrás mientras su sonrisa muda en una carcajada que rasga el aire circundante. Con un golpe de muñeca, arroja a Kola contra la pared, cerca de donde están los gemelos.

—¡No! —grito cuando el muchacho se desploma en un montón hecho de ángulos extraños y sangre fresca.

—¿Vuestra respuesta sigue siendo la misma? —ruge Eshu a los gemelos—. Lo desollaré y le arrancaré los huesos mientras todavía esté vivo si no me dais los anillos.

Taiwo avanza un paso retorciendo una y otra vez la banda de obsidiana que lleva en el dedo. Por su parte, Kehinde rompe en llanto y abre la boca para hablar. La sonrisa de Eshu se ensancha y yo me precipito hacia él con la daga en alto. La hoja de Yemayá destella cuando la descargo contra el corazón del orisha. Eshu se desplaza a la izquierda con agilidad, me aferra la muñeca y me estruja los huesos hasta arrancarme un grito.

—Qué piel más delicada. —Se inclina hasta situar la cara al mismo nivel que la mía—. Me apuesto algo a que sabes a sal.

Cierra los ojos y aspira. Ejerciendo más fuerza, me sujeta las dos muñecas con una mano al tiempo que me pasa el otro brazo por la cintura para atraerme hacia él. Nos balanceamos en equilibrio al borde de la plataforma. Un viento pegajoso agita trenzas y rizos por delante de nuestras caras.

—Simidele —me dice con voz melosa. Sus labios rozan mi oreja—. ¿Por qué te has enfrentado a mí cuando podrías haberme ayudado? ¿No sabías que yo podría devolverte lo que has perdido? ¿Transformarte en humana otra vez?

Me crispo y él sonríe, ahora con los labios pegados a la concha de mi oreja.

—Eso te gustaría, ¿verdad? Estar... con él.

—Kola... —susurro. Vuelvo la vista hacia el chico que yace inconsciente en el suelo.

—Os he visto juntos, me he fijado en cómo te mira. —El aliento de Eshu me hace cosquillas en la piel del cuello—. Sé lo que sientes por él. La sed que tienes de su amor.

El orisha lo vio todo cuando era Ifedayo. Me horrorizo al recordar cómo se me aceleraba el corazón con cada contacto de Kola, las miradas que yo le lanzaba, el roce de sus dedos en mi mandíbula cada vez que comprobaba el mapa en mi cabello. El calor de la vergüenza se extiende por mi pecho y más arriba cuando pienso que Eshu lo estaba presenciando todo.

Vuelvo la cabeza para ver la suave piel rojiza del pie de Kola, su planta pálida, y recuerdo el momento en que lo encontré en el mar. Yo lo salvé y él me ha salvado. Eshu no mancillará nada de eso.

El orisha sonríe mostrando toda la dentadura.

—Todavía está vivo. A duras penas.

Eshu se mueve y noto que me levanta uno de los rizos que ha escapado de mis trenzas.

—Imagina lo que te podría haber concedido. Se acabaron las frías profundidades. Adiós a los tiburones de ojos negros y vientres blancos que se mezclan con la sangre en el agua. Una vida. Juntos. Olvida lo que te dijo Yemayá. Yo podría hacerlo realidad.

Pienso en el calor del sol empapándome los huesos, la tierra bajo mis pies. Y Kola a mi lado, la suntuosidad de su piel, el sabor de su sonrisa y las arruguitas de sus ojos cuando ríe. No volveré a sentirme avergonzada. No por salvarlo y desde luego no por amarlo. Pero ¿será posible lo que dice Eshu? Vacilo un instante. ¿Podría ser humana de nuevo?

Levanto la vista a la negrura plateada de sus ojos y me obligo a

recordar aquello de lo que es capaz: prometer a las personas lo que más desean y utilizar esos deseos para obtener poder y diversión. Él no quiere ayudarme, en realidad no. Si hay un modo de que vuelva a ser humana, lo encontraré por mí misma.

—Soy sierva de Yemayá. —Inspiro hondo e intento retroceder—. Y nunca te habría ayudado.

Eshu ríe echando la cabeza hacia atrás.

—Como desees, Simidele. —Alarga la mano para aferrarme el cuello y atraerme hacia él—. Los gemelos me dirán lo que quiera ahora que me has traído a su hermano.

El sudor resbala por mi cara y mi pecho hasta empaparme la vestidura y Eshu esboza una sonrisa al tiempo que me estruja el cuello despacio. Yo le araño los gruesos dedos, tensos contra mi piel. Los bordes de mi campo visual empiezan a tornarse negros, estrellitas brillantes centellean y se agrandan.

—¡Espera! —pido con voz estrangulada. Inspiro hondo cuando el orisha afloja la presión un instante—. ¿Y si te dijera que sé dónde está el anillo? —Las palabras surgen a duras penas de mi garganta desgarrada—. Kehinde no lo sabe en realidad. Pero yo sí.

—¿Qué quieres decir? —La luna surge por detrás de las nubes y se cierne sobre nosotros bañando la azotea de una luz misteriosa. La mitad del rostro de Eshu está iluminado, la otra mitad envuelta en sombras. Se inclina tanto hacia mí que sus labios casi rozan los míos —. ¿Dónde está? —gruñe.

—Kehinde lo tiró al mar. No podía decirte dónde estaba exactamente, por más que insistieses. Pero yo sé adónde fue a parar y quién lo tiene ahora.

Eshu vuelve la vista hacia la niña, que ahora acuna la cabeza de Kola en el regazo.

—¿Es verdad?

Kehinde asiente y sus ojos brillan cuando rodea a su hermano con los brazos.

—Lo tiré a las profundidades mientras nos traías hacia aquí.

—Te diré dónde está... —le propongo— si eres capaz de resolver mi acertijo.

Percibo la sorpresa en los ojos del orisha antes de que eche la cabeza hacia atrás para soltar una carcajada que atruena en la azotea.

—¿De qué te ríes? —le pregunto al tiempo que me zafo de su mano en mi cuello. Me suelta, pero me aferra el brazo—. Quieres el anillo y yo sé dónde está. ¿No será que temes no ser capaz de resolver mi acertijo? ¿Te da miedo que pueda engañarte?

Eshu se yergue y frunce el ceño a la vez que me mira con displicencia.

—Soy Eshu, el gran embaucador. No hay acertijo que se me resista. —Afloja la presión de la mano cuando se interrumpe. Mi cuerpo sigue pegado al borde de la plataforma—. Muy bien, Simidele. —Ahora esboza una sonrisa tensa—. Adelante, participaré en tu jueguecito.

Sabía que no podría resistirse. Pienso en los patrones repetitivos que se entrelazan con la cultura de nuestras tierras. Los trenzados decorativos de nuestro cabello, los dibujos de nuestras telas, los caminos y las moradas de nuestras ciudades. Iguales, pero de tamaños distintos, reiterados una y otra vez. Me humedezco los resecos labios con la lengua y levanto la cabeza para encararme con él.

—El sentido de mi existencia es que me encuentres, pero no me puedes explorar hasta el final. —Aspiro otro soplo de aliento entrecortado—. Nunca dejo de cambiar, pero siempre nazco igual. Algunos dicen que solo yo conduzco a Olodumare. —Miro fijamente a Eshu, sintiendo la fuerza de mis palabras—. ¿Qué soy?

—¿Piensas que vas a enredarme con este acertijo? —Eshu se ríe en mi cara y yo me encojo para escapar de su fétido aliento. Se desplaza. Ahora sus pies están pegados al borde de la azotea—. He viajado por todo el mundo, Mami Wata. Conozco los mares más fríos, el mordisco gélido de sus aguas, los barcos que se hacen añicos en sus heladas profundidades. He visto las bóvedas de bosques vastos como océanos. He representado las estrellas del firmamento y he asimilado conocimientos con los que la mayoría solo podrían soñar. —El orisha me atrae hacia él. Sus labios casi rozan los míos—. A mí no me puedes engañar.

—Pues contesta. ¿O acaso no sabes la respuesta? —pregunto.

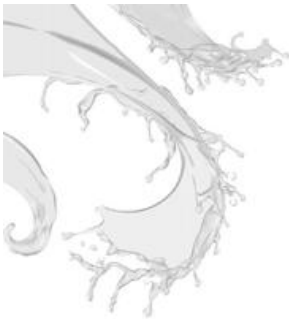
Eshu me mira entornando los ojos.

—Sé más de lo que tú sabrás nunca. Pero te complaceré. Los juegos son la parte divertida. —Sonríe y me vuelve a estrujar con fuerza—. Los grandes matemáticos de estas tierras me transmitieron todo lo que saben y ahí se encuentra tu respuesta. Nuestro mundo está repleto de patrones repetitivos que descubrimos en la naturaleza y que creamos. —El mar ruge allá abajo y su llamada me alienta—. Y, si bien las formas pueden cambiar, en cuanto que se repiten, siempre son las mismas. De ahí que gentes de estas tierras diseñen las ciudades como lo hacen, de ahí que usen ciertos motivos para su arte, su cabello. Los patrones de la vida están en todas partes y son interminables. Y, a causa de ello, tan solo existe un camino verdadero que conduce a Olodumare.

—Entonces, ¿esa es tu respuesta? —pregunto. La sangre late en mis venas a toda potencia. El corazón me martillea el pecho una vez más.

—Soy el infinito —dice Eshu con una sonrisa de suficiencia grabada en su piel color medianoche—. No tengo fin.

Echa la cabeza hacia atrás, su risa profunda resuena en la azotea y es entonces cuando paso a la acción. Abalanzándome hacia delante, le rodeo el cuello con los brazos y lo arrastro al borde del abismo, bajo el cual aguarda el mar.



CAPÍTULO VEINTISÉIS

Estoy de pie al otro lado del parapeto, aferrada al barco con las yemas de los dedos, los pies colgando sobre la curva del casco. El sol del amanecer, ardiente en la línea del horizonte, se eleva entre explosiones de luz rosa y oro. Cierro los ojos un instante y noto el frescor de la brisa matutina que azota mi cabello, nubes negras que se elevan en torno a mi cara.

Los oyinbos se acercan a mí, pero son cautos esta vez. Todavía exhiben las marcas ensangrentadas que les he grabado en la piel. Sé lo que les han hecho a los demás. A los enfermos y a los desobedientes. Los arrojan al mar, donde las cadenas y las corrientes los arrastran al fondo.

Como si no fueran nada.

Gruñendo, tuerzo el cuerpo para esquivar sus manos y elevo una oración a Yemayá al tiempo que abro los brazos hacia las olas que se arrastran a mis pies. La luz titila entre la espuma blanca, el mar me invita.

No les permitiré que me arrojen al mar.

Salto.

El agua estalla a mi alrededor, las burbujas ascienden según me hundo bajo el barco mientras pienso que regresaré a Olodumare. El agua me llena la boca, las fosas nasales, se cuela en mis pulmones. Pateo en la negrura azul de las profundidades. No puedo evitar que el terror me inunde una vez más, amenazando con devorarme.

En lugar de dejarme llevar por el pánico, pienso en Yemayá. En su amor por nosotros, sus hijos.

Corren rumores de que nos sigue.

A las personas robadas.

Vendidas.

Capturadas.

Dicen que llora por nosotros y que sus lágrimas agregan sal al mar mientras murmura oraciones de consuelo. Algunos están seguros de que hundirá el barco y nos liberará mientras que otros imploran sus bendiciones.

Yo no sé qué creer, pero sé que estar debajo del barco es mejor que estar encima. Cuando los últimos restos de aire abandonan mis pulmones, atisbo algo que reluce

incluso en las honduras del mar. Parpadeo. Las corrientes se deslizan alrededor y yo busco esa luz con la mirada hasta que atisbo unas escamas que centellean entre el azul. Un fulgor turquesa e índigo. Piel oscura y rizos negros. El brillo lechoso de las perlas y el oro blanco.

Yemayá.

Apenas tengo fuerzas para hacer nada más que agrandar los ojos cuando ella se acerca nadando entre las sombras que me nublan los ojos, y la plata de sus iris compite con las estrellas que destellan y estallan en mi vista.

Mi orisha ancestral. Presente en mi nacimiento y ahora en mi muerte.

Noto que mi corazón empieza a apagarse y Yemayá me atrae hacia su cuerpo susurrando que siempre ha estado ahí. Su piel se me antoja cálida frente a la frialdad del mar cuando me habla de una tarea, una misión, y me da a elegir. No tengo ni que pensarlo, pues haría cualquier cosa por ella. Asiento y la negrura se expande ante mis ojos.

Y entonces se me despeja el pecho. Ya no necesito respirar. Percibo una comezón en las piernas cuando las escamas se abren paso, del mismo color que el cielo rosado al amanecer. El dolor me envuelve y me arranca un grito en el agua, se me desorbitan los ojos y mis dedos parecen garras cuando se aferran a Yemayá. Ella pronuncia susurros de amor, fuerza y valor, y yo la escucho. Los huesos de mis extremidades estallan en crujidos, los muslos y las pantorrillas se fusionan instantes antes de que las sacudidas de la cola corten el agua oscura.

Cuando el proceso termina, Yemayá me desliza una cadena dorada por la cabeza. El collar lleva un colgante, un zafiro del color del mar y el cielo en un día perfecto. La orisha murmura las palabras que debo pronunciar para bendecir las almas de aquellos cuyo asesinato ocultaría el mar en otras circunstancias. Me habla de la carga, pero también de la dicha de mostrarles el camino hasta Olodumare.

El mar y sus olas me envuelven y me acunan.

Soy Simidele, «sígueme a casa».

Mis dedos continúan anclados en la carne de Eshu mientras caemos, y la persona que era y la que soy laten en mi mente.

Lo llevaré a casa conmigo. Al mar, que se lo tragará entero.

Soy algo más que recuerdos.

Soy más.

El rugido del orisha solo sirve para que lo aferre con más fuerza. Los gritos de Eshu se mezclan con el aullido del viento cuando dejamos atrás las rocas negras y escabrosas bajo la luz de la luna.

En el instante en que nos estrellamos entre las olas, el frío me quita el aliento hasta que aparecen mis escamas y las piernas se

fusionan en una cola poderosa cuyo abanico dorado divide el agua. El borde serrado de una roca me araña el brazo, pero la herida sana antes de que llegue a sangrar. Eshu no tiene tanta suerte. Las olas lo azotan contra otra roca y veo el brillo del miedo en su mirada. Forcejea para liberarse de mi abrazo y lo suelto mientras acojo mi transformación, acompañada de la misma fuerza que el mar siempre me aporta.

Eshu se vuelve hacia mí e intenta alcanzarme con su arma, pero el espesor del agua ralentiza la hoja y yo me río al tiempo que esquivo el filo de obsidiana con facilidad antes de arrebatárselo con un golpe de cola. Él vuelve a rugir, pero se detiene cuando el agua le llena la boca y se apodera de sus pulmones. Yo me abalanzo sobre el orisha, le aferro el tobillo y me sumerjo para que los dos dejemos atrás el cielo de medianoche. Eshu gira y me rodea el cuello con las manos, estruja mi carne fría. Sonriendo, a pesar de que me ahogo, lo arrastro conmigo a las zonas más oscuras del mar. El orisha tuerce el gesto y clava los ojos en los míos, todavía aferrado a mi cuello. Nuestros cuerpos levantan arcos de limo cada vez que rozan el lecho marino; nubes pálidas ascienden a nuestro alrededor. Acerco las manos a sus nudillos, pero no forcejeo y la victoria le ilumina los ojos cuando le acaricio los dedos. Las estrellas que centellean ante mis ojos florecen y desaparecen como los soles que mueren en el firmamento muy por encima de nosotros. Me las arreglo para mover los labios a pesar del dolor y despego las manos de sus puños para desplegarlas en el agua con las palmas hacia arriba a la vez que parpadeo despacio.

—*Venid. Enroscaos. Venid.*

Retorciendo su carne oscura, las anguilas abandonan sus oscuros escondrijos rocosos. Eshu no se percata de que los animales surcan las aguas hasta que sus cuerpos le rodean las muñecas en sinuosos arcos, hasta que largas cintas de espinas le rozan la piel. Arrancan sus manos de mi cuello.

—*Morded.*

La boca del orisha muda en una cavidad tortuosa cuando las anguilas se prenden a sus manos y sus dientes finos como agujas le perforan la piel igual que cuchillos afilados. Liberada, retrocedo en el agua. Más anguilas acuden contoneándose para envolverle las piernas y los brazos. Eshu forcejea con una expresión aterrada en los ojos.

De entre las tensas ondulaciones de mi pelo, extraigo la perla negra que me fue entregada. La superficie es suave como la seda, la magia late en la iridiscencia nacarada de su capa exterior. Cuando la suelto, desciende hacia el fondo del mar. Yo nado de vuelta hacia Eshu. La satisfacción me embarga, más grande aún si cabe cuando pienso en lo que les ha hecho a los gemelos, en lo que le ha hecho a

Kola. Kola. Mi pensamiento regresa a su cuerpo desmadejado en el suelo entre sus hermanos.

Sé que solamente otro orisha puede someter plenamente a Eshu, pero eso no me detiene. Me abalanzo sobre él rugiendo y, sujetándole la cara, extraigo la hoja dorada de mi daga. Visualizo las profundas cicatrices que le infligió a Yemayá usando a Olodumare como excusa.

Tres cortes profundos en cada mejilla.

La expresión palpable de su codicia y su ansia de poder.

Hay violencia y venganza en mi sangre cuando descargo la hoja sobre él. El oro de la daga destella en el agua y Eshu grita al notar el metal en la carne de las mejillas, un corte profundo en cada lado. Su dolor es un bálsamo para mi furia, pero no basta. Cuando retiro la hoja, mientras la sangre caracolea y se anuda en gestos casi reverenciales entre los dos, el orisha consigue arrancarse las anguilas del brazo derecho. Arañando su propia piel, recupera el otro brazo y se da la vuelta, no hacia mí, sino hacia la superficie, ávido de aire y de luz de luna. Le dejo ascender pateando, nadando entre rastros de su propia sangre, pero lo sigo hasta que su cabeza está a punto de dividir las olas y entonces le aferro el tobillo tirando con todas mis fuerzas para arrastrarlo lejos del mundo al que pugna por emerger.

Eshu no vuelve a gritar. Su pecho acusa la falta de aire mientras lo arrastro hacia abajo y él alarga las manazas hacia la superficie rodeado por sus propias trenzas, que flotan delgadas en el agua. Con un esfuerzo sobrehumano, aferra mi cuello una vez más y clava el pulgar en la suavidad de mi garganta. El orisha no oye el tintineo de las cadenas ni ve el resplandor dorado que centellea en el mar cuando una sombra se cierne sobre él. Solo yo veo el brillo de las perlas negras, los gruesos eslabones de la cadena que ha resistido más de un milenio. Sonrío a través del agua teñida de sangre.

Olokún acecha a espaldas de Eshu y su cola es un rizo avieso que fluctúa en las profundidades mientras espera con las cadenas enrolladas a los enormes puños. La corriente atrapa mi cabello, y las trenzas ondulantes, flotando sobre mi cabeza y ojos, enmarcan a Olokún cuando enarbola el metal. Su mirada conecta con la mía y consigo asentir brevemente justo antes de que el orisha rodee el cuello de Eshu con el arco dorado de sus cadenas. Con un fuerte tirón, Olokún atrae al orisha hacia atrás y procede a ceñir con lazadas doradas el voluminoso cuerpo que acaba de atrapar.

—Esto es por todas las veces que no transmitiste mis mensajes. —La voz vibrante de Olukún late a través de las profundidades. Eshu intenta darse la vuelta en el agua, pero Olokún estira con más fuerza y lo retiene en suspensión—. Y por todas las veces que intentaste hacerte con los poderes del mar a base de engaños, burlándote de mi

castigo cuando no me sometía a tus deseos. —Añade una vuelta de cadena más al cuello de Eshu—. Y por Yemayá. Pudiendo interceder por ella, preferiste infligirle un castigo a la altura de tu propia insatisfacción.

Libre de las garras de Eshu, nado a su alrededor con la elegancia que me aporta la dicha.

—Habéis venido —le digo a Olokún, que está encorvado sobre Eshu, dos veces más grande y con su capa de perlas ondeando en el agua.

Olokún asiente y alarga una mano a la vez que tensa la cadena con la otra. La perla negra que he soltado en el agua se posa en su mano arrugada.

—Tú me has invocado.

Susurra algo al oído de Eshu. El orisha suelta un jadeo y deja de hacer esfuerzos para tomar aliento. Ya puede respirar en el agua cuando se vuelve a mirarme con un gesto rebosante de maldad.

—Lo amarraré al fondo del mar hasta que Olodumare lo considere oportuno.

—¿Y el anillo? —pregunto mientras Olokún se yergue sobre mí. El orisha me prometió ayudarme, así como entregarme el anillo que había encontrado, pero nunca me lo enseñó y ahora un resquicio de duda resquebraja mi certeza.

Se inclina hacia mí, proyectando un aliento hecho de sal, limo y el helor de las profundidades.

—Toma.

Un oscuro anillo de obsidiana cae en mi mano expectante. Cierro los dedos temblando de alivio y nado hacia atrás mientras Eshu patea en mi dirección. Sus ojos están muy abiertos, incandescentes de rabia fría.

Me impulso todavía más lejos de su alcance con el corazón atronando en las costillas, atenazado por la presión de las profundidades y el trato que hice con Olokún. Me vuelvo a mirar a Eshu. La cola de Olokún se riza en torno a las piernas del orisha, cuyos ojos relucen plateados entre la negrura. Envolviendo el cuerpo de Eshu, las gruesas cadenas doradas le sujetan los brazos contra los costados mientras que la tensión ejercida por Olokún sobre los eslabones impide que se desplace. Contemplo los músculos relucientes del orisha de las profundidades, la carne estremecida de fuerza y poder.

—Cumpliré mi promesa. —Me inclino ante Olokún llevándome la mano que sostiene el anillo al pecho, pegada al corazón.

La deidad asiente y sonríe dejando a la vista los enormes picos de marfil de su dentadura.

—¿Estás segura? —pregunta mientras se dispone a arrastrar a Eshu a profundidades aún más insondables.

El pesar se cuela en la sangre que corre por mis venas, pero lo contengo y lo entierro muy adentro.

—Sí —respondo con voz queda antes de dar media vuelta para empezar a ascender hacia la luz de la luna que se derrama sobre las olas—. Así se hará.

La orilla está cuajada de rocas y olas destempladas que amenazan con arrastrarme de vuelta al mar. Temblando, repto a la tierra y arqueo la espalda cuando, bajo la suave luz de la luna, mis huesos reaparecen transformando mi cuerpo una vez más. Un arco tosco en las rocas me conduce al fondo de una escalera negra de caracol que es la continuación de la que he subido hace un rato. Mis pies trastabillan con cada paso que doy entre los resuellos quebrados de mi garganta desgarrada. Deteniéndome, me llevo una mano a la piel dolorida. Debería haberme quedado más rato en el agua para darle tiempo a recuperarse, pero solo podía pensar en Kola.

Kola. El recuerdo de sus heridas me da fuerzas para seguir cojeando escaleras arriba e intento pasar por alto el dolor que siento en los pies y en el corazón. Hay manchas de sangre en la pared conforme voy ascendiendo y solo de verlas me mareo.

—¡Simi! —exclama Kehinde cuando entro tambaleándome en la azotea. Se despega de su hermano de un salto para correr hacia mí y deslizar sus manitas por mis costillas en un abrazo.

Vuelvo la vista hacia Kola. Piel oscura y labios suaves. Prietos caracoles de cabello. Las pálidas palmas de sus manos vueltas hacia el cielo. Sangre y verdugones por todo el cuerpo, un pecho que asciende y desciende con movimientos ínfimos.

—Kola —musito.

Consigue volver la cabeza, que apenas muestra un resquicio de sus pupilas. Me desplomo de rodillas y le tomo la mano laxa para envolverla con las mías. Ahora mis lágrimas fluyen a su antojo. Hay sangre a su lado. Demasiada. Mana por la piel que le cubre las costillas y empapa el vendaje improvisado con su vestidura. Me miro las manos; también están llenas de sangre, líneas de color rojo oscuro grabadas en las palmas.

—Kola —vuelvo a susurrar mientras me inclino hacia él para respirar su aroma.

Decir su nombre no impide que el calor abandone su mirada. No

impide que su débil sonrisa desfallezca.

No digo más. No puedo. El rostro de Kola es un gesto mustio y flácido, los ojos entrecerrados, las manos todavía abiertas, el pecho inmóvil. Miro sus dedos y lo recuerdo aplicándome lechuga silvestre en la planta de los pies. La suavidad de su tacto.

Posando la cabeza del muchacho en mi regazo, levanto la cara al negro firmamento y me trago el gemido desgarrado que se acumula en mi pecho. Le acaricio los rizos y, con una suave presión, le cierro los ojos demorándome en la suavidad de sus pestañas contra mi piel.

Y entonces la veo. El alma de Kola. Un centelleo plateado surcado de oro puro. Un bucle que abandona su cuerpo y flota en el aire nocturno, justo encima de su pecho.

CAPÍTULO VEINTISIETE

—¡No!

Sacudo la cabeza con fuerza, porque no quiero verla, por más que sea pura y hermosa, igual que Kola.

Elevo las manos hacia su alma, como para acunarla, para acunarlo a él, pero sé que mi carne no podría albergarla. Podría introducir su esencia en el zafiro de mi collar y conservarla. De ese modo lo llevaría siempre conmigo. Pero sé que no lo haré, que no estaría bien.

Yemayá lo bendecirá y volverá a casa.

Tomando un aliento trémulo, me seco las lágrimas y alargo la mano hacia la reluciente espiral de su alma. Cuando las yemas de mis dedos rozan las cintas doradas, cierro los ojos, envuelta en imágenes de Kola.

Está sentado en el regazo de su padre durante el bautizo de sus hermanos, una semana después del nacimiento. Kola se siente orgulloso de haber ayudado a su padre a escoger los nombres de los recién nacidos: Taiwo, «el primero en saborear el mundo», y Kehinde, «la segunda en nacer». Y luego está en el barco que le ha regalado su padre. Es más grande que cualquier otro en el que haya navegado, pero no tiene miedo. Su expresión es franca, la sonrisa inmensa, las amplias mejillas vueltas a un sol ardiente. Bem y Yinka están con él y ríen azotados por la fuerte brisa marina. Yo sonrío, pero el último recuerdo me corta el aliento y me estremece el corazón. Estoy de pie delante de Kola en la cubierta del barco, con los ojos marrones entornados tras la transformación, pero para él resplandecen de coraje. Recuerdo que, en aquel momento, me preocupaba que los demás me tuvieran miedo, que temieran mis escamas, mi pelo enredado después de nadar en las profundidades, pero a sus ojos soy mucho más que eso.

Más que una Mami Wata.

Más que una muchacha.

—No —gimo e intento retener su alma, aunque las imágenes empiezan a desvanecerse, empapando mi mente del amor que

emanan.

El zafiro de mi collar resplandece y su luz brilla en la oscuridad. Tengo que pronunciar la oración para recoger su alma, pero titubeo, porque quiero demorarme en sus recuerdos, sentir su alegría, conservarla. Y entonces noto el tacto del anillo en la otra mano. Abro los dedos. El círculo de obsidiana desprende calor. Vuelvo a oír las palabras del babalawo. Un poder amplificado. La prosperidad y la vida de los gemelos extendidas hasta Oko, a sus tierras y a la salud de sus gentes.

—Kehinde, ven aquí. —Le pido a la niña que se acerque y tomo su mano derecha. Le deslizo el anillo, que se le ajusta a la perfección—. ¿Lo notas? ¿Sabes usarlo?

Cuando Kehinde me mira, veo la plata que salpica sus ojos.

—Lo intentaré. Lo intentaremos. —Se vuelve a mirar a Taiwo. Juntos avanzan hacia su hermano y se agachan, uno a cada lado. Los niños despliegan las manos sobre el pecho del muchacho y cierran los ojos. Entre sus dedos resplandecen los anillos negros.

El alma de Kola permanece en suspenso, reluciente y hermosa.

—Quédate —susurro. Mis ojos revolotean entre su rostro y su alma—. Vive.

Empiezo a susurrar fragmentos de oraciones, recuerdos y mis propias plegarias esperanzadas.

Mis brazos alrededor de su tórax mientras los tiburones nos acechaban.

Su fe en mí.

Los labios de los gemelos se mueven, pero no oigo lo que dicen. Mantienen las manitas sobre el pecho de su hermano, con los dedos en contacto y los anillos proyectando una luz dorada que late con cada palabra.

La sensación de sus dedos en la mejilla cuando me tuerce la cara para revisar el mapa de mi pelo.

El suave tacto de sus manos mientras me examina los pies.

El zafiro se calienta en mi cuello y, cuando me inclino hacia Kola, su pálido fulgor azul se refleja en su rostro. El alma tiembla. La esencia de Kola desciende hacia su cuerpo. Un rizo que gira hasta deslizarse al interior de su pecho.

Bendito seas.

Vuelve.

Los gemelos aguardan y sus voces se acallan cuando el cuerpo de Kola se agita una vez, dos, bajo sus manos. Las joyas se apagan y yo contengo el aliento, escudriñando su rostro, el dibujo de sus mejillas y sus labios separados. Por favor, pienso, inclinándome hacia él.

Vuelve con nosotros.

Kola no reacciona. Su pecho permanece inmóvil. Poso la mano en su cara y la deslizo con delicadeza hacia sus labios derramando lágrimas que se precipitan sobre su piel.

Vuelve conmigo.

Me agacho y poso la cabeza sobre su pecho, aterida del mar, del viento y de la pérdida. Lloro con un gesto amargo y sigo pegada a su carne cuando el tórax se desplaza. Una vez y luego otra. El aire entra en sus pulmones. Apartándome de él, veo a Kola doblar los dedos y jadear antes de abrir los ojos.

Inspiro hondo el aire de la mañana, dando las gracias por el sol que sale y derrama rubor sobre un mar, que se tiñe de azul poco a poco para reflejar un día radiante.

Seguimos en la azotea del palacio de Eshu. Kola descansa entre Kehinde y Taiwo, recuperando fuerzas. Cada uno de los gemelos me tiende un anillo. Nadie habla.

El destino de mi viaje siempre fue este instante y ahora descubro que una pequeña parte de mí desearía que no me hubiera llevado hasta aquí. Miró brevemente a Kola. Su mirada marrón busca la mía y la inclinación de su cabeza, la pequeña sonrisa que esboza me ayuda a enderezar la espalda. Lo que hice, salvarlo, me nació del corazón, de no ser capaz de quedarme mirando cómo moría una persona. Olodumare lo comprenderá, lo sabrá.

Eso espero.

Temblando, me deslizo los anillos en el dedo anular de cada mano. Descansan bajo los nudillos oscuros, resplandeciendo y absorbiendo los primeros rayos del sol. La ausencia de techo me hace sentir más cerca del cielo, es el emplazamiento ideal para invocar a Olodumare. Me desplazo hasta el borde de la plataforma y noto el frío de las piedras bajo los pies y el tacto de los anillos, que proyectan calor por todo mi cuerpo. Evoco la plegaria que Yemayá me enseñó. Elevo la cara al sol naciente y las palabras surgen de mis labios.

—Mo pè yín Olodumare. Jọ̀wọ́, gbọ́ àdúrà mi, wo ìwúlò mi láti dáhùn ìpè mi.

Me detengo un instante y entrecierro los ojos para protegerme de la luminosidad de la mañana antes de repetirla.

—Yo te invoco, Olodumare. Te ruego que escuches mi plegaria, que entiendas lo que necesito y respondas a mi llamada.

Los anillos se calientan. Cuando miro mis dedos desplegados, veo círculos de oro que se tornan cada vez más resplandecientes hasta que eclipsan mis manos, ocultan mis brazos y me envuelven por completo.

Y entonces no hay arriba ni abajo, ni derecha ni izquierda, tan solo luz cegadora. El amor me inunda y se proyecta a través de la sonrisa que sin duda descubriría en mi rostro si pudiera verme desde fuera.

—Perdóname —susurro—. Por salvar a Kola. Por desobedecer tu mandato.

Las palabras son sencillas, pero no tengo nada más. Tan solo esas frases acompañadas de un estremecimiento y de una esperanza incipiente que crece por momentos.

Un repentino pulso de energía empieza a girar en mi mente hasta desbordarla y empaparme de una paz inabarcable. No hay voz a la que responder, no hay palabras que lo expliquen, pero no son necesarias.

Me lo ha mostrado.

Las imágenes se despliegan en mi mente. Soy una niña que elige ñames en el mercado y ayuda a su madre a cocinarlos. Mi padre, sentado conmigo, se vale de un juego de ayoayo para enseñarme los números. La historia de la creación que cuenta mi madre envuelta en su vestimenta con dibujos de estrellas. La presión de sus cuerpos, uno a cada lado, cuando me duermo escuchándolos hablar.

Su amor por mí y el mío por ellos me empapa y fluye hasta los días que pasé en el barco, el peso de las cadenas, el hedor de la desgracia y del dolor pegados a mi garganta. Olodumare me enseña imágenes de los que volvieron a casa y en paz. De aquellos que recorrieron a solas el trayecto y de otros que fueron acompañados y bendecidos por las Mami Wata. Me veo a mí misma. Arrastrando a Kola por el mar, con ojos desesperados, el corazón rebosante de virtud. La gratitud de Olodumare me envuelve ahora y me arropa con las bendiciones y el perdón que ansío.

Por todo lo que Yemayá y las Mami Wata hemos hecho.

Por todo lo que yo hice.

Cuando la luz se apaga, abro los ojos a la limpia frescura de un nuevo día y respiro ya sin trabas. La rabia ha desaparecido, remplazada por una paz reconfortante que se posa en mi interior.

—¿Simi?

Me vuelvo a mirar a Kola y una sonrisa aflora a mis labios. Por un momento soy incapaz de hablar, pero él ve la luz de mis ojos y también se ilumina. A su lado, Kehinde y Taiwo sonríen y, caminando hacia ellos, les tiendo una mano a cada uno. Retiran los anillos de mis dedos y los devuelven a los suyos, donde deben estar.

—Está hecho —susurro en un tono sobrecogido.

—¿Qué ha sido de Eshu? —pregunta Kola—. ¿Está...?

—Amarrado. Por Olokún, en el fondo del mar.

—¿Cómo ha sido? Quiero decir, ¿qué hiciste para que te ayudara?

Medito qué palabras voy a pronunciar a continuación. Incapaz o quizá reacia a contarle más, adopto el mismo tono de voz para no delatarme.

—Mentí. Lo siento —añado a toda prisa—. Lo encontré, la noche que partí en su busca. Al principio pensé que quizá nos iba a decir algo que nos ayudase, algo que pudiéramos aprovechar. —Apoyo las manos en mis rodillas—. Olokún estaba furioso. Me contó que Eshu se negaba a transmitir sus mensajes a Olodumare. Le pedí ayuda y accedió.

—Pero ¿qué te pidió a cambio?

Kola frunce el ceño cuando se sienta despacio, todavía dolorido, a pesar de que su cuerpo se recupera rápidamente con la ayuda de los gemelos.

—Me entregó una perla para que pudiera invocarlo, pero me dijo que no lo contara. —Evito la pregunta anterior y mis ojos revolotean por la azotea en lugar de mirar a Kola—. Que no confiara en nadie.

—Y tenía razón —asiente él cuando le dedico una mirada efímera —. Imagina que nos hubieras hablado del encuentro mientras Ifedayo estaba con nosotros.

Me estremezco y me froto la piel helada de los brazos.

—Acordamos que lo invocaría tan pronto como hubiera arrastrado a Eshu al mar y que él lo encadenaría y lo amarraría a las profundidades. A saber qué mensajes se habrá callado Eshu o —me recorre un escalofrío al acordarme de Yemayá— qué habrá hecho en nombre del creador supremo. Olokún se lo entregará a Olodumare, que procederá del modo que crea conveniente.

—Y Olokún, ¿qué te pidió a cambio? —insiste Kola con un brillo perspicaz en los ojos. Su manera de mirarme me parte el corazón. Quiero sentarme con él, entrelazar los dedos con los suyos, refugiarme en su calor, en su consuelo.

Pero sé que no puedo.

—Le hice una promesa.

—¿Qué? —pregunta Kola, cuyos ojos destellan de terror. Cuando se levanta, el dolor le arranca un soplido—. ¿Qué prometiste?

Está plantado ante mí y yo contemplo el tono castaño y limpio de su mirada. El hoyuelo que se le dibuja sobre la ceja casi se pierde entre los frunces de preocupación. Se lo acaricio con delicadeza.

—Eshu tenía razón al decir que no podríamos estar juntos. Lo siento, debería habértelo dicho antes. —Me interrumpo para respirar hondo—. Pero al menos así estás a salvo. Y los gemelos y Oko.

—Simi, ¿qué has hecho?

Kola desliza las manos por mis brazos y me estrecha cuando no respondo.

Me quedo callada un momento, contemplando la forma de sus labios, los ángulos de sus pómulos, para grabarlo todo en mi memoria.

—Dímelo —exige con la voz rota.

Me despego de Kola, que tensa los dedos un instante antes de soltarme. El espacio entre los dos ya me parece inmenso, pero me alejo aún más hacia el borde de la plataforma y observo las olas de crestas blancas. Al fondo, las aguas se agitan sobre la base de negras rocas, pero mar adentro reina la calma. Una serenidad engañosa. Gigantescas corrientes ascienden y descienden bajo el sol de la mañana, cuya suave luz motea la superficie. Me vuelvo a mirar a Kola. A mi espalda, el sol naciente baña el mundo con el fulgor del nuevo día.

—Accedí a acompañar a Olokún en la soledad que afronta, a compartir la carga que soporta. —Anclando los ojos en los del muchacho, levanto la barbilla—. Prometí ir a vivir con él en el reino de los muertos.

La mirada de Kola se agranda. Avanza hacia mí al tiempo que yo retrocedo otro paso, notando el ardor de las plantas en la tierra fría.

—Te marchas —constata y se detiene. Tan cerca que podría tocarlo.

No es una pregunta, pero sé que espera una respuesta.

—Soy una hija del mar. Lo sabes. —Me gustaría hablar en tono suave, pero no lo hago—. Y es la única manera. Sin la ayuda de Olokún, no habríamos sido capaces de vencer a Eshu.

—Podríamos haberlo intentado...

Hago un movimiento negativo con la cabeza.

—No. —Ya me costó suficiente aceptar el sacrificio—. No teníamos opción.

Nos quedamos un momento el silencio. Percibo un temblor nervioso en la mandíbula de Kola y me gustaría acariciársela, borrar la furia de sus facciones, pero no me lo permito. Se desliza una mano por la cara y suspira con sentimiento, encorvando los hombros.

—Servir a Olokún será un honor —digo, pero las palabras me suenan falsas incluso a mí.

Cuando Kola me mira, lo hace a través del brillo de las lágrimas. Giro el cuerpo hacia las furiosas olas, me niego a parpadear. No quiero llorar. Él me tiende las manos cuando me doy la vuelta, pero lo fulmino con la mirada, cerrando los puños, y se detiene. Sus manos se quedan suspendidas entre los dos. Quiero decirle a Kola que no me lo ponga aún más difícil. Que no hay nada que ansíe tanto como quedarme a su lado.

Sin embargo, él y yo no somos iguales.

Nunca lo seremos.

Las palabras se me traban en la garganta y me limito a negar con la cabeza mientras me vuelvo hacia el sol de la mañana. Deseo que Kola no me acaricie porque, si lo hace, tal vez no sea capaz de marcharme. Me concentro en el agua, en las olas coronadas de espuma blanca que se proyectan hacia la costa. Se me escapa una lágrima cuando titubeo al borde de la plataforma.

—Simi, espera...

Cierro los ojos al notar el roce de los dedos de Kola en la espalda y entonces me dejo caer. Las lágrimas fluyen por fin mientras surco el aire salobre y, cuando abro los ojos, ya estoy dentro del gélido mar, que se las lleva.

Nota de la autora

Cuando tenía seis años, mi cuento favorito era *La Sirenita*, de Hans Christian Andersen. Estaba obsesionada con el palacio del fondo del mar y con la magia y el misterio que emanaba el mundo de la pequeña sirena. Recuerdo que leía el libro una y otra vez, observaba las ilustraciones e intentaba convencerme de que era real. Y si bien no me identificaba con la protagonista, yo también quería ser una sirena.

Los referentes importan. Es un hecho constatado que los lectores se sienten más atraídos por aquellos relatos con cuyos personajes se identifican. Lo he comprobado leyendo cuentos a mis hijos, a mis alumnos y a través de mi propia experiencia lectora. En consecuencia, como escritora, tengo este aspecto muy en cuenta en mis historias. En 2017 empecé a investigar sobre las sirenas negras y me enamoré de ellas al instante. Al poco me topé con las Mami Wata (madres del agua). Se suele creer que Mami Wata es una diosa, pero en realidad el nombre se aplica a un grupo de espíritus y deidades africanas del agua. Yo decidí centrarme en Yemayá, a la que se suele describir como una mujer negra con cola de pez, y que es una deidad yoruba de la religión ifá, considerada la madre suprema y aquella que dio a luz a las aguas del mundo.

La piel de las sirenas está ambientada a mediados del siglo XV, cuando los portugueses empezaron a secuestrar primero y a comprar después africanos occidentales para llevárselos a Europa y a las islas colonizadas. Según la tradición, Yemayá siguió a las primeras personas que fueron robadas de las costas de África Occidental para

esclavizarlas. La leyenda perduró cuando el comercio de esclavos se expandió hasta el otro lado del Atlántico y los relatos sobre Yemayá se propagaron a lo largo de toda la diáspora africana.

Al margen del papel de Yemayá en la religión ifá, hay historias que hablan del consuelo que la deidad procuraba a los africanos cuando se encontraban en los barcos esclavistas. Algunas cuentan que Yemayá hundía los navíos, otras dicen que llevaba de vuelta a casa a las almas de los que fallecían en el mar. Fue esta última idea la que me inspiró. ¿Y si hubiera creado a otras Mami Wata para que la ayudaran? ¿Y si una de ellas fuera una adolescente que había salvado una vida? Simidele, cuyo nombre significa «sígueme a casa», acababa de nacer.

La mitología africana constituye una parte fundamental de esta novela. Descubrir el folclore en torno a los seres feéricos senegaleses, la versión africana del unicornio, los metamorfos bultungin del imperio Kanem-Bornu y el monstruo del río, el ninki nanka, no hizo sino acrecentar mi motivación. Dioses, diosas, sirenas y otras criaturas negras, letales o esplendorosas... y todas de origen africano. Crear una historia que mezclara todo eso con los hechos históricos de África Occidental se convirtió en una obsesión apasionante.

La historia del África negra no comienza con la esclavitud. En mi opinión, un aspecto importante de *La piel de las sirenas* es la descripción positiva que propone de los conocimientos, la cultura y la historia del África antigua, que a menudo se tildan incorrecta e insidiosamente de primitivos. Un ejemplo de ello, que aumentó mi obsesión aún más si cabe, es el uso consciente y deliberado de los fractales (patrones repetitivos) en los peinados, el arte, la ropa y la arquitectura por todo el continente. Ron Eglash, un etnomatemático, señaló que los europeos, cuando veían esas formas, las consideraban caóticas y en consecuencia primitivas. No se les pasó por la cabeza que los africanos pudieran estar empleando conceptos matemáticos que los europeos todavía no habían descubierto y que los conocimientos africanos sobre la noción del infinito estaban presentes mucho antes de que los matemáticos europeos los «descubrieran» cientos de años más tarde. Fascinada y empoderada, comprendí que debía incorporar esos detalles a mi relato, tantos como pudiera.

La piel de las sirenas mezcla historia, mitología y ficción. Retrata una versión alternativa de las sirenas y sus orígenes, pero también roza un momento oscuro de la historia en el que la resistencia, el valor y el ingenio estuvieron muy presentes. Por lo que a mí respecta, escribir *La piel de las sirenas* me ha permitido aprender más sobre el país de mi padre, mis antepasados y las civilizaciones de África Occidental. Me ha mostrado imágenes poderosas de deidades que

tienen el mismo aspecto que yo y ha ampliado mis conocimientos de la historia africana. Espero de corazón que la novela despierte también el interés de los lectores por saber más; que ensanche sus horizontes y amplíe su empatía; que se sientan fascinados y sobrecogidos ante la magnitud de la historia, la cultura y los relatos africanos.

Para saber más

ADI, Hakim, «Africa and the Transatlantic Slave Trade», BBC. <bbc.co.uk/history/british/abolition/africa_article_01.shtml>. Última modificación: 5 de octubre de 2012.

CUOCO, Alex, *African Narratives of Orishas, Spirits and Other Deities*, Parker (Colorado), Outskirts Press, 2014.

DABIRI, Emma, *Don't Touch My Hair,* Londres, Allen Lane, 2019.

DAVIDSON, Basil, *The African Slave Trade.* Oxford, James Currey, 1996.

DIOUF, Sylviane, *Fighting the Slave Trade.* Athens (Ohio), Ohio University Press, 2003.

EGLASH, Ron, *African Fractals: Modern Computing and Indigenous Design.* New Brunswick (Nueva Jersey), Rutgers University Press, 1999.

ELBL, Ivana, «"Slaves Are a Very Risky Business...": Supply and Demand in the Early Atlantic Slave Trade». En José C. Curto y Paul E. Lovejoy, eds., *Enslaving Connections: Changing Cultures of Africa and Brazil During the Era of Slavery*, Amherst (Nueva York), Humanity Books, 2004, pp. 29-55.

ELBL, Ivana, «The Volume of the Early Atlantic Slave Trade, 1450-1521», *Journal of African History* Vol. 38, n.º 1, marzo de 1997, pp. 31-75.

GRAHAM, James D., «The Slave Trade, Depopulation, and Human Sacrifice in Benin History», *Cahiers d'Études Africaines* Vol. 5, n.º 18, pp. 317-334.

History.com Editors, «First Enslaved Africans Arrive in Jamestown, Setting the Stage for Slavery in North America», <history.com/this-day-in-history/firstafrican-slave-ship-arrives-jamestown-colony>. Última modificación: 13 de agosto de 2019.

KARADE, BABA IFA. The Handbook of Yoruba Religious Concepts. Boston: Weiser Books, 1994. [Hay trad. cast.: Manual de conceptos religiosos yoruba, Madrid, RCR Ediciones, 1995].

VOGT, John L., «The Early Sao Tome Principe Slave Trade with Mina 1500-1540», *International Journal of African Historical Studies* Vol. 6, n.º 3, Cambridge, 1973, pp. 453-467.

WALKER, Robin*, Before the Slave Trade: African World History in Pictures* Londres, Black History Studies Publications, 2008.

Agradecimientos

La piel de las sirenas me atrapó desde el comienzo de su gestación y agradezco infinitamente que a otros les haya sucedido lo mismo. Doy gracias a mis amigos y a mi familia, a la comunidad #DVpit, a Twitter y a los lectores beta por su apoyo.

Muchas gracias a mi familia, que le dio vueltas y más vueltas al argumento de *La piel de las sirenas*, aunque casi todas las conversaciones terminaban en discusión. A mi hijo mayor, que demostró un interés especial en leer las escenas de lucha.

Gracias a los niños de la clase de cuarto de 2017-2018 por vuestro apoyo y ánimos. Vaya un reconocimiento especial a Daniel, Daniel G. y Oliver, que dedicaban los fines de semana a reunir información sobre los seres marinos y sobre África Occidental, así como a formularme interminables preguntas que me inspiraban y me hacían pensar.

Gracias a Nigel, que me dejaba compartir su internet en la sala de profesores cuando yo me quedaba sin datos y el #DVpit se caía. Gracias también por leer incontables borradores y por apoyarme con discreción desde el principio. Y gracias a Penny, que guarda todo lo que escribo desde que íbamos a la universidad y ha apoyado mi voz particular desde que teníamos diecinueve años.

Gracias a Clare, a Tricia y a Fran. Vuestros ánimos y pasión me ayudan a conservar la cordura.

Gracias también a Charlene y a Siana por ofrecer un espacio seguro y constructivo en el que compartir nuestro trabajo.

Gracias a Efosa Oviawe, que se aseguró de que probase todos los platos nigerianos que le encantan, y a Abayomi Odubanjo, que me ayudó con los nombres yoruba. Gracias a Seun, cuya fe y aliento me ayudaron a no perder la inspiración y a seguir escribiendo. Muchísimas gracias a Ogunlade Ifamuyiwa, cuyos vastos conocimientos sobre la religión ifá y los orishas han otorgado tanta profundidad a *La piel de las sirenas*. ¡Espero que tu iglesia disfrute leyendo el libro!

Gracias al equipo Yorùbáizm por traducir el yoruba que se habla en *La piel de las sirenas*.

Gracias a Beth Phelan por crear y mantener #DVpit en Twitter. Tu campaña en favor de la diversidad de voces en la literatura es fantástica. Sin esa plataforma, no habría contactado con mi increíble agente. Gracias también a Brittney Morris, que leyó mi discurso en Twitter y me apoyó hasta el infinito. Gracias a Tomi Adeyemi, que se tomó el tiempo que hizo falta para aconsejarme acerca de cómo presentarme a los agentes y dar los siguientes pasos.

Gracias a Jodi, que no solo es una superagente, sino una persona maravillosa e inteligente. Me asombras una y otra vez.

A mis editoras, Chelsea Eberly, Tricia Lin y Carmen McCullough, que han trabajado sin cesar para que *La piel de las sirenas* fuera lo que es y han respondido todas las preguntas habidas y por haber. Siento una gratitud inmensa por todo lo que he aprendido de vosotras.

Gracias a todas las personas de Random House que han luchado por este libro desde el principio, y eso incluye a Michelle Nagler, Caroline Abbey, Mallory Loehr, Jasmine Hodge, Barbara Marcus, Regina Flath, Ken Crossland, Janet Foley, Alison Kolani, Tracy Heydweiller, John Adamo y Dominique Cimina. Os agradezco mucho vuestro apoyo e incansable trabajo.

Por último, gracias a los lectores, por mantener vivas las historias.

Esta es la historia de un gran amor.
Un amor que amenazará a dos mundos y enfurecerá a los dioses.

Simi oró a los dioses, una vez. Ahora les sirve como Mami Wata, una sirena, recogiendo las almas de los que mueren en el mar y bendiciendo sus viajes de regreso a casa.

Sin embargo cuando un chico es arrojado por la borda de un navío, Simi hace lo impensable: le sal-va la vida, yendo en contra de un antiguo decreto. Y el castigo aguarda a quienes se atrevan a desafiarlo.

Para proteger a las otras Mami Wata, Simi debe visitar al creador supremo para hacer las paces. Pero el viaje no será fácil: parece que el chico al que rescató sabe más de lo que debería, y algo está siguiendo a Simi, algo que preferiría verla fallar...

El peligro acecha a cada paso, y Simi deberá enfrentarse a dioses vengativos, tierras traicioneras y criaturas legendarias. Porque si no lo

hace, pone en riesgo no solo el destino de las Mami Wata, sino también el mundo tal como lo conoce.

Una historia que lo cambiará todo y nos descubrirá una nueva forma de vivir.

Una historia de supervivencia.

Una historia de salvación.

Una historia de amor épica impregnada de la mitología de África occidental.

Natasha Bowen es escritora, maestra y madre de tres hijos. De ascendencia nigeriana y galesa, vive en Cambridge, Inglaterra, donde creció. Natasha estudió Inglés y Escritura creativa en la Universidad de Bath Spa antes de mudarse al este de Londres, donde ejerció de maestra durante casi diez años. *La piel de las sirenas* es su primer libro y nace de su pasión por las sirenas y la historia africana. Está obsesionada con la papelería japonesa y alemana, y se gasta cantidades ingentes en cuadernos, de los que luego sube fotos a su cuenta secreta de Instagram. Cuando no está escribiendo, está leyendo, vigilada atentamente por Milk y Honey, su gato y su perro.

Título original: *Skin of the Sea*

Edición en formato digital: noviembre de 2021

© 2021, Natasha Bowen
© 2021, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona
© 2021, Victoria Simó Perales, por la traducción

Diseño de portada: Adaptación a partir de la portada original de Regina Flath para Random House New York
Fotografía de portada: © Jeff Manning © CoffeeAndMilk/ Getty Images

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-17922-56-6

Composición digital: leerendigital.com

Facebook: @somosinfinitos
Twitter: @somosinfinitos
Instagram: @somosinfinitoslibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro.»

Emily Dickinson

Gracias por tu lectura de este libro.

En **Penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.

Penguinlibros.club

Penguin Random House Grupo Editorial

Penguinlibros

Índice

La piel de las sirenas
Advertencia sobre el contenido
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 29
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Nota de la autora
Para saber más
Agradecimientos
Sobre este libro
Sobre Natasha Bowen
Créditos